

Predicación y enseñanza desde el Antiguo Testamento

Walter C. Kaiser Jr.

**PREDICACIÓN Y ENSEÑANZA
DESDE EL
ANTIGUO TESTAMENTO**

Walter C. Kaiser Jr.

Traducido por

Alfredo Ballesta

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano

7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Predicación y enseñanza desde el Antiguo Testamento. © Copyright 2010, Editorial Mundo Hispano, 7000 Alabama Street, El Paso, Texas, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Copyright © 2003 por Walter C. Kaiser, Jr. Publicado originalmente en inglés bajo el título *Preaching and Teaching from the Old Testament*, por Baker Academic, una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada. © Copyright 2006, Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso.

Editor: Rubén Zorzoli

Diseño de la cubierta: Gonzalo Mendoza

Diagramación de páginas: María Luisa Cevallos,
Carlos Santiesteban Jr.

Primera edición: 2010

Clasificación Decimal Dewey: 248.8

Tema: Antiguo Testamento

ISBN: 978-0-311-43061-1

EMH Art. No. 43061

2.5 M 4 10

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Dedicatoria

Dedicado al doctor Carl F. H. Henry
y su esposa Helga,
dos de los siervos más escogidos,
y amigos en la obra
del evangelio.

Contenido

Introducción 7

Primera parte — La necesidad de predicar y enseñar del Antiguo Testamento

1. El valor del Antiguo Testamento en la actualidad 15
2. El problema del Antiguo Testamento para nuestro tiempo 31
3. La tarea de predicar y enseñar del Antiguo Testamento en la actualidad 43
4. El arte y la ciencia de la predicación expositiva 53

Segunda parte — Cómo predicar y enseñar del Antiguo Testamento

5. Cómo predicar y enseñar los textos narrativos del Antiguo Testamento 69
6. Cómo predicar y enseñar los libros de sabiduría del Antiguo Testamento 93
7. Cómo predicar y enseñar los profetas del Antiguo Testamento 115
8. Cómo predicar y enseñar los lamentos del Antiguo Testamento 137
9. Cómo predicar y enseñar la Torá del Antiguo Testamento 159
10. Cómo predicar y enseñar la alabanza del Antiguo Testamento 175
11. Cómo predicar y enseñar los textos apocalípticos del Antiguo Testamento 185

Conclusión: Cambiando el mundo con la Palabra de

Dios 199

Apéndice A: Sugerencias para la realización de una
exégesis sintáctico-teológica 207

Apéndice B: La integridad bíblica en una era de
pluralismo teológico 219

Notas 235

Glosario 249

Introducción

Conforme a encuestas recientes, la pregunta que los laicos quieren que responda la persona que es candidata al cargo de pastor es la siguiente: ¿Puede predicar? Esto nos anima, porque mientras la iglesia ha avanzado a pasos agigantados en relación con el movimiento del crecimiento de la iglesia y ha aprendido de algunos de los grupos de las megaiglesias cómo atraer a las nuevas generaciones de regreso a la casa de Dios, el mayor desafío pendiente es cómo esas mismas iglesias pueden desarrollar un nuevo apetito por escuchar y poner por obra la Palabra de Dios.

Prediqué recientemente en una de las nuevas megaiglesias. Una multitud entusiasta de adolescentes componía el grueso de la congregación ocupando el lugar del frente y centro del auditorio. Respondieron con ávida concentración. Resultó un gozo indescriptible. Predicar en semejante situación lo revitaliza a uno enormemente.

Luego de la reunión, el pastor me pidió que lo acompañara a tomar un café. Mientras conversábamos recordó la evidente bendición de Dios en el crecimiento numérico del que había sido testigo al aplicar, no lo que había aprendido en sus estudios formales en el seminario, sino lo que había recibido al participar de los seminarios ofrecidos por quienes pertenecen al movimiento de las megaiglesias. Su conclusión fue:

—Me enseñaron cómo involucrar a los chicos. La música es el nuevo lenguaje que todos ellos comprenden casi instintivamente. Pero me temo que los que hemos experimentado este crecimiento sin precedentes vamos rumbo a un estruendoso fracaso —se quejó.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—Porque no se nos ha dado ninguna ayuda en cuanto a cómo podemos cultivar el interés y el apetito auténtico por lo necesario para el crecimiento espiritual y el desarrollo. ¿Quién nos va a ayudar a colocar la teología y la enseñanza bíblica en el idioma actual de manera que cautive los ojos, oídos y voluntades de estas nuevas generaciones? —preguntó como en un ruego.

Su apasionado clamor por ayuda no es inusual. Y no debe caer en oídos sordos.

Afortunadamente, al mismo tiempo que va creciendo la presión en busca de una nueva generación de teólogos, eruditos y seminarios, hay evidencia de que algunos de los nuevos vientos de cambio ya han comenzado a soplar. Considere la sorprendente cantidad de visitas a los sitios web que ofrecen instrucción bíblica, teológica y homilética. Observe también los nuevos periódicos acerca de la predicación y el creciente número de libros referidos al tema que están siendo publicados.

Pero a pesar de esta vanguardia de señales favorables, hay una inquietante ausencia del Antiguo Testamento en la iglesia. Es posible asistir a algunas iglesias durante meses sin siquiera escuchar un sermón del Antiguo Testamento, lo que representa unas tres cuartas partes de lo que nuestro Señor ha tenido para decirnos. Este vacío es inconcebible para aquellos que declaran que toda la Biblia es la Palabra autoritativa de Dios para la humanidad.

Ya en 1967, John Bright intentó aliviar algunos de los alegados obstáculos que los creyentes sentían en cuanto al uso del Antiguo Testamento en su libro *The Authority of the Old Testament* [La autoridad del Antiguo Testamento]. En aquella época, a Bright le resultó mejor formular la pregunta de por qué debíamos predicar del Antiguo Testamento, en lugar de decirnos cómo debíamos hacerlo. Ahora nos ha llegado el tiempo para ayudarnos uno al otro a considerar la pregunta de cómo hacerlo.

Bright señaló la teología de la Biblia como la clave para la comprensión de su mensaje. Declaró que “ninguna parte de la Biblia carece de autoridad, porque todas sus partes reflejan de

una manera u otra alguna faceta o facetas de aquella estructura de fe que es, y debe seguir siendo, supremamente normativa para la fe y la práctica cristianas”¹.

Bright fue aún más punzante al presentar una propuesta que provocó una reacción de protesta, pero una de la que opinaré que es la única manera de salir del laberinto en que nos encontramos. Declaró: “Digámoslo con claridad: El texto tiene un solo significado, el que procuró darle su autor; y solamente existe un método para descubrir ese significado, el método gramático-histórico”². Esto es cierto, por supuesto. Es la única manera para descartar del texto todas las lecturas subjetivas y personales que carecen de la autoridad o el respaldo de alguien que reclama haber recibido esta palabra como una revelación de Dios.

Algunos objetarán de inmediato que semejante limitación es evasiva (porque, ¿quién sabe con exactitud lo que un autor está afirmando?) y que también falla al no tener en cuenta las enormes complejidades que están implicadas en el acto de leer un texto de las Escrituras. Lo que se asume es que una vez que se produce un texto se transforma en propiedad de sus diferentes lectores, quienes llegan al mismo con una inmensa variedad de contextos y prejuicios. Cada uno debe tener su propio día en su propia realidad para decir lo que cada uno ha tomado como el significado para aquel texto. Es este criterio más que ningún otro el que ha conducido a casi todas las comunicaciones a nivel humano, y mucho más las comunicaciones de parte de Dios, a un absoluto estancamiento. Quizá la mejor manera de demostrar lo disparatado de este enfoque es que cada uno le adjudiquemos nuestros propios significados (usando la teoría de ellos de los significados) a lo que ellos afirman en sus objeciones. Finalmente, tal manera de encarar la cuestión termina en lo incomprensible.

En cuanto al tema de dónde debe apoyarse el significado (por ejemplo, si en el texto, la comunidad o el lector individual), respondemos que es en el texto tal como se encuentra en el contexto de las afirmaciones del autor.

Nos referiremos a todo esto con más detalle en los capítulos que siguen, pero las incursiones del posmodernismo no

deben ser ignoradas ni dadas por sentado. Esa es otra de las razones por las que el ministerio de enseñar y desafiar a aplicar el Antiguo Testamento no debe debilitarse en nuestro tiempo sino permanecer firme, vigoroso y entero en su metodología.

Pero volvamos a la clave hacia la que Bright apuntó: la teología. Elizabeth Achtemeier argumentó en contra del énfasis de Bright en el significado que los autores de las Escrituras le concedieron al texto. Declaró: "Debe enfatizarse que ningún sermón puede llegar a ser Palabra de Dios para la iglesia cristiana si se refiere solamente al Antiguo Testamento aparte del Nuevo"³. De acuerdo a su punto de vista, ningún pasaje del Antiguo Testamento debería presentarse solo, sino que siempre debería acompañarse con uno del Nuevo Testamento. Afortunadamente, varios eruditos tales como Foster R. McCurley Jr. y Donald Gowan desafiaron su tesis⁴.

Pero lo triste es que en círculos evangélicos hay muchos que utilizan un método muy parecido a esta perspectiva para predicar acerca del Antiguo Testamento. El resultado es que se terminan acercando mucho, si no es que de hecho van a la práctica, a lo que conocemos como "eiségesis", es decir "leer [un significado] hacia dentro" del texto. El producto es una Biblia plana en la que las ideas que se encuentran en cualquier parte de las Escrituras son iguales a ideas similares presentes en otras partes de la Biblia, en parte y en el todo. No se trata de que dichos predicadores actúen como si tuvieran acceso al canon completo de la Biblia, ni como si Dios no fuera el autor de todo su contenido, sino que su metodología se encuentra viciada. Primero debemos establecer que es lo que el texto del Antiguo Testamento está afirmando, y a partir de allí deberíamos introducir información adicional acerca del tema, esa que a Dios le ha parecido bien entregarnos en el progreso posterior de la revelación.

De mucha más ayuda para obtener todo el significado de estos pasajes del Antiguo Testamento es el énfasis reciente en la observación del género particular en que el texto fue pronunciado como la pista más básica en cuanto a cómo interpretarlo, y cómo predicar sobre el mismo. Donald Gowan lo

dijo con más claridad: "Aquel antiguo escritor utilizó el género más adecuado para transmitir el mensaje en particular que sentía como una carga en su corazón, y la pregunta es: ¿Puede eso ser útil para el predicador que quiere hablarle a sus contemporáneos tan efectiva y persuasivamente como sea posible?"⁵. Esto, entonces, es lo que aspiramos hacer en este libro luego de haber tratado los asuntos preliminares que ya han sido mencionados como obstáculos. Que el Señor nos conceda a todos la sabiduría y el apasionado deseo de comunicar con todo nuestro corazón y alma el maravilloso mensaje del evangelio en este momento crítico de la historia.

Este libro comenzó siendo una serie de conferencias pronunciadas por primera vez del 2 al 14 de junio de 2000. Estoy agradecido al doctor Joseph Shoa, presidente del Seminario Bíblico de Filipinas, por su amable invitación a enseñar a 44 entusiastas seminaristas. Sus críticas y palabras de ánimo fueron muy útiles para el desarrollo de los capítulos que ahora tiene ante usted.

También debo expresar mi gratitud a mi asistente de investigación, Jason McKnight, por su ayuda en la localización de algunas fuentes bibliográficas difíciles, y a mi editor en *Baker Academic*, Brian Bolger. Un agradecimiento especial a la pastora y doctora Dorington Little por concederme el permiso para incluir su sermón basado en el lamento del Salmo 77. La ayuda de todos ellos es profundamente apreciada. La responsabilidad por el producto resultante es solo mía y por él debo ser culpado yo, no ellos. Que Dios se agrade en utilizar este libro para su honra y gloria.

Primera parte

La necesidad
de predicar y enseñar
del Antiguo Testamento

El valor del Antiguo Testamento en la actualidad

Con mucha frecuencia, cuando tengo la oportunidad de hablar o predicar en una iglesia o institución cristiana, se me pregunta: "No va a hablar del Antiguo Testamento, ¿verdad?". Es obvio que la respuesta esperada es que nadie en su sano juicio, aún siendo un cristiano, se atrevería a hacer algo tan ridículo como referirse a los asuntos contemporáneos y las necesidades de nuestro tiempo retrocediendo hacia algo tan antiguo y remoto como el Antiguo Testamento.

Pero eso es lo que he venido haciendo una y otra vez, porque me ha impresionado cuán relevante y poderoso mensaje comparte esa porción del texto bíblico con el Nuevo Testamento. Ha llegado el momento de hacer una nueva y completa evaluación de nuestras razones para evitar esta parte de la Biblia. Junto a los argumentos para volvernos al Antiguo Testamento en busca de respuestas para los asuntos contemporáneos, también deben llegar algunas ayudas prácticas acerca de cómo esta tarea puede ser llevada a cabo sin cometer una injusticia, ya sea contra el texto antiguo o contra las necesidades de la iglesia que espera.

¡El Antiguo Testamento necesita tanta defensa como la que necesitaría un león! Pero es obvio que es pasado por alto y muy descuidado con frecuencia en el ministerio de predicación y enseñanza de la iglesia. Este descuido es mucho más desconcertante cuando su reclamo y derecho de ser recibido como la poderosa Palabra de Dios son exactamente tan fuertes como los

del Nuevo Testamento. Por tanto, corresponde que una vez más volvamos a escuchar la propia defensa del Antiguo Testamento. Esta defensa se puede expresar en cuatro tesis principales.

Es la poderosa Palabra de Dios

¡El primer Testamento se encuentra a años luz de ser una mera palabra *de* mortales escrita *para* la humanidad *acerca* de ellos mismos! Por el contrario, se presenta como poseedor de la autoridad divina con una suficiencia que trasciende lo que los meros mortales pueden crear o exponer a sus contemporáneos o las generaciones subsiguientes.

Es cierto que Dios utilizó las personalidades particulares, las destrezas literarias, el vocabulario y las maneras únicas que cada escritor tenía para expresarse, como lo habrá notado cualquier persona que haya leído la Biblia en sus idiomas originales. Pero la revelación de Dios no fue obstaculizada ni distorsionada por esto como un rayo de sol que se refracta al pasar a través del cristal de una ventana. Si debe usarse esta analogía, entonces que quede claro que el arquitecto que hizo el sol del cual se originó aquel rayo es el mismo que construyó la ventana, que en este caso representaría a los escritores del Antiguo Testamento. Dios preparó a los escritores, con toda la singularidad y particularidad que cada uno trae a la tarea de escribir las Escrituras, así como a la propia revelación.

El punto es: la preparación de los autores fue una obra de Dios tan significativa como lo fue la revelación proveniente de él. Así que a cada uno de los escritores se les dieron experiencias, entornos culturales, determinado rango de vocabulario y una idiosincrasia especial para que pudiera expresarse en un estilo absolutamente propio pero con el resultado final de ser precisamente lo que Dios quería para cada segmento de su revelación.

La preparación del escritor comenzó tan temprano como el día en que nació. El profeta Jeremías supo que había sido llamado cuando aún estaba en el vientre de su madre (Jer. 1:4, 5), mientras que el llamado de Isaías al ministerio de la Palabra de Dios provino de su sentido de la necesidad, aparentemente

más adelante en su vida (Isa. 1—5). Si Jeremías ilustra cómo es un llamado interno de Dios, entonces Isaías nos muestra cómo es un llamado externo de Dios.

¿Cómo puede cada escritor, entonces, ser tan singularmente él mismo y al mismo tiempo tan auténtico en la comunicación que Dios quería hacer llegar a la humanidad? ¿Debemos sacrificar una de las dos, la singularidad humana o la autoridad divina? No podemos tener las dos cosas a la vez, ¿o sí?

Es evidente para cualquier estudiante que comienza a leer los idiomas originales del Antiguo Testamento (hebreo y arameo) que existen diferencias muy claras en los niveles de dificultad, la gramática, el vocabulario y los estilos entre los 39 libros del Antiguo Testamento. Esto ciertamente hace a la importancia de la individualidad de cada uno de los escritores. Pero en lugar de ser esta una mera palabra de mortales, el reclamo reiterado de los propios escritores es que lo que pusieron por escrito fue pronunciado por Dios, y debía distinguirse de las propias palabras de ellos. Por ejemplo, en Jeremías 23:28, 29 dice:

El profeta que tenga un sueño, que cuente el sueño; pero el que tenga mi palabra, que hable mi palabra con fidelidad. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice el SEÑOR. ¿No es mi palabra como el fuego y como el martillo que despedaza la roca?, dice el SEÑOR.

¡Confundir las palabras y sueños del profeta con la Palabra y la visión de Dios era tan ridículo como confundir la paja y lo inservible para la cosecha con el grano real en aquel cereal!

El apóstol Pablo no participaría en el menosprecio del Antiguo Testamento, ya que instruyó a su joven amigo Timoteo (2 Tim. 3:16):

Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza,
para la reprensión,
para la corrección,
para la instrucción en justicia.

Uno tiene que recordar que la "Escritura" (en griego: *graphe*, "escrito") que estaba disponible para Timoteo cuando Pablo escribió era el Antiguo Testamento. Toda ella, el Antiguo Testamento completo, era "inspirada". Fue producida por Dios. Por tanto, si vamos a producir una presentación bien equilibrada y completa de la verdad de Dios, es absolutamente esencial que incluyamos al Antiguo Testamento en nuestra enseñanza y predicción.

Es más, el Antiguo Testamento es útil porque cumple por lo menos cuatro funciones: (1) la enseñanza, (2) la reprensión, (3) la corrección y (4) la instrucción en justicia. A esto Pablo le agrega en 2 Timoteo 3:15 que el Antiguo Testamento nos puede "hacer sabio[s] para la salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús". Son pocos los que piensan que un resultado tan bueno como la salvación personal de alguien, por medio de la fe en Cristo Jesús, pueda ocurrir por enseñar y predicar el Antiguo Testamento, pero el apóstol Pablo enseñó que era posible; y lo enseñó bajo la inspiración del Señor soberano¹.

Nuestros días no han sido los únicos en los que la Palabra de Dios ha escaseado, ha sido difícil de encontrar, estado fuera de moda o aparentemente carecer de poder o efectividad en aquellos casos en los que se presenta a las personas. Se podría citar una situación similar cuando Samuel estaba creciendo en el santuario bajo el tutelaje del sacerdote Elí. De manera similar, la historia comienza señalando que "la palabra del SEÑOR escaseaba en aquellos días, y no había visiones con frecuencia" (1 Sam. 3:1). Sin la luz de la revelación, todo el tapiz de la sociedad fue puesto en riesgo. El mismo énfasis se observa en el libro de Proverbios, que advierte: "Donde no hay revelación [en hebreo *hazon*, "visión" o "revelación" de Dios] el pueblo perece" (Prov. 29:18, traducción del autor). El término hebreo utilizado para "perece" ("se desenfrena" RVA) es el mismo que aparece en la historia del becerro de oro en Éxodo 32:25, en la que el pueblo "se había desenfrenado" y "enloquecido" en actos de prostitución sagrada frente al becerro que acababan de crear. Eso era exactamente lo que estaba ocurriendo en los días del joven Samuel, porque los hijos del sumo sacerdote

estaban imitando los mismos procedimientos imprudentes de auto-destrucción aún cuando presidían como sacerdotes ante el altar de Dios. Entretanto, la Palabra de Dios escaseaba y apenas si era anunciada o enseñada al pueblo.

La posesión de una palabra proveniente de Dios no constituye un favor o tesoro menor, porque sigue siendo segundo en importancia solo al don del Hijo de Dios. Pero la mera posesión de esa palabra sola no será suficiente para fortalecer la comunidad en tiempos de necesidad. De hecho, el descuido continuado de esa palabra puede conducir al propio Dios a hacer que escasee de manera que sean pocos los que la encuentren y se beneficien con la aplicación de su mensaje. En ese caso, los mortales no la pueden fabricar, duplicar o reemplazar con alguna presunta alternativa.

Tal escasez de la palabra de Dios sería una señal del juicio de Dios sobre su pueblo y sus líderes, quienes habrían ayudado a crear esta esterilidad. Representaría una situación similar a la de aquellas terribles palabras que se encuentran en Amós 8:11, 12:

He aquí que vienen días, dice el SEÑOR Dios, en los cuales enviaré hambre a la tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del SEÑOR. Irán errantes de mar a mar. Desde el norte hasta el oriente andarán errantes buscando palabra del SEÑOR y no la encontrarán.

Algunas veces Dios nos da lo que queremos (cuando nos negamos a escuchar su Palabra), pero también envía debilidad a nuestra alma como resultado (Sal. 106:15). En estas situaciones Dios permanece en silencio y las tinieblas de nuestro tiempo se espesan como una tristeza insoportable, y la penumbra se establece sobre nosotros.

La única cura conocida para esto es el clamor que fue escuchado durante la Reforma: *post tenebras lux*: "Luego de la oscuridad, ¡la luz!". Es por eso que Calvino y sus sucesores razonaron que la única manera en que la luz iba a llegar al pueblo de Dios y a la ciudad de Ginebra, Suiza, sería por medio de la predicación de las Escrituras. Así que fueron recetados seis sermones a la semana, de acuerdo a las Ordenanzas de la

Iglesia de Ginebra en el año 1541. Debía haber un sermón al amanecer del domingo y otro a la hora habitual, a las 9:00 h. El catecismo para los niños tendría lugar al mediodía, seguido de un sermón a las 15:00 h y tres sermones más el lunes, miércoles y viernes. El razonamiento era que solamente de esta manera la luz retornaría y las tinieblas serían disipadas. ¿No tendríamos que imitar a esta gente de Ginebra al establecer, como ellos lo hicieron, algo más que una homilía de 25 minutos o un sermón temático de 10 a 15 minutos cada domingo por la mañana como la única fuente para nuestra maduración como cristianos para toda la semana? ¿Y no debería incluir una parte de este repertorio expandido de textos bíblicos una misión de predicación y enseñanza distintiva de los textos del Antiguo Testamento?

Esta palabra de Dios puede sobresaltarnos tanto como conmocionó al sacerdote Elí (1 Sam. 3:2-14). Era impactante en su llamado, porque Dios repetidamente llamó al joven Samuel (vv. 2-10). Las palabras “llamar” o “llamó” aparecen no menos de 11 veces en 1 Samuel 3:4-10. Sin embargo, Dios no reprende a Samuel por ser poco despierto o lerdo para responder; simplemente “vino el SEÑOR, se paró y llamó como las otras veces” (v. 10). La paciencia y ternura de nuestro Señor es sorprendente en sí misma.

Pero igualmente sorprendente e impactante es el contenido de aquella palabra. En este caso era la Palabra a ser entregada a Elí, para lo que el Señor utilizaría a Samuel. El Dios soberano estaba por “hacer algo en Israel, que a quien lo escuche le retñirán ambos oídos” (v. 11). Como Elí falló al no reprimir a sus hijos, Dios juzgaría a su familia, y la culpa de su linaje nunca sería redimido por sacrificio u ofrenda (vv. 12-14). Así que la Palabra de Dios involucraría un bendecido llamado a un hombre para el servicio de Dios pero una visitación de juicio sobre otro por su fracaso en actuar conforme a la Palabra comunicada.

Al hacer esto, Dios demostró que era el soberano sobre todos (1 Sam. 3:15-18). Era soberano sobre el que hablaba (vv. 15-17) y soberano sobre la audiencia (v. 18). De manera que

en las Escrituras se nos enseña a decir “Amén” no solamente a las bendiciones de Dios, sino también a sus juicios.

La historia de Samuel finaliza con la Palabra de Dios acreditando a su siervo Samuel (1 Sam. 3:19—4:1a). Dicho sea de paso, Dios “no dejaba sin cumplir ninguna de sus palabras” (v. 19). Aquí yace la validación, confirmación y seguridad de la proclamación de Samuel de la revelación divina. Y eso es lo que también validará la predicación del Antiguo Testamento en nuestros días: la soberana validación del propio Señor².

Nos conduce a Jesús, el Mesías

Uno de los resultados trágicos de separar al Antiguo Testamento del Nuevo es que la comunidad de creyentes deja de ver que la vida, el ministerio, la muerte y la resurrección de Jesús fueron claramente anticipados mucho antes de que ocurrieran los eventos. Al ver el Antiguo Testamento como un mensaje no cristiano, la expectativa se concentra por adelantado en que no existe nada cristológico ni mesiánico que pueda ser obtenido del estudio, y mucho menos la lectura, la enseñanza o la predicación del Antiguo Testamento. Pero tal perspectiva cae ante la evidencia del propio texto.

El Mesías está en el corazón del mensaje de esta descuidada parte de la Biblia. Por ejemplo, de acuerdo con los cálculos rabínicos existen unos 456 pasajes del Antiguo Testamento que se refieren directamente al Mesías o a los tiempos mesiánicos³. Aunque este número sea exagerado de acuerdo a los patrones de erudición utilizados en algunas comunidades, lo que permanece cuando la lista es reducida sigue siendo sumamente impresionante⁴.

Lamentablemente, una porción significativa de la erudición moderna comparte una actitud escéptica hacia la conciencia mesiánica en los escritores del Antiguo Testamento. Representativa de tales juicios es la conclusión de Joachim Becker: “No existe evidencia para un verdadero mesianismo hasta el segundo siglo a. de J.C.”⁵. ¡Becker nos haría creer que solo al umbral del Nuevo Testamento empezamos a ver alguna evidencia de

un Mesías! Lo sorprendente es que el propio Becker se dio cuenta de que tal conclusión iría contra algunas evidencias bastante fuertes de aquellos primeros creyentes del primer siglo cristiano, que aún no contaban con un Nuevo Testamento ni ninguno de sus componentes o partes. Alegó: "Tal conclusión [la que acababa de hacer más arriba] iría en contra de uno de los asuntos más importantes del Nuevo Testamento, que insiste con una frecuencia, intensidad y unanimidad sin precedentes en que Cristo fue proclamado anticipadamente en el Antiguo Testamento. La erudición histórica-crítica nunca puede dejar de lado esta afirmación del Nuevo Testamento"⁶. Becker irá aún más lejos hacia la destrucción de sus propias conclusiones. Escribió: "Encontrar a Cristo a cada paso de nuestro camino a través de la historia de Israel y del Antiguo Testamento no solamente no es un engaño sino una responsabilidad que nos ha sido impuesta por el testimonio inspirado del Nuevo Testamento, cuyo significado debemos esforzarnos por comprender"⁷.

Existe, de hecho, un sistema orgánico de profecía mesiánica que puede ser encontrado en el Antiguo Testamento, el cual está en completo acuerdo con los cumplimientos en el Nuevo Testamento. Demasiado pocos han percibido la unicidad orgánica del argumento total, a veces conformándose con mucho menos al tomar un versículo aquí o allí de una manera abstracta o al azar.

El intérprete no necesita conformarse con un doble juego de significados para exprimir del Antiguo Testamento algunas posibilidades mesiánicas. Por el contrario, uno debe ser capaz de demostrar que los escritores del Antiguo Testamento eran conscientes de un nexo muy deliberado entre los eventos temporales/históricos en muchas de sus profecías y su cumplimiento climático en el Mesías; y esto puede ser hecho legítimamente, sin violentar las reglas normales de la interpretación.

¡Los que argumentan que el mensaje mesiánico, que señala a Jesús como el Mesías, permanece escondido en el texto se oponen a los apóstoles, quienes anunciaron valientemente que los eventos que ocurrieron en los días de Jesús sucedieron exactamente como habían sido predichos en el Antiguo

Testamento! El Antiguo Testamento no puede tener un significado más evidente junto a un significado cristiano escondido. Si ese hubiera sido el caso, la cita de versículos para los no creyentes y el intento de convencerlos de que Jesús había sido completamente anticipado en las predicciones del Antiguo Testamento tendría que ser atribuido a la necedad. Si argumentamos erróneamente que este significado ha estado escondido en la antigua revelación de Dios, ¿cómo podremos ser persuasivos para quienes se cuestionan si Jesús fue la persona enviada por Dios conforme a sus planes desde la eternidad?

James H. Charlesworth ha sostenido que "el término 'Mesías' en el Antiguo Testamento no denota al agente final de Dios en la historia de la salvación... El concepto neotestamentario de 'el Mesías' se relaciona con el del Antiguo Testamento por medio de la teología del judaísmo primitivo"⁸.

Pero esto representaría ignorar el repetido clamor del propio texto del Antiguo Testamento. El término *Mesías*, de hecho, se utiliza solamente en nueve ocasiones para referirse al Ungido que habría de venir en la persona de Jesucristo⁹. Sin embargo, tanto la comunidad judía (especialmente en los días precristianos) como la iglesia primitiva encontraron gran cantidad, tal vez cientos, de textos apoyando la interpretación mesiánica como ya lo hemos demostrado en el argumento precedente.

Tan temprano como el día de Pentecostés (Hech. 2:16-36), el apóstol Pedro utilizó el Antiguo Testamento para demostrar que la muerte de Jesús, su sepultura y resurrección habían sido anticipadas claramente por sus escritores. Pedro apeló al profeta Joel (Joel 2:28-31), al salmista (Sal. 16) y a la interpretación del rey David (2 Sam. 7; Sal. 110) para apoyar estos mismos puntos, antes de la aparición de ninguna parte de la literatura del Nuevo Testamento. Pocos días después, cuando Pedro y Juan entraban al templo, sanó a un paralítico que estaba en la puerta (Hech. 3). Esto dio ocasión a otro sermón de Pedro en el que volvió a hacer referencias directas a Abraham, Isaac y Jacob, observando cómo ellos apuntaban a "lo que [Dios] había anunciado de antemano por boca de todos los profetas" (Hech. 3:18), refiriéndose a que el Cristo debía padecer.

Pedro declaró que Cristo era aquel profeta del que había escrito Moisés. Moisés había esperado que Dios levantara a uno que apareciera en estos días. Este patrón de apelar al Antiguo Testamento para demostrar que Cristo es el Mesías se repitió en el sermón de Esteban en Hechos 7 y en el de Pablo en la sinagoga de Antioquía (Hech. 13). No se trata de que los primeros discípulos tomaran prestados los conceptos del judaísmo, la nueva religión judía que comenzara en el exilio babilónico y en la que el templo sería ahora reemplazado por la sinagoga, el sacerdote sustituido por el escriba o el sabio y los sacrificios sucedidos por las oraciones. El planteo de los apóstoles se refería directa y únicamente al antiguo y valioso texto del propio Antiguo Testamento.

El propio testimonio de Jesús mismo no fue menos claro: "ellas [las Escrituras del Antiguo Testamento] son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39b). Además Jesús, en el momento mismo de su tentación, cuando se enfrentó con el propio Satanás, respondió a cada una de las tres tentaciones con una cita del Antiguo Testamento como su reconvención definitiva y autoritativa. Jesús no tenía necesidad de conformar ni a sus oyentes judíos ni al diablo, como alegan algunos. Por el contrario, era una convicción que compartían tanto el Señor como el diablo: las Escrituras eran la Palabra autoritativa de Dios. ¡Eso es algo de lo que no se lo puede acusar al diablo!

Se refiere a los temas de la vida

El alcance de la enseñanza del Antiguo Testamento en lo referente a los grandes temas de la vida es extremadamente amplio y sobrecogedor en cuanto a su practicidad. Cubre todo, desde los temas acerca de la dignidad humana y el trato del medio ambiente en los primeros capítulos del Génesis hasta la naturaleza y el propósito del amor matrimonial en el Cantar de los Cantares de Salomón, y una teología de la cultura en el libro de Eclesiastés.

Sus leyes morales tratan valores y santidades tales como la unicidad absoluta de Dios, el valor y la dignidad de los mortales

les y el respeto por la vida humana, los padres, el matrimonio, la propiedad y la verdad. Las leyes civiles, por otra parte, ilustran asuntos tales como la seguridad pública, el tratamiento de los huérfanos, los derechos de propiedad y el respeto por la autoridad. Las leyes ceremoniales no son de menor utilidad, enseñándonos a trazar la frontera que separa lo sagrado de lo secular, y separando lo santo de lo común u ordinario.

Si el libro de Lamentaciones es necesario para el desarrollo de una teología del sufrimiento, entonces los Salmos son igualmente necesarios para enseñarnos cómo alabar y adorar a Dios.

Tanto los profetas anteriores (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) como los posteriores (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores, de acuerdo al arreglo de la Biblia hebrea) despliegan el plan de la promesa de Dios. También nos proveen de lecciones prácticas que podemos utilizar al observar tanto los fracasos como los éxitos de individuos y naciones de la antigüedad. El punto es claro: como dice el refrán, quienes se niegan a aprender de la historia están condenados a repetir sus errores.

Fue utilizado como autoridad exclusiva en la iglesia primitiva

Aunque ya hemos hecho referencia a este hecho, merece un énfasis distintivo por sí mismo. El asunto es que en cada ocasión que aparece el término *Escritura(s)* (*graphe, graphai*) en el Nuevo Testamento, casi siempre apunta al Antiguo Testamento, ya sea en su traducción al griego conocida como la Septuaginta o los textos hebreo y arameo. Fue a estos textos adonde recurrieron los cristianos como, por ejemplo, lo hicieron los de Berea, para encontrar cómo Jesús había sido predicho en el plan y propósito de Dios en ese Testamento anterior.

No todo judío o seguidor primitivo de Jesús captó esto. Alcanza con recordar a aquellos dos discípulos que iban caminando aquel primer domingo de Pascua hacia la aldea de Emaús y a los que se unió Jesús (Luc. 24). Cleofas y el otro dis-

cúpulo se sentían tan abrumados por la tristeza que no se dieron cuenta de que quien los iba acompañando era el propio Jesús.

Sin embargo, su confusión llegó a profundizarse aún más que eso. No tenían idea de que los eventos que ahora estaban experimentando habían sido anticipados largo tiempo atrás en las Escrituras que ellos mismos sostenían que eran la Palabra de Dios. Este lapsus intelectual provoca la dura reprensión de Jesús: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas y que entrara en su gloria?” (Luc. 24:25, 26). En el siguiente versículo Jesús continuó: “Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras lo que decían de él” (Luc. 24:27).

En ninguna parte del Nuevo Testamento puede encontrarse evidencia que sugiera que los escritores se salieran de los límites del Antiguo Testamento para obtener su concepto del Mesías, o que hubieran rechazado abiertamente lo que estos textos enseñaban acerca del que había de venir. La historia de la iglesia primitiva era la historia de la promesa-plan de Dios y la línea de la simiente que culminaría en el hijo supremo de David, Jesús. Este era el evangelio que proclamaban.

La palabra *evangelio* en inglés (*gospel*) proviene del Inglés Medio, *godspel*, que significaba la “buena historia” (*good story*), y por un cambio de inflexión la historia de Dios (*God-story*)¹⁰. Así que el evangelio era la historia de de los eventos interrelacionados escritos para informarnos acerca de la persona y obra del Mesías.

Pero hay más para decir acerca de las referencias de los cristianos primitivos al Antiguo Testamento, porque constituía más que una serie de textos autoritativos para respaldar la identidad y misión del Mesías. En Romanos 9—11 Pablo se refiere al asunto de si Dios había sido fiel a las promesas hechas a Israel. A él le interesa no solamente la promesa referida a la “simiente”, sino también la “tierra”, *eretz Israel*, y las bendiciones que alcanzarían a todas las naciones de la tierra por medio del prometido de Israel.

Pablo casi no podía contenerse mientras describía los conceptos de la adopción de Israel como hijo, la gloria divina que le pertenecía, los pactos, la recepción de la ley, la adoración en el templo y las promesas (Rom. 9:4). Pero se sentía lo suficientemente perturbado como para formularse la pregunta clave: ¿Había fallado Dios en cumplir con lo que había prometido? Semejante idea era un anatema para Pablo, “porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables” (Rom. 11:29). Aunque la nación de Israel había sido momentáneamente cortada de su propio árbol (que se encontraba arraigado en las promesas hechas a los patriarcas), esta exclusión perduraría solamente hasta que se cumplieran los tiempos de los gentiles y la cantidad completa de gentiles se hubiera integrado al cuerpo de los creyentes (Rom. 11:25). Pero entonces se produciría un reinjerto de Israel de regreso al árbol del que había sido cortado, cuando retornaran en aquellos últimos días a creer masivamente en su Mesías. Pablo estaba exuberante. Semejante conocimiento lo maravillaba:

¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Rom 11:33).

Dios no podía retirar —y no lo haría— lo que había prometido en el Antiguo Testamento. No es sorprendente que la iglesia primitiva encontrara tanto una apología lista en cuanto a las pronunciaciones del Mesías como un gran consuelo en el Antiguo Testamento.

Conclusión

El Antiguo Testamento era la Biblia de la iglesia primitiva. Pero puede ser escuchada una objeción más en boca de algunos detractores: “Ahora que contamos con el Nuevo Testamento, ¿no deberíamos recurrir *primero* al Nuevo Testamento en busca de una comprensión de las enseñanzas bíblicas y luego *retroceder* al Antiguo Testamento, interpretándolo a la

luz del Nuevo Testamento?”. Este enfoque se invoca con tanta frecuencia en la iglesia en nuestros días que debe ser enfrentado directamente¹¹.

Toda esta manera de manejar este tema está equivocada histórica, lógica y bíblicamente. Como hemos visto, los primeros creyentes del Nuevo Testamento compararon lo que habían escuchado de Jesús y sus discípulos con lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento. No contaban con otro canon ni fuente de ayuda. ¿Cómo es, entonces, que fueron capaces de llegar a las conclusiones correctas?

Así que desde un punto de vista metodológico, la lectura de la Biblia hacia atrás es históricamente incorrecta así como lo es en cuanto al procedimiento. Es más, la iglesia primitiva sabía que el Antiguo Testamento era verdad; por tanto, lógicamente, ¿no podrían haber puesto a prueba lo que para ellos ya estaba establecido (y era verdad, poseyendo solamente el Antiguo Testamento) por lo que estaba siendo recibido como nuevo (el Nuevo Testamento)! Eso hubiera sido contrario al orden natural, histórico y lógico de las cosas.

Finalmente, Israel había sido enseñado bíblicamente en pasajes como Deuteronomio 13 y 18 a probar las enseñanzas o reclamos de autoridad divina por lo que Dios ya había revelado en su Palabra (por ejemplo, en el Antiguo Testamento). ¡Así que predicar y enseñar la Biblia con una metodología inversa puede producir un mensaje que también sea metodológicamente inverso!

Al validar los reclamos de autenticidad, nos movemos de lo que ya es reconocido como verdad hacia lo que se edifique sobre ello. Entonces, ¿cuál es el argumento para interpretar la Biblia en el orden establecido, en lugar de hacerlo en sentido contrario?¹².

1. Rechazar el Antiguo Testamento como la revelación autoritativa *previa* de Dios es rechazar la propia base bíblica para determinar quién es y quién no es el Mesías. Jesús identificó el fracaso de las audiencias judías como no creer en lo que escribió Moisés. En Juan 5:46, 47

Jesús declaró: “Porque si vosotros creyeseis a Moisés, me creeríais a mí; pues él escribió de mí. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?”. ¡Exactamente! Dejar de lado el Antiguo Testamento y reducir el rango de estudio solamente al Nuevo Testamento hará brotar lógicamente esta pregunta: “¿Cómo puedo creer en lo que Dios ha dicho *en todo* el Nuevo Testamento si tiendo a no creer o confiar en lo que ha dicho en el Antiguo?”.

2. Las Escrituras del Nuevo Testamento basan su reclamo de autoridad en el Antiguo Testamento. Esa es la razón por la que Mateo 1 comienza con una genealogía que abarca desde Génesis hasta el Nuevo Testamento.
3. El fundamento de las enseñanzas de Jesús era el Antiguo Testamento. Si alguna enseñanza nueva contradecía la *Tanach* (el acrónimo judío para el Antiguo Testamento), debía ser rechazada, porque Deuteronomio 12:32 advertía: “Tendréis cuidado de hacer todo lo que yo os mando; no añadiréis a ello, ni quitaréis de ello”.
4. Pablo también basó su enseñanza en el Antiguo Testamento. Predicó lo que había recibido de las Escrituras del Antiguo Testamento. Dijo: “Porque en primer lugar os he enseñado lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, *conforme a las Escrituras*; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, *conforme a las Escrituras*” (1 Cor. 15:3-4, énfasis añadido). Pero de una manera aún más definitiva, cuando Pablo estaba siendo sometido a juicio por su vida, afirmó: “Y ahora soy sometido a juicio por la esperanza de la promesa que Dios hizo a nuestros padres” (Hech. 26:6). Concluyó diciendo: “Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, me he mantenido firme hasta el día de hoy... sin decir nada ajeno a las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder” (Hech. 26:32). Su testimonio fue que creía “todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas” (Hech. 24:14). Aún estando bajo arresto en Roma, Pablo convocó a la comunidad judía para expli-

carles de qué se trataba su mensaje. Se vio a sí mismo como “testificando del reino de Dios e intentando persuadirles acerca de Jesús, tanto basándose en la ley de Moisés como en los profetas, desde la mañana hasta el atardecer” (Hech. 28:23, traducción del autor).

El Antiguo Testamento puede defenderse a sí mismo, como lo ha hecho tanto en los siglos precristianos como en los de los cristianos primitivos. Hacer de la predicación o enseñanza del Antiguo Testamento el objeto de un compromiso mayor que constituir como normativa para todos los asuntos de la fe las enseñanzas más recientes de la revelación de Dios (por ejemplo, el Nuevo Testamento) oscurece la singularidad de muchas de las enseñanzas del Antiguo Testamento. También convierten en trivial tres cuartas partes de lo que Dios tiene para decirnos. La tendencia a interpretar la Biblia en sentido contrario es un problema serio de procedimiento, porque conducirá a un vasto vacío en nuestras enseñanzas y proveerá espacios para las herejías que hayan de venir. ¡Reducir lo que la Biblia tiene para decir a lo que solamente tiene para decir el Nuevo Testamento constituye una minimización!

El valor del Antiguo Testamento es inconmensurable para todos los creyentes. Evitarlo es perder unas tres cuartas partes de lo que nuestro Señor tiene para decirnos en la actualidad, ¡ya sea que lo escuchemos o no!

2

El problema del Antiguo Testamento para nuestro tiempo

En lugar de recibir el Antiguo Testamento con gratitud como un regalo de Dios, hay demasiados en la iglesia de Cristo que lo ven como un albatros alrededor del cuello de los cristianos contemporáneos. Luchan con preguntas como las siguientes: ¿Cuál es el significado del Antiguo Testamento para nosotros en este tiempo? ¿Por qué los creyentes deberían siquiera ocuparse con el Antiguo Testamento ahora que contamos con el Nuevo Testamento? ¿No hay demasiados problemas relacionados con el uso de un libro como el Antiguo Testamento, especialmente siendo que una buena parte del mismo ya no constituye una autoridad ni una normativa para la iglesia? Preguntas como estas finalmente convierten el asunto del Antiguo Testamento en un problema importante, tal vez el problema teológico por excelencia.

¿Es el Antiguo Testamento el problema teológico por excelencia?

En 1955 Emil Kraeling advirtió: “El problema del Antiguo Testamento... no es solamente uno entre muchos. Es el problema teológico por excelencia”¹. Esta es, a mi juicio, una definición acertada de la situación, ya que tan pronto como uno hace un juicio incorrecto con respecto al Antiguo Testamento la ola

de efectos se infiltra impregnando todo el resto de nuestra teología. Por ejemplo, cuando uno concluye, como algunos lo han hecho, que la fe que Abraham tenía en Dios en Génesis 15:6 simplemente significa que se volvió teísta, en el sentido de que decidió que debía existir un Dios y que debería depositar su fe en él, los resultados de tal interpretación se empiezan a manifestar en la cristología y misiología que uno tiene. Esta falsa conclusión ha conducido a muchos a pensar que no es muy necesario que la fe de la persona esté apoyada en Jesús, porque uno puede experimentar la fe salvadora solamente por creer que puede ser que exista un Dios en alguna parte, así como se alega que Abraham hizo. Los cristianos saben que Hechos 4:12 dice que no hay otro nombre que el nombre de Jesús por el que podamos ser salvos, pero una vez más algunos asumen equivocadamente que las reglas difieren entre los Testamentos. Pero introduciría un severo problema en la exégesis del Antiguo Testamento si sostenemos que Abraham apenas si creía en Dios. Decir que Abraham creía en Dios sin hacer referencia a la promesa de la simiente que había de venir implicaría que ahora una teología débil estaría determinando nuestros conceptos de la salvación, las misiones y la necesidad de creer en Jesús.

A. H. J. Gunneweg se hizo eco del mismo sentimiento de que el Antiguo Testamento constituía un problema vital para la teología cuando concluyó:

No sería exagerado comprender el problema hermenéutico del Antiguo Testamento como *el* problema de la teología cristiana. No se trata solamente de un problema entre otros. Es *el* problema, porque todos los otros temas de la teología se ven afectados de una manera u otra por la solución a este problema².

Alcanzaría con repasar los grandes debates cristológicos y trinitarios en la iglesia, sin mencionar los relacionados con la expiación y la doctrina de la salvación, para validar el hecho de que el Antiguo Testamento constituye de hecho *el* problema

vital de la teología³. Un paso en falso en cuanto a este Testamento muchas veces significa un paso en falso que repercute en toda la línea de la teología y práctica de la fe.

¿Tiene el Antiguo Testamento un centro?

Así como los escritores del Antiguo Testamento no escribieron en un vacío, tampoco los lectores originales ni la iglesia primitiva leyeron las antiguas Escrituras en un vacío. Por el contrario, leyeron los libros y autores del Antiguo Testamento con un sentido de integridad y conexión unos con otros. El texto era tratado como una historia en desarrollo del plan y propósito de Dios presentados sobre el lienzo histórico de aquellos tiempos en que se encontraban los protagonistas.

El tema de la unidad del Testamento puede ser rastreado por la manera en que los últimos escritores citaron e hicieron alusiones a los eventos, personas y palabras que los antecedieron, un método que podría ser utilizado como un precedente en nuestro propio tiempo. Pero esto va en contra del sentir general de la erudición bíblica contemporánea. El argumento contra la unidad y conectividad del texto se basa en que los materiales del Antiguo Testamento son sencillamente demasiado diversos, dispares y variados como para permitir cualquier tema principal o plan organizado. Pero llegar a esta conclusión implica evitar la consideración del hecho de que existía una mente divina organizada detrás de todo el Testamento. Por el contrario, con demasiada frecuencia se quita a Dios del cuadro, y una multiplicidad de mentes, voluntades y propósitos son colocados en el lugar de la mente, el propósito y el plan de Dios.

Si existe una clave que desentraña la cuestión de una organización central, ¿cuál es? Yo sostengo que tiene que encontrarse en *la promesa/el plan* de Dios. Ningún pasaje sostiene mejor esta afirmación que 1 Pedro 1:3-12. Cuando Pedro discute la "salvación" tan grande que tienen los creyentes, concluye que era la misma salvación que los profetas habían contemplado. Estos profetas habían "inquirido e investigado diligentemente" (v. 10) acerca de esta salvación.

Pero algunos protestarán diciendo: “¿No es precisamente ese el punto de objeción para cualquier tipo de plan o centro unificado u holístico para el Antiguo Testamento?”. Después de todo, si los profetas se rascaban la cabeza pensando en esta salvación, ¿cómo podrían haber sido conocedores en cuanto al mismo tema? ¿Se encontraban perplejos, o fueron precisos en cuanto a lo que escribieron y enseñaron?

La respuesta es que fue solamente un asunto del *tiempo* y las *circunstancias* conectadas con el Mesías y sus obras lo que los desconcertaba en 1 Pedro 1:10-12. En cuanto a los asuntos principales, sin embargo, tenían completa claridad: (1) sabían que estaban hablando acerca del Mesías; (2) que el Mesías debía sufrir; (3) sabían también que el Mesías sería glorificado y triunfaría; (4) conocían el orden, es decir, que el sufrimiento llegaría primero, y luego la gloria; por último, (5) sabían que estaban escribiendo no solamente para sus propio tiempo sino también para “nosotros” en la iglesia cristiana. Eso es lo que Pedro le enseñó a la joven iglesia a la que dirigió su epístola en la era cristiana.

Siguiendo el mismo razonamiento, creo que los escritores del Antiguo Testamento eran conscientes de lo que estaban diciendo. Vieron cierta unidad y una línea de conexión con los libros sucesivos. Aunque la estructura unificadora es sumamente importante, no debe ser vista como una estructura colocada sobre la Biblia ni una que haya sido impuesta *desde fuera*. Debe ser una estructura y un plan que brota desde *adentro* de los propios textos del Antiguo Testamento.

¿Presenta el Antiguo Testamento semejante unidad?

Los eruditos han sugerido todo tipo de temas centrales para el Antiguo Testamento, tales como la santidad de Dios, la comunión con Dios, el gobierno de Dios, el reino de Dios y el pacto. Cada una de estas ideas tiene sus méritos, pero todas fallan a la hora de mostrar desde *adentro* del propio Antiguo Testamento el centro organizador divinamente establecido para todo el Antiguo Testamento.

Si yo tuviera que escoger el texto del Antiguo Testamento que declare de forma más sucinta la mente divina y unifique toda la multiplicidad de temas, elegiría Génesis 12:3: “En tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra” (traducción del autor). Allí está el plan organizativo de toda la Biblia⁴.

Albrektson escribió en su *History and the Gods* [Historia y los dioses]: “Si pudiera aceptar Génesis 12:3 como estando en voz pasiva (en la forma hebrea del verbo) vería esto como todo el plan de Dios”⁵. Pero el hecho es que el verbo sí es pasivo⁶ en su forma en el hebreo, y fue citado de esa manera tanto en el período intertestamentario como en el Nuevo Testamento. Así que el plan de Dios puede ser definido como una palabra o declaración de Dios de que formaría una nación y que de esa nación traería a uno por medio de quien vendría la salvación a todas las naciones. Podemos referirnos a este tema como “la promesa /el plan de Dios”.

No fue sino hasta los tiempos del Nuevo Testamento que sus escritores escogieran referirse a este plan utilizando la mera palabra *promesa*. Se utiliza en todo el Nuevo Testamento menos en seis de sus libros (Mateo, Marcos, Juan, Santiago, Judas y Apocalipsis). El sustantivo “promesa” se usa en 51 ocasiones y el verbo “prometer” 11 veces en el Nuevo Testamento. Prácticamente en cada una de estas instancias fue utilizada para referirse al plan de Dios en desarrollo y su declaración anunciada en repetidas ocasiones en el Antiguo Testamento. Sin embargo, en el Antiguo Testamento no existe un término único que aparezca como dominante para referirse a este plan de Dios. Por el contrario, el Antiguo Testamento utilizó toda una constelación de términos, como “juramento” de Dios, su “palabra”, su “reino”, su “casa” y semejantes. Esta promesa/plan de Dios creció a través del Antiguo Testamento a medida que abarcó más y más elementos dentro del único plan de Dios. Incluyó misiones, herencia de la tierra, el temor de Dios, cómo vivir sabiamente, y cómo utilizar el tiempo libre como un regalo de Dios. Hasta abarcó el amor marital y las relaciones matrimoniales.

Pablo hizo el mismo resumen en su discurso en Antioquía de Pisidia: "Nosotros también os anunciamos las buenas nuevas de que la *promesa* que fue hecha a los padres, esta la ha cumplido Dios para nosotros sus hijos, cuando resucitó a Jesús" (Hech. 13:32, 33, énfasis añadido). Es aún más significativo que Pablo resumió todo el trabajo de su vida ante el rey Agripa en Hechos 26:6, 7 diciendo: "Y ahora soy sometido a juicio por la esperanza de la *promesa* que Dios hizo a nuestros padres, *promesa* que esperan alcanzar nuestras doce tribus sirviendo constantemente día y noche. ¡Por la misma esperanza soy acusado por los judíos, oh rey!" (énfasis añadido).

Si tomamos las 62 referencias del Nuevo Testamento en los 21 libros que mencionan la "promesa", podrían clasificarse de la siguiente manera: 20 por ciento de las menciones a la promesa se refieren a la nación de Israel, 16 por ciento apuntan a la promesa de la resurrección de los muertos, 11 por ciento se ocupan de la promesa de Jesús como el Mesías, 6 por ciento tienen que ver con la Segunda Venida de Cristo, 20 por ciento se refieren a la promesa de la redención del pecado, 16 por ciento se ocupan de la promesa del evangelio a las naciones, y otro 5 por ciento tienen que ver con los gentiles como tales.

Los cuatro momentos más singulares en la promesa/plan de Dios, que serían como las cuatro mayores cimas en el horizonte del Antiguo Testamento, son: Génesis 3:15; Génesis 12:2, 3; 2 Samuel 7; y Jeremías 31:31-34. Son respectivamente la promesa/plan dirigido a Eva, a Abraham, a David, y el nuevo pacto establecido con Israel.

Asumir en algún sentido la plenitud del plan de Dios hará mucho más fácil enseñar y predicar las partes individuales de esta totalidad en el Antiguo Testamento. O, para expresarlo de otra manera, es difícil presentar una predicación y enseñanza expositivas sin una teología bíblica que surja naturalmente del texto de las propias Escrituras. Uno tiene que tener alguna idea de cómo es la selva antes de intentar hacer una exégesis de los árboles, ramas u hojas individualmente. La teología bíblica se convierte en un componente de gran importancia en la comprensión del predicador y maestro cuando se sumerge en el texto.

El Antiguo Testamento, ¿ejemplifica el legalismo o la gracia?

Con demasiada frecuencia, los creyentes piensan que la frase "Antiguo Testamento" es un sinónimo de la ley de Moisés, una ley que ha quedado atrás ahora que tenemos el Nuevo Testamento. Si eso es cierto, ¿por qué ocuparse, entonces, del Antiguo Testamento? Algunos citan a Martín Lutero para apoyar esta última queja. Lutero dijo: "Cristo abolió todas las leyes de Moisés que existieron"⁷.

Si Lutero hubiera estado en lo correcto, no existirían leyes contra el homicidio, el robo, la idolatría, el adulterio, el falso testimonio, la deshonor a los padres y otras. La declaración de Lutero, tal como aparece, necesita importantes correcciones.

Ireneo, un discípulo de Policarpo, quien a su vez fue discípulo del apóstol Juan, escribió en 180 d. de J.C. exactamente lo opuesto a lo que se entiende que Lutero defendía:

Y los apóstoles que estaban con Santiago permitieron que los gentiles actuaran libremente, librándonos al Espíritu de Dios [Hech. 15]. Pero ellos mismos, conociendo al mismo Dios, continuaron en las antiguas observancias... Así hicieron los apóstoles, a quienes el Señor constituyó como testigos de cada acción y cada doctrina... actuaron escrupulosamente conforme a la dispensación de la ley mosaica⁸.

La ley en sí misma nunca fue entregada como un medio para la salvación o la redención. Al contrario, fue presentada, empezando con Éxodo 20 (el Decálogo), en el contexto de la redención: "Yo soy el SEÑOR tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud" (Éxo. 20:2).

Entonces, ¿cuál podría haber sido el propósito de la ley? Fue el medio por el que llegamos a conocer lo que es el pecado (Rom. 7:7) y que el pecado está prohibido (Rom. 4:15). El pecado estaba en el mundo antes de que llegara la ley (Rom. 5:13), pero cuando vino la ley, no solamente prohibió el pecado sino que también nos mostró qué era lo correcto y cómo debíamos vivir.

Claro que la ley prometió la muerte a todos los que la quebrantaran, pero la ley fue entregada como producto del amor, la misericordia y la gracia de Dios. Este era el modelo de Dios en cuanto a la santidad y la medida para decidir quién estaba “en lo correcto” o era “justo”.

En Mateo 5:17 Jesús advirtió: “No se les ocurra pensar [aparentemente él sabía que algunos se sentirían tentados a hacerlo] que vine para destruir la Ley y los Profetas. No vine a abolirlos, sino para llevarlos a la plenitud”, es decir, para cumplirlos (traducción del autor). De hecho, tan seria es la cuestión que Jesús advierte en Mateo 5:19: “Cualquiera que quebranta el más pequeño de estos mandamientos y así enseña a los hombres, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos”.

Pero algunos siguen protestando: “¿No enseñó Pablo que la ley había sido abolida?”.

¡No lo hizo! Escúchenlo preguntar: “¿Invalidamos la ley por la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos [establecemos] la ley” (Rom. 3:31).

Para no quedarse atrás, nuestro objetor se sigue quejando: “Sin embargo, ¿no es que el nuevo pacto reemplaza al antiguo en Jeremías 31:31-34?”. Por el contrario, el nuevo pacto retiene la *misma ley*, la ley de Dios entregada a Moisés, con la promesa adicional de que Dios la escribiría en nuestro corazón en lugar de permanecer escrita en la piedra. Aunque existen diferencias en la ley debido a su obsolescencia implícita o a que solamente es aplicable a algunas personas en distintas circunstancias⁹, la ley de Dios sigue estando en el centro del nuevo pacto.

Pero algunos aún persisten en reclamar que la gracia no está presente en el Antiguo Testamento. Sin embargo, cualquier persona que haya percibido la persistente paciencia de Dios y su firme decisión de no rescindir su promesa a Israel, no puede tomarse en serio dicha protesta contra el Antiguo Testamento. Para tomar solamente un ejemplo, observe cómo en medio de la recitación de una letanía de las transgresiones de Israel durante el tiempo de los jueces, Dios afirma: “No invalidaré jamás mi pacto con vosotros” (Jue. 2:1). ¿Qué es esto sino una demostración de la gracia?

¿Hace falta rehacer el Antiguo Testamento en el Nuevo?

Si no vamos a considerar abolir o rechazar el Antiguo Testamento, ¿debemos *cristianizarlo*, preguntan algunos, para preservar su utilidad para la iglesia? Pero también debemos rechazar esta idea. ¿Qué tiene que ver, entonces, el Antiguo Testamento con el Nuevo? ¿No existen distinciones o diferencias entre los dos Testamentos?

A la iglesia no se debe acusar enteramente por estar tan confundida acerca de esta pregunta, porque se le han enseñado por lo menos seis respuestas diferentes concernientes a la cuestión de continuidad o discontinuidad presente entre los Testamentos.

El Antiguo Testamento debe ser cancelado

La primera respuesta es extrema. Declara que el primer Testamento fue una pérdida de tiempo y una religión pagana en sí misma. Esto fue lo que enseñaron Marción, Schleiermacher, Harnack y Delitzsch en su época temprana. Marción, un rico comerciante nacido en el Ponto, sobre el mar Negro, se separó de la iglesia primitiva en el año 144 d. de J.C. formando su propia secta por esta causa. Sin embargo, sus perspectivas a este respecto fueron condenadas por el Edicto de Constantino en el siglo IV. Marción enseñó que el Dios del Antiguo Testamento era un semidiós severo y cruel. Todo el Antiguo Testamento, junto a sus alusiones o citas en el Nuevo Testamento, debían ser borradas del libro santo de la iglesia. Friedrich Schleiermacher, Adolph Harnack y Friedrich Delitzsch también llegaron a conclusiones muy similares.

El Antiguo Testamento es una lección negativa

Una segunda solución consiste en utilizar el Antiguo Testamento como una lección negativa y la historia de un fracaso. La mejor manera de resumir sus mensajes es presentarlos como una lección en cuanto a lo que no debemos hacer, así como

muchos leen incorrectamente los 12 capítulos de Eclesiastés como el punto de vista natural de una persona; el único producto positivo aparece en los últimos dos versículos del libro. Pero, una vez más, ¿no deberíamos nosotros ser más inspirados que el texto que estamos examinando para determinar qué debe ser aceptado y qué no debe ser aceptado como el mensaje de Dios? ¿Bajo qué criterio separamos lo que debe ser tomado positivamente, si es que lo hay, de lo negativo?

El Antiguo Testamento provee solamente material de respaldo para el Nuevo Testamento

Una vez más, el Antiguo Testamento no tiene una palabra en particular para la iglesia ni para las subsecuentes generaciones. De acuerdo a esta teoría, fue una mera preparación para la verdadera palabra de Dios (!!) que llegaría más adelante con el Nuevo Testamento. De esta manera, el Antiguo Testamento es como un prefacio de un libro que nos dice que las cosas buenas llegarán en los capítulos siguientes.

El Antiguo Testamento es nada más que una preparación providencial para Cristo

Otro intento de resolver el problema de la continuidad o discontinuidad entre los Testamentos es el que le asigna al primer Testamento solo un rol providencial en preparación para el segundo. Mientras las palabras y los eventos que están registrados en el Antiguo Testamento no están dirigidos a la iglesia ni a nadie en los tiempos postreros, las mismas palabras y eventos prepararon el terreno para la venida de Cristo y su revelación que llegó en el mensaje del Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento preserva tipos o alegorías que ilustran la verdad cristiana

Aquí también la norma es el Nuevo Testamento el cual, cuando se lo vuelve a leer en el Antiguo Testamento, parece

descubrir mensajes escondidos que estaban codificados en tipos o alegorías. Estas pueden ser utilizadas como ilustraciones pero no directamente de manera ilustrativa o didáctica.

El Antiguo Testamento es parte del plan unificado de Dios para todos los tiempos y todos los pueblos

Mi solución consiste en comprender los dos Testamentos como parte de un plan continuo y unificado de Dios. Pablo resumió este concepto cuando argumentó en Romanos 15:8, 9: "Digo, pues, que Cristo fue hecho ministro de la circuncisión a favor de la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los patriarcas, y para que las naciones glorifiquen a Dios por la misericordia, como está escrito: *Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, y cantaré a tu nombre*". Esto devuelve la atención a Génesis 12:3, porque Cristo vino a ser siervo del pueblo judío por un gran propósito: para que pudiera confirmar la promesa/plan dado a Abraham, Isaac y Jacob, que en la simiente de Abraham "serán benditas todas las familias de la tierra". La prueba de esta tesis, como lo indica Pablo en Romanos 15:9-12, debe encontrarse en los siguientes pasajes del Antiguo Testamento: 2 Samuel 22:50; Salmo 18:49; Deuteronomio 32:43; Salmo 117:1; e Isaías 11:10.

Usted se preguntará: "¿Es que nada ha cambiado entre los dos Testamentos?". Sí, la economía mosaica, que impulsó la verdad por medio de gran cantidad de símbolos y ceremonias tipificando al Cristo y su obra, ha cambiado. Vino Cristo, haciendo con ello innecesarios los símbolos y las ceremonias, el tipo en sí mismo, porque el antitipo y la propia realidad habían llegado. Asimismo, la administración del antiguo pacto ya no es la administración actual del nuevo, aunque el contenido y la sustancia de las bendiciones espirituales de ambos pactos permanecen siendo progresivamente las mismas.

Conclusión

Nuestra enseñanza y predicación siempre permanecerá atrofiada si no logramos ver que Dios tiene una plenitud para su palabra que abarca ambos Testamentos en un solo plan unificado. La clave que unifica ambos Testamentos surge naturalmente del propio texto, y es la promesa/plan de Dios.

Sin el componente de una fuerte teología bíblica como el que ofrece la doctrina de la promesa, la posibilidad de presentar una sólida predicación y enseñanza expositiva es limitada. Recomendando la apropiación y el estudio del esquema diacrónico de la promesa a lo largo de las eras de la historia bíblica como la mejor manera de captar esta teología bíblica, para prepararse para la realización de la predicación y enseñanza expositivas¹⁰.

3

La tarea de predicar y enseñar del Antiguo Testamento en la actualidad

Una de las preguntas más antiguas en la historia de la iglesia es esta: ¿Cuál es el valor del Antiguo Testamento para los cristianos contemporáneos? ¿Existe alguna relevancia, enseñanza útil o continuidad entre los dos Testamentos? ¿O el cristianismo arrastra un excedente de peso por su asociación con el Antiguo Testamento? ¿Sería mejor la iglesia si se desvinculara del Antiguo Testamento?

Cuando uno evalúa cuánto tiempo se dedica en algunos seminarios al dominio de lo que ocupa tres cuartas partes de toda la Biblia, solo eso es suficiente para reconsiderar si realmente es de tanta utilidad. A esto se puede agregar el tiempo que se dedica en otros seminarios al aprendizaje del idioma hebreo, y la conclusión parece evidente en sí misma.

Pero "el problema del Antiguo Testamento... no es solamente uno entre muchos. Es el problema teológico por excelencia"¹, advirtió Emil G. Kraeling. Kraeling continúa observando que la importancia imperativa del Antiguo Testamento atraviesa toda la historia como un hilo escarlata. La razón es la siguiente: si uno comete un error en lo que tiene que ver con el Antiguo Testamento, entonces tiende a transmitirlo a sus estudios, teología, ética y vida cristiana práctica del Nuevo Testamento. Alcanza con que a uno le recuerden a Marción, el hereje del siglo II, para evaluar el verdadero impacto de la declaración de que un movimiento es falso en cuanto al Antiguo Testamento

afecta todo lo demás. Sus conclusiones con respecto al Antiguo Testamento afectaron lo que fue capaz de extraer de su diezmado Nuevo Testamento y, en consecuencia, produjeron un profundo impacto en su teología.

Entonces, ¿dónde encontraremos la utilidad práctica del Antiguo Testamento? Por cierto, el apóstol Pablo instruyó al joven Timoteo diciéndole que el Antiguo Testamento era aprovechable y útil en 2 Timoteo 3:16, 17. Pero, ¿de qué manera debe ser enseñado, apreciado y predicado eso en el mundo de hoy en día?

Existen por lo menos cuatro áreas principales en las que el valor del Antiguo Testamento llega con mucha claridad y en las que es desesperadamente necesario en nuestros días. Estas cuatro áreas son: la doctrina, la ética, la vida práctica y la predicación. Sin los aportes del Antiguo Testamento en cada una de estas cuatro áreas la iglesia del siglo XXI se encontrará en bancarrota.

Hay una cantidad de doctrinas que alcanzan su máxima expresión en los textos del Antiguo Testamento. Algunas de las que vienen a la mente son la doctrina de la creación (Gén. 1—2), la caída (Gén. 3), la ley de Dios (Éxo. 20; Deut. 5), la incomparable grandeza de Dios (Isa. 40), la naturaleza de la expiación sustitutiva de Cristo (Isa. 52:13—53:12), los nuevos cielos y la nueva tierra (Isa. 65—66) y la segunda venida de nuestro Señor en el monte de los Olivos (Zac. 14). El punto es este: si evitamos el Antiguo Testamento y dependemos solamente del Nuevo Testamento estaremos proveyendo espacios para las herejías de mañana, o en la misericordiosa providencia de Dios, una oportunidad para un ministerio paraeclesiástico que recupere lo que los otros han descuidado o pasado por alto deliberadamente.

No hace falta decir mucho acerca de cómo hemos fallado en cuanto a la predicación de la ley de Dios como fue entendida directamente en el Antiguo Testamento. Sin embargo, si toda la enseñanza ética que necesitamos está en el Nuevo Testamento, como objetan algunos, entonces, ¿qué debemos decirle a nuestra generación acerca del casamiento con parientes cercanos, la bestialidad y otras muchas nuevas preguntas

éticas y morales que han surgido en nuestros días? El Nuevo Testamento no habla de muchos de estos asuntos, porque este Testamento presume que hemos leído y prestado atención al Antiguo Testamento.

Un tema cercano a este es el de la necesidad de una práctica consecuente de la vida cristiana. Pocas secciones de la Biblia son tan prácticas y realistas como los libros de sabiduría. La demanda mundial de seminarios para la familia, el matrimonio y el manejo de nuestras finanzas demuestra que esta bien podría ser una de las áreas más descuidadas en nuestra misión de predicación. Y eso probablemente esté enlazado con nuestra falla en cuanto a predicar con tanta frecuencia como deberíamos del Antiguo Testamento. ¿Dónde puede uno encontrar una mejor teología de la cultura, el tiempo libre y la administración de los bienes materiales que en el libro de Eclesiastés? Enseña que todo lo que hay en la vida y sus posesiones —comida, bebida, salario, conocimiento y aún cónyuges— son dones provenientes de la mano de Dios.

Pero otro punto de presión no alcanzado en el mundo de hoy en día es la necesidad de un fuerte anuncio profético de la Palabra de Dios en nuestro medio desde el Antiguo Testamento. La modernidad ha reducido la exposición clara de la Palabra de Dios en todo su poder a poco más que ensayos temáticos acerca de temas seguros que tiendan a no ofender a nadie. Esta es la razón por la que me vuelvo a la cuestión de la predicación del Antiguo Testamento.

Razones por las que la iglesia debe escuchar el Antiguo Testamento

Afirmemos desde un principio que el tema central, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, es Cristo². ¿No reprendió nuestro Señor a los dos discípulos en el camino a Emaús aquella tarde del primer domingo de Pascua por no haber comprendido que él era aquel a quién señalaban la Ley, los Profetas y los Escritos (Luc. 24:25-27)? De hecho, aunque los profetas ignoraban el tiempo y las circunstancias que rodearían la venida del

Mesías (1 Ped. 1:10–12) había cinco cosas que tenían claras: (1) Estaban escribiendo acerca del Mesías; (2) sabían que el Mesías sufriría; (3) sabían que el Mesías también sería glorificado y triunfaría; (4) sabían que el sufrimiento precedería la gloria; y (5) sabían que estaban hablando no solamente para su propia generación sino para todos los que vendríamos después, como los de la iglesia en el tiempo de Pedro. Por lo tanto, el desconcierto de los profetas por su falta de conocimiento para precisar la fecha de la aparición del Mesías no debería ser tomado como una prueba de que hablaban “más de lo que sabían”, o que muchas veces hablaban ignorando de lo que habían escrito.

Existen más razones por las que la iglesia debería escuchar al Antiguo Testamento. Alcanzaría con mencionar su tamaño, ya que aproximadamente un 77 por ciento de la Biblia se encuentra en los primeros 39 libros del canon. Además, el contenido del Antiguo Testamento no se trata solamente de leyes, como muchos consideran erróneamente. Al contrario, también se concentra en las buenas nuevas, el evangelio de Jesucristo. Esta declaración puede apoyarse en Romanos 1:1, 2. En ese pasaje Pablo sostiene que ha sido “apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras”. En los tiempos de Pablo las “Sagradas Escrituras” no eran otras que el Antiguo Testamento. ¡Y en aquel Antiguo Testamento se había proclamado el evangelio mucho antes de que Pablo siquiera comenzara a anunciarlo!

El mismo argumento se presenta en Hebreos 3:17–4:2. El escritor cuenta allí acerca de que la generación que murió en el desierto no entró en la tierra prometida de Canaán debido a su incredulidad. Por eso todos nosotros también debemos ser cuidadosos, para que no nos ocurra que aquella misma promesa que nos fuera dejada de entrar en el lugar del reposo de Dios se pierda de la misma manera. Cuando se nos predica el evangelio, así como le fue predicado a quienes murieron en el desierto, corremos el mismo peligro si es que nosotros tampoco creemos en el evangelio. ¡Lo que queda claro es que el mismo evangelio predicado en el tiempo de Moisés es el que está siendo predicado en nuestros días!

Una última razón que debemos mencionar aquí. Observe en cuantas ocasiones se cambia el pronombre de la tercera persona “él”, “ella” o “ellos”, a “nosotros” o “nuestro” cuando se menciona una cita más adelante en el Antiguo Testamento o en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Dios le habló a Jacob en Génesis más o menos en el año 1800 a. de J.C. El mismo texto fue utilizado después por el profeta Oseas en el 700 a. de J.C. Él citó varios de los mismos episodios y palabras del año 1800 a. de J.C. para su audiencia del siglo VIII a. de J.C. De hecho, el profeta Oseas sostuvo que “[Dios] en Bet-el le halló [a Jacob], y allí habló con *nosotros* (Ose. 12:4 RVR-1960, basado en el texto hebreo; énfasis añadido). ¡Así que Dios seguía hablándole a las generaciones posteriores usando el texto de Génesis escrito unos 1.100 años antes!

Este mismo fenómeno ocurre una docena de ocasiones o más en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, Hebreos 6:18 sostiene que Dios afirmó su promesa a Abraham por medio de dos cosas inconvencibles: su palabra en Génesis 12 y su juramento en Génesis 22. Pero no lo hizo solamente para proveer un fuerte apoyo a Abraham sino también para alentarnos a los que vivimos en los tiempos del Nuevo Testamento, “[*nosotros*] los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de *nosotros*” (RVR-1960, énfasis añadido). Así que el texto del Antiguo Testamento está dirigido a nosotros tanto como lo fue a Israel.

Razones por las que la iglesia perdió al Antiguo Testamento en su predicación

Existen pocas cosas capaces de desanimar el uso adecuado de algo más que el abuso. Eso es lo que ocurrió temprano en la historia de la iglesia. Los ataques al Antiguo Testamento por parte del hereje Marción alejaron a muchos del Antiguo Testamento. Antes de eso Filón había comenzado un programa de interpretación alegórica, tal como algunos de los intérpretes clásicos habían hecho para retener la respetabilidad de los dioses y diosas de las diferentes religiones griega y romana, tratando

alegóricamente sus textos religiosos del panteón olímpico. Se pensaba que todo lo que había en la tierra representaba una analogía de algo similar que había en el cielo. Por tanto, algunos eruditos y pastores dejaron de intentar explicar los difíciles asuntos morales, éticos y doctrinales presentados por el Antiguo Testamento. Estos temas fueron rápidamente pasados por alto y suplantados por lo que se asumió serían sus contrapartidas celestiales y espirituales. Sin embargo, nadie fue capaz de dotar de autoridad divina a esta doctrina de las analogías o teoría de las correspondencias que se decía que existía entre la copia terrenal y el prototipo celestial.

Otra práctica en los tiempos de la Edad Media y los primeros tiempos de la Reforma consistía en asumir que muchas, si no todas, las cosas del Antiguo Testamento eran tipos de algo más en el Nuevo Testamento. Es cierto que existen tipos reales en la Biblia, pero todos los tipos auténticos tienen claras designaciones divinas expresadas en los mismos contextos con el supuesto tipo del Antiguo Testamento. De esta manera, cualquier persona, institución, hecho o evento que puede reclamar por designación divina en el Antiguo Testamento que es una figura parcial de una realidad superior futura puede ser reconocida por todos los intérpretes verdaderos como un tipo. Pero el problema surge cuando todo detalle, como sucede con el tabernáculo, es transformado en un tipo de otra cosa. Seguramente, como uno de mis profesores subrayó sabiamente un día en clase, algunas de las cuerdas y estacas del tabernáculo ¡tenían el propósito de sostenerlo y conservarlo firme! El problema con la tipología es que muchos la llevan mucho más allá de lo que les autoriza la Biblia. Claro que existen más tipos en la Biblia de los que el Nuevo Testamento menciona como tales, pero eso está muy lejos de transformar la mayoría de lo que hay en el Antiguo Testamento en un tipo, especialmente leyendo el Antiguo Testamento a través del cristal del Nuevo Testamento.

En un intento posterior por demostrar cómo se le puede dar utilidad al Antiguo Testamento para los creyentes contemporáneos, la Ilustración declaró que un texto bíblico era más

importante por *cómo* había sido formulado que por *qué era* lo que decía. Las palabras y eventos sobrenaturales también fueron negados a medida que el nuevo racionalismo cobró apogeo donde alguna vez había reinado la fe. Así que la Palabra fue atomizada, fragmentada y generalmente perdida para el ministerio de predicación de la iglesia.

Más recientemente, los efectos del posmodernismo se han visto en el sistema de hermenéutica de "respuestas del lector". El significado del texto ahora ha cambiado para muchos de las afirmaciones de los autores humanos de las Escrituras, quienes fueron alcanzados por el consejo de Dios y recibieron su revelación, a los significados que los lectores quieran atribuirle a ese texto. Esta es poco más que una forma moderna de eiségesis, "leer hacia dentro" del texto lo que el lector anhela ver allí. Esto convierte a la Biblia en una nariz de cera que puede ser empujada hacia donde uno quiera ir. ¡Es una burla de la autoridad divina!

Ninguno de estos sistemas nos ayudó a comprender el Antiguo Testamento, pero fueron responsables por promover una declinación y pérdida del mensaje proveniente del Testamento más antiguo en muchas iglesias y academias teológicas.

Razones por las que el Antiguo Testamento ayuda en la predicación

Si vamos a tener un ministerio equilibrado y completo, debemos predicar todo el consejo de Dios (Hech. 20:27) a la persona completa. El descuido de cualquier área de las Escrituras proveerá el terreno fértil ya sea para que la herejía crezca en la iglesia o, en la misericordiosa providencia de Dios, para que un ministerio paraeclesialístico reclame lo que fue descuidado o dejado de lado deliberadamente por el ministerio de predicación de la iglesia.

Nuestra enseñanza y predicación del Antiguo Testamento debe ser equilibrada en su uso de los géneros, abarcando todos los tipos literarios y énfasis que se encuentran en el Antiguo Testamento. Así que debe incluir alabanza, pero también la-

mento; debe tratar los pasajes en prosa, pero también los poéticos. Así como existen textos didácticos, también están los que definitivamente son narrativos. La enseñanza y predicación firme y equilibrada debe incluir pasajes legales, proverbiales, históricos, escatológicos, doctrinales, éticos, proféticos, sapienciales y apocalípticos del Antiguo Testamento.

Se puede decir con confianza que sin una enseñanza clara del Antiguo Testamento la iglesia y el pensamiento moderno sufren. Son muchos los temas modernos, como la santidad de la verdad, el matrimonio, la propiedad, el corazón y sus motivos, que encuentran su mejor base y dirección en las enseñanzas del Antiguo Testamento.

¿Cómo predicamos del Antiguo Testamento?

Uno de los mayores problemas para enseñarles a los estudiantes y pastores cómo utilizar el Antiguo Testamento para la predicación contemporánea consiste en aprender cómo cruzar el ancho abismo que existe entre el texto precristiano y la situación de la predicación en el siglo XXI. Con mucha frecuencia se deja que el pastor transite este camino a solas. Afortunadamente, en los últimos tiempos se han puesto cada vez más ayudas a disposición de los pastores y maestros.

Conclusión

¿Qué esperanza hay de que se le devuelva al Antiguo Testamento el lugar que le corresponde en la misión de predicación de la iglesia? Hay una gran esperanza, a medida que toda una nueva serie de ayudas están siendo ahora puestas a disposición y a medida que los seminarios comienzan a asumir la parte que les corresponde de la carga de ayudar a la iglesia a averiguar de qué manera cumplir con esta misión.

Muchos de mis esfuerzos los he dedicado a la producción de comentarios que intenten ir más allá de *qué* dijo el texto. En lugar de eso, he intentado mostrar *cómo* el mismo texto del

Antiguo Testamento tiene una aplicación contemporánea en el siglo XXI. Especialmente deben considerarse mis obras acerca de los Salmos 120—34³, Miqueas a Malaquías⁴, Lamentaciones⁵, Éxodo⁶ y Levítico⁷. Pero la tarea está lejos de estar terminada. Juntos debemos redoblar nuestros esfuerzos para escuchar la palabra de Dios desde el cielo proviniendo del Antiguo Testamento cuando habla a nuestro tiempo.

El arte y la ciencia de la predicación expositiva

La cura para muchas de las dolencias que afectan a la iglesia y a los seminarios de hoy en día se encuentra en la fiel exposición de la Palabra de Dios. La fidelidad en esta área es el prerequisite primario para atenuar las profundas preocupaciones que afectan en nuestro tiempo a la iglesia y la sociedad.

La predicación expositiva como la solución

Muchos maestros de la Biblia sostienen que lo que hacen cuando predicán o enseñan puede ser llamado predicación o enseñanza expositiva. Pero ese no es siempre el caso. La enseñanza y la predicación expositiva implican más que el uso de un pasaje bíblico como trampolín o punto de referencia en lo que de otra manera hubiera sido mejor llamar mensaje temático. De hecho, nuestra enseñanza y predicación es al presente desesperadamente débil en el ámbito doméstico de la fe debido a la escasez de la verdadera exposición bíblica.

Así que, ¿qué es un sermón expositivo? Un sermón o lección expositiva es aquel que considera como mínimo un párrafo completo (una escena en una narración o una estrofa en la poesía) y permite que el texto bíblico provea tanto la forma como el contenido del mensaje o lección que proviene del propio texto¹.

La razón para esta limitación es importante. Resulta demasiado fácil caer en la trampa de volcar lo que ya sabemos de la

gracia de Dios en los diferentes recipientes constituidos por diferentes versículos de las Escrituras sin otorgarle seriamente a cada texto la oportunidad de enseñarnos primeramente lo que quiere decir. Esa predicación no solamente se vuelve reiterativa sino que limita severamente la oportunidad del predicador de crecer y extenderse hacia nuevas áreas. Y tal extensión resulta aún más importante cuando se trata de aventurarse hacia un nuevo libro de la Biblia, especialmente cuando se recurre al Antiguo Testamento en busca de un sermón o lección.

Se puede argumentar sin lugar a equivocarnos que la predicación expositiva es uno de nuestros estilos de predicación más antiguos. Ya sea que estemos considerando la comunidad del Qumrán en el mar Muerto, los rabinos de la primera etapa del cristianismo, o expositores más contemporáneos como Donald Grey Barnhouse o John Stott, lo que tienen en común es la exposición de las Escrituras. Lo que separa a la predicación temática de la expositiva, observó Ronald Allen, es que la predicación y enseñanza expositiva comienza y continúa inmovible con el texto bíblico a lo largo de todo el sermón². En lugar de comenzar con una necesidad o preocupación humana como el ímpetu para el mensaje, el sermón expositivo invierte deliberadamente la acción y hace que el sermón se origine en la exposición del propio texto bíblico. La exposición se inicia con el texto bíblico y se aferra al mismo a lo largo del sermón o la lección.

Pero, ¿cuán efectiva resulta esta estrategia cuando se trata de anunciar y exponer el Antiguo Testamento? ¿No despierta problemas especiales que resultan prácticamente insuperables para el expositor y la audiencia contemporáneos? Esta es una de las razones más importantes por las que pocos maestros y pastores están usando la exposición como su estilo favorito, especialmente al aventurarse al Antiguo Testamento.

¿Qué lentes debemos utilizar para leer el Antiguo Testamento?

Sidney Greidanus, en su muy estimulante libro *Preaching Christ from the Old Testament* [Predicando a Cristo desde el

Antiguo Testamento] señala siete maneras en las que podemos leer y predicar a Cristo desde el Antiguo Testamento. Ellas son: la progresión redentora-histórica, el método del cumplimiento de la promesa, el camino tipológico, el camino analógico, el método del tema longitudinal, el método del contraste y el camino de la referencia del Nuevo Testamento³.

Pero Greidanus deja cristalinamente claro que nuestro propósito para la predicación desde el Antiguo Testamento no es predicar a Cristo excluyendo “todo el consejo de Dios”. Por el contrario, insiste, la tarea del predicador consiste en “ver todo el consejo de Dios, con todas sus enseñanzas, leyes, profecías y visiones, a la luz de Jesucristo”⁴. Continúa para añadir una calificación importante:

Al mismo tiempo debería ser evidente que no debemos leer la encarnación de Cristo *hacia atrás* en el texto del Antiguo Testamento, lo que sería una *eiségesis*, pero debemos buscar maneras legítimas de predicar a Cristo desde el Antiguo Testamento en el *contexto del Nuevo*⁵.

Allí es donde presentó el problema con más precisión. La Biblia fue creada para ser leída al derecho, no hacia atrás. Leerla en sentido contrario implica terminar con una Biblia plana, en la que cualquier mención de un asunto convoque a toda la enseñanza de todas las Escrituras para ser usadas para interpretar cualquiera de las contribuciones hechas a ese respecto a lo largo del camino. Vamos a agregar más a este respecto más adelante en este capítulo. Pero, por ahora, quedémonos con la primera pregunta.

Así que, ¿qué lentes utilizamos para enseñar todo el consejo de Dios del Antiguo Testamento? ¿Proveerán los siete métodos (o cada uno de los siete) discutidos por Greidanus la manera correcta de meditar en el Antiguo Testamento?

El lugar donde debemos comenzar es el significado simple, natural, original e histórico del pasaje. Si en alguna ocasión abandonamos ese como nuestro punto de partida habremos perdido toda esperanza de alcanzar algún sentido acordado en un texto.

¿Dónde voy a encontrar el significado claro de un pasaje?

El único lugar adecuado para comenzar, entonces, es con el autor humano que declaró haber obtenido su significado por haber sido alcanzado por el consejo celestial de Dios. Pero no intentamos obtener el estado psicológico del autor ni nada por el estilo. Por el contrario, lo que intentamos hacer es comprender las palabras que utiliza el autor en el contexto de su vida, tiempos, géneros literarios y conceptos teológicos.

Gordon Fee y Douglas Stuart lo expresaron mejor cuando dijeron:

El único control adecuado para la hermenéutica debe encontrarse en la intención original del texto bíblico... En contraste con... [la completa] subjetividad, insistimos en que el significado original del texto —hasta donde esté a nuestro alcance discernirlo— es el punto objetivo de control⁶.

En cuanto al contexto histórico del texto, primero debemos preguntar: ¿qué quiso decir el autor? En términos del uso original de los términos, ¿qué era lo que comprendían los oyentes de las palabras utilizadas cuando habló o escribió? ¿De qué manera contribuye el conocimiento de los contextos histórico, social y geográfico, y del propósito de sus escritos, a nuestra comprensión del mensaje?

En el pasado, esta perspectiva era conocida como la interpretación gramático-histórica del texto. La frase “interpretación gramático-histórica” fue utilizada originalmente por Karl A. G. Keil⁷. Sin embargo, el término “gramatical” hoy en día resulta un tanto engañoso para nuestros oídos, porque al usarlo generalmente nos referimos al arreglo de las palabras y la construcción de las oraciones. Pero ese no era el significado que Keil tenía en mente cuando usó el término. Lo que tenía en mente, en lugar de esto, era el término griego *gramma*, que se aproxima a nuestro significado para la palabra “literal” (para utilizar un sinónimo derivado del latín). El sentido gramatical de Keil

era que pudiéramos alcanzar el sentido simple, directo, claro, ordinario, natural o literal de las frases, cláusulas y oraciones.

El uso de Keil del término “histórica” significa que el intérprete debía considerar estas palabras en relación con el tiempo, circunstancias, eventos y personas en aquel período histórico en que el autor escribió. Así que el gran objetivo de Keil, como también el nuestro, era determinar el *usus loquendi*, es decir, el uso específico de las palabras como fueron utilizadas por el escritor que está siendo considerado y/o como eran prevalentes en el tiempo y la época en los que él escribió⁸.

La forma literaria de un pasaje, ¿afecta su significado?

Para reducir el rango de posibles significados del autor se nos hace necesario preguntar: ¿cómo presenta este texto este significado? En otras palabras, ¿qué género literario utilizó el autor? ¿Usó el autor una prosa expositiva, una narración, una forma de alabanza, un lamento, un formato profético o proverbial para encapsular sus ideas? Cada uno de estos formatos implicará una estrategia interpretativa diferente. Cada una de estas estrategias será discutida en los siguientes capítulos.

El ensayo de Ronald Allen en el libro editado por Don Wardlow en 1983, *Preaching Biblically*⁹ [Predicación bíblica] puede haber sido uno de los primeros en captar nuestra atención en cuanto a cómo el formato o el género literario de un pasaje bíblico necesita reflejarse en el sermón. De repente quedó claro que la mayoría de nosotros cambiamos automáticamente nuestras reglas de interpretación cuando leemos un periódico y pasamos de la página editorial a los anuncios clasificados, las tiras cómicas y las cartas al editor. En el periódico, cada género cuenta con su propio juego de directrices que demanda ajustes en cuanto a nuestra manera de manejar ese texto. De la misma manera la Biblia debe leerse siendo sensibles a tales cambios en los géneros literarios.

Cada género encarna patrones literarios característicos únicos para ese formato en particular. Los formatos literarios aca-

rrean con ellos efectos especiales para el lector u oyente que apuntan a determinado juego de condiciones para la interpretación del formato. Las parábolas no deben leerse como lamentos ni como salmos de alabanza. Un género apocalíptico tampoco debe leerse como una narración o el género de milagros. La sintonía fina de estas diferenciaciones es aquello a lo que nos proponemos dedicar en los capítulos que siguen.

¿Qué es lo que da unidad a un sermón expositivo?

Un sermón expositivo no puede definirse como tal meramente por el hecho de que se analizan gramaticalmente los términos hebreos, griegos o arameos, se examinan las frases y se presentan en nuestra exposición pública las diferentes características geográficas, históricas o arqueológicas del texto bíblico. Lamentablemente, con demasiada frecuencia los estudiantes recuerdan lo que se hizo en algunas de sus clases de exégesis en el seminario y confunden esto con la exposición bíblica. Tal método muchas veces carece de un concepto de unidad y un tema integrador que se ha encontrado en el propio pasaje.

Así que aún luego de determinar *qué* significa un pasaje y *cómo* ese significado fue transmitido tanto en su tiempo como en el nuestro, la pregunta sigue latente: ¿Existen otros lentes que debamos usar para afinar aún más nuestra perspectiva?

Sí, existen otros lentes a través de los que podemos ver este texto. En primer lugar, las palabras u oraciones no pueden ser desempaçadas como si fueran paquetes aislados con significados en y a partir de sí mismos. El hecho de que estas palabras representen la verdad de Dios no nos habilita a manejarlas de maneras fracturadas, aisladas o misteriosas que les confieran profundos significados teológicos que importamos de otras partes de las Escrituras. Por eso sugiero algunos pasos comunes que ayudarán a dirigir nuestro tránsito desde la comprensión de lo que significa el texto, atravesando todo el camino hasta llegar a la aplicación de ese significado en nuestros días.

Averigüe la extensión de la perícopa

Las palabras pertenecen a oraciones, y las oraciones generalmente pertenecen a párrafos, escenas, estrofas o unidades mayores dentro de la gramática de un género. Por eso insisto en que un buen sermón expositivo nunca abarque *menos* de un párrafo completo o su equivalente literario (por ejemplo una escena, una estrofa o semejantes) como base. La razón es clara: solamente el párrafo completo o su equivalente contiene una idea o concepto completo del mismo. Subdividir alguna de sus partes implica jugar con el texto como si pudiera ser doblado de alguna manera para que haga lo que consideramos es mejor.

Por tanto, debemos encontrar la dimensión de la perícopa completa. La perícopa es la historia completa en cada episodio de la narración, o el poema completo, al que contribuyen cada uno de los párrafos, escenas o estrofas. Una vez más, nuestro deseo es captar la plenitud, lo completo, y el fin para el que cada párrafo, escena o estrofa aporta a la idea completa o unificada de cada bloque de texto didáctico (perícopa). En muchas ocasiones, esta plenitud abarcará un capítulo completo de la Biblia. Y en otros casos la perícopa se extenderá solamente por un párrafo completo o solamente una parte de un capítulo de la Biblia¹⁰.

El sermón, entonces, está anclado en el primer significado que el autor le concedió al texto. Este significado es abarcado por el género literario que encapsula el mensaje original del texto. Queda limitado más ampliamente por la extensión del bloque textual o perícopa que a su vez constituye las secciones del libro.

Encuentre el enfoque del pasaje

Ahora debemos encontrar el "enfoque" de esta perícopa, o el punto de inflexión en el pasaje. Este punto de inflexión es donde el tema del pasaje o punto de vista aparece en su máxima expresión. Puede ser una sola declaración, un solo versículo, o algunas veces toda una cláusula en alguna parte de la perícopa que se está estudiando.

Este enfoque le provee a uno el componente clave de la predicación expositiva: el “tema o tópico unificador” que compartirán el sermón y el texto. Es aquí donde todo el tema, o lo que Haddon Robinson llama “la gran idea”, de un texto bíblico y un sermón puede ser reducido a una sola declaración o el anuncio de un tema. Esto es lo que provee al mensaje de cohesión y evita divagar por el pasaje bíblico derivando en temas e ideas inconexos. Abreviando, el título o tema para nuestro mensaje se encuentra en este enfoque que ahora sirve como el factor unificador del sermón. Debe estar presente simultáneamente en el texto bíblico sometido a estudio y en el tema dominante o sujeto del mensaje.

La razón para esta limitación es importante. Es demasiado fácil caer en la trampa de imponer sobre los diferentes versículos de las Escrituras lo que ya sabemos de la gracia de Dios, sin darle a cada texto una oportunidad para enseñarnos primero lo que quiere decir.

Lo que diferencia un mensaje temático de uno expositivo, como hemos observado que señaló Ronald Allen¹¹, es que comienza y continúa inmovible con el texto bíblico. La identificación con el enfoque del pasaje conservará al mensaje y el predicador concentrados en el tema auténtico presentado en la Palabra de Dios. Ahora tenemos un título o tema para nuestra exposición y sermón.

Encuentre la palabra homilética clave

Por medio de una observación cuidadosa de todos los términos conectivos o transitivos (conjunciones, preposiciones y aun adverbios) que aparecen con cierta frecuencia en la perícopa, uno puede determinar la palabra homilética clave para todo el pasaje. Pero, ¿de qué manera se hace?

En primer lugar, esta palabra homilética clave debe darle nombre a algo que se encuentre en cada uno de los párrafos o sus equivalentes literarios. Es decir, debemos usar un sustantivo que exprese las conexiones que observamos en todo este pasaje. Pero no puede ser cualquier sustantivo: debe ser un

nombre abstracto, porque queremos declarar lo que hay en este pasaje en la forma de un principio, para que pueda ser aplicado a todos los tiempos y lugares. Y dado que generalmente vamos a tener más de un principio, es mejor que utilicemos un sustantivo abstracto en plural, que sea capaz de alinear todos los puntos principales del sermón en una explicación clara del título o el tema que hemos descubierto como el enfoque del texto de las Escrituras.

Primero, observe si el pasaje bajo consideración exhibe una serie de términos transitivos o conectivos, como una serie de “si” condicionales, relacionados con una palabra homilética clave de “condiciones”, o una serie de “dado que” relacionados como una palabra homilética clave de “concesiones”, o “porque” sirviendo a alguna palabra homilética clave de “razones”.

Otra manera de hacerlo consiste en repetir el título o tema del pasaje y luego preguntar: ¿Qué se dice acerca de este tema en este texto? Tome cada párrafo (escena o estrofa) y arregle la oración temática de cada uno para ver el desarrollo o conexión al progresar a través de la perícopa. Luego de haber puesto por escrito el tema o la oración temática de cada párrafo (escena o estrofa), luego pregunte qué tipo de acción comparten. ¿Nos están dando todos los párrafos maneras de cumplir con lo que había en el tema? O, ¿todos los párrafos están proveyendo verdades o principios para nuestra edificación? Si aún sigue estancado, entonces proceda con el siguiente paso.

Encuentre las interrogantes

Existen seis interrogantes que muchas veces nos ayudarán a descubrir cómo se relacionan los párrafos que forman parte de la perícopa. Las primeras cinco son: “¿Quién?”; “¿qué?”; “¿por qué?”; “¿dónde?”; y “¿cuándo?”. La sexta es “¿Cómo?”. Así que puedo repetir el tema o título de mi mensaje que he derivado del enfoque y luego preguntarme cuál de estas interrogantes muestra lo que unifica todos los puntos alrededor de la afirmación central hecha en el enfoque.

“Quién” apunta a las personas, “qué” a las verdades y

asuntos semejantes, “por qué” a las razones, “dónde” a los lugares, “cuándo” a los momentos o situaciones, y “cómo” generalmente conduce a las maneras.

El punto es que estos seis interrogantes pueden asistir al predicador para determinar el centro organizativo para el pasaje. No cabe duda de que hay otro tipo de preguntas que uno puede hacer acerca de lo que unifica al texto. Pero la manera más fácil y simple de comenzar consiste en usar una de estas seis interrogantes. El asunto del que se habla en este texto, ¿es un “quién”, un “qué”, un “dónde”, un “cuándo”, un “por qué” o un “cómo”?

Haga que los puntos principales sean relevantes y contemporáneos

Ahora que ya tiene el título o tema del mensaje y todo el pasaje está relacionado con un sustantivo plural abstracto que alimenta una interrogación, es tiempo de organizar el bosquejo para su mensaje. La tentación ahora será dejar el texto en su vestidura precristiana o del primer siglo. ¡Pero eso es exactamente lo que le ha conferido a la predicación expositiva su mala reputación de ser tan seca como una monótona lección de historia, o tan aburrida como la historia de los familiares de alguna otra persona!

Estas son unas pocas pistas que, si se siguen al pie de la letra, pueden ayudar al predicador o maestro en su situación. Primera, evite todo uso de nombres propios en el bosquejo, a no ser alguno de los nombres de Dios. Esto quiere decir que no tiene que haber referencias a ninguno de los héroes bíblicos ni a ciudades, naciones, territorios o cosas semejantes en el bosquejo del sermón. Todos estos estancan el bosquejo inmediatamente en una fecha y lo alejan de la posibilidad de ser una palabra contemporánea para la gente de nuestros días.

Segunda, nunca utilice el pasado de ningún verbo en el bosquejo de su sermón. Esa sería otra manera de reconocer que estamos pensando más en “aquel entonces” que en las personas aquí y ahora.

Tercera, no debemos usar los pronombres de tercera persona

(ellos, él, ella, o aun *aquello, aquellos*), porque cada pronombre en tercera persona ubica al oyente en la posición de permanecer fuera de la acción y solamente escuchando al respecto.

Como contraste, debemos utilizar el nombre de Dios en el bosquejo del sermón. De hecho, en las ocasiones en que nos encontremos perdidos en cuanto a lo que podríamos predicar acerca de un pasaje, nunca nos equivocaremos si nos concentramos en Dios, sus acciones y requerimientos. Pero cuando los nombres de Israel, Moisés, Isaías o David se encuentran en el bosquejo del mensaje, revelan que estamos predicando un sermón del tiempo antes de Cristo y no uno para el siglo XXI.

En lugar de utilizar el tiempo pasado de los verbos en los bosquejos, debemos apelar a los imperativos o verbos en tiempo presente. Lo cierto es que podríamos utilizar casi cualquier otra forma verbal excepto el pasado, si es que conservamos la intención de comunicarnos con una audiencia contemporánea.

Finalmente, mientras he advertido seriamente acerca del uso de los pronombres en tercera persona, recomendaría que utilizáramos los pronombres de primera persona en plural (*nosotros, nuestro*) en los puntos principales de nuestro sermón. Claro que uno también podría usar los pronombres de segunda persona, pero he descubierto que es más humilde y adecuado a nuestro oficio si nos identificamos con las personas a quienes predicamos, en lugar de apilar sobre ellos los mandatos como si nosotros y Dios estuviéramos ahora en las alturas demandando que ellos, en contradicción con Dios y nosotros, cambien a la luz de lo está siendo dicho. Así que utilice los pronombres de primera persona en plural: “*Hagámoslo, hermanos*”, “*es nuestra responsabilidad, hermanos*”, y semejantes.

Concluya el sermón haciendo un llamamiento final

Con frecuencia estamos muy apurados al final de la exposición como para hacer algo más que redondear precipitadamente nuestros puntos. Peor aún es la práctica de elevar una oración al final de nuestra predicación que repase los puntos

uno por uno, aparentemente para darle tiempo al Señor para recordar los puntos como una revisión, ¡porque la oración se la estamos dirigiendo a él!

Mucho mejor es la práctica de trabajar duro para discernir dónde es que el Espíritu Santo nos haría reclamar una acción decisiva basada en la verdad acerca de la que acabamos de predicar. Para la mayoría de nosotros esto no nos resulta fácil. Puede llevarnos entre 45 minutos y una hora y media de preparación concienzuda concluir cómo podríamos encarar una convocatoria a la congregación para que cambie sus caminos y hechos, y responda a lo que este pasaje de las Escrituras en particular quiere que hagamos y cómo quiere que seamos. Muchas veces necesito orar en cuanto a este aspecto de la preparación, o dejar que mi corazón y alma se agiten escuchando el *Mesías* de Handel para tomar los principios que he anunciado en mis puntos principales y establecerlos como desafíos para la acción: cosas que tengo que *hacer* si fuera a ser fiel en mi reacción frente al texto.

Así que la conclusión es una de las partes más críticas de un mensaje. Debo citar una convocatoria real (por ejemplo, divina) a sugerencias específicas para la acción inmediata. Debe haber un llamamiento para que Dios nos cambie a la luz de la pureza de su Palabra. Pero también debe haber prudencia en cuanto a esto: debo reclamar acciones específicas que se basen únicamente en lo que se enseña precisamente en este pasaje. Con demasiada frecuencia reclamamos acciones genéricamente verdaderas que se podrían haber encontrado en 100 pasajes diferentes; pero, lamentablemente, no en el que se predicó esta vez. Así que procure que el desafío se encuentre en este texto.

Otra advertencia. Los evangélicos en particular son conocidos por abandonar los mensajes al nivel cognoscitivo. Muchas veces pensamos que cumplimos con nuestro trabajo cuando le hemos pedido al pueblo de Dios que "piense acerca de esto", "crea esto" o "recuerde aquello". Pero un día repentinamente comprendí que Beelzebú podría responder igual de bien a mis sermones si eso era todo lo que le estaba pidiendo a la gente que

hiciera. El diablo cree en todas esas cosas y más. Sabe que son verdad; simplemente no quiere *obrar* conforme a ninguna de esas declaraciones. Así que debemos llamar a la acción. Tal vez esta sea la razón por la que alrededor de un 30 por ciento de los estadounidenses diría que ha tenido una experiencia de nuevo nacimiento con Dios, o por lo menos algún tipo de experiencia personal con Dios, pero vemos un impacto cristiano muy pobre en la cultura. Puede ser que su "fe" sea muy cerebral y no se ponga en acción y refleje un cambio en la vida o las obras.

Conclusión

La predicación expositiva no es uno de los lujos opcionales del púlpito. En realidad permanece como una de las habilidades más anheladas entre los pastores, conforme a recientes encuestas. La seriedad de los tiempos y la autoridad de la Palabra de Dios demandan que procuremos con todo el fervor de nuestro ser ver el desarrollo de esta capacidad en nuestros ministerios, si es que vamos a volver a sentir lo que Dios quiso que la iglesia fuera y experimentara.

Segunda parte

Cómo predicar
y enseñar
del Antiguo Testamento

Cómo predicar y enseñar los textos narrativos del Antiguo Testamento

Uno de los primeros textos en llamar nuestra atención a la importancia de la forma de los textos de la Escritura fue el publicado en 1983 bajo el título *Preaching Biblically*¹ [Predicación bíblica]. Este libro señalaba cómo el formato del sermón puede ser afectado y realmente ayudado al comenzar con la *forma* del texto bíblico. El mismo espíritu alienta el trabajo que enfrentamos en este y los capítulos sucesivos.

La narración es el género preferido del texto bíblico. De acuerdo a una manera de evaluarlo, la narración podría constituir la mitad del contenido de ambos Testamentos. **Esto sucede porque el corazón del mensaje de las Escrituras es en sí mismo la historia del plan redentor de Dios.**

Pero en esta preferencia por la narración hay más de lo que salta a la vista. Observe cuántas de las personas que ocupan sus asientos los domingos de mañana en el templo parecen sentir sus intereses reavivados cuando se inserta una anécdota o historia en el mensaje. Aquellas cabezas que habían permanecido inclinadas se yerguen repentinamente y un mar de rostros vuelven a saludar al predicador a medida que se desarrolla la historia. Ya desde que éramos niños a casi todos nosotros nos cautivaba escuchar o relatar una historia. No tendría por qué resultar una sorpresa, entonces, el hecho de que la comunicación más importante de la historia dirigida a los mortales emplee esta misma estrategia por algunas de las mismas razones.

Para prepararse adecuadamente para la enseñanza o predicción de las narraciones es necesario comprender cómo estas son elaboradas y cómo funcionan. Tal investigación de la técnica narrativa nos ayudará a detenernos en nuestro análisis del texto y nuestro deseo de llegar al final o a la enseñanza de la historia. De manera que observaremos más cuidadosamente los pequeños pero importantes detalles de la narración. Al mismo tiempo nos protegerá de sobreinterpretar el texto llenando los espacios del relato con nuestra propia imaginación y tratando el relleno como si fuera lo mismo que el texto de las Escrituras.

Los elementos del texto narrativo

Una narración, por naturaleza, “requiere de una historia y un narrador”². El relator puede contar la historia ya sea en primera o tercera persona. Cuando se utiliza la primera persona, el “yo” de la historia puede relacionarse con lo que ocurrió desde el punto de vista de lo que el narrador experimentó u observó. Pero cuando se usa la tercera persona, “él”, “ella” o “ellos”, la historia puede asumir diferentes perspectivas, y como resultado puede saltar de un lado al otro o de un momento al otro más fácilmente. Los narradores bíblicos tienden a preferir la narración en tercera persona, lo que les provee más libertad para presentar una perspectiva más amplia de lo que está ocurriendo en la historia.

Los elementos centrales del paquete completo de los recursos literarios utilizados en la narración incluyen: (1) la escena, (2) el argumento, (3) el punto de vista, (4) la caracterización, (5) el escenario, (6) el diálogo, (7) *leitwort*³, la palabra o palabras clave, (8) la estructura y (9) los elementos estilísticos o retóricos utilizados en la narración. El relator se vale de este amplio repertorio a medida que escribe la historia.

La escena

“En la prosa del Antiguo Testamento”, declaró J. P. Fokkelmann, “la escena es prácticamente la unidad de mayor

importancia en la arquitectura de la narración”⁴. Cada escena representa algo que tuvo lugar en determinado tiempo y lugar. En lo que a esto respecta, entonces, la escena funciona de forma bastante parecida a lo que lo hace el párrafo en la escritura de la prosa normal, supliendo generalmente una idea principal por cada escena. Eso será muy útil para los maestros o expertos en homilética que se esfuercen por demostrar que el relato conserva la coherencia en su propia lógica interna y cómo los principios pueden derivarse de este texto.

De manera que cada vez que el relato indica un cambio en el tiempo o el lugar, es en ese punto donde uno podría señalar la presencia de una nueva escena y, por tanto, lo que equivaldría a un nuevo párrafo y un nuevo pensamiento que está siendo elaborado dentro de la lógica y la estructura de la historia. Varias versiones bíblicas indican más divisiones en el texto, porque su regla consiste en colocar una sangría y dar comienzo a un nuevo párrafo cada vez que cambia el interlocutor. Pero esta regla generalmente no es útil para el análisis de la escena y la predicción. Por el contrario, deberíamos apegarnos a la regla general de que se pasa de una escena a otra cuando cambian el tiempo o el lugar.

Usualmente cada escena está constituida por dos o más personajes. En los casos en los que un grupo se presenta en una escena, funciona como uno de los personajes. Sin embargo, en el caso de la narración bíblica, una de las características que más la distingue es lo que Sidney Greidanus llama “la penetrante presencia de Dios”⁵. Greidanus observa entonces que en la mayoría de las ocasiones Dios es uno de los dos personajes en esas escenas. Sin embargo, aún cuando no se menciona a Dios directamente, su presencia muchas veces es implicada por el mero punto de vista asumido por el relator.

La tarea del intérprete, maestro o predicador, entonces, consiste en comenzar el estudio de cada narración señalando las escenas de cada historia. Este proceso es similar a la manera en que uno dividiría un pasaje en prosa señalando cada uno de los párrafos individuales. Una vez que se formulan las divisiones, es útil redactar en nuestras propias palabras una

breve sinopsis de lo que se está diciendo o está sucediendo en cada escena, porque es muy posible que esto funcione de la misma manera que la oración temática en los párrafos en prosa. De esta manera el intérprete se concentrará en el relato en sí mismo, permitiendo que la forma de la historia, así como ahora aparece en el texto, establezca la agenda de las ideas que se relacionarán con ella. Esta lectura constructiva del texto evita las inconsistencias de una superposición ideológica deconstructiva o impuesta sobre el texto.

Buenas ilustraciones del uso de la escena pueden encontrarse en historias tan diversas como el llamamiento de Samuel en 1 Samuel 3 o el comienzo del ministerio de Elías en 1 Reyes 17. En el caso de la historia de Samuel, el texto exhibe un cambio de escena al cambiar el tiempo, que puede ser analizado de la siguiente manera:

- I. Días previos: 1 Samuel 3:1 ("La palabra del SEÑOR escaseaba en aquellos días").
- II. Una noche: 1 Samuel 3:2-14.
- III. La mañana siguiente: 1 Samuel 3:15-18.
- IV. Los días siguientes: 1 Samuel 3:19—4:1a.

Cada una de estas escenas se transformará en la base para uno de los puntos principales o números romanos en el mensaje que se desarrolla a partir de estas cuatro escenas. Será necesario limitar cada escena a una idea dominante que desarrolle la idea principal del pasaje en sucesivos pensamientos en el progreso de la historia completa.

Una ilustración semejante del cambio de escenas se puede mostrar en el cambio de lugar que se observa en 1 Reyes 17:

- I. El palacio: 1 Reyes 17:1.
- II. El arroyo de Querit: 1 Reyes 17:2-7.
- III. La puerta de la ciudad de Sarepta: 1 Reyes 17:8-16.
- IV. La casa de la viuda de Sarepta: 1 Reyes 17:17-24.

Un cambio en el tiempo y el lugar determina dónde establecer las divisiones en el texto de la narración para la preparación del texto para su proclamación. Es así de sencillo y así de definido. Esta escena funcionará ahora para el sermón en gran medida de la misma manera en que funcionan los párrafos en un pasaje bíblico escrito en prosa.

El argumento

El desarrollo es lo que da movimiento a la historia, porque cada narración debe contar con un comienzo, un centro o punto medio y un final. A esta secuencia la llamamos argumento. Registra el movimiento de los eventos y episodios a medida que emergen del relato. El argumento se debe mover hacia una culminación y algún tipo de resolución. En el concepto del argumento está incluida la relación existente entre una secuencia de eventos, y las causas y consecuencias vinculadas con tal secuencia.

Algunos argumentos implican un formato complejo, pero la mayoría de los argumentos bíblicos emplean uno sencillo que forma un "patrón clásico de pirámide"⁶. Partiendo de una situación pacífica inicial, la acción se construye hacia un clímax para luego retornar a la situación tranquila. Bar-Efrat ilustró este patrón de pirámide utilizando Génesis 22, donde la historia comienza con la tranquila solicitud de Dios a Abraham para que sacrifique a Isaac. La acción progresa hasta que casi tiene lugar el sacrificio de Isaac y luego retorna a la calma mientras el muchacho y su padre descienden del monte Moriah.

Una ilustración más compleja del mismo Bar-Efrat es la historia de la bendición de Isaac a Jacob en Génesis 27. La acción llega a su clímax cuando Isaac casi descubre el ardid que su hijo le ha tendido. La acción amaina mientras Isaac bendice a Jacob, quien está fingiendo ser Esaú. Pero luego, inmediatamente, surge otro clímax cuando Esaú entra y le solicita a su padre la bendición que acababa de dar. Se alcanza un nuevo momento de descanso en la acción de la historia cuando Jacob abandona su hogar y queda establecida cierta distancia entre los hermanos hostiles.

El punto de vista

El punto de vista se refiere a la perspectiva desde la que se cuenta la historia. Generalmente es prerrogativa del relator expresar la postura o punto de vista desde el que se cuenta la historia. Ocasionalmente, el narrador cede esa posición privilegiada y permite que uno de los personajes en el relato presente la enseñanza que se desea extraer de la historia. Por ejemplo, el escritor de 1 Reyes 17 permite que el discurso final de la viuda de Sarepta presente el punto de vista de las cuatro escenas anteriores y, por tanto, la enseñanza resultante de toda la historia. Dijo: "¡Ahora reconozco que tú eres un hombre de Dios y que la palabra del SEÑOR es verdad en tu boca!" (1 Rey. 17:24).

El punto de vista le concede coherencia a toda la serie de episodios sucesivos o escenas. Cuando hemos identificado ese versículo o porción de versículo en el relato que provee el punto de vista de todo el grupo de escenas, podemos declarar cuál es el propósito de este pasaje y qué título le podremos dar a nuestro mensaje. En el caso de la declaración de la viuda podemos señalar que este pasaje de 1 Reyes 17 se trata de "descubrir que la Palabra del Señor es confiable y verdadera"⁷.

De modo que el punto de vista provee los lentes por medio de los cuales el lector, el intérprete y el expositor se pueden relacionar con las acciones o eventos de cada escena. De esta manera, la base para la predicación y enseñanza de un pasaje narrativo comienza a construirse ante nuestros ojos. Una vez que hemos determinado las escenas, observado cómo se presenta el argumento e identificado el punto de vista que se encuentra dentro del pasaje, ya llevamos un buen camino transitado hacia el uso del método expositivo de predicación a partir de los relatos.

Sin embargo, debe observarse que es posible confundir lo que se quiere decir con el punto de vista. Después de todo, cada persona tiene el potencial para expresar diferentes puntos de vista, aun sobre el mismo tema. Pero eso no puede hacerse con integridad aquí y seguir reclamando la autoridad del texto o de la voz divina proveniente de los cielos. Uno podría hablar desde un punto de vista psicológico, ideológico,

temporal, o aún desde la perspectiva de los diferentes elementos retóricos utilizados en la narración. Pero ninguna de estos puede competir con la perspectiva que el escritor original, quien escuchó la voz de Dios y recibió la revelación original, expresó en el texto de este pasaje. El texto no está más dividido contra sí mismo de lo que lo está la mente divina que inspiró el texto en primer lugar. Pueden existir diferentes aspectos interesantes a medida que uno identifica los conceptos que apoyan el punto de vista ofrecido en el pasaje, pero eso es todo lo que son: puntos de vista secundarios o suplementarios que refuerzan el tema dominante de la historia. Solamente cuando el punto de vista no es expresado y es apenas implicado (como ocurre en unas pocas ocasiones) será difícil de expresar con claridad. En estos casos debemos depender de otros elementos de la narración para que nos ayuden a reconstruir el punto de vista del autor, así como el sujeto o título de nuestro mensaje.

La caracterización

Una vez que se ha hecho el análisis de cómo está estructurada una narración, es importante comenzar a descubrir lo que expresa la narración. La sustancia de lo que comunica un relato puede encontrarse con claridad especialmente en su uso de los personajes.

El movimiento real de una narración proviene de los personajes, sus acciones y discursos. Por tanto, es igualmente imposible presentar un personaje separadamente de los eventos o describir los eventos como si estuvieran separados de los personajes.

Richard Bowman señala que el personaje en el relato bíblico se presenta de cuatro maneras diferentes:

1. Por medio de las propias acciones del personaje y su interacción con los demás.
2. Por medio de los discursos del propio personaje.
3. Por medio de los discursos de otros personajes acerca de uno en especial.

4. Por medio de los comentarios específicos del narrador acerca de un personaje⁸.

Sucede que el Antiguo Testamento en pocas ocasiones describe sus personajes, prefiriendo ofrecer designaciones físicas, de procedencia o profesionales con la mayor brevedad posible. Por ejemplo, Saúl es alguien que "de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo" (1 Sam. 9:2), mientras que otros pueden ser simplemente un amalequita, un amorreo, un hitita, un profeta, una prostituta o un pastor. Se informa lo suficiente como para ubicarlos con referencia al tema de la historia, pero nunca se dan tantos detalles como para satisfacer nuestra curiosidad. En pocas ocasiones el texto bíblico deja entrever algo de la psicología de sus personajes, pero puede describir sus rasgos morales o intelectuales. De modo que Jacob es "el engañador" y Nabal "el torpe". Todo esto contrasta con la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, obras en las que se proveen descripciones bastante detalladas de sus héroes.

Entonces, ¿cómo vamos a determinar la caracterización en los relatos bíblicos, si se la usa tan poco? La respuesta es la siguiente: la caracterización puede detectarse más que nada por medio de las acciones y diálogos de los participantes de la narración. Al respecto, uno debe ser particularmente observador al considerar los diálogos. Es la manera más importante para una narrativa de presentar sus personajes. Además muchas veces encontrará varios aspectos de uno en el mismo personaje. Así que vamos a encontrar fortalezas como debilidades de los patriarcas, los reyes de Israel, y aun de los profetas y sacerdotes de Israel.

Las caracterizaciones pueden ser tanto estáticas como dinámicas. Cuando un personaje bíblico no cambia a lo largo de todo el relato, se puede describir a ese personaje como estático. Pero cuando un personaje manifiesta cambios considerables y un desarrollo a lo largo del curso de la historia, lo podemos etiquetar como dinámico. El primer juez del libro de Jueces es Otoniel, quien en el desempeño de su cargo va a la guerra con el rey de Siria y sale victorioso. No podemos decir nada más

que eso, así que se le debe considerar como un personaje estático. Por otro lado, Sansón es un personaje muy complejo y multifacético. A pesar de su compromiso prenatal de ser nazareo desde el vientre y liberador de Israel, gastó su juventud coqueteando con mujeres filisteas, solo para ser traicionado por sus amantes.

Muchas veces los personajes se oponen unos contra otros, proveyéndonos una idea de ambos por la vía del contraste. Por ejemplo, Rajab aparece junto a Acán en el libro de Josué, mientras que Samuel resulta un fuerte contraste con los hijos de Elí. Está claro que Saúl es lo opuesto de David, y Rut lo contrario de Orfa. De esta manera, algunos de los personajes funcionan como contrastes.

El personaje central de la Biblia es Dios. Esto resulta obvio, dado que Dios está presente en casi cada narración, ya sea explícitamente o por implicación. Así que la atención del intérprete y el expositor deben centrarse en el papel de Dios en el relato. Eso nos recuerda que todos los esfuerzos por concentrarnos en los personajes humanos de una historia, dejando de percibir las acciones de Dios en el relato, están equivocados. Conducen al divorcio del personaje del plan redentor de Dios más amplio, pasando por alto el énfasis al que se refiere el autor. De la misma manera, una de nuestras preguntas vitales para determinar la caracterización de un relato es: ¿Qué es lo que Dios está haciendo en esta escena? ¿Qué es lo que este escritor de las Escrituras está intentando decir en este relato, por medio de su punto de vista en particular que encaja con su propósito general para escribir? El expositor no debe dejarse distraer por la tentación al reduccionismo o a desarrollar su propio juego de moralejas, por buenas que estas sean o por más que se enseñen con mucha frecuencia en otras partes de la Biblia.

El escenario

Es importante ubicar el argumento y los personajes en el mundo de espacio y tiempo de los que forman parte. No es ningún secreto que los relatos bíblicos guardan una relación cerca-

na con la historia, siendo esa una de sus categorías: la narrativa histórica.

Pero el escenario cumple también con otras funciones. Cuando se ubica la historia del sacrificio de Isaac sobre el monte Moriah en Génesis 22, ese no es un detalle insignificante que no cumple una función ni importa en la historia. Por el contrario, esta historia y su evento en particular nos prepara para el hecho de que en ese mismo punto se construirá el templo y tendrán lugar los futuros sacrificios. Esto queda claro en una revelación posterior cuando 2 Crónicas 3:1, casi al pasar, dice: "Salomón comenzó a edificar la casa del SEÑOR en Jerusalén, en el monte Moriah". Se puede presentar este punto al resumir la enseñanza de este pasaje con la teología de toda la Biblia.

El hecho de que el relato de Elías tenga por escenario el reinado del rey Acab y la reina Jezabel es igualmente importante para comprender el contexto hacia el que iba dirigida su protesta contra el politeísmo. Además, el padre de Jezabel era el rey de Sidón, una fuente de influencia cananea contra la que el profeta levantó sus santas objeciones. El escenario, entonces, puede añadir un factor de significación para la comprensión que el intérprete tendrá de una historia.

El diálogo

Si bien la caracterización es de alguna manera escasa en las historias del Antiguo Testamento, se puede decir exactamente lo opuesto acerca del uso del diálogo en esos relatos. Como bien lo observara Robert Alter:

Todo lo existente en el mundo de la narración bíblica finalmente gravita hacia el diálogo. Cuantitativamente, el diálogo tiene una parte significativamente amplia de la carga del relato, las transacciones entre los personajes que normalmente se pone de manifiesto por medio de las palabras que ellos intercambian, apenas con una mínima intervención del relator⁹.

El diálogo juega un rol tan central que muchas veces se puede encontrar en las palabras de uno de los personajes prin-

cipales de la narración el punto de vista para todo el pasaje. Por ejemplo, ya hemos visto como en 1 Reyes 17:24 el escritor evita decir directamente en sus propias palabras lo que quiere comunicar. En lugar de eso recurre a hacer que la viuda concluya en sus propias palabras: "¡Ahora reconozco que tú eres un hombre de Dios y que la palabra del SEÑOR es verdad en tu boca!". Allí yace la diferencia entre el escrito expositivo en prosa, cuyas afirmaciones son *directas*, y la narración, en la que por su propia naturaleza utiliza un medio *indirecto* para presentar sus afirmaciones. Pero por el hecho de que el escritor evita el método de declarar las cosas directamente no se debe concluir que este no tiene una opinión igualmente clara y cierta en cuanto al relato.

Alter provee dos reglas de mucha utilidad acerca del uso del diálogo cuando se interpreta la narración:

- Observe el lugar en que se introduce originalmente el diálogo, porque ese será, muchas veces, el momento importante de revelar el carácter del interlocutor, ¡tal vez aún de mayor importancia que la sustancia de lo que dice!
- También note que el relator ha escogido introducir el diálogo en lugar de la narración. Ese ritmo de pasar de uno al otro entre la narración y el diálogo es parte del efecto que se está creando. Y en el rico intercambio entre los personajes se arrojará luz acerca de la relación entre ellos y Dios, y uno con el otro¹⁰.

Es especialmente importante prestar atención a aquellas ocasiones en las que uno de los personajes repite una parte o todo lo que otro acaba de decir. Muchas veces en estas repeticiones existe una pequeña desviación, un cambio sutil, una inversión en el orden, algo de elaboración, una supresión o alguna otra diferencia. Esos detalles pueden llamar la atención del intérprete hacia algo que puede constituir la clave para desentrañar al personaje o evento que se está describiendo.

Pueden resultar útiles algunos ejemplos de esta variación en el diálogo. El más antiguo es aquel en el que la serpiente y la

mujer repiten las instrucciones de Dios a Adán en cuanto a los árboles del jardín (Gén. 2:15-17) con sutiles diferencias. De esa manera, dan sus propias versiones de los mandatos de Dios (Gén. 3:1, 2). De manera semejante, los mandatos a los tres jefes de 50 hombres del ejército que fueron enviados al profeta Elías manifiestan un desarrollo, siendo que los últimos dos sabían que el escuadrón de 50 anterior había sido destruido instantáneamente por una palabra de la boca del profeta (2 Rey. 1:9-15). Pasaron de: "Oh hombre de Dios, el rey ha dicho: ¡Desciende!" (v. 9) a: "Oh hombre de Dios, el rey ha dicho así: ¡Desciende pronto!" (v. 11). En su última versión se convirtió en: "Hombre de Dios, ¡por favor ten respeto de mi vida y las de estos 50 hombres, tus siervos! Mira, ha caído el fuego del cielo [de Dios] y ha consumido a los dos primeros jefes y todos sus hombres. ¡Pero ahora ten respeto de mi vida!" (vv. 13, 14, traducción del autor).

Lo que resulta bastante significativo en cuanto a los diálogos en la Biblia es que siempre ocurren entre dos personajes o grupos, y en muy escasas ocasiones entre tres o más. Pero es el diálogo lo que le añade color, vida y realismo a la narración bíblica, haciendo que la verdad que está siendo enseñada sea mucho más fácil de recordar.

Palabras clave o leitwort

Con frecuencia el relato utilizará la misma palabra o un patrón de palabras con similitudes sonoras o de forma en puntos importantes de la narración. Cuando este es el caso, esas palabras pueden usarse para enfatizar la unidad temática de toda la perícopa o para presentar un motivo en la historia. De manera que se le da prominencia a una palabra o grupo de palabras por causa de la frecuencia de su uso o la manera estratégica en que se emplea.

Kenneth Matthews muestra cómo Génesis 22 contiene una triple reiteración de "tu hijo, a tu único" (Gén. 22:2, 12, 16) dentro del relato¹¹. Esta es otra manera de enfatizar que el muchacho constituye un aspecto de gran importancia en esta

historia. Otra ilustración es el uso frecuente de "casa" (con el significado de "dinastía") en 2 Samuel 7 cuando Dios promete edificar una dinastía a partir de David en lugar de que David construya una casa para él.

Robert Alter ha reavivado un antiguo ejemplo de una palabra clave para explicar cómo Génesis 37 está conectado con Génesis 38, dado que en la mayoría de los relatos daría la impresión de que este último capítulo fuera una interrupción del relato de otra manera uniforme de la vida de José¹². Sin embargo, cuando uno considera la yuxtaposición de la palabra clave "hijo" o "cabrito" y el verbo "reconocer" en ambas historias (37:31, 33; 38:17, 25, 26), puede ser hecho un descubrimiento más sorprendente. Así como el cabrito fue utilizado por los hermanos de José para engañar a su padre Jacob y hacerle creer que José había muerto, tal vez como víctima del ataque de un animal salvaje, así también Judá (quien sugirió que los hermanos vendieran a José a los madianitas) fue a su vez engañado por su agraviada nuera. Él finalmente "reconoció", en un momento muy vergonzoso, ¡por qué el "cabrito" nunca le llegó a la mujer a quien había ofendido! Esto no es otra cosa que otra manera de repetición utilizada en la narrativa bíblica.

La estructura

Los relatos hebreos manifiestan estructuras que constituyen una "red de relaciones entre las partes de un objeto o unidad"¹³. Como todas las narraciones tienen algún tipo de arreglo deliberado de todas sus partes, es importante examinar cómo esas partes encajan y se interrelacionan. De esta manera no solamente quedará en evidencia la unidad de la historia sino que también sus temas, énfasis y argumento también quedarán al descubierto.

La parte más natural para observar la estructura es el clímax de una historia. Es su desenlace o pico, que generalmente también sirve de foco de la historia. De esta manera, la historia de José progresa hacia su punto más alto en el que José revela quién es a sus hermanos en Génesis 43—45.

En otros relatos, como la historia de Job, la estructura puede ser rastreada a partir de las frases recurrentes. Por ejemplo, Job 1:13-19 está marcado por la frase recurrente que señala que los cuatro mensajeros llegaron cuando “todavía estaba este hablando”, y luego de relatar las trágicas noticias dice: “Solo yo escapé para darte la noticia”.

Pero existe una estructura más grande que enlaza un complejo de narraciones. De manera que tenemos el ciclo abrahámico (Gén. 11:27—25:11), el ciclo de José (Gén. 37—50), el ciclo de Samuel (1 Sam. 1—16) y el ciclo de Elías y Eliseo (1 Rey. 17—2 Rey. 13). Aquí es importante observar cómo cada perícopa individual dentro de la estructura más grande contribuye y expande el tema de toda la estructura así como el de la estructura individual. En el caso del ciclo de Elías y Eliseo parecería que 2 Reyes 2:14 es el desenlace. Con el traslado de Elías al cielo en un torbellino se hace retóricamente la pregunta: “¿Dónde está el SEÑOR, el Dios de Elías?”. De esta manera, en cada episodio de estos dos profetas puede verse el poder de Dios. Primero Reyes 17 demuestra el poder de la palabra de Dios. Primero Reyes 18 pone de manifiesto el poder de Dios cuando cae fuego del cielo. En el siguiente episodio, 1 Reyes 19, se ve el poder de Dios en su capacidad para restaurar a su siervo de un colapso emocional y espiritual. Pero todo tiene que ver con el poder de Dios.

Elementos estilísticos y retóricos de la narración

En las palabras que escoge cada autor existen evidencias de su propio estilo. Una de las pocas maneras en las que puede quedar en evidencia el estilo es al observar qué cosas son reiteradas y cuáles omitidas, así como el uso que hace el autor de quiasmos, ironías y otras figuras idiomáticas. Cada uno de estos elementos retóricos es digno de una breve discusión.

REPETICIÓN

Ya hemos subrayado el uso de una palabra clave o *leitwort*. Además de esta forma de repetición uno también puede ver lo que los occidentales consideramos redundancias. Sin embargo,

bien puede ocurrir que estas repeticiones suplan la propia moraleja de la historia al hacer el énfasis necesario.

Además de proveer el énfasis de la narración, la repetición puede señalar el comienzo y el fin de la perícopa. A esto le llamamos *inclusio*, una forma de paréntesis entre los que el inicio y final de un cuerpo de material es indicado por el uso de las mismas palabras o frases. De esta manera, queda marcado el apéndice del libro de Jueces: “En aquellos días no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía recto ante sus propios ojos” (Jue. 17:6; 21:25).

Sorprendentemente, la misma fórmula aparece en una forma modificada dentro de la propia unidad en Jueces 18:1 y 19:1, proveyendo de esa manera de unidad a la estructura mayor con las que conforman esa macroestructura¹⁴. Otra estructura semejante es la provista por el autor de Génesis para su libro: “Este es el libro [la historia, los descendientes] de...” (Gén. 5:1; ver 2:4; 6:9; 10:1; 11:10, 27; 25:12, 19; 36:1, 9; 37:2), señalando así once bloques de material.

Finalmente la repetición puede apuntar a aspectos del carácter de una persona. Solamente hace falta percibir sutiles variaciones de un mandamiento divino reiterado, para detectar defectos en el carácter de una persona. De esta manera se nos destaca el carácter de la serpiente y la mujer cuando repiten la prohibición de Dios acerca de los árboles en el jardín de Edén, pero con sus propias interpretaciones (Gén. 2:15-17; 3:1, 2). Esta atención en la lectura e interpretación del texto muchas veces nos conduce a excelentes reflexiones en cuanto al carácter de aquellos con quienes estamos tratando, aun cuando el texto hebreo generalmente ofrece muy poco en lo que se refiere a la caracterización.

OMISIÓN

Las omisiones de un texto son tan importantes como las repeticiones. En algunas ocasiones existen piezas de información omitidas, que resultan esenciales para obtener todo el significado de un pasaje. Estas “brechas” o “sistemas de brechas”¹⁵,

como las ha etiquetado Meir Sternberg, juegan un importante rol en el relato.

Llegado este punto uno debe tener cuidado de no leer en la narración aquello que no estaba en la intención del autor. Muchos deconstruccionistas han exagerado el rol de las omisiones para introducir lo que es básicamente ajeno a la historia y sus intenciones. Pero aquí nos referimos a preguntas naturales que surgen y pueden revelar un motivo no declarado. Por ejemplo, en el caso de Urías, el soldado de David, ¿por qué no fue a su casa a dormir con su esposa cuando fue llamado de regreso desde el frente de batalla? ¿Fue por su preocupación por las disposiciones de la guerra santa? ¿O era que ya sospechaba de David y de su esposa Betsabé? Estas preguntas no cuentan con una respuesta real, pero el propio hecho de que el relato deje aquí una brecha nos hace pensar más acerca de las motivaciones de Urías.

Instrucciones para la interpretación narrativa

1. Primero identifique la escena del relato. Cada vez que existe un cambio de tiempo o lugar hay un cambio en la escena. Estas escenas constituirán los puntos principales de su mensaje.
2. Analice el desarrollo del pasaje. Observe cómo se mueve la acción desde el comienzo hasta el clímax y desenlace, y luego de regreso hasta su conclusión. Esto le proporcionará el comienzo, la mitad y el final de la narración.
3. Determine el punto de vista de la narración. ¿Dónde es que el texto llega a un enfoque de tal manera que el tema del pasaje y el título de su mensaje queden claros?
4. Observe cómo el autor utiliza sus diálogos y figuras especiales de dicción para que transmitan el punto de vista expresado en cada una de las escenas.
5. Perciba cómo se relacionan las escenas unas con otras por medio del punto de vista o tema de todo el relato.
6. Considere qué elementos estilísticos se utilizan para detectar el énfasis correspondiente, la caracterización y demás.

QUIASMO

El quiasmo es un elemento literario denominado así en honor a la letra griega *ji*, que se ve y funciona como nuestra *x*. Se trata del cruce o inversión de los elementos relacionados en construcciones paralelas, ya sean palabras, cláusulas, líneas poéticas paralelas o un relato completo¹⁶.

Esta figura idiomática guarda cercana relación con la de las palabras claves, el clímax, el desenlace y la inclusión. En un cuerpo de líneas quiásmicas, la primera y última ideas establecen un paralelo una con la otra, mientras el par central de ideas también se equilibran y actúan en paralelo una con la otra.

IRONÍA

La ironía es una forma de discurso especial en la que el escritor dice exactamente lo contrario de lo que quiere comunicar. Elías utilizó con maestría este tipo de conversación cuando le hizo sugerencias a los adoradores de Baal proponiéndoles razones por las que este aún no había hecho aparición (1 Rey. 18:27). De igual manera, Job les dice irónicamente a sus tres supuestos consoladores: "Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría" (Job 12:1).

Tales palabras, que funcionan casi como una hipérbole, tienden a magnificar un objeto más allá de la realidad con el expreso propósito de poner de manifiesto cómo la verdad de la cuestión es exactamente lo opuesto.

Una ilustración de predicación de un texto narrativo: 1 Samuel 3:1—4:1a

El texto es 1 Samuel 3:1 al 4:1a. Se titula: "El poder de la Palabra de Dios". Este título proviene del enfoque que podemos encontrar en 1 Samuel 3:19: "[Dios] no dejaba sin cumplir ninguna de sus palabras". Nuestros puntos principales acompañan las cuatro escenas que fueron mencionadas anteriormente: (1) Los días anteriores (v. 1). (2) Una noche (vv. 2-14). (3) La mañana siguiente (vv. 15-18). (4) Los días siguientes

(vv. 19—4:1a). Creo que este texto nos informa *cuáles* (la interrogativa de nuestro mensaje) son las *características* (nuestra palabra homilética clave) que demuestran el poder de la Palabra de Dios para nuestros días.

Examinemos la exposición de este texto como la escucharía una típica audiencia dominical.



El lema de Ginebra, Suiza, a comienzos del siglo XVI era: “Luego de la oscuridad, ¡la luz!”. Se trataba de una audaz afirmación de Calvino y su generación, la de que la “luz” llegó al pueblo de Dios por medio de la predicación de la Palabra de Dios. De manera que para que la oscuridad del pueblo fuera exterminada, fueron ordenados para cada ciudadano seis sermones de la Biblia por semana. Debía presentarse un sermón al amanecer del domingo y otro a la hora normal, las 9:00 h de ese mismo día. El catecismo para los niños vendría al mediodía y sería sucedido por otro sermón a las 15:00 h (¡aparentemente en aquel tiempo no existían las transmisiones de los partidos de fútbol los domingos por la tarde!). En días laborales, los sermones adicionales llegarían los lunes, miércoles y viernes.

El argumento de Calvino y los dirigentes de la ciudad de Ginebra era el mismo que el de Proverbios 29:18. Advertía: “Donde no hay visión [el término hebreo se refiere a ‘revelación divina’], el pueblo se desenfrena [como se traduce en Éxodo 32:25, ‘el pueblo se había desenfrenado’ o ‘se había vuelto ingobernable’]”. En nuestro tiempo y nuestra generación, ¿podemos reconocer que la ignorancia bíblica y teológica producen los mismos resultados? Es seguro que existe preocupación por nuestra sociedad que parece haber liberado sus amarras. Nuestras ciudades y pueblos se han transformado en algo así como junglas humanas en las que nos devoramos uno al otro sin razón aparente, o casi sin tenerla. Solamente una palabra de Dios puede salvarnos del camino de autodestrucción que parecemos estar transitando.

Pero, ¿cómo es que llegamos a este estado? La respuesta es la siguiente: sucedió tal como en los tiempos de Samuel. Ocurre cuando Dios nos muestra la primera característica de su poderosa palabra o mensaje, digamos, Dios puede hacer que esa palabra llegue a *escasear* para nosotros tal como sucedió en los tiempos de Samuel (v. 1). Dios puede retirar a sus maestros de la escena, para que escuchar su palabra se transforme en un lujo que escasea. Y cuando hace esto, la sociedad parece despegarse, y se desata toda la furia del mal. Los lazos vinculantes de todas nuestras relaciones ceden con tanta violencia que nos quedamos asombrados ante la brutalidad con la que podemos actuar los seres humanos. De repente las escuelas llegan a ser lugares tan inseguros como los campos de batalla de Vietnam. En gran medida esto ocurre porque hemos decidido que podemos hacer las cosas por nuestra cuenta, sin la revelación de Dios ni su ayuda. En segundo lugar de importancia, luego del don de Dios de su propio Hijo, está el don de su Palabra. Pero es demasiado difícil sustituirla en la vida o en el púlpito, colocando cualquier otra cosa a cambio.

Los individuos no pueden sustituir con nada la necesidad básica de vivir basados en cada palabra que procede de la boca de Dios. No podemos manipular esa palabra, manufacturarle otra forma ni duplicarla. Es única; da vida. El Señor es el único que la puede dar. Por tanto, decimos, esta palabra puede volverse muy escasa y limitada en su exposición a las personas, con el resultado de que nosotros, así como otras culturas que nos precedieron, somos testigos de lo que hemos visto en estos últimos tiempos.

Nuestro Señor también puede hacer que esta palabra sea escasa en sus efectos sobre nosotros y nuestros tiempos. Amós 8:11, 12 nos advierte acerca de un tiempo en el que el Señor enviará un hambre no de pan ni agua, “sino de oír las palabras del SEÑOR”. Por tanto, cuando Dios está en silencio, la oscuridad se intensifica y muchas veces las profundidades de nuestra melancolía y tristeza se vuelven casi insoportables.

La segunda característica de la poderosa palabra de Dios puede verse en las formas en que Dios puede hacer que esta

palabra nos *sorprenda* (vv. 2-14). Podemos ser sorprendidos por la manera en que esta palabra nos llama, como sucedió con Samuel. En los vv. 4-10, alguna forma del verbo "llamar" aparece en 11 ocasiones, a medida que el Señor intenta llamar la atención del joven Samuel.

Entretanto, Elí iba perdiendo su vista física pero, mucho más serio, su visión espiritual. La persona necesaria para asegurarse de que la lámpara de Dios no se apagara en el tabernáculo era Samuel. Dios había provisto providencialmente a Samuel por medio de las agonizantes peticiones de Ana a nuestro Padre celestial.

Hicieron falta cuatro llamados de Dios para captar la atención de Samuel. ¿Significaba esto que Samuel estuviera un poco lerdo o limitado? Lo dudo, porque al explicar su respuesta, el v. 7 no parece culpar a Samuel. El punto es que aquel era el estado de la situación religiosa en su tiempo, de manera que un niño criado en la casa de Dios ignoraba la persona y el poder de Dios. Antes de acusar a aquellos hombres y su tiempo, consideremos el estado de ignorancia bíblica en nuestro tiempo, ¡entre las personas que han crecido en medio de nuestras iglesias evangélicas! Claro que esto no es lo que ocurre en todos los casos, pero es lo suficientemente común como para que las mismas advertencias que se encuentran en este texto sean aplicables también para nuestro tiempo.

Pero observemos la bondad y amabilidad del Señor. No abrumba a Samuel con desprecio; por el contrario, "se paró y llamó como las otras veces". No le dirige un sermón diciendo: "Vamos, muchacho, nunca haces nada bien". En lugar de eso vemos un Salvador paciente, tierno ¡y amable!

Nuestro Señor puede hacer que su palabra nos sorprenda no solamente por su llamado sino también por su contenido. De hecho los contenidos del llamado de Samuel fueron tan sorprendentes que harían que retiñeran los oídos de quien escuchara. La casa de Elí sería visitada por el juicio, porque él también no había actuado conforme a la palabra que Dios le había enviado en 1 Samuel 2:27-29. Elí no había hecho nada para refrenar la maldad de sus dos hijos sacerdotes. Convertir

la santidad de Dios en algo trivial es de hecho algo realmente serio. Sus hijos literalmente habían "blasfemado contra Dios" (v. 13). Tan severos eran el pecado y la culpa que ¡nunca podría ser redimido por sacrificios u ofrendas!

Esta doble naturaleza del mensaje que escuchamos de las Escrituras algunas veces resulta problemática. El mensaje atrae y repele al mismo tiempo. El libro de Dale Ralph Davis tiene una ilustración de Andrew Bonar en cuanto a este pasaje¹⁷. La historia se trata de un artista griego que pintó una figura de un muchachito que llevaba una canasta con uvas sobre su cabeza. Tan hermosa era la pintura que todos reclamaron que el artista la expusiera en el foro griego. Las uvas de la canasta eran tan gráficas y realistas que las aves volaban hasta la tela e intentaban picarlas. Los habitantes de la ciudad dedicaban toda la alabanza al artista, diciendo que aun las aves eran engañadas por las figuras representadas en el lienzo. Pero el artista rechazaba las alabanzas diciendo: "No, yo debía haber hecho mucho más. Debía haber pintado al muchacho con tanta vida que las aves no se animaran a acercarse". Pensaba que debía haber sido atractiva y repelente al mismo tiempo. Allí yace justamente la tensión que se encuentra en la Palabra de Dios. Llenar a las personas con la bondad del evangelio y no hablarles nunca acerca de su pecado constituye un mensaje incompleto. Pero predicar airadamente y concentrarse solamente en el juicio sin transmitir palabras de ánimo o interés por las personas pierde de la misma manera el punto de la revelación. Los mensajeros de Dios deben exaltar tanto el juicio como el consuelo de la Palabra de Dios. Como maestros y ministros del evangelio debemos afligir a los cómodos y consolar a los afligidos.

La tercera característica de la poderosa palabra de Dios es su cualidad de *soberanía* sobre nosotros (vv. 15-18). Nuestro Señor es soberano sobre el orador. Esta soberanía rige sobre todos, por lo que muchos oradores tienen la tendencia natural de temer anunciar el juicio. Está claro que Samuel compartía este temor (v. 15), pero cuando Elí lo llamó para saber lo que Dios había dicho, Samuel "se lo contó todo" (v. 18). ¿Por qué habríamos nosotros de esconder la palabra que Dios ha habla-

do, siendo que es verdad y ocurrirá lo que dice, ya sea que nosotros seamos fieles en anunciarla o no? De hecho el texto sugiere que si nosotros como mensajeros de Dios detenemos la verdad, entonces la culpa que cae sobre la audiencia también cae sobre nosotros por nuestra falla en hacer sonar la advertencia para que tuvieran la oportunidad de cambiar y librarse de la calamidad que los amenazaba.

Pero Dios es soberano también sobre la audiencia. Elí no rechazó, argumentó ni discutió la validez del mensaje que Samuel le dio. Lo único que dijo a su favor fue: "¡Él es el SEÑOR!" (v. 18). Al pueblo de Dios se le ha enseñado a decir "Amén" tanto a los juicios de Dios así como a las bendiciones provenientes de lo alto. Verdaderamente él es el SEÑOR.

La razón es bastante directa: Si Dios no juzgaba el pasado, entonces los buenos y justos se desanimarían. Dios no es un tigre de papel que ruge pero nunca lleva a cabo sus amenazas. Si el púlpito tirara golpes, por así decirlo, el propio momento en que lo hiciera Dios lo despreciaría y le quitaría toda credibilidad ante un mundo que observa o aun ante su iglesia.

La última característica de la poderosa palabra de Dios que se encuentra en este pasaje es que la palabra de Dios asegura y acredita a los siervos que nos envía. No es ningún secreto que muchos ministerios de púlpito son tomados livianamente tanto por amigos como por enemigos. Es por eso que aun la palabra *predicar* se usa de manera peyorativa. La gente dice, por ejemplo: "No me prediques", o "No te hagas el predicador conmigo". Pero no hay necesidad de preocuparse por tales opiniones si uno se concentra en el mensaje de la Palabra de Dios.

Ninguna parte de la revelación de Dios pronunciada por sus siervos caerá en tierra (v. 19). No fracasará en su tarea, así como tampoco fracasan la lluvia y la nieve que son enviadas desde los cielos (Isa. 55:10, 11). La pregunta es la siguiente: ¿Es así de firme nuestra confianza en la Palabra de Dios? ¿Pensamos que Dios en su revelación de hace siglos podrá enfrentar las crisis que tenemos en nuestros días? ¿Es adecuada para alcanzar a nuestros jóvenes, a los pueblos no

alcanzados de la tierra, o aún a los cínicos modernos que sienten que nadie tiene el derecho de decirle a otro lo que está bien o mal, qué es lo verdadero y qué es lo falso?

A pesar de todas las circunstancias de nuestro tiempo y las de aquel tiempo en Israel, todos supieron que la obra y el mensaje de Samuel contaron con el respaldo de Dios. Esto dispara la pregunta: ¿Qué es lo que realmente valida nuestros ministerios como maestros y predicadores del evangelio? ¿Es el crecimiento de la planta edilicia? ¿Es el crecimiento en la cantidad de asistentes? ¿Es el crecimiento en las ofrendas? ¿O es que somos mejor validados, como bien enseña este texto, por las palabras enseñadas y la capacidad que evidencian esas palabras de cambiar efectivamente la vida de las personas para la gloria de Dios? Una cosa es cierta: Cuando tales anuncios autoritativos provienen de la Palabra de Dios, su poder será visto por todos. Un subproducto de una predicación tan efectiva es que su relevancia y eficacia le quedarán claras a todos (4:1a).

Así que, ¿qué diremos ante todo esto? La luz de la revelación, ¿puede brillar a través de las tinieblas de la actualidad? Y si es que puede, como creemos, ¿cómo más va a surgir sino por la fiel predicación de la Palabra de Dios?

La verdad es que donde no existe visión (es decir, el aporte de la revelación de Dios) el pueblo se desenfrena (Prov. 29:18). Y el precio por permitir que cunda el hambre por la palabra de Dios es que se produzca un crecimiento importante de la maldad en casi todas las otras áreas de la vida.

Ya es hora de que los maestros y predicadores regresen de nuevo a lo básico. Aunque muchos han pensado que la enseñanza de la Palabra en una exposición directa ya era algo demasiado antiguo como para ser efectivo, es tiempo de arrepentirse y cambiar el menú presente en la mesa de las enseñanzas que hemos difundido ante la población en general, así como ante el pueblo de Dios. Hagamos ante Dios un pacto de ser fieles a su Palabra, anhelando ver la evidencia del poder que esa Palabra promete. Propongámonos no limitarnos a atender los apetitos presentes entre los asistentes ni acompa-

ñar los usos de nuestro tiempo con lo que esté de moda en lo que tiene que ver con los métodos de proclamación. Por el contrario, formemos parte de un cuadro enteramente nuevo de hombres y mujeres: "Expositores-Guardadores" de la gloria de Dios. Solamente entonces será visto un nuevo y único poder en la iglesia, ¡cuando Dios nos vuelva a mostrar su propio poder en su Palabra!

6

Cómo predicar y enseñar los libros de sabiduría del Antiguo Testamento

Hace algún tiempo Fred Craddock argumentó:

¿Por qué la multitud de formas y modos contenidos en la literatura bíblica y la multitud de necesidades en la congregación habrían de ser unidos en un mismo molde [de predicación], aquel que fuera copiado de los retóricos griegos de hace siglos? El resultado es una innecesaria monotonía, pero más profundamente, existe un conflicto interno entre el contenido del sermón y su forma¹.

Ciertamente, ¿por qué habrían de hacerlo?

Así que se ha vuelto necesario permitir que la forma y el género del pasaje de las Escrituras determinen la forma del mensaje. Esta es la revolución que ha ocurrido en el campo de la predicación en los últimos 25 años.

Pero, ¿hasta dónde podemos llevar esta línea de pensamiento? John Holbert, por ejemplo, se quejó de que la Biblia era "mal utilizada" cuando se leía el texto de la Escritura en busca de temas o puntos que brotaran de todos los textos bíblicos². En lugar de buscar un tipo de sermón discursivo, didáctico o conceptual que "llegue a conclusiones", Holbert, así como Craddock en la cita que acabamos de mencionar, advierte que los predicadores deberían experimentar un giro de 180 grados con respecto a ese tipo de retórica helenista. Holbert, sin em-

bargo, no estaba diciendo que la predicación didáctica ya no resultara efectiva ni deseable. Su punto era que existen alternativas más importantes frente a este método discursivo de predicación.

No tengo problemas en afirmar que existe una gama tan amplia de estilos de predicación como estilos literarios en las Escrituras. Sin embargo, no estoy tan seguro de que la utilización de esos diferentes tipos en todos los casos nos evitarán “llegar a conclusiones” o acceder a aspectos didácticos del ministerio. Después de todo, las Escrituras, sostuvo Pablo, nos fueron dadas por un cierto número de propósitos diferentes (2 Tim. 3:14, 17), pero todo contribuye o a introducirnos a la fe en Cristo, o a edificarnos y desafiarnos a todos a crecer como creyentes.

El punto es que la predicación sensible al género debe ser dirigida por las estrategias retóricas de ese género. Si esto significa que “llegar a conclusiones” en el sermón será dejado a un lado para dar lugar a algún otro tipo de resultados es otro asunto. Eso puede ser investigado más adelante en este capítulo.

El género del proverbio

En algunos sentidos, los proverbios no son demasiado diferentes de las narraciones, porque de alguna manera surgen de las líneas narrativas recurrentes. No es extraño, entonces, que los proverbios hayan sido definidos como “oraciones breves fundamentadas por largas experiencias, conteniendo una verdad”³. Los patrones recurrentes de las historias dan lugar a oraciones cortas que tienden a resumir la verdad de un relato en una frase o línea memorables.

Los proverbios abundan en la vida tanto como en la Biblia. La persona sabia es aquella que puede recordar la referencia sagaz y vincularla en el momento adecuado con una nueva situación que manifiesta similitudes sorprendentemente llamativas con una situación del pasado. Como tales, los proverbios tienen el potencial de proveer dirección, análisis grupal o individual y formación ética frente a situaciones completamente

nuevas. Los proverbios funcionan de esta manera porque condensan gran cantidad de sabiduría en una generalización bastante amplia que reúne la esencia de los patrones que tienden a reiterarse. Estas generalizaciones adquieren diferentes formas, entornos, situaciones y tamaños.

Pero si todo esto es así, ¿por qué sucede que tan pocos sermones recurren a los materiales sapienciales como su base para una palabra de Dios? Generalmente surge un alud de explicaciones en respuesta a esta pregunta.

Lo más obvio es que a muchos expositores les resulta sencillamente difícil predicar del libro de Proverbios. A primera vista el libro no parece tener ningún orden, unidad o estructura. ¿Cómo puede hacer uno para presentar algo que se parezca a un sermón expositivo, el cual está siendo presentado como modelo para este libro, cuando el material parece resistir tal consideración visto desde todos los ángulos?

Algunos expositores evangélicos se sentirán especialmente remisos a predicar de Proverbios porque no logran encontrar el anuncio del evangelio en ese libro. Pero eso podría provocar otra pregunta: ¿Es la presentación de las buenas nuevas de la salvación en cada mensaje la única razón para la predicación? ¿No es posible que la predicación vaya dirigida al creyente y lo convoque a responder a la luz de la enseñanza de la Palabra de Dios acerca de temas como la ética, la moral y un estilo de vida ejemplar? ¿Alcanza con percibir la prevalencia en nuestra cultura contemporánea de asuntos como la deshonestidad, la infidelidad matrimonial, el divorcio, la violencia doméstica con el resultado del abuso físico, el abuso de las drogas, los niños indisciplinados, el sometimiento a la presión del grupo, la mala administración financiera y otro tipo de trampas en la sociedad y la propia iglesia para percibir cuán relevantes son los proverbios que abarcan estos temas! Estos asuntos reclaman una proclamación valiente e instrucción bíblica.

El asunto de la predicación de la sabiduría usando el libro de Proverbios puede ser extendido aún más. Llega aún más allá de la moral y la ética, como lo ha observado Brevard Childs:

La función didáctica de la literatura bíblica de sabiduría es mucho más amplia de lo que generalmente se considera abarcado por el término "ética". Cuando el sabio desafió a sus discípulos a buscar la sabiduría, no solo implicaba decisiones morales para diferenciar el comportamiento malo del bueno, sino se refería a una actividad intelectual y pragmática que procuraba abarcar la totalidad de la experiencia. No obstante, es llamativo cómo el patrón de la conducta humana que el sabio procuró inculcar se superpone en gran medida con el que fue presentado como comportamiento obediente por el Pentateuco, y prescrito para el pueblo del pacto⁴.

Hace algún tiempo me referí a algo parecido al observar cuánto del libro de Proverbios estaba compuesto por meras representaciones en forma proverbial de lo que había sido anunciado en la sección legal de la Torá⁵. Por tanto la sabiduría no es ofrecida como un sustituto de la fe o la convicción; es ofrecida para enseñar a quienes han encontrado la fe en la simiente recibida como descendencia de Abraham, Isaac, Jacob y David cómo tienen que vivir la vida de obediencia como evidencia de esa fe.

A diferencia de la ley de Dios en la Torá, en la que una parte tan grande del libro de Proverbios encuentra su fuente, la sabiduría se expande acerca de los mismos temas y lo instruye a uno en cuanto a cómo llevar a la práctica y aplicar a la vida cotidiana esos mismos principios.

Por momentos, su enseñanza puede parecer muy "secular" y desprovista de principios espirituales, como si apenas demandara buenos modales y sentido común. Pero podemos estar seguros de que Dios se interesa en lo que nosotros podríamos relegar al ámbito de lo mundano y trivial tanto como en las decisiones más importantes, y los movimientos de nuestro tiempo. Debe ser el Señor de todos los aspectos de la vida y lo que tiene que ver con ella.

Interpretando la sabiduría de los proverbios

Si vamos a predicar del libro de Proverbios, ¿cómo vamos a tomarlo y a interpretarlo para nuestro tiempo? Seguramente

está en un plano diferente que el *Poor Richard's Almanac* [Almanaque del pobre Ricardo], de Benjamín Franklin⁶. Por supuesto, Proverbios se presenta como la Palabra de Dios; esa es una de sus características más distintivas. Pero también tiene muchas similitudes con los proverbios en general. Alyce M. McKenzie demuestra que es muy importante notar que los proverbios bíblicos comparten muchas propiedades sintácticas con los proverbios seculares⁷. Ella menciona cinco de esas propiedades de los proverbios: (1) Autocontentamiento, (2) un formato fijo, (3) el uso del tiempo presente o futuro, (4) se evita el uso de pronombres en primera persona, y (5) la manifestación de rasgos poéticos. En lugar de tratarse de una mera frase sin terminar, los proverbios contienen un pensamiento completo. Además de su formato fijo regular, el aspecto más característico de un proverbio es que involucra una generalización parcial que surge de una situación bastante específica, lo que a su vez se aplica como paralelo a una nueva situación.

Es importante percibir que estas no son verdades universales que se aplican de la misma manera a todas las situaciones. Los proverbios también prefieren utilizar el tiempo presente y evitan el uso de pronombres y posesivos en primera persona. Esta característica tiende a darle al proverbio la apariencia de intemporal, y tienta al intérprete a universalizar su significado para que encaje con todas las situaciones sin excepciones. Pero esta tentación debe ser evitada, a menos que el predicador se vuelva demasiado simplista y reduccionista asumiendo que el significado a primera vista debe ser universalizado en todos los casos, y que no existen excepciones. Por el contrario, el proverbio pretende cubrir la mayoría de los casos sin reclamar que se aplique a cada situación concebible que parezca semejante. ¡Proclamar que se aplica a todo en todas partes representa una aplicación exagerada del género y manejarlo como si fuera una forma expositiva de prosa!

El formato más básico de un proverbio es aquel que cuenta con un solo elemento descriptivo, tal como: "El dinero habla" o "El tiempo vuela". Pero es más común que el proverbio manifieste una estructura más compleja. McKenzie

describe este formato como teniendo tres componentes esenciales: (1) la *imagen* del proverbio, que es el nivel literal del mismo; (2) el *mensaje* del proverbio, que es su significado final o referente; y (3) una *fórmula arquitectónica*, que es la relación existente entre el tema y los comentarios que se hacen a su respecto⁸. Estas fórmulas arquitectónicas, consistentes en relaciones entre los comentarios y el tema, asumen dos formatos básicos, de acuerdo a lo que dice McKenzie: *proverbios ecuacionales*, en los que A es igual a B; y *proverbios oposicionales*, en los que A no es igual a B. Esto puede ilustrarse con los siguientes proverbios:

Proverbios ecuacionales:

“No ames el sueño, para que no te empobrezcas; abre tus ojos, y te saciarás de pan” (Prov. 20:13).

Fórmula: A es igual a B.

“Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón” (Mat. 6:21).

Fórmula: Donde está A, está B.

“Donde no hay bueyes el granero está vacío”. (Prov. 14:4).

Fórmula: Donde no hay A, no hay B.

Proverbios oposicionales:

“Todo camino del hombre es recto ante sus ojos, pero el SEÑOR es el que examina los corazones” (Prov. 21:2).

Fórmula: A no es igual a B.

“Es mejor lo poco con el temor del SEÑOR que un gran tesoro donde hay turbación” (Prov. 15:16).

Fórmula: A es mejor que B.

“Mejor es una comida de verduras donde hay amor que de buey engordado donde hay odio” (Prov. 15:17).

Fórmula: A es mejor que B.

Aparte del significado común que tienen las palabras en sus comunidades, Proverbios también manifiesta el uso frecuente de las metáforas, metonimias y símiles. Por ejemplo, un *símil* es una comparación formal (con el uso de la palabra “como”) que se hace entre dos objetos diferentes. Así que “la mujer hermosa que carece de discreción” es *como* “zarcillo de oro en el hocico de un cerdo” (Prov. 11:22). Asimismo: “Como las puertas giran sobre sus bisagras, así también el perezoso en su cama” (Prov. 26:14). Una vez más: “Como nubes y vientos sin lluvia, así es el hombre que se jacta de un regalo que al fin no da” (Prov. 25:14). La palabra “como” le indica al interprete la presencia de una expresión comparativa (A es como B).

Una *metáfora*, por otra parte, es una comparación implícita u omitida. Por ejemplo, Proverbios 10:15 dice: “Las riquezas del rico son su ciudad fortificada”. Génesis 49:9 expresa: “Eres un cachorro de león, oh Judá”. Y en Lucas 13:32 Jesús dice del rey Herodes: “Id y decid a ese zorro...”. Herodes tenía una sola cosa en común con el zorro: ambos eran maliciosos y astutos!

Otra figura idiomática es la *metonimia*, que implica el cambio o la sustitución de un nombre para provocar una fuerza o una impresión que de otra manera no se lograría. En Proverbios, el “labio” o la “lengua” muchas veces se utilizan para referirse a otra cosa. Por ejemplo: “El labio de verdad quedará establecido para siempre, pero solo por un momento [literalmente “hasta que pestañee”] la lengua de falsedad” (Prov. 12:19, traducción del autor). Considere esto: “...la lengua blanda quebranta los huesos” (Prov. 25:15, énfasis añadido). En estas ilustraciones, el “labio” o la “lengua” se refieren a lo que estas partes anatómicas *producen* o lo que viene como un resultado de ellas, en lugar de referirse a las partes anatómicas en sí mismas.

El maestro o predicador debe cuidar de examinar con cuidado estas figuras retóricas, no solamente porque afectan la interpretación sino también, y esto es mucho más interesante, porque pueden aportar cierto color o estilo a la enseñanza y predicación que de otra forma no estaría presente.

Pasando del proverbio al sermón

El predicador usualmente tiene bien claro que no debe usar proverbios individuales (por ejemplo, los de una o dos líneas) como textos individuales y separados por sí mismos, sino emplear grupos de proverbios que enfocan temas similares. Existe más conexión y relación contextual entre un proverbio individual y los que lo preceden y siguen de la que hasta ahora se había reconocido. Este será uno de nuestros argumentos básicos al sostener que uno puede enseñar o predicar a partir de grupos textuales de proverbios en lugar de limitarse a tratar cada proverbio aisladamente o solamente al encarar un tópico. Estudios recientes del libro de Santiago en el Nuevo Testamento han llegado a la misma conclusión. En cada contexto hay más de lo que unifica lo que de otra manera parecen ser partes dispares en unidades de pensamiento, de lo que hasta ahora había sido tenido en cuenta.

¿Cuáles son las preguntas que el maestro o predicador necesitan formular para pasar de un grupo de proverbios a una lección o sermón? ¿En qué orden deberían ser formuladas estas preguntas para pasar fácilmente hacia una presentación fresca y contemporánea de la verdad que se encuentra en estas palabras?⁹.

1. Observe primero para ver si este proverbio es parte de un grupo proverbial acerca de algún tema en particular. Un ejemplo de este tipo de agrupamiento puede encontrarse en Proverbios 11:1-21, como lo ha señalado Duane Garrett. Proverbios 11:1-21 firma un *inclusio* con los conceptos de lo que es una abominación para el Señor y lo que es su deleite en los vv. 1-20. Las colecciones más pequeñas que se encuentran confinadas a estos límites forman unidades secundarias de este tema principal. Los vv. 1-4 describen cómo Dios aborrece el fraude (v. 1) y su promesa de que las riquezas de los malvados, obtenidas por medios inadecuados, no les ayudarán en el día del juicio (v. 4), mientras que la humildad y la integridad son las mejores guías (vv. 2, 3).

Un segundo subtema bajo el más grande de que Dios aborrece a los malignos pero se deleita en los justos se encuentra en los vv. 7, 8. Estos dos versículos se relacionan como otro *inclusio* con la palabra "malvado" al comienzo del v. 7 y al final del v. 8. Una vez más la desesperanza, la miseria y la carencia de propósito de la vida de los malvados es contrastada con la liberación y la vida llena de propósito de los justos.

Un tercer subtema se encuentra en los vv. 9-13. Los vv. 9 y 12 hacen un paralelo uno con el otro en el sentido de que se refieren a la destrucción del prójimo por medio de las calumnias, mientras que los vv. 10 y 11 constituyen un obvio par en paralelo.

El v. 13, aunque queda fuera del quiasmo, proporciona otro comentario con respecto a la lengua: los malvados no solamente son maliciosos en el uso de su lengua, sino que no son discretos: ¡no se puede confiar en ellos!

Existen muchos otros agrupamientos de proverbios que muchas veces no son tenidos en cuenta por los intérpretes. Algunos de los más obvios están en Proverbios 22:17—24:22 y las diferentes colecciones en Proverbios 25—31, como está indicado parcialmente por sus encabezamientos.

2. Pregunte si existe alguna conexión literaria entre el proverbio que se está investigando y el texto que lo precede o viene a continuación. Esta pregunta es similar a la anterior, pero dramatiza la necesidad de estudiar el contexto con más intensidad. Por ejemplo, uno puede llegar a Proverbios 6:27, 28 como el texto deseado para enseñar o predicar: "¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que se quemen sus vestidos? ¿Andará el hombre sobre las brasas sin que se le quemen los pies?". Pero el contexto de estos dos versículos es Proverbios 6:20-35. Estas preguntas metafóricas de los vv. 27 y 28 aparecen en el contexto de una advertencia contra el adulterio. Al estudiante se le advierte que se aparte de la

mujer inmoral (v. 24), porque “el que se enreda con la mujer de su prójimo, no quedará impune” (v. 29).

De la misma manera uno podría escoger como texto Proverbios 19:20, 21, pero podría resultar reduccionista o interpretado incorrectamente si no reconoce que el contexto de estos versículos es en realidad Proverbios 19:16-23. Garrett considera que estos ocho versículos giran en torno al tema de la vida disciplinada y prudente. Al comienzo y al final de estos versículos acerca de la vida buena aparecen los temas gemelos de la obediencia a los mandamientos de Dios (v. 16) y la vida que le reverencia (v. 23). De acuerdo a Garrett, la estructura se vería de esta manera¹⁰:

A: La adherencia a la manera de vivir conforme a Dios (v. 16)

B: Darle al pobre (v. 17)

C: Discipline a su hijo (hebreo: *ns'*, v. 18)

C': Permita que el intemperante pague el precio (hebreo: *ns'*, v. 19)

D: Sométase a la instrucción (hebreo: *'sh*, v. 20)

D': Reconozca la providencia: (hebreo: *'sh*, v. 21)

B': Mejor ser pobre pero honesto (v. 22)

A': El temor del SEÑOR es vida (v. 23)

3. Pregunte qué estrofas, subunidades o construcciones paralelas individuales constituyen el agrupamiento mayor o unidad temática de la colección de proverbios. Así como uno debe determinar el tema principal o la oración temática de cada escena en el género narrativo, de la misma manera uno aquí debe ver cómo cada agrupación más pequeña de proverbios individuales contribuye al tema de la colección o grupo mayor en este capítulo o esta parte de un capítulo. Cuando han sido identificados estos grupos menores, entonces uno debe preguntar cómo cada uno de ellos contribuye al tema general

que los relaciona. El ejemplo de Proverbios 6 puede volver a servirnos como ilustración. Siendo así, la sexta exhortación (de las siete que hay en Prov. 1:8—9:18) tiene que ver con el asunto del adulterio (Prov. 6:20-35). Típicamente, la exhortación comienza con el reclamo de que el hijo atienda las palabras de su padre (vv. 20-23). Los vv. 24-26 declaran sencillamente que la mujer inmoral es atractiva, hermosa y cautivante, pero también resulta mortal en términos morales. Luego vienen las preguntas metafóricas acerca del manejo del fuego sobre el regazo o el caminar sobre carbones encendidos (vv. 27, 28), con el punto declarado finalmente en el v. 29: ¡dormir con la esposa de otro hombre es como eso! Finalmente, los vv. 30-35 muestran que mientras pueden existir algunas justificaciones atenuantes para el ladrón atrapado (por razón de lo que lo motivó a robar), solo existe un airado juicio por parte del esposo ofendido, quien derramará su furia sobre la cabeza del adúltero y rechazará ser calmado por ningún tipo de compensación. Por tanto, existen cuatro subgrupos de esta única exhortación en los vv. 20-35, que pueden constituir los cuatro puntos principales del sermón o la lección.

4. ¿Cuáles son las normas teológicas y las doctrinas informativas anunciadas en pasajes anteriores de las Escrituras que ahora están siendo abarcadas por este agrupamiento proverbial que forma la base de nuestra lección o sermón? Proverbios enseña que todo lo que hay en la vida humana se vive en el contexto de un Dios soberano que nos ha mostrado cómo deberíamos vivir. Existe un patrón u orden que viene como un don de Dios para todo lo que hay en la vida y para todas sus relaciones.

Sabiduría no proverbial

Los materiales sapienciales aparecen a todo lo largo del Antiguo Testamento. Aparte de aquellas secciones donde hay

libros enteros dedicados al género de sabiduría, aparecen instancias de sabiduría no proverbial inmersas en pasajes de otros géneros. Alcanzaría con pensar en la adivinanza de Sansón en Jueces 14:14 ("Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura"), o las fábulas contadas por Joás, rey de Israel, en 2 Reyes 14:9 y Jotam en Jueces 9:7-15 (las únicas dos fábulas de la Biblia). Pero existen tres libros del Antiguo Testamento en los que hay una mezcla de géneros que llaman especialmente la atención.

Eclesiastés

Muchos han descubierto que la sabiduría puesta de manifiesto en el libro de Eclesiastés les resulta particularmente difícil por parecer tan especulativa, pesimista y contraria a lo que se espera en el canon del Antiguo Testamento. El hecho es que Eclesiastés es una mezcla de formatos sapienciales, ya que uno puede identificar alegorías (al referirse a la vejez en 12:1-7), historias como ejemplos (9:13-16), proverbios (7:1-29) y otros.

Pero como lo demostrará el epílogo que aparece en Eclesiastés 12:9-14, sería un error considerar este libro como una colección desordenada de declaraciones contradictorias y opuestas. La única manera de sostener esta tesis negativa consiste en argumentar que los dos versículos finales del libro fueron añadidos más adelante, con el propósito de purificar el libro y hacer posible que fuera adoptado en el canon. ¡El problema con esa perspectiva es que ninguno de los manuscritos de Eclesiastés disponibles carece de ese epílogo y tampoco existe evidencia que demuestre que un cuerpo autoritativo haya decidido que este libro (o cualquier otro) fuera en realidad "canónico", o "legitimado" por ese medio! De modo que, una vez que se adopta el epílogo como una parte original del libro, este argumento se evapora.

Este libro cuenta con un plan claro y consecuente. Sus divisiones son fácilmente detectables por el reiterado elemento retórico que aconseja "comer, beber y reconocer los beneficios

del trabajo que uno hace" (Ecl. 2:24; 5:18 y 8:15, traducción del autor), otorgándole de esta manera al libro cuatro secciones claramente divididas para su desarrollo. Estas divisiones y sus argumentos son los siguientes:

1. La vida es un don de Dios (1:2—2:26).
2. Dios tiene un plan general que lo abarca todo (3:1—5:20).
3. Este plan debe ser explicado y aplicado (6:1—8:15).
4. Los creyentes que aplican este plan de Dios deben ser librados del desánimo (8:16—12:7)¹¹.

Job

He aquí otro libro que representa una mezcla o combinación de varios géneros. Junto con himnos (por ejemplo, Job 28), proverbios (por ejemplo, 5:17) y adivinanzas (como la de 41:1-5), el libro contiene un fuerte énfasis en el diálogo y la disputa. En medio de estos largos intercambios entre Job y sus supuestos consoladores encontramos géneros legales (23:1-7), soliloquios (el capítulo 31) y el uso extensivo de figuras retóricas como la ironía (12:2), el símil (14:2), la metáfora (16:13) y la metonimia (16:19).

Job, entonces, no es fácil de clasificar dentro de la clasificación de un solo género. Tampoco existe un paralelo literario en la literatura sapiencial del antiguo Cercano Oriente. Es un material *sui generis*: un tipo de literatura único y propio.

Uno debe enseñar o predicar de Job en su forma de diálogo, lo que dispara preguntas a partir de los discursos de los tres supuestos amigos y encuentra sus respuestas desde un punto de vista de la revelación en los contraargumentos presentados por Job. Dios declaró su evaluación de los dichos de los tres amigos de Job cuando concluyó: "Mi ira se ha encendido contra ti [Elifaz] y tus dos compañeros [Bildad y Zofar], porque no habéis hablado lo recto acerca de mí, como mi siervo Job" (Job 42:7b). De manera que aunque el sufrimiento ocupa una parte importante del libro, ¿no es Job quien está siendo enjuiciado sino Dios! El maestro y el pre-

dicador, por tanto, deben andar con cuidado para no transformar en normativos los discursos de los supuestos amigos de Job, ya que en Job 42:7 Dios declara que esos discursos eran incorrectos y, como consecuencia, ¡no constituyen una revelación!

El Cantar de los Cantares

Cantares, o el Cantar de los Cantares, como también se conoce este libro, también ha demostrado ser un misterio para muchos maestros de la Palabra de Dios. Lo mejor es interpretar el libro como una canción dedicada al amor conyugal como fue la intención de Dios, ya que no existen pistas en el libro que indiquen que deba ser tomado alegóricamente. Así que lo que la Palabra encarnada (el propio Jesús) hizo por el matrimonio al asistir a la fiesta de bodas en Caná, también lo ha hecho la Palabra escrita (la Biblia) al darnos este libro.

Claro que la expresión "Cantar de los Cantares" es la manera hebrea de expresar una forma superlativa: así que este es el mejor canto que Dios podía darnos en cuanto a este tema del auténtico amor conyugal.

La clave hermenéutica de este libro puede encontrarse en el uso de términos similares a los utilizados en la alegoría que se encuentra en Proverbios 5:15-23, como lo demostraremos más adelante en este capítulo. Las metáforas algo gráficas de la pareja y su acto de amor conyugal no deben minimizar la seriedad del tema en el cual la revelación divina debe tener una parte.

En realidad el libro tiene *tres* personajes principales, no solamente dos. Está Salomón, la doncella y el joven pastor del pueblo de origen de la doncella. Mientras la doncella sunamita es en cierta forma arrebatada para ser llevada a Jerusalén para ser preparada para unirse al harén de Salomón, continúa anhelando al pastor con quien estaba comprometida en su lugar de origen. Eventualmente se reúne con el pastor, y el sentido de todo el libro queda en evidencia en Cantares 8:6, 7:

Ponme como sello sobre tu corazón,
como un sello sobre tu brazo;
Porque fuerte como la muerte es el amor;
inconmovible como el Seol la pasión.
Sus brasas son brasas de fuego,
Es como una poderosa llama¹².
Las poderosas aguas
no pueden apagar el amor,
ni lo pueden anegar los ríos.
Si el hombre diese todas las riquezas de su
casa para comprar el amor,
De cierto lo menospreciarían".

Es desde esta perspectiva que se debe enseñar y predicar el libro. El amor que Dios creó para el matrimonio no es algo que pueda ser comprado o alejado por medio de algún tipo de trampa, promesa de posición personal o riqueza; ¡es un don de Dios que debe ser atesorado y utilizado exclusivamente dentro de los límites del matrimonio!

Una ilustración de la predicación de la sabiduría: Proverbios 5:15-23

La mayoría de los intérpretes describen adecuadamente a Proverbios 5:15-23 como una alegoría¹³. La razón por la que lo hacen tiene que ver con el uso extensivo de términos o conceptos tomados de un ámbito del pensamiento, como la naturaleza, para presentar conceptos pertenecientes a otra esfera del pensamiento. Una alegoría es la extensión de una serie de metáforas unificadas en un solo concepto y presentada desde un punto de vista único.

Pero lo que realmente pone de manifiesto la intención del autor es el hecho de que en el v. 18 repentinamente exclama: "...álégrate con la mujer de tu juventud". Luego de utilizar cinco metáforas referidas al agua, este regreso repentino a una manera directa de declarar las cosas muestra que el autor quería que su referencia a beber agua del propio manantial fuera

interpretada como mantener relaciones sexuales solamente con la propia esposa. El siguiente bosquejo para la predicación o enseñanza desarrolla este tema:

- I. Nuestro cónyuge debe ser la fuente de nuestro regocijo (v. 15).
- II. La relación con nuestro cónyuge debe ser protegida (vv. 16, 17).
- III. Nuestro deleite está en nuestro cónyuge (vv. 18-20).
- IV. Nuestra relación con nuestro cónyuge está ante la mirada de Dios (vv. 21-23).

De este pasaje no solamente podemos obtener una enseñanza clave en cuanto a las relaciones conyugales, sino también una poderosa pista para la interpretación de Cantares. Alcanzaría con que uno comparara Cantares 4:12; 6:2, 3 y pasajes como esos para percibir las asombrosas similitudes. Más importante aún es reconocer que Proverbios 5:15-23 es más que relevante para el mundo de hoy dado que nos ayuda a asumir una posición en cuanto a la fidelidad conyugal. Veamos cómo el texto aún nos habla dramáticamente en nuestro tiempo acerca de los mismos temas que confrontaba la gente del tiempo de Salomón.



En pocas ocasiones en la historia hemos visto un ataque tan abierto contra el código bíblico de conducta sexual como lo vemos en nuestros días. La comunidad secular muchas veces ha acusado a los cristianos de estar en contra del sexo. Se burla de la insistencia cristiana en cuanto a que las relaciones sexuales queden confinadas al matrimonio, argumentando que es una perspectiva antigua que huele a puritanismo.

Aún dentro de la iglesia muchos han comenzado a abandonar el camino de Dios por seguir los nuevos modelos de esta generación. En lugar de ser únicamente un problema entre los adolescentes, este es cada vez más un problema para los

adultos de mediana edad y mayores, siendo que muchos escogen la infidelidad y la falta de castidad como su estilo de vida.

Proverbios 5:15-23 describe los resultados finales de semejantes vínculos extramatrimoniales. Pero en lugar de recurrir a una perspectiva reprimida en cuanto al sexo, como algunos dicen que asumen los cristianos y la Biblia, celebra el gozo de la sexualidad humana, pero dentro de los límites del compromiso matrimonial. Nadie puede acusar a Proverbios 5:15-23 de estar contra el sexo. Por el contrario, refleja el hecho de que nuestra sexualidad es un don de Dios, y eso es lo que lo hace tan sublime y que sus pasiones se puedan disfrutar.

Declarar que tales modelos bíblicos son medievales porque ahora contamos con antibióticos y varias formas de la "píldora" es colocar a la ciencia en el lugar de Dios como el nuevo Salvador. No todas las violaciones de la ley de Dios son manejadas con facilidad por la ciencia, ya que la presencia del sida ha dado nuevos motivos (me refiero sola y específicamente a los casos de sida y VIH conectados con la promiscuidad sexual) para hacer una pausa y considerar la veracidad de las escrituras.

Es cierto que Alvin Toffler había predicho en su libro *El shock del futuro*, de 1970, que en los futuros matrimonios se permitirían esposos o esposas descartables luego que uno de los miembros de la pareja hubiera "superado" al cónyuge con que se había comprometido. Charles A. Reich, en su muy difundido libro *The Greening of America* (El reverdecimiento de América) declaró de manera semejante que los jóvenes no querían las enredadas relaciones provistas por el matrimonio. Solo querían ser libres de amar cómo, cuándo y a quien se les antojara. Si esto constituía verdadera libertad o mera explotación se hizo evidente a lo largo de las dos siguientes décadas: resultó que era explotación hasta el extremo.

Sin embargo, en contraste con estas filosofías de explotación y experimentación emergentes, el propósito de Dios para el matrimonio ha seguido siendo el mismo en Génesis 2:18: "No es bueno que el hombre esté solo". En lugar de dos, hombre y mujer, debían ser "una carne".

El primero de los cuatro recordatorios se encuentra en

Proverbios 5:15, y es este: nuestro cónyuge tiene que ser la fuente de nuestro deleite. Los sinónimos singulares “cisterna” y “pozo” aquí se utilizan como símbolos de la esposa. Ambos son provisión de agua potable, profunda satisfacción y frescura. El placer del que se habla aquí no es solamente espiritual sino también sensual, sin ninguna intención de hacer comparaciones con la figura femenina o su anatomía. La figura es la del gozo y el vínculo. Es la cisterna *propia* la que provee la frescura. Así que la metáfora nos ordena que seamos fieles a nuestro cónyuge. Cada romance clandestino o atracción ajena viola el claro mandato de Dios. El designio original y permanente de Dios es que cada uno de nosotros cuente con su propia fuente (la forma singular de los sustantivos resulta más sorprendente ante los casos de poligamia no aprobada que tenían lugar en los tiempos del Antiguo Testamento). Como dice Cantares 4:12: “Un jardín cerrado es mi hermana y novia, un jardín cerrado, un manantial sellado”. En el mismo sentido, Cantares 4:15 dice: “Eres fuente de los jardines, manantial de aguas vivas” (NVI).

El segundo recordatorio es igualmente directo: la relación con nuestro cónyuge debe ser protegida (Prov. 5:16, 17). Inmediatamente nos golpea el cambio de los sustantivos singulares del v. 15 a las referencias plurales a “manantiales” y “corrientes de aguas”. Aquí la figura es la del desperdicio, el derroche del agua preciosa (por tanto, de nuestra sexualidad) en las calles y las plazas públicas.

La tranquilidad doméstica del hogar de alguna manera ha sido destruida, porque la esposa ha salido a buscar relaciones extramatrimoniales, derramando por tanto sus preciosos recursos por todo el pueblo. La figura no es la del hombre, como algunos han sugerido, con el agua representando al esperma masculino que ha engendrado hijos por todo el pueblo. Tampoco es la del manantial que se ha secado por la falta de uso y por tanto ha llegado a ser un desperdicio por la negligencia y falta de sensibilidad del esposo. Lo que aclara la cuestión es que en el v. 17 las fuentes de agua de los vv. 15, 16 y 18 se dice que son “para ti solo”, es decir, para el esposo, con

los sustantivos en plural aún refiriéndose a la esposa del v. 15.

Este es el tercer recordatorio: Nuestro deleite debe estar en nuestro cónyuge (vv. 18-20). La fuente es bendecida cuando se disfruta conforme al plan de Dios, es decir dentro de los límites del matrimonio. En la Septuaginta griega, el v. 18 lee: “Que tu manantial sea solamente para ti”.

La Palabra de Dios elogia el amor intenso y el deleite intenso con el propio cónyuge como un don y el propósito para las parejas. Existe una atracción divinamente ordenada por el sexo opuesto, pero si es mal utilizada conduce a la destrucción (Prov. 7). Pero en el contexto de la monogamia hay más deleite que en el vino (Cant. 1:2). Es una llama del Señor (Cant. 8:6). Por tanto alegrémonos “con la mujer de [nuestra] juventud” (Prov. 5:18) a la que nuestro texto halaga “como una preciosa cierva o una graciosa [o atractiva] gacela” (v. 19). Los animales aquí se usan como comparaciones, dado que hablan de gracia, forma y agilidad de movimiento, así como lo hace Cantares en 4:5 y 7:3.

Existe una satisfacción que tiene que ser derivada de los aspectos sensuales y físicos a la práctica del amor conyugal. Más que eso, en Proverbios 5:19, 20 se la considera como una intoxicación. El verbo traducido “te cautive” (NVI) también significa “ser intoxicado”. Así de satisfactorios y llenos de deleite son los placeres del sexo físico para aquellos que usan sus dones sexuales conforme al plan divino dentro del matrimonio.

Finalmente tenemos un último recordatorio: nuestra relación con nuestro cónyuge está expuesta a la mirada de Dios (vv. 21-23). A los argumentos anteriores a favor de la fidelidad matrimonial se añaden dos razones más para que permanezcamos fieles a nuestro cónyuge. En primer lugar, Dios observa todo lo que ocurre en el planeta. Nunca ha existido un encuentro romántico secreto que haya escapado al conocimiento de Dios (v. 21). Todos nuestros caminos son examinados, considerados y pesados para que podamos ser juzgados con justicia (v. 21b). De manera que entendemos la razón para la pregunta retórica del v. 20: “¿Por qué, hijo mío, dejarte cautivar por una adúltera?” (NVI). El Dios que creó la sexualidad humana

tiene el derecho de esperar un uso adecuado de ese don. Para decirlo más claramente: ¡no existe un motel ni rincón de amantes que Dios no pueda ver y conocer lo que está ocurriendo!

La segunda razón para ser fieles a nuestro cónyuge se encuentra en los vv. 22 y 23. El esposo que escoge vivir en la promiscuidad en algún momento se encontrará limitado, atrapado y atado con cuerdas por sus propios pecados. No solamente su falta de disciplina tiene como resultado la esclavitud ante su propio ser corrupto sino que producirá también la ruptura de su matrimonio y traerá su propia muerte. Este es el peso del desvarío (v. 23). El placer que buscó se evaporará y se burlará de él dejándole como resultado una ironía final.

Cualquier conclusión que no perciba el terrible impacto que un texto como este puede tener en nuestra cultura contemporánea estaría ciega. Está claro que los matrimonios muertos son matrimonios no bíblicos; no honran a Dios. Las parejas deben luchar fieramente por una renovación diaria y crecimiento en su matrimonio. Dios ha decretado que debe haber gozo, satisfacción, exclusividad, atención, misterio, belleza, poder y conciencia de su presencia. Su mirada se extiende aun hasta el dormitorio donde tiene lugar el acto conyugal. Para él, la relación sexual dentro del matrimonio no es sordida, mundana, pecaminosa ni vulgar. Es uno de los dones más hermosos entregados a los mortales que le siguen: de hecho es un "cantar de cantares", ¡el mejor de los cantos! Que resistamos, por su gracia, la corriente de la cultura de nuestro tiempo y renovemos nuestros votos con el santo matrimonio, para la gloria de Dios.

Conclusión

Ya hace demasiado tiempo que los materiales de sabiduría han sido abandonados en la misión de predicación de la iglesia. Las personas anhelan recibir ayuda con los asuntos básicos y cotidianos de la vida, y la predicación sobre cada uno de los libros sapienciales puede suplir provisión para su ham-

bre más allá de lo que nunca habrían imaginado. Los textos de Proverbios y Cantares son especialmente relevantes. Si la iglesia no responde una vez más a su llamado de proveer ayuda en estas áreas solamente podemos esperar que, en la generosa providencia de Dios, los ministerios paraeclesiásticos llenen el vacío con ofrendas tales como seminarios de enriquecimiento matrimonial y sesiones para los conflictos básicos de la juventud. ¡Tomemos la Palabra de Dios y prediquemos todo el consejo de Dios para una generación anhelante y hambrienta!

Cómo predicar y enseñar los profetas del Antiguo Testamento

A los cristianos por lo general les ha resultado más fácil leer y aplicar los mensajes de los profetas que cualquier otra sección del Antiguo Testamento, con la posible excepción de los Salmos y el libro de Génesis. Pero eso no quiere decir que todo lo que los profetas tienen para decir es transparente e igualmente fácil de predicar. A Moisés se le dijo en Números 12:6-8: "Si tuvieseis un profeta del SEÑOR, yo me manifestaría a él en visión o hablaría con él en sueños. No es así con mi siervo Moisés, quien es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablo con él, en persona, y no por enigmas". Así que hay algo enigmático (o como "enigmas") acerca de la predicación y la enseñanza de los profetas (o por lo menos en parte de los mensajes proféticos) cuando se la compara con hacerlo de la Torá.

Sus mensajes de juicio y palabras amenazantes son particularmente difíciles. Advirtieron constantemente al pueblo de Dios del juicio que pendía sobre él si no se arrepentía y se volvía del camino corrupto que se había propuesto seguir. Así que los profetas utilizaron todos los recursos literarios que pudieron imaginar para cautivar la atención y la voluntad de sus audiencias¹.

Pero aun si en su tiempo hablaban con una vitalidad tan sorprendente, debemos encarar otra pregunta: ¿Cómo vamos a escuchar la Palabra de Dios hoy en día a partir de sus textos? Si los profetas hablaron tan directamente acerca de los asuntos de su tiempo, como afirma la mayoría, entonces, ¿de qué ma-

nera sus mensajes son autoritativos y por tanto relevantes para nosotros hoy en día?

Para algunos resulta tentador eludir el problema señalando Hebreos 1:1, 2a, que dice: "Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo". La conclusión incorrecta que algunos derivan de estos versículos del Nuevo Testamento es que la persona de Jesús ahora ha reemplazado las que de alguna manera fueron palabras incompletas, pronunciadas anteriormente como una revelación de parte de Dios por los profetas. Pero esa no resulta solamente una lectura injusta de Hebreos 1:1, 2a: tampoco tiene en cuenta el hecho de que tanto la iglesia del siglo I como las generaciones posteriores de cristianos continuaron preservando y usando los profetas del Antiguo Testamento como algo más que curiosidades históricas. O pongamos la cuestión como William L. Holladay la expresó tan gráficamente:

¿Se comunica Dios con nosotros por medio de estas antiguas palabras? Y si lo hace, ¿cómo tenemos que escuchar tal comunicación? ¿Podemos desamarrar el barco llamado "Isaías" de su puerto en el siglo VIII a. de J.C. y traerlo al puerto del siglo XX [o XXI] y aún reconocerlo como "Isaías"? ¿De qué manera puede hacerse esto?"².

Eso es precisamente lo que este capítulo intentará hacer. Dado que es el mismo Dios quien se dirige a nuestra generación desde el mismo modelo de santidad y justicia, no debe ser demasiado difícil escuchar en las advertencias e insistentes llamados de los profetas al cambio, el arrepentimiento y el retorno a Dios un mensaje para nosotros, a pesar de la distancia en el tiempo.

Analizando las palabras de juicio de los profetas

Si tenemos que escuchar las palabras de los profetas de una manera que sea a la vez fiel a su contexto original y con-

teniendo utilidad contemporánea para nosotros, primeramente debemos determinar el tema básico o propósito de cada libro profético del que queremos predicar. También resultará útil mostrar cómo el propósito del libro encaja en el tema general unificador de todo el Antiguo Testamento y el tema o plan central de toda la Biblia.

Luego de haber formulado el propósito del libro, debemos entonces señalar las secciones literarias más importantes que constituyen la estructura del mismo. Por lo general existen elementos retóricos que indican el comienzo de cada nueva sección del libro. De todas maneras, si tales elementos retóricos no se encuentran presentes, debemos buscar otros marcadores. Un cambio de tema, un cambio en los pronombres o un cambio en los aspectos de la acción verbal pueden ser señales reveladoras de que ha comenzado una nueva sección.

Por ejemplo, la segunda mitad del libro de Isaías exhibe tres secciones principales, cada una con el mismo colofón (o "cola"): "¡No hay paz para los malos!", dice el SEÑOR" (Isa. 48:22; comp. 57:21). Una expansión del mismo tema conforma el colofón en Isaías 66:24. Así que la última parte de Isaías se divide en tres secciones principales (o novenas, por ejemplo, grupos de nueve capítulos cada uno) como lo determina la repetición de este elemento retórico reiterado:

I. Lo incomparable que es Dios el *Padre* en Isaías 40—48.

"¡No hay paz para los malos!" (Isa. 48:22).

II. La redención de Dios el *Hijo* en Isaías 49—57.

"¡No hay paz para los malos!" (Isa. 57:21).

III. La obra de Dios el *Espíritu Santo* en Isaías 58—66.

"...su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará" (Isa. 66:24).

De igual manera, los profetas Miqueas y Amós ilustran el uso repetido de elementos retóricos para lanzar las secciones de sus profecías. En lugar de utilizar un remate, estos dos profetas utilizaron "rúbricas" o encabezamientos para disparar las secciones de sus libros.

"Oíd" o "escuchad", advierte Miqueas en 1:2; 3:1; y 6:1.

De manera que su libro consta de tres secciones principales: Miqueas 1—2; 3—5; y 6—7.

Amós utiliza una rúbrica mucho más compleja. En los capítulos 1 y 2 comienza ocho veces con la frase: “Por tres pecados de... y por cuatro”. Estos encabezamientos unifican la primera sección de su libro como una serie de profecías dirigidas a las naciones. En su siguiente sección repite una frase que le recuerda a Israel el gran Shema: “Oíd esta palabra” (Amós 3:1; 4:1; 5:1). La siguiente sección cambia sus encabezamientos: “¡Ay de los...!” (Amós 5:18; 6:1). Finalmente, el libro termina con cinco visiones, cada una comenzando con: “Así me mostró el SEÑOR Dios” (Amós 7:1, 4, 7; 8:1; 9:1 [9:1 utiliza una variación del tema para llevar la serie a un clímax]). Así que el libro consta de estas cuatro secciones: Amós 1—2; 3:1—5:17; 5:18—6:14; 7—9.

Estos elementos retóricos son de gran ayuda para el maestro y el predicador a la hora de determinar los lugares donde el texto tiene una bisagra indicadora de una nueva sección en el argumento del libro.

Un tercer paso reclama que reconozcamos el género particular que fue utilizado para un mensaje específico del profeta. Este estudio es importante, ya que en la vida cotidiana las mismas palabras usadas en distintos contextos pueden significar cosas diferentes, dependiendo si aparecen en una publicidad, un sermón o una novela. Así que debemos investigar el género o formato literario utilizado por el profeta y observar cómo funciona, tanto para entender su mensaje y captar una idea como para saber cómo aplicarlo a nuestro tiempo, época y cultura.

Un cuarto paso que se sigue habitualmente al llegar a este punto es una investigación del contexto histórico y social del libro. Esto ayuda a concentrar el trabajo del intérprete para que las palabras sean escuchadas y comprendidas de la misma manera que la audiencia original. Sin embargo, al mismo tiempo se corre un riesgo. Uno puede dedicarle tanta atención al contexto histórico y social (por ejemplo, a las cosas [res] señaladas en el texto) que al mensaje (*verba*) del propio texto,

junto con las adaptaciones para las generaciones posteriores, nunca se escucha por lo que dice en sí mismo. Dicho de otra manera, algunas veces nuestra búsqueda del *Sitz im Leben* o “contexto vital” supera al *Sitz im Literatur*, el “contexto literario”. Muchas veces el intérprete siente que la tarea de analizar exegéticamente el texto ha sido completada cuando se han considerado los asuntos históricos, de introducción bíblica (por ejemplo, la fecha, el autor, la audiencia y semejantes) y apologeticos (concernientes a los temas éticos, filosóficos, arqueológicos o teológicos).

Por lo general, alguien conservador presentará Josué 6 demostrando que las murallas de Jericó cayeron, por cierto, hacia fuera de la ciudad en lugar de hacerlo hacia adentro, durante el periodo al que Josué pertenece. Este es un buen tema para ser presentado por la arqueología y la apologetica, y es un asunto importante. Pero no es lo mismo que tratar el mensaje del texto o lo que expresa. La apologetica, en este caso, se ha tragado y usurpado los intereses de la exégesis bíblica y la preparación adecuada para la predicación de un pasaje.

Regresemos ahora al tercer paso ya mencionado, la identificación del género, ya que este paso nos dará un comienzo con el pie derecho para escuchar correctamente al texto. Cada género también tendrá su propia forma de sermón. Veamos de qué manera llegaron a la existencia estos géneros.

Los 16 profetas que escribieron (los 4 profetas mayores y los 12 menores) construyeron sobre el antecedente que los profetas anteriores les dejaron (como Samuel, Natán, Elías y Eliseo). Por ejemplo, no era inusual que estos profetas tempranos (que se encuentran en los cuatro libros de los Profetas Anteriores: Josué, Jueces, Samuel y Reyes) se colaran audazmente en el salón real del trono para declarar un mensaje de Dios. De la misma manera los profetas posteriores (Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y los 12 profetas menores) asumieron un rol similar de entrar intempestivamente en el palacio real y actuar como mensajeros y embajadores de Dios³. De esta experiencia surgió un estilo formal de presenta-

ción que era el demandado por tal contexto social: los discursos de los embajadores.

Típicos de esos discursos de embajadores eran los siguientes componentes, ya sea que fueran transmitidos en forma oral o (más adelante) puestos por escrito. Las dos partes principales incluidas eran: (1) el envío de las palabras exactas del rey, ya fueran una acusación o un anuncio; y (2) la explicación del mensajero/embajador de esas palabras. Uno puede añadir a esto que en las versiones escritas el mensajero comenzaría su reporte declarando su comisión como mensajero del gran rey/soberano, o en el caso de los profetas, como alguien que ha sido comisionado por Dios. Por ejemplo, 1 Reyes 21:17 dice: "Aconteció que vino la palabra del SEÑOR a Elías el tisbita". A esto nos referiremos como la *comisión* del profeta.

Esto era normalmente seguido por la *fórmula del mensajero*: "Así dice el Señor". Esta fórmula funcionaba como el vínculo y el medio por el que la comisión y la acusación o el anuncio quedaban enlazados. Muchas veces una segunda acusación o un anuncio de juicio eran añadidos al primero con una segunda fórmula del mensajero.

La razón para estas formas de discurso era que el rey y el pueblo habían violado la ley de Dios y se exponían a la posibilidad del juicio si no se veían cambios evidentes. El anuncio del juicio muchas veces no era más que una oración, terrible pero memorable. Todas estas partes necesitan ser ilustradas por lo que sigue, para no limitarnos a meras generalizaciones.

Una ilustración de la profecía de juicio Jeremías 44

Jeremías 44:1-6

I. Introducción

- A. La comisión: "La palabra que vino a Jeremías con respecto a todos los judíos que habitaban en la tierra de Egipto" (v. 1).

- B. El discurso del mensajero: "Así ha dicho el SEÑOR de los Ejércitos, Dios de Israel" (v. 2).

II. Cuerpo

- A. Una indicación de la situación: "Vosotros habéis visto todo el mal que he traído sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá. He aquí, en el día de hoy están en ruinas y no hay habitantes en ellas, a causa de la maldad que ellos cometieron, provocándome a ira, ya que fueron a quemar incienso y a servir a otros dioses..." (vv. 2b-5).
- B. El desarrollo de la situación: "Persistentemente os envié todos mis siervos los profetas, para deciros: '¡Por favor, no hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco!' Pero no escucharon... para volverse de su maldad, para dejar de quemar incienso a otros dioses" (vv. 4, 5).
- C. La mención del juicio (muchas veces comenzando con "por tanto"): "Por tanto, se derramó mi ira, y se encendió mi furor en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén; y fueron convertidas en ruina y en desolación, como en este día" (v. 6).

Jeremías 44:7-30

- I. Introducción (de una nueva declaración [o la continuación de la anterior de los vv. 1-6]).
- A. La comisión: [Omitida, o asumiendo que continúa la del v. 1].
- B. El discurso del mensajero: "Ahora pues, así ha dicho el SEÑOR Dios de los Ejércitos, Dios de Israel" (v. 7).
- II. Cuerpo
- A. Una indicación de la situación, precedida de dos interrogantes: "¿Por qué hacéis un mal tan grande contra vosotros mismos, para que de en medio de Judá sean destruidos el hombre, la mujer, el niño y el lactante, sin que os quede remanente alguno? ¿Por qué me provocáis a ira con las obras de vuestras manos, ofreciendo incienso a otros dioses en

la tierra de Egipto, a donde habéis entrado para residir..." (vv. 7b, 8a).

B. El desarrollo de la situación: Ustedes se están destruyendo a ustedes mismos. Se han olvidado de la maldad hecha por sus padres, los reyes y reinas de Judá. Hasta ahora no se han humillado, mostrado reverencia ni cumplido con la ley que puse ante ustedes y sus padres (vv. 8-10 parafraseados).

C. La predicción del desastre (una vez más comienza con "por tanto"): "Por tanto, así ha dicho el SEÑOR de los Ejércitos, Dios de Israel" (v. 11b). El remanente perecerá en Egipto. Todos se volverán motivo de horror y maldición. Los castigaré en Egipto con la espada, el hambre y la plaga, así como castigué a Jerusalén. Nadie del remanente que se haya ido a Egipto escapará ni sobrevivirá (vv. 12-14 parafraseados).

III. Respuestas finales: Los hombres, que sabían lo que habían hecho sus esposas, dijeron: "La palabra que nos has hablado en nombre del SEÑOR, no te la escucharemos" (v. 16). Antes de la llegada del avivamiento [bajo el gobierno del rey Josías] estábamos muy bien y teníamos de todo en abundancia, pero desde que dejamos de quemar incienso a la Reina del Cielo no hemos tenido nada y estamos pereciendo (vv. 17b, 18 parafraseados). Jeremías respondió: "¡Está bien, vayan y cumplan sus promesas, lleven a cabo sus votos!" (v. 25b, NVI). Pero el SEÑOR dice que esperemos para ver "de quién es la palabra que ha de prevalecer: si la mía o la de ellos [ustedes]" (v. 28b).

Así eran las profecías de juicio. Con el uso de este género quedamos preparados para designar los puntos de nuestro sermón o lección. Este formato de juicio muchas veces es contrastado con los oráculos o las profecías de salvación que consideraremos a continuación.

Analizando las profecías de salvación

El hilo conductor que unifica el Antiguo y el Nuevo Testamento es el tema único de la promesa de Dios⁴. Este hilo de la promesa se conoce por una multitud de otros términos como la *bendición*, el *contenido* de los numerosos pactos de la Biblia o la *historia redentora de la salvación divina*. Aparte de los términos, el énfasis está en la bondad y la gracia de Dios que alcanza a los pecadores incapaces de ayudarse a sí mismos.

El Nuevo Testamento, al reflejar el mensaje principal del Antiguo Testamento, utiliza la palabra "promesa" (*epangelia*) para referirse a todo lo que el Salvador ha hecho por la humanidad perdida. Toda la fuerza de esta línea de la promesa/plan de Dios comenzó en Génesis 3:15; y 9:27, pero llegó a florecer completamente en las reiteradas promesas hechas a los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob.

Estas palabras de una salvación prometida continúan en los oráculos proféticos de la salvación. La única diferencia entre aquellas primeras promesas y los mensajes proféticos de salvación y promesa es el contexto para la palabra de Dios que pronunciaron los profetas. Generalmente llegaron en medio de una amenaza de condena porque Israel había quebrantado el pacto, había caído en la idolatría y había pecado. Siendo que la promesa había sido hecha solamente por Dios y era parte de un pacto unilateral en el que los mortales no se comprometían como requisito para recibir los beneficios de la salvación, el pecado de Israel no podía descarrilar el plan de Dios para bendecir a Israel y a todas las naciones (Jue. 2:1; Jer. 5:18).

Estas palabras de promesa y bendición parecen tan fuera de lugar en el contexto de juicio de los mensajes que los eruditos muchas veces han decidido concluir que el mensaje originalmente era uno de dos, el de juicio o el de bendición; no podía haber sido las dos cosas a la vez. Pero el hecho es que ambos eran partes auténticas de la tradición.

Una ilustración de una profecía de la salvación: Jeremías 32:36-44

Las palabras proféticas de salvación exhiben muchas de las mismas partes que constituyen las profecías de juicio⁵. Estas profecías podían aparecer en una narración histórica o en los propios escritos proféticos, pero las características eran prácticamente las mismas. Había una fórmula del mensajero con la que se comenzaba. Empezaría diciendo: "Así dice el Señor" o "Esto es lo que dice el Señor, el Dios de Israel".

Luego venían las palabras dirigidas ya fuera a los individuos (como ocurría por lo general en los días de los Profetas Anteriores en los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes) o grupos de personas. Eran oráculos de salvación o palabras de ánimo que a pesar de las fallas humanas Dios interveniría, generalmente ante el mínimo signo de arrepentimiento y acto de volverse hacia él.

Estos oráculos caían dentro de dos grupos principales: promesas de salvación y proclamaciones de salvación. Cada uno de ellos contaba tradicionalmente con tres componentes: (1) una reafirmación de que la promesa de Dios seguía siendo verdadera; (2) la base de esa reafirmación; y (3) la futura transformación del juicio en salvación y bendición.

Hay pocos paralelos de estos oráculos de salvación en otra literatura del Cercano Oriente. Podrían mencionarse ciertas fórmulas estereotípicas, como "¡No temáis!" o "[Los templos] o [las lluvias] les serán devueltos", pero no es lo mismo que el género que estamos discutiendo aquí.

Un ejemplo de la profecía de salvación puede verse en el rico capítulo de Jeremías 32, especialmente en los vv. 36-44. El esbozo del género se vería así:

- I. La fórmula del mensajero: "Ahora pues, así ha dicho el SEÑOR Dios de Israel" (v. 36a).
- II. La reafirmación: "He aquí que yo soy el SEÑOR, Dios de todo mortal. ¿Habrà alguna cosa difícil para mí?" (v. 27; ver también v. 17).

III. La futura transformación

- A. "...he aquí que yo los reuniré de todos los países a los cuales los he expulsado en mi furor, con mi ira y con gran indignación" (v. 37a).
- B. "Los haré volver a este lugar y les haré habitar seguros" (v. 37b).
- C. "Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios" (v. 38).
- D. "Les daré un solo corazón y un solo camino, a fin de que me teman perpetuamente, para su propio bien y para el bien de sus hijos después de ellos" (v. 39).
- E. "Haré con ellos un pacto eterno; no desistiré de hacerles bien" (v. 40a).
- F. "Me regocijaré por causa de ellos al hacerles el bien. Los plantaré en esta tierra con verdad, con todo mi corazón y con toda mi alma" (v. 41).

IV. La reafirmación: "porque yo cambiaré su suerte" (v. 44b, NVI).

Al interpretar las promesas de salvación uno debe tener cuidado de relacionar estas nuevas reafirmaciones, que vienen en el contexto de alguna de las peores tragedias de la nación, con las precedentes promesas de Dios que se encuentran en los textos anteriores de las Escrituras. Todas forman parte de una misma "promesa" en marcha de Dios. Están basadas en las palabras previas de Dios y al mismo tiempo la complementan.

Otros géneros proféticos

Además de los mensajes de juicio y salvación, existen varios géneros literarios más que fueron utilizados por los profetas. Pueden ser mencionados brevemente, ya que son derivados de los dos tipos principales.

Los ayes

Estos mensajes comienzan con una exclamación de desánimo, utilizando la palabra "¡Ay!" (en hebreo *hoy*). A esta exclamación

mación le sigue comúnmente un participio que describe la acción que está siendo citada como ofensiva para Dios, o la sigue un sustantivo que caracteriza al pueblo en un sentido negativo. Hay quienes creen que el contexto social para estas palabras eran los llantos de dolor que se escuchaban en los funerales. Aparte de las situaciones de la vida que originaron los formatos/géneros, los profetas se lamentaron en un mensaje de desesperación ante la beligerancia del pueblo.

Grupos de mensajes cargados de ayes se pueden encontrar en Isaías 5; 10:1-11; 28:1-4; 29:1-4, 15; 30:1-3; 31:1-4; Amós 5:18-6:7; Miqueas 2:1-4 y Habacuc 2:6-19.

La demanda profética (rib)

En este género, Yahvé convoca a Israel o Judá a presentarse a la corte para escuchar el caso que se ha acumulado en su contra. Las partes de esta demanda son las siguientes: (1) Una apelación al jurado para que escuche cuidadosamente (un jurado generalmente constituido por los cielos y la tierra), (2) el interrogatorio de los testigos y la declaración de la acusación, (3) el discurso del fiscal a la corte, generalmente contrastando los actos salvíficos de gracia de Dios para con los pecados del pueblo, y (4) un llamado a volverse y obedecer a Dios. Este formato refleja, en gran medida, muchas de las características de los tratados internacionales de la época. La mejor ilustración de este tipo de género es Miqueas 6:1-8. El caso es igualmente dramático en Isaías 41, donde se forma un consejo entre todos los pueblos de la tierra y son convocados testigos, mientras Dios presenta su caso en los vv. 21-29. Durante este juicio, el repentino anuncio de Dios convocando a un hombre del oriente, que más adelante sería conocido como el rey Ciro, se convierte en la sorpresa central del mismo.

Los oráculos contra las naciones extranjeras

Solamente en los profetas mayores, más de 25 capítulos y 680 versículos (¡un volumen de material que excede todos los

capítulos y versículos de todas las cartas del apóstol Pablo en la prisión!) están dedicados a este formato literario (Isa. 13-23; Jer. 46-51; Eze. 25-32). También podríamos añadir Amós 1-2 y los libros completos de Nahúm y Abdías.

El contexto interno del libro para cada uno de estos bloques de material es muy interesante. Por ejemplo, la sección de Isaías 13-23 tiene como sujetalibros las profecías de la primera venida del Mesías en Isaías 7-12 y profecías referentes a la segunda venida del Mesías en Isaías 24-27. Seguramente esto es tan significativo para el intérprete como el formato del texto.

Los mensajes a estas naciones abarcan todas las formas que ya se mencionó que eran utilizadas por los profetas. Pero su contexto, en cada libro, las dota de una fuerza única, como hemos visto en el ejemplo de Isaías.

Pautas para la interpretación de los profetas

Con demasiada frecuencia se piensa en los profetas más que nada como personas capaces de predecir el futuro. Pero la verdad es que eran principalmente *confrontadores*, porque hablaban la palabra de Dios contra la creciente corriente de idolatría, apostasía y pecado en la nación. Los tipos de mensajes de confrontación ocupan bastante más de los dos tercios de sus libros; solamente un tercio se dedica a algún tipo de anticipación del futuro, la predicción.

Pero en cuanto a esto a algunos les importa hacer una distinción entre las palabras proféticas incondicionales y unilaterales a diferencia de las condicionadas a las respuestas de la persona o personas a las que iban dirigidas. Las promesas incondicionales de Dios eran las de los pactos con Abraham, David y los nuevos pactos en los que solamente Dios se obligaba a cumplir con lo que había dicho. Paralelas a estas promesas incondicionales que se encuentran en los principales pactos estaban aquellas con las estaciones en Génesis 8 y la promesa de cielos nuevos y tierra nueva en Isaías 65-66. En estas promesas nada dependía de la obediencia de los

mortales; Dios mismo por su cuenta se encargaría de su cumplimiento. Sin embargo, no todos participarían de estas bendiciones. Aun algunas personas pertenecientes a la familia de los descendientes de David simplemente transmitieron estos beneficios a la siguiente generación en la línea del Mesías y no participaron de ellos, porque no los recibieron por la fe.

Pero todas las otras palabras de juicio declarado contaban con una cláusula de contingencia explícita o no expresada en sus palabras de seguro castigo. La mejor ilustración de esto se encuentra en la historia de Jonás. Aunque él entregó un mensaje seguro de que en 40 días descendería el juicio sobre Nínive, tenía el terrible sentimiento de que si los asirios llegaban a arrepentirse, entonces Dios se apiadaría, y el juicio se postergaría. Para el colmo del disgusto del profeta, fue exactamente eso lo que sucedió. Más de un siglo después, la misma nación, en otra generación, sintió que el profeta Jonás había proclamado falsamente que venía el lobo y que sus antecesores se habían arrepentido cuando no había necesidad de haberlo hecho. Por tanto, no se arrepintieron y el juicio que a Jonás le hubiera encantado ver finalmente cayó sobre ellos.

El principio para esta afirmación acerca de la interpretación de los profetas puede encontrarse en Jeremías 18:7-10. En este texto Dios claramente anunció este mismo principio. Su provisión era la siguiente: cada vez que el Señor anunciara que una nación iba a ser destruida y esa nación se arrepintiera, entonces Dios no traería sobre ellos el desastre con el que los había amenazado, aunque no hubieran cláusulas de contingencia, ningún "sí" o "a menos que" incluido en la amenaza. Sin embargo, lo mismo también ocurre en el caso contrario: Dios puede declarar su bendición sobre una nación y luego descubrir que esa nación se interesa bien poco, si es que se interesa, por él. Dios retirará su promesa de bendecir a ese pueblo —que si hubiera respondido de otra manera habría bendecido— trayéndole el desastre.

Los mensajes acerca del Mesías en los profetas son tan dignos de confianza como los demás mensajes de promesas y salvación. También pertenecen a la larga y activa tradición de

la simiente prometida en los diferentes pactos. Son oráculos de salvación con una historia redentora como su herencia. Esto no quiere decir que el Mesías pueda ser encontrado en cada zarza proverbial del Antiguo Testamento, y mucho menos en las profecías de juicio contra las naciones extranjeras. Pero no se puede negar que el corazón de la promesa-plan de Dios es cristocéntrica, aunque no cristoexclusivista.

Una ilustración de la predicación profética Isaías 40:12-31

Puede ser que la pregunta aún permanezca en la mente de muchos: ¿Cómo, entonces, podemos enseñar o predicar de los profetas del Antiguo Testamento? Pocos pasajes han sido de mayor ayuda y consuelo para mí que Isaías 40. Es, sin lugar a dudas, mi capítulo preferido.

Este capítulo encaja mejor bajo el género de mensaje de salvación dentro de la gran promesa-plan de Dios. Comienza en los vv. 1 y 2 con una forma modificada de la fórmula del mensajero: "¡Consuelen, consuelen a mi pueblo! —dice su Dios—. Hablen con cariño a Jerusalén" (NVI).

Entonces vienen las palabras de salvación en el v. 2: "...proclamadle que su condena ha terminado y su iniquidad ha sido perdonada, que de la mano del SEÑOR ya ha recibido el doble por todos sus pecados".

Pero, ¿cuál es la base para una serie de declaraciones tan audaces? La razón fundamental proviene de una voz no identificada que reclama que todos los mortales limpien el camino y rellenen los valles como preparación para la llegada del Rey de reyes. Estas metáforas de la construcción del camino apuntan a la preparación espiritual y moral requerida si vamos a estar listos para la llegada del Mesías, así como la gente de la antigüedad limpiaba el camino que iba a ser utilizado para la llegada del gobernante en su tiempo. Así que, ¿qué pasará y cuál es la base para las palabras de salvación? El v. 5 responde a esto afirmando: "Entonces se manifestará la gloria del SEÑOR, y todo mortal juntamente la verá; porque la boca del SEÑOR ha hablado".

Es cierto, las personas son hermosas y florecen como las flores del campo, pero solo por un momento (vv. 6-8). Nuestra esperanza y confianza no está en las personas, que tantas veces resultan tan vacilantes. Nuestra seguridad para esta palabra de gracia y promesa está en "la palabra de nuestro Dios [que] permanece para siempre" (v. 8b).

Con este prólogo, el profeta se lanza a una de las más fantásticas series de declaraciones y reafirmaciones que uno puede encontrar en toda la Escritura con el tema: "Nuestro gran Dios incomparable". El título o tema de nuestro mensaje proviene de la pregunta repetida que constituye el encabezamiento de cada una de las dos estrofas finales en los vv. 18 y 25. Preguntan: "¿A qué, pues, haréis semejante a Dios?" y "¿A quién, pues, me haréis semejante, para que yo sea su igual?, dice el Santo". Estos versículos también sirven de enfoque del pasaje y por tanto nos dan el tema para nuestro sermón o lección a enseñar.

Enfoque: Isaías 40:18, 25.

Palabra homilética clave: Comparaciones.

Preguntas: ¿Qué? ¿Cuál? (¿Cuáles son las comparaciones inadecuadas a las que sometemos a nuestro Dios, quien es incomparablemente grande en todo lo que es y hace?).

El maestro y exégeta encontrará tres estrofas claramente delimitadas entre los vv. 12-31. Se las puede bosquejar como sigue:

- I. Introducción: Nuestro gran Dios incomparable.
 - A. En su poder sobre nosotros (vv. 12-17).
 1. Comparado con todo lo que hay en la naturaleza (v. 12).
 2. Comparado con la sabiduría de los individuos (vv. 13, 14).
 3. Comparado con el músculo de las naciones (vv. 15-17).

- B. En su ser personal hacia nosotros (vv. 18-24).
 1. Comparado con los ídolos inertes (vv. 18-20).
 2. Comparado con los príncipes y nobles (vv. 21-24).
- C. En su cuidado pastoral y provisiones para nosotros (vv. 25-30).
 1. Comparado con todo lo finito (vv. 25, 26).
 2. Comparado con las personas abatidas (vv. 27, 28).
 3. Comparado con la fuerza de los jóvenes (vv. 29, 30).
- II. Conclusión (v. 31).



Este oráculo de salvación, que se introduce en los vv. 1-8, comienza luego con una exclamación para aquellos que están trayendo las buenas noticias del evangelio: asciendan a una alta montaña y anuncien con tanta autoridad como les sea posible: "¡He aquí vuestro Dios!" (v. 9). Es una epifanía, una aparición de la persona más poderosa de todo el universo: aquí viene el SEÑOR y gobernante de todos.

Lo que sigue en los vv. 10 y 11 se puede comparar con lo que es una obertura para toda la sinfonía. Declara los temas que serán desarrollados en las tres estrofas que siguen (las que acabamos de mencionar). Primero declara que el SEÑOR soberano viene con un poder y una autoridad para gobernar que no tienen rival (v. 10a). Este tema será retomado en la primera estrofa de los vv. 12-17. Pero luego la obertura continúa en el v. 10b, observando que Dios no es una filosofía ni una fuerza, ni siquiera una doctrina; ¡es una persona viviente! Su retribución está con él y su recompensa lo acompaña, porque ha sido consciente de todo lo que ha ocurrido mientras estuvo ausente. Este tema de Dios como el Dios viviente que supera a todos los ídolos, príncipes, gobernantes y nobles se presenta en la segunda estrofa de los vv. 18-24. Pero por el momento el tema solamente se presenta y menciona hasta que el profeta pueda llegar a su anuncio completo. Finalmente, la introducción que parece obertura concluye en el v. 11 con una nota acerca de cuán pastoral y tierno es el que vendrá, ya que es alguien

que puede proveer y proveerá para todas las necesidades de su rebaño. Ese es el último tema que será desarrollado en la estrofa de los vv. 25-31. Ahora estamos listos para la gran sinfonía de estos temas en sí mismos, en los vv. 12-31⁶.

Habiendo concluido la obertura para nuestro mensaje, comenzamos con el primero de nuestros tres intentos de comparación en el v. 12. Nuestro Dios es incomparable en su *poder*.

El primer candidato para intentar compararse con nuestro Dios es la naturaleza. Se presentan cinco preguntas para intentar cubrir todo el rango de posibles desafíos al poder de Dios. De esta manera, el cúmulo de los siete océanos, comparado con nuestro SEÑOR, es solo un poco de agua en el cuenco de su mano. Los cielos también son reducidos en la comparación al espacio entre su pulgar y su meñique. Todo el polvo de la tierra no es más que un tercio de una medida, si es que estamos pensando en términos del Dios Trino de todo el universo. Las montañas y colinas de la tierra no son menos superadas, porque nuestro SEÑOR es tanto más grande que estos cúmulos de rocas, nieve, hielo y polvo que los puede colocar sobre sus balanzas para pesarlas. Así que, ¿por qué nos sentimos tan intimidados por todos los pretendientes del poder en nuestro tiempo? Si nuestro Dios es netamente superior a toda la naturaleza y motiva que estemos maravillados ante él, ¿por qué no creemos que pueda estar a la altura de cualquier desafío de la vida?

Pero puede ocurrir que no sea la naturaleza lo que nos amenaza e intimida; tal vez en su lugar sea la inteligencia y sabiduría de las personas. ¿Puede nuestro Dios estar a la altura de las computadoras y la investigación de la era moderna? En los vv. 13 y 14 se formulan cinco preguntas más. Se pregunta si Dios alguna vez consultó a alguno de nosotros en algún supuesto momento de deficiencia. ¿Alguna vez recibió un título de nuestras instituciones educativas? La serie completa de preguntas es tan retórica y ridícula que formularlas implica recibir una respuesta inmediata: el propio Dios es la fuente de toda la sabiduría, así que, ¿por qué habría de temer o sentirse intimidado por todas estas personas inferiores a él?

Tres símiles vienen a continuación en el v. 15, para mostrarnos que ni siquiera las naciones con toda su pompa y circunstancia se comparan con el Dios viviente, porque el poder de las naciones es "como una gota de agua que cae de un balde", y ellas mismas, en comparación con nuestro Dios son tratadas "como una capa de polvo sobre la balanza"; de hecho, como "polvo menudo". Allí quedan las potencias militares, los carteles de la droga y la prosperidad económica. Realmente no vale la pena que nos preocupemos por ellos, al compararlos con el poder que encontramos en nuestro Dios viviente.

¿Podemos construir un modelo que pueda compararse con el poder de nuestro Dios? El v. 16 sugiere que tomemos los famosos árboles de cedro del Líbano (que sería como tomar las secoyas de California) y todos los animales de aquella famosa zona para la crianza de ganado (que sería como la de Texas) y construyamos un gran sacrificio para comparar nuestra perspectiva de la grandeza de Dios. Digamos que sea de 120 km de largo y ancho, y 40 km de alto. Entonces encendámoslo como un altar y digamos: "¡Así de grande es mi concepto de Dios!". Pero no sería suficiente para compararse con el poder ni la grandeza de nuestro SEÑOR. Ante él todas las naciones, toda la naturaleza, toda la sabiduría y aun todos los modelos de nuestro Dios son tan mínimos, insignificantes y absolutamente inadecuados que no pueden expresar ni remotamente la magnificencia real de nuestro Dios.

Pero, ¿y en cuanto a Dios como persona? Los vv. 18-24 incentivan el desafío de ofrecer otras comparaciones para Dios. ¿A quién colocaremos como un contendiente ante la *persona* de Dios?

Ciertamente los ídolos no pueden ser contendientes serios, aunque los vv. 19 y 20 exploran ese concepto por un momento. Puede oírse una objeción por parte de nuestros lectores contemporáneos del mensaje de Isaías: "Podemos saltearnos este punto, ya que nosotros no tenemos ídolos en nuestro patio trasero a los que ofrezcamos nuestro cereal Zucaritas todas las mañanas; ¡la idolatría no es lo nuestro!". Pero espera un

momento. La idolatría es un problema universal, porque la esencia de la idolatría es la codicia. Cada vez que colocamos a una persona, cosa o meta en una posición igual o mayor a la de Dios caemos en las miserias de la idolatría.

En realidad Isaías se divirtió mucho con este argumento. Para aquellos que son demasiado pobres como para hacer que un artesano les haga un ídolo bañado en oro y collares de plata, aconseja que la madera que seleccionen para esta versión más barata sea escogida con mucho cuidado. Sería vergonzoso que el dios de alguien fuera destruido por las termitas. Ah, sí, consigan un artesano que tenga bastante habilidad. Algunos obreros no podrían hacer un dios ni siquiera si sus vidas dependieran de ello. Otra cosa: clava tu dios al piso, porque uno necesita estabilidad de una deidad por sobre todas las cosas. Es probable que Isaías estuviera recordando al dios Dagón, que se despegó en presencia del arca del pacto de Dios en territorio filisteo en los días de Samuel. ¡Así que clava tu dios! La ironía le debería haber quedado clara a todo el mundo. Dios no es madera muerta: ¡es una persona viviente!

Pero si la cualidad personal de los ídolos es incoherente, ¿qué puede decirse de los reyes y príncipes (vv. 21-24)? Ellos también olvidan que el Dios del universo se sienta en el trono sobre el círculo de la tierra. Nada se escapa a su conocimiento o su atención. Los príncipes, reyes, gobernadores, jueces y todos los demás que están en autoridad llegan pero también abandonan su oficio y esta vida con la misma rapidez. Algunos apenas llegan a comenzar. Y luego ya no están. ¿Por qué? Porque Dios sopla sobre ellos, y ese es su fin. Son quitados tanto de su oficio como de sobre la tierra.

Así que, ¿por qué nos asustamos y sentimos intimidados por todas estas máscaras vacías de nuestro día? ¿Es porque pensamos que somos más reales que Dios? ¡Qué craso error el cometido por Israel! ¡Qué craso error si nosotros lo repetimos!

La última comparación que se intenta tiene que ver con el *cuidado pastoral* o *provisión* que nuestro Dios es capaz de darnos (vv. 25-31). Una vez más, el escritor bajo la inspiración

de Dios demanda: “¿A quién, pues, me haréis semejante, para que yo sea su igual?, dice el Santo”.

Por ejemplo, tomemos las estrellas. ¿Alguno de nosotros tiene una idea de quién las creó (v. 26)? “Dios”, respondemos a coro. ¡Correcto! Él las expone cada noche con tanta regularidad que nuestras vigiliasson establecidas por el patrón del sistema solar. Más que eso, llama a cada estrella por su nombre. Pero eso despierta otra pregunta: ¿Existen más estrellas en el cielo que personas en el mundo? Por amplia mayoría, hay más millones y billones de estrellas que los algo más de seis mil millones de personas que hay en el mundo. Así que si Dios conoce a todos esos billones de estrellas por su nombre, ¿por qué voy a pensar que no me conoce a mí por mi nombre, yo que fui hecho a su imagen y redimido por su gracia? Ya que solamente los padres les pueden dar nombre a sus hijos, Dios es el padre y creador de las estrellas, porque él las nombró.

Pero aún podemos objetar, como lo hacen los desanimados mencionados en el v. 27. Ellos piensan que Dios los ha descuidado, a ellos y a sus derechos. Pero ellos también se han olvidado de que el Dios eterno no se desgasta ni se cansa de todo el trabajo de regir el universo. Nadie puede poner medida a su comprensión, su compasión, ni a su tierno cuidado por los que sufren. Nuestro Dios es fantásticamente inmenso y ajeno a toda comparación sea cual sea su magnitud. Él es la fuente de toda la fortaleza que todos —desde los niños hasta los que están en el colmo de su vigor— necesitan.

¿Por qué, entonces, depositamos nuestra confianza en cualquier otra cosa? Los que depositan toda su confianza en Dios, aquel que está por encima de todo dios, señor, poder y toda competencia son los que van a volar, correr y caminar en lugar de desmayarse y desanimarse.

Nuestro Dios es infinitamente grande y no es posible compararlo con nada ni nadie en lo que hayamos pensado o imaginado. Es él ante quien debemos inclinarnos y ofrecer reverentemente la gratitud y la alabanza. Confesamos que todos los demás competidores son apenas imitaciones bara-

tas que nunca debemos elevar a un nivel siquiera cercano al de nuestro Señor. ¡Nuestro Dios es un Dios maravilloso!

Conclusión

El poder de predicar y enseñar de los profetas difícilmente puede ser apreciado si uno no ha examinado o analizado poco los textos. La cantidad de palabras de los profetas es casi igual a todo el Nuevo Testamento. Pero además del espacio extenso que ocupan en la revelación de Dios tienen una extraordinaria influencia en lo referente tanto al amenazado juicio de Dios como a su prometida redención y liberación, tanto en el presente como en el futuro.

Privar a la iglesia de estas palabras sería dejarla flotando en el aire, sin raíces ni historia, sin un ancla en el espacio y el tiempo. La iglesia debe estar conectada con las promesas hechas a Israel en el pasado. ¡Predicar estas palabras fielmente implica liberar para el pueblo de Dios una dirección, un consuelo y una esperanza que superan toda otra expectativa que los mortales podrían jamás imaginar o aspirar en esta tierra!

8

Cómo predicar y enseñar los lamentos del Antiguo Testamento

Las dos grandes categorías de géneros del Antiguo Testamento son prosa y poesía. La poesía se subdivide fácilmente en sabiduría y salmos, con los salmos exhibiendo tanto lamentos como alabanzas como sus dos subdivisiones principales. Ya que en este capítulo nos vamos a dedicar a analizar más que nada los lamentos, lo mejor es que exploremos a qué nos referimos cuando hablamos de lamentos, luego notemos dónde se encuentran los lamentos del Antiguo Testamento, estudiemos la forma de los lamentos y finalmente nos preguntemos cómo puede uno hacer para enseñar o predicar a partir de ellos.

¿Qué es un lamento?

Los lamentos bíblicos se han categorizado desde los primeros tiempos de la crítica de las formas (bajo Gunkel¹ y Begrich²) como lamentos individuales y comunitarios. Las razones para distinguir estas dos categorías es determinar si el lamento proviene de un solo individuo o representa los asuntos presentes en la comunidad.

Esto puede parecer bastante directo; sin embargo, el orador del pronombre en primera persona, "yo", en los salmos muchas veces funciona como representante de todo un grupo. O si el lamento proviene del rey, él también puede ser un representante de todo el grupo.

Dado el hecho de que el lamento es un género poético, comparte muchas de sus características con la poesía. Tradicionalmente la poesía hebrea se ha caracterizado por su énfasis distintivo en el balance de ideas entre las líneas (llamado paralelismo hebreo) en lugar de poseer un patrón rítmico distintivo. De hecho hasta el día de hoy ninguna escuela de pensamiento acerca del ritmo o la métrica ha sido capaz de convencer a las demás escuelas de haber descubierto la fórmula adecuada para definir la métrica poética hebrea. Nadie que profese haber encontrado lo que es la métrica nos dirá la fórmula de manera que todos la podamos observar. Por el contrario, quieren mostrarnos cómo ellos personalmente la obtienen en determinados textos.

Algunos creen que la métrica puede determinarse observando las sílabas enfatizadas y las suaves (Holscher, Mowinckel, Horst y Segert). Otros sostienen que la clave para ubicar la métrica tiene que encontrarse en los acentos y no en las sílabas hebreas acentuadas (Ley, Sievers). Otros más se concentran en la cantidad de sílabas por línea de texto hebreo (Freedman). Bien podría ser, después de todo, que la poesía hebrea, como la ugarítica/cananea, carezca completamente de métrica, como argumentó exitosamente G. D. Young hace años.

La poesía hebrea tiene paralelismo (un balance de ideas). Sin embargo, nos desilusiona saber que Hillers³ encontró que 104 de las 266 líneas de Lamentaciones (un 39 por ciento) no exhiben ninguna forma de paralelismo, a no ser que consideremos el paralelismo sintético o formal. El paralelismo sintético o formal hebreo aparece cuando las líneas poéticas están ubicadas una junto a la otra para formar una oración completa con un quiebre artificial para formar dos líneas. El problema creado por esto es que muchas veces resulta difícil, si no imposible, decidir sintácticamente donde cae la línea divisoria (*caesura*). En esos casos, esto afectará el significado y el comentario.

Aunque este capítulo generalmente queda en duda en lo referente a la cuestión de la presencia de una métrica en la poesía hebrea, puede afirmar que la identificación y definición de Karl Budde de la métrica *qinah* en 1882 ha tendido a permanecer⁴. Este tipo de verso hueco, o renqueante, tiende a ser

asociado con los poemas de lamento. En el patrón *qinah* la primera línea poética es por lo menos una palabra o unidad gramatical más larga que la segunda, dándonos por tanto el patrón más típico de 3 + 2, aunque también de 4 + 3 o aun 4 + 2. Por ejemplo, en Lamentaciones 3:4, 5 hay un típico patrón 3 + 2 (las palabras separadas representan un término hebreo).

	1	2	3
V. 4	"Ha consumido... ha quebrantado	mi carne mis huesos	y mi piel
V. 5	Edificó de amargura	rodeó y de duro trabajo	contra mí

El efecto que crea el tercer elemento omitido en la segunda línea es el de vacío o paso renqueante. Es como esperar por el sonido del segundo paso y que no suceda. Este formato se añade al oscuro sentir y pesar del corazón que hace juego con el contenido del poema.

¿Dónde se encuentran los lamentos en el Antiguo Testamento?

El libro de Lamentaciones es el principal ejemplo del formato del lamento. Lamentaciones es un lamento comunitario (exceptuando el capítulo 3) y, por tanto, es similar a otros lamentos comunitarios que hay en el Antiguo Testamento. Algunos buenos ejemplos de estos lamentos *comunitarios* son: Salmos 44; 60; 74; 79; 80; 83; 89; Isaías 63; Jeremías 14; y Habacuc 1. Otros salmos con un lamento comunitario parcial son Salmos 68; 82; 85; 90; 106; y 115.

Son muchos más los ejemplos de lamentos *individuales*. Algunos representantes de este género son: Salmos 3—7; 10—14; 16; 17; 22; 23; 25—28; 31; 35; 36; 38—43; 51—59; 61—64; 69; 71; 73; 77; 86; 88; 102; 109; 120; y 130; Jeremías 11; 15; 17; 18; 20; muchos textos en Job; y, por supuesto, Lamentaciones 3.

El formato del lamento

La mayoría está de acuerdo en que existe cierta flexibilidad en el orden en que aparecen los diferentes elementos del lamento y la cantidad de oportunidades en que puede parecer un mismo elemento. Sin embargo, hay siete elementos clásicos de un lamento que tienden a aparecer con cierta regularidad.

1. Una invocación.
2. Un clamor a Dios pidiendo ayuda.
3. Una queja o más.
4. Confesión de pecados o declaración de inocencia personal.
5. Una imprecación contra los enemigos.
6. Confianza en que Dios responderá.
7. Un himno o bendición.

El enfoque del lamento es el elemento de una o más quejas, porque generalmente nos dirá por qué el escritor siquiera se preocupó por componer el lamento. Así como la oración de Salomón presenta siete situaciones que podrían provocar la oración en el templo (1 Rey. 8), también parecería que cuatro de sus siete situaciones también servirían como bases para ofrecer un lamento a Dios en el caso de desastres nacionales⁵. Estos cuatro eran: (1) derrota en la batalla (vv. 33, 34); (2) sequía (vv. 35, 36); (3) otros desastres naturales o enfermedades (vv. 37-40); y cautividad (vv. 46-50). Un ejemplo de tales quejas se puede ver en el Salmo 73:13:

¡Verdaderamente en vano he mantenido puro
mi corazón y he lavado mis manos en inocencia!

Otro se puede ver en el Salmo 120:2:

Libra mi alma, oh SEÑOR, de los labios
mentirosos y de la lengua fraudulenta.

A veces la invocación a un lamento se combina con el clamor por la ayuda de Dios, como en el Salmo 7:1:

Oh SEÑOR, Dios mío, en ti me he refugiado.
Sálvame de todos los que me persiguen
y librame.

El Salmo 13:1 provee otro ejemplo:

¿Hasta cuándo, oh SEÑOR? ¿Me olvidarás
para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?

La confesión de pecados o declaración de inocencia puede ilustrarse en el Salmo 7:3-5:

Oh SEÑOR Dios mío, si yo he hecho esto,
si hay en mis manos iniquidad,
si recompensé mal al que estaba en paz
conmigo,
si despoje sin razón a mi adversario
entonces persiga el enemigo a mi alma,
y que la alcance;
pise en tierra mi vida,
y mi honor eche por tierra.

Una imprecación o maldición de los enemigos se puede ver en el Salmo 109:8-10:

Sean pocos sus días,
Y tome otro su oficio.
Queden huérfanos sus hijos,
y su mujer quede viuda.
Anden sus hijos vagabundos y mendigando;
procuren su pan lejos de sus casas arruinadas.

Finalmente se encuentra un himno o bendición en el Salmo 109:30, 31.

Agradeceré al SEÑOR en gran manera con
mi boca,
en medio de muchos le alabaré.
Porque él se pondrá a la derecha del necesitado,
para salvar su vida de los que le juzgan.

Los lamentos presentan toda la gama de emociones, desde quejas a declaraciones de inocencia y alabanzas a Dios por su liberación. Dios, que escucha la queja, es el mismo Dios que responde con reafirmaciones de perdón y ayuda, mereciendo por tanto un himno de alabanza al Dios de la bendición.

¿Por qué estudiar o predicar de los lamentos?

Al parecer, Dios ha colocado los lamentos personales y nacionales en las Escrituras como un correctivo contra las nociones de fe eufóricas y exaltadas que presentan románticamente la vida como consistente únicamente en dulzura y luz. Esta perspectiva unilateral de pura felicidad falla a la hora de lidiar con las realidades de la vida. Hace que el costado penoso y doloroso de la vida se recluya en los rincones de la fe y la práctica, dejando pocas orientaciones o consuelos de parte de los mortales o la Palabra de Dios.

Por el contrario, en los lamentos de las Escrituras Dios nos ha dado un consuelo en el que puede representarse todo el espectro de nuestro transitar por la vida. Esto es especialmente cierto en cuanto al libro de Lamentaciones.

Lamentaciones es un libro profundamente emotivo. Reconoce abiertamente la presencia del llanto (1:2), la desolación (1:4), la burla (1:7), el gemido (1:8), el hambre (1:11) y el dolor (2:11), para mencionar solo algunos de los sufrimientos y tristezas que se encuentran allí. Hay quienes piensan que al libro le falta espontaneidad, ya que es uno de los libros más formales del Antiguo Testamento. Sus primeros cuatro capítulos

están ordenados en 22 estrofas, cada una de ellas en la forma de un acróstico alfabético del que el único que no participa es el capítulo 5, a pesar del hecho de que este también cuenta con 22 versículos. Uno se puede imaginar todo el trabajo que implicó la construcción de cuatro acrósticos alfabéticos para Lamentaciones.

Pero una profunda y genuina expresión emocional no requieren espontaneidad⁶. Las oraciones irreflexivas, que no fueron puestas por escrito o premeditadas, no siempre son las más reales, apasionadas, sentidas, genuinas o llenas de vida. Por el contrario, nuestras emociones son como los bancos de un río, que le permiten obtener algo de profundidad. Sin esos "bancos", esas formas que le dan estructura a nuestras emociones, nuestros sentimientos se volverían superficiales e inundarían todo alrededor. Pero la estructura del acróstico alfabético, en lugar de inhibir su seriedad y verdadera profundidad, provee las categorías por las que el río puede correr profundamente.

Sucede también con mucha frecuencia que acusamos a la forma y el orden en nuestros cultos de adoración cuando la culpa real es del manantial seco de nuestro propio corazón. Por tanto, en tiempos de sufrimiento y dificultad sería bueno dejar que el río se profundice en nuestra oración, predicación y conversación.

De esta manera, Lamentaciones, como los otros lamentos, nos obliga a lidiar con el sufrimiento al dirigir nuestro desaliento no *alejándolo* de Dios sino *dirigiéndolo hacia* él. También realiza el trabajo pastoral de consolarnos sin minimizar las realidades humanas del sufrimiento y el dolor. Algunas veces también es necesario lidiar con la culpa que acompaña al dolor. Pero Lamentaciones siempre reconoce la presencia real de la herida y nos urge a "expresarla" en la presencia de Dios. La presencia de Dios es prometida justamente donde están el dolor, la tristeza y la herida. Al final aprendemos que solamente el SEÑOR es nuestra porción (Lam. 3:24).

Algunos están preocupados por el uso del formato del acróstico. ¿Es esto para ayudar a Israel a recordar la pesadilla de la destrucción del año 586 a. de J.C.? ¡Difícilmente! Cual-

2. Un clamor pidiendo la ayuda de Dios: "Libra mi alma, oh SEÑOR, de los labios mentirosos y de la lengua fraudulenta" (v. 2).
3. Una maldición a los enemigos (imprecación): "¿Qué se te dará, o qué te aprovechará, oh lengua embustera?" (v. 3).
4. Confianza en la respuesta de Dios: "¡Afiladas flechas de guerrero con brasas de retamal!" (v. 4).
5. Afirmación de inocencia: "¡Ay de mí, que soy peregrino en Mesec, y habito en las tiendas de Quedar! Mucho tiempo ha habitado sola mi alma con los que aborrecen la paz. Yo soy pacífico; pero cuando hablo, ellos me hacen la guerra" (vv. 5-7).

Título del sermón/enseñanza: "Encontrando una manera de enfrentar las calumnias".

Texto: Salmos 120:1-7

Enfoque: Versículo 2: "Libra mi alma, oh SEÑOR, de los labios mentirosos y de la lengua fraudulenta".

Palabra homilética clave: Caminos.

Interrogación: ¿Cómo?

- I. Nuestro clamor por ayuda debe ser dirigido al SEÑOR (vv. 1, 2).
- II. Nuestra confianza debe ser que Dios responderá (vv. 3, 4).
- III. Nuestra búsqueda de paz debe ser constante (vv. 5-7).

¡Las calumnias son un arma tan letal como un revólver! Por tanto, mientras los peregrinos israelitas viajaban a las fiestas religiosas en Jerusalén, no podían evitar preguntarse si mientras no estaban en casa serían víctimas de alguna viciosa campaña de desprestigio.

Pero, ¿por qué se puso este tema primero en esta colección de salmos peregrinos? Samuel Cox respondió: "No resulta demasiado exagerado afirmar que la mitad de las miserias de la vida humana brotan del uso negligente y maligno de la lengua. Y estas lenguas malvadas generalmente se mueven con más rapidez por detrás de la espalda [de la persona]... Juzgamos

con demasiada liviandad estos pecados de la lengua, hasta que nosotros mismos somos dañados por ellos"⁷.

Salmo 77

Este sermón del doctor Dorington Little basado en el Salmo 77 fue predicado el 21 de enero de 2001 en la Primera Iglesia Congregacional de Hamilton, Massachusetts, Estados Unidos de América⁸. Provee un excelente ejemplo de cómo predicar basándose en un lamento.



Durante la guerra de 1812 el capitán Charles Barnard partió de Nueva York hacia los mares del sur para unirse a la navegación. A su llegada, él y su tripulación descubrieron y rescataron a un grupo de marineros británicos que habían naufragado en una isla cerca de las Falklands (Malvinas).

Aunque sus países estaban en guerra, se hicieron las negociaciones para que los navegantes británicos regresaran a su país. Pero para hacerlo hacían falta provisiones adicionales. Así que el capitán Barnard y una pequeña tripulación de los marineros rescatados atracaron en otra isla cercana para pasar unos pocos días en busca de provisiones para alimentar a los de su barco, que ahora estaba lleno.

Para su consternación, mientras recorría el lugar, sus invitados que acababan de ser rescatados salieron navegando, dejándolo solo. Parece ser que preferían su barco y su tripulación antes que a él mismo. Inclusive se llevaron el resto de su ropa, su abrigo, su manta, sus pieles de focas, sus herramientas, sus armas, su cuerno de polvo para hacer fuego y hasta su perro de caza. Todo esto fue hecho en un esfuerzo calculado para asegurarse que muriera en aquella tierra solitaria.

De pie sobre una colina observó como su barco, ahora capturado, se perdía de vista y gritó con toda la fuerza de su voz su despedida: ¡Váyanse, entonces, pues todos ustedes son malos! Más adelante se refirió a ellos como *británicos sin*

corazón con oídos sordos y corazones impenetrables, perpetrando una bajeza incomparable.

Bueno, allí permaneció, completamente solo en una isla desierta —por lo que llegaron a ser dos años— sobreviviendo como Robinson Crusoe. Completamente consciente de la dura y sombría realidad que enfrentaba, la primera noche que pasó solo, Barnard dice que se acostó y *oré a Dios para que me dirigiera e inspirara con fortaleza para someterme con paciencia a esta prueba doblemente afflictiva*⁹.

“Prueba doblemente afflictiva” es una expresión de pintoresca redundancia, ¿no les parece? Aun así, sabemos exactamente lo que significa, porque todos la tenemos. Todos nosotros, desde nuestra perspectiva, tenemos pruebas doblemente afflictivas que a su vez provocan una cierta reacción emocional y espiritual.

Hoy vamos a considerar una reacción a ciertas pruebas, tal como fue registrada por un salmista llamado Asaf. Asaf, tal vez lo sepan, escribió doce salmos¹⁰. Era miembro de la tribu de Leví y el rey David lo puso a cargo de la música para la alabanza en el tabernáculo de reunión... antes de la construcción del templo.

Fue un compositor con un candor asombroso y audaz, y describió su fe, que vacila y lucha al enfrentar las perplejidades de la vida, ¡las pruebas doblemente afflictivas! Como tal, el Salmo 77 —ya leído en su totalidad anteriormente en este culto— es una respuesta honesta a los sentimientos de ser abandonado por Dios. De hecho es un salmo con el que todos nosotros nos podemos identificar en algún momento. La razón es que rebosa de realismo práctico. Se lamenta. Llorar. Se duele. Se angustia. En él la fe no siempre consiste en afirmaciones y sentimientos positivos.

Por el contrario, aquí encontramos una fe martillada en la arena de la vida real. Las experiencias de angustia, y aun de absoluta confusión, no le son ajenas al salmista. Aquí el salmista clama, y en ese mismo proceso es llevado a ver cómo Dios ha estado obrando y lo seguirá haciendo. Porque, verán, el salmo es más que una emoción. Es una emoción considera-

da por los movimientos o acciones de Dios a favor de los suyos.

Ahora, las exactas circunstancias históricas para este salmo de Asaf en particular nos resultan desconocidas. ¿Es este el resultado de un horrible trauma a escala nacional o es el llanto de dolor en un contexto estrictamente personal? En realidad no lo sabemos. Aun así, sea cual sea el contexto, el salmo habla en forma punzante. ¿Qué escuchamos que nos dice a nosotros?

EL PUEBLO DE DIOS PUEDE CLAMAR CON ANGUSTIA Y DUDA, Y LO HARÁ (vv. 1-9)

Primero, en los versículos 1 al 9 descubrimos que hay ocasiones en las que el pueblo de Dios puede clamar con angustia y duda. Literalmente, el salmo comienza diciendo: “Mi voz, al Señor, estoy clamando, mi voz al Señor” (traducción del predicador). Esta es la oración de Asaf. El cúmulo de palabras y expresiones está calculado para presentarnos una angustia que no ha sido mitigada. Este es un clamor inquietante y lúgubre. No se le va a pasar. No es una tristeza pasajera. Hay un dolor perseverante que permanece por su penosa experiencia. Ruega persistentemente por atención y cuidado.

Así que el salmista ora. Busca al Señor con las manos extendidas hacia el cielo. Clama con voz firme y se estira hacia Dios con manos que no se cansan, una, otra y otra vez, porque su alma, dice, “rehúsa el consuelo”.

Pero el problema, como nos muestra el v. 3, es que cuando piensa en Dios no se siente particularmente consolado: “Me acuerdo de Dios y gimo; medito, y mi espíritu desfallece. (Selah)” (“Selah” indica una pausa musical; recuerde, ¡esto es adoración!). La falta de efectividad de Dios para las necesidades inmediatas de Asaf lo hace desfallecer. No encuentra consuelo.

Quizá nos parece extraño, tal vez hasta vergonzoso, que Dios no responda. Después de todo, ¿no decimos que Dios responde la oración? ¿Y no nos resulta extraño que el propio recuerdo de Dios no traiga paz al corazón, sino confusión?

Pero ese es el caso aquí. Y así sucede con nosotros a veces, si vamos a ser totalmente honestos. Algunas veces nosotros también estamos en ese estado de clamor. Venimos una y otra vez ante nuestro Dios y no hay respuesta. Por tanto, el pensamiento de Dios nos aflige en lugar de consolarnos, nos lastima en lugar de sanarnos.

¡Es posible que esto nos quite el sueño! Y así como el salmista en el v. 4, pensamos que Dios nos ha quitado el sueño, que conserva y sostiene abiertos nuestros párpados para prolongar nuestro sufrimiento. Dios ni siquiera asegura el escape del sufrimiento interno, cosa que el sueño profundo a veces provee. En lugar de eso yacemos en nuestra cama y repasamos mentalmente mejores canciones y mejores épocas (vv. 5, 6), pero eso tampoco nos hace bien. Nuestra voz puede ser silenciada, pero nuestro corazón anida, y hasta late rítmicamente su queja.

Así que finalmente en nuestro espíritu se eleva la gran pregunta. No puede ser evitada. Es lanzada, junto con seis asistentes retóricas, en los vv. 7-9:

1. ¿El Señor va a rechazar para siempre?
2. ¿Nunca va a volver a mostrar su favor?
3. ¿Su amor inalterable se ha desvanecido para siempre?
4. ¿Su promesa ha quedado anulada para siempre?
5. ¿Se ha olvidado Dios de ser misericordioso?
6. ¿En su ira ha retenido su compasión?

¡Ahí está! Ahora está todo a la vista. Todas las dudas salen a la superficie. Ascenden y no pueden ser contenidas. Aunque seguramente la respuesta a estas preguntas es “no”, sin embargo, existe la sombra de algo más que yace bajo la superficie, una pregunta mayor, fermentando en las aguas oscuras del alma.

¿Ves cuál es el problema real aquí? Es la duda. El salmista está diciendo: “Aquí está mi dolor. Aquí está mi Dios. Esta es mi voz. Así que, ¿dónde está su respuesta? ¿Va a responder?”.

¿Me ha rechazado?

¿Se ha olvidado de mí?

¿Qué pasó con su amor?

¿Qué pasó con sus promesas?

¿Qué pasó con su misericordia?

¿Ahora solo queda el enojo?

¿Es esto todo lo que puedo esperar de él?

Oscura duda: ¿realmente le importa a Dios?

Le aseguro que esta no es una duda en cuanto a la existencia de Dios. Asaf no duda de eso. Eso es más moderno que antiguo. Eso es posterior a la Ilustración y no es bíblico. Pero Asaf duda de que a Dios le importen él y su nación.

Una vez más, esta no es una lucha inusual para el cristiano. Existen momentos en los que nos preguntamos donde está Dios y qué está haciendo. ¿Cómo nos puede hacer esto? ¿Cómo puede dejarnos, aparentemente, abandonados? ¿Por qué parece ser inconsecuente e inconstante?

Sí, admitimos que existen tiempos de dudas, y aprendemos del salmista que es mejor hablar de ellos que reprimirlos. Claro que aquí debemos ser cuidadosos. Aunque Asaf nos da permiso para expresarle a Dios nuestros sentimientos, no nos autoriza a pecar en el proceso. Y hay momentos en los que él mismo se arrepiente de sus emociones (comp. Sal. 73:21, 22).

En este caso, se aplica el sabio consejo de Alexander MacLaren: “Lo mejor es formular las dudas en expresiones claras que dejarlas allí, difusas y oscuras como niebla envenenada, en el corazón... expresarlas es como cortar un canal de agua en un pantano”¹¹.

Y así es como son los vv. 1-9: como agua que fluye del pantano de la mente y el espíritu de Asaf, perplejos y sufrientes. Estas son palabras que ventilan sus emociones y su dolor, palabras que expresan sus dudas.

Ahora, si se nos deja aquí —al final del v. 9— entonces estaremos en problemas. Seríamos abandonados en la futilidad y no en la fe. ¡Pero no es así! Veamos los vv. 10-15.

EL PUEBLO DE DIOS PASA A ACLARAR SU PERSPECTIVA (vv. 10-15).

En los vv. 10-15 vemos que aunque el pueblo de Dios ventila su angustia de vez en cuando, también pasa a aclarar su perspectiva. El v. 10 es el punto de inflexión del salmo. Es un poco críptico, pero puede ser leído más o menos así: "Lo que me entristece es que la diestra del Altísimo haya cambiado" (traducción del predicador). Si es así, entonces continúa con las quejas precedentes; piensa que Dios ha cambiado. No existe un terreno firme en el que apoyarse, porque Dios es inestable.

O se puede leer como lo hace aquí la versión RVA, como una apelación a la estabilidad de Dios. Si es así, entonces funciona como una bisagra entre las dos secciones principales del salmo. Nos traslada de la introspección desesperada (y posible futilidad) a la edificante meditación (y la eventual reafirmación de la fe).

El salmista dice que está pensando (v. 10), recordando (v. 11), meditando (v. 12) y reflexionando (v. 12) a Dios; no en sí mismo, su condición, su dolor, su confusión. No, ahora está dedicándose al supremo esfuerzo de contemplar a Dios.

Subrayando este esfuerzo está el hecho de que en los vv. 11 y 12 se repiten los verbos: *me acuerdo/me acuerdo y medito/reflexiono*. Esto intensifica la intención del salmista. En su batalla con la duda y el desánimo sabe que el alivio solo se encuentra por medio de una lucha deliberada por recordar a Dios, primero y más importante. Esta es la estrategia de Asaf, tanto para sí mismo como para su pueblo.

El otro día aprendí que en la Biblia hebrea no existe una palabra que signifique *duda*. Por otra parte hay muchas palabras para expresar el hecho de maravillarse, sorprenderse, asombrarse; por quién es Dios y lo que ha hecho: "Así que la grandeza de la realidad de Dios que sobrepasa el entendimiento evitó que el poder de la duda estableciera su propia dinastía independiente"¹².

Creo que esta es la razón por la que, en este salmo, existe un cambio repentino de la mórbida introspección a la medita-

ción divina. Si toma un momento para contar los pronombres en primera persona del singular "yo", "mi", "me" dominan los primeros seis versículos, apareciendo en unas 18 ocasiones¹³. Pero desde el v. 13 en adelante domina Dios. ¡Es mencionado no menos de 21 veces! Él ahora es el tema, no la aflicción personal. Ahora la perspectiva es la de los hechos de Dios, los milagros de Dios, las obras de Dios y —por sobre todo— los santos caminos de Dios (v. 12).

Considerar todo esto es llegar a la conclusión de que Dios es incomparable (v. 13). Es incomparable porque es un Dios redentor que derrama su poder a favor de su pueblo. Su brazo poderoso está realmente obrando a su favor (v. 15). Debe recordarse todo esto si vamos a conservar la esperanza y ser capaces de enfrentar nuestras propias circunstancias. Sin esto estamos condenados a la desesperación, la futilidad y el peso de nuestra mortalidad. Pero este es el proceso bíblico por el que escapamos de la desesperación del alma. Recordamos a Dios. Repasamos las obras de Dios. Adoramos a Dios.

Sus caminos son santos, lo que significa que son perfectos y justos todo el tiempo, aunque no siempre los comprendamos completamente. Él siempre está más allá del reproche. Y nos consuela recordar el hecho de que somos su pueblo (v. 15). Como tal, pertenecemos irrevocablemente a él. Esa es la perspectiva aclaratoria que necesitamos.

EL PUEBLO DE DIOS RECUERDA SU REDENCIÓN (vv. 16-19).

Ahora observemos los vv. 16-19. Allí vemos los detalles de lo que Dios ha hecho precisamente para redimir a su pueblo. Sí, el pueblo de Dios puede ventilar su angustia de vez en cuando, pero debe pasar a aclarar su perspectiva, y la mejor manera de hacerlo es recordando su redención.

¡Usted sabe lo que es esto! La redención presentada aquí es la gran acción de Dios a favor de su pueblo durante el cruce del mar Rojo. Este era su momento de definición (Éxo. 14). Es cuando Dios lo llamó a salir de Egipto y lo liberó espectacular-

mente. En el mismo momento en que temía ser aniquilado, cuando estaba por hundirse a orillas del mar, atrapado entre él y un feroz ejército que avanzaba, Dios apareció, para decirlo de alguna manera.

Moisés levantó su vara sobre el mar y las aguas se dividieron. Con el mar a cada lado como formidable muralla, los hebreos pasaron al otro lado. Y los egipcios que los siguieron fueron tragados por las olas, mientras Dios liberaba a su pueblo de sus enemigos.

Sí, como dice el salmista, las aguas fueron sacudidas y convulsionadas. Las nubes derramaron la lluvia, los cielos tronaron, el relámpago de Dios brilló como si fueran flechas, y la tierra vibró y tembló. Todo esto fue hecho para crear un camino a través del mar, para redimir a un frágil pueblo.

Eso es lo que hizo Dios, aquel que es el Dios santo, grande, compasivo, poderoso. Ese es él, y eso es lo que hizo. ¡Y esa es la redención que el salmista recuerda como resultado de su perspectiva clarificada! Eso es lo que le da esperanza de que su presente y futuro están en las manos de Dios; las manos de Dios, aquellas que partieron el mar, las que redimen, salvan, atienden.

En su hora de oscuros pensamientos, en su dolor, aquí está Dios. Esta es su voz. Esta es su respuesta. Esta es su respuesta a las dudas que habían sido expresadas en los vv. 7-9:

¿Se ha olvidado?	No.
¿Qué pasó con su amor?	Es real.
¿Qué pasó con sus promesas?	Son verdaderas.
¿Qué pasó con su misericordia?	Puede depender de ella.
¿Todo él es enojo?	No sea ridículo.
¿Realmente le importa a Dios?	¡Por supuesto!

¡No busque en otra parte que en sus actos redentores!

Así también es para nosotros. En nuestros días de oscuros pensamientos, cuando necesitamos una perspectiva clarificadora, lo miramos a Dios y recordamos. Recordamos el supremo acto de redención al que apuntaba el mar Rojo. "Mi voz" del v. 1 queda ahogada por "el tronar" de la voz redentora de Dios

(v. 18). Recordamos los brazos de su Hijo sin pecado sufriendo, sangrando, estirado en una ruda cruz por nuestros pecados. Recordamos la belleza de la gracia inmerecida. Nos permitimos ser cautivados por la maravilla de todo esto, a pesar de todo. Dios ha hablado. Realmente. Y "en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo" (Heb. 1:2).

¿Disipa esto nuestras circunstancias?

¿Borra nuestro dolor?

Por supuesto que no, pero nos recuerda que a Dios le importa, que no ha perdido su poder y que volverá a sostener y liberar a su pueblo. Nuestros problemas no han sido olvidados; solamente han quedado empequeñecidos por una realidad más grande¹⁴. El dolor no es la suma total de nuestro peregrinaje. En medio del dolor todo puede parecer que se entrevera, pero nuestro Dios ha hablado y nos liberará. Para que mientras meditamos, reflexionamos y recordamos nosotros también podamos decir: "Oh Dios, santo es tu camino. ¿Qué Dios es grande como nuestro Dios?" (Sal. 77:13); y: "Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?" (Rom. 8:31).

EL PUEBLO DE DIOS EXPRESA SU COMPLETA CONFIANZA (v. 20).

Ahora, al concluir, miremos al último versículo del salmo. Como resultado del recuerdo de los hechos de nuestro Dios, vemos que el pueblo de Dios expresa su absoluta confianza.

"Como a un rebaño has conducido a tu pueblo por medio de Moisés y de Aarón" (v. 20).

Eso es lo que hizo Dios.

Y eso es lo que Dios hace.

Así que esa es nuestra absoluta confianza. Pasamos de la duda y la desesperación a Dios, su poder redentor, y por tanto a la confianza en Dios. Dios conduce a su pueblo. Él es nuestro buen pastor, el propio Jesús. Y nosotros somos su rebaño, sus ovejas, que necesitan su constante cuidado y su sabiduría. Así que se nos recuerda el hecho de que esa guía redentora y esa compasión son nuestra confianza para el presente y el futuro.

Teniendo esto en cuenta, el v. 20, desde mi punto de vista, no es realmente una posdata anticlimática. Por el contrario, este es el punto al que conduce todo el salmo, adonde apunta y nos dirige. En lugar de caer destrozados en las rocas de la duda, somos conducidos por el Señor, hasta cargados como ovejas en los tiernos brazos del pastor.

Observe que mientras los vv. 1 y 2 son la representación de la inquietud del alma desesperada —la que no puede ver más allá de sí misma— el v. 20 es la figura del alma que recuerda a Dios y de esa manera retorna a la confianza en él. Es la confianza reforzada y estimulada por la meditación bíblica, centrada en Dios.

Esta alma es conducida por Dios.

Aquí es donde estamos parados.

Este es nuestro seguro fundamento: el cuidado pastoral de Dios.

Por tanto, en esto meditamos.

Hermanos y hermanas, como una posdata práctica, esta es la razón por la que la meditación bíblica es tan importante. Nos familiariza con los caminos de Dios para que confiemos en él cuando la vida se vuelva dura. Y como hemos notado en otra ocasión, la memorización de las Escrituras y la meditación bíblica son cosas diferentes, aunque se entrelazan y son inseparables. Una simple analogía ayuda a aclarar lo que quiero decir.

En su cocina hay muebles con estantes. ¿Por qué? Porque en esos estantes usted coloca todos los alimentos saludables que a su familia le gusta comer: cereales con fruta, galletas de cacao y de queso, y barras de chocolate. Pero para nutrirse con estos excelentes ingredientes, necesita hacer algo más que colocarlos en los estantes: ¡tiene que sacarlos y consumirlos! El bien que le hacen es mínimo si lo único que hacen es permanecer en sus estantes. Su valor realmente se percibe cuando son consumidos.

¡Así ocurre con la meditación bíblica! Su memoria es el baúl, armario o mueble en el que acopia las verdades de la Palabra de Dios. Pero la meditación utiliza el estante. La meditación es la acción de alcanzar deliberadamente para nutrir su alma —en esos días oscuros, de pobreza espiritual— de la

verdad que ha sido guardada. Y eso es lo que Asaf hace aquí. Eso es lo que nosotros debemos hacer.

Una vez más, esta alma es conducida por Dios.

Aquí es donde nos paramos.

Este es nuestro seguro fundamento: el cuidado pastoral de Dios.

Por tanto, en esto meditamos.

Conclusión

La “razón” para el lamento puede encontrarse generalmente en la cláusula *ki* en el hebreo, porque esta partícula generalmente se traduce como “para” o “porque”. Aunque esto marcará la sección de la queja, también nos dará el enfoque del lamento y, por tanto, el sujeto para todo el sermón o lección que vayamos a enseñar.

Los otros elementos de este pasaje sugerirán el desarrollo del sujeto sugerido en la queja o enfoque del pasaje. A medida que cada punto principal de su bosquejo emerge de cada uno de estos elementos, asegúrese de que no se pierda la enseñanza teológica del lamento acerca de Dios y nuestra relación con él. Gran parte del contenido de esta enseñanza estará envuelta en las imágenes usadas en el lamento, pero eso no debería evitar que demuestre lo que Dios quiere decirnos por medio de este género y este texto en particular.

Con demasiada frecuencia solo contamos con cantos de alabanza como la parte central de nuestros cultos de adoración. Pero, ¿qué vamos a hacer con la persona que llega a nuestro culto con un corazón afligido? ¿Nunca escuchará una palabra de solaz y consuelo del evangelio?

Incluyamos el lamento como otro aspecto de nuestra predicación y enseñanza de todo el consejo de Dios.

Cómo predicar y enseñar la Torá del Antiguo Testamento

Una porción significativa de la iglesia tiende a asumir que “la Torá es obsoleta para los cristianos de la actualidad”¹. Lo que se piensa es que el cristianismo es una religión innovadora que se ha separado de sus antecedentes judíos, y especialmente del Pentateuco, al que se considera por lo general como sinónimo del concepto de “ley”: solamente en el sentido de regulaciones y restricciones. Pero todo esto es demasiado presuntuoso, porque los apóstoles sostuvieron que la iglesia cristiana estaba en continuidad directa con el plan y el propósito de Dios en el Antiguo Testamento. Además la Torá bíblica no puede ser constreñida al concepto de ley en el sentido europeo de la *loi* del francés, la *Gesetz* del alemán, y ni siquiera la *nomos* del griego, porque la Torá incluye las promesas que Dios le hizo a los patriarcas y a todos sus descendientes, junto con la guía que proveyó para vivir la vida.

El significado de la Torá

El problema que muchos cristianos tienen con la ley es que para ellos implica meras regulaciones formales, muchas veces con rituales asociados, a los que la comunidad del Antiguo Testamento estaba sujeta si es que quería obtener el favor de Dios. Esta conclusión equivocada es lo que ha conducido a muchos a contraponer las instrucciones legales para la

vida que hay en la Torá a la vida de gracia que se describe en el Nuevo Testamento. Tal dicotomía está claramente contra la enseñanza de las Escrituras.

La Torá es mucho más que ley. La palabra *torah* probablemente provenga de un verbo hebreo que significa “señalar [una dirección hacia donde uno tendría que ir]”. Por eso en el libro de Proverbios, que contiene tantas enseñanzas basadas en la Torá, la instrucción se conecta tantas veces con un “camino”. La ley de Dios fue entregada con la intención de que fuera una luz en nuestro camino; tenía que señalarles a las personas la dirección en la que deberían ir.

Pero hay más. Reconocer la presencia de instrucciones para la vida en la Torá no es lo mismo que describir la verdad central o propósito del Pentateuco. Tiene un propósito más importante, que es el registro del progreso de la palabra de Dios de la promesa para su pueblo. Las leyes, o mejor aún, las indicaciones, deben estar completamente integradas al texto completo y la historia de la promesa-plan de Dios.

Mientras tanto, los libros sapienciales y proféticos de la Biblia se apoyan en la Torá como el fundamento para todo lo que enseñan y afirman. Para estas secciones de la Biblia, el corazón de la vida dirigida divinamente ha sido delineado en la revelación mosaica. Esto queda en evidencia por la cantidad de citas directas y alusiones indirectas al Pentateuco que pueden encontrarse en los libros proféticos y sapienciales.

La relación de la promesa con la Torá

La doctrina de la promesa-plan de Dios es vista cada vez más como el tema general y piedra angular de los cinco primeros libros de la Biblia, si no de toda la Biblia. La promesa-plan puede ser definida como una declaración o palabra de Dios. Es la palabra de Dios acerca de quién sería él y lo que haría por la descendencia de personas que había llamado a ser sus agentes para bendecir al mundo y, por tanto, quién sería Dios y lo que haría por medio de esa línea de personas a todas las naciones sobre la tierra.

Tres momentos clave establecen el tono para el resto de la revelación de su plan en el Pentateuco: Génesis 3:15; 9:27; y 12:1-3. En estos textos, Dios anunció cuatro dones: (1) la promesa de una posteridad, o una “simiente”; (2) la promesa de que el propio Dios vendría y “habitaría” entre las tiendas de Sem²; (3) la promesa de la tierra de Canaán a quienes fueron llamados a ser los agentes que transmitirían la promesa; y (4) la promesa de buenas nuevas, o el propio evangelio, de que en aquella simiente serían bendecidas todas las naciones de la tierra.

Este tema de la promesa no se terminó cuando terminaron el relato de la revelación prepatriarcal en Génesis 1—11 o aun las historias patriarcales de Génesis 12—50. Por el contrario, en los dos enfoques del resto del Pentateuco, es decir, el éxodo y la revelación de la ley en el monte Sinaí, queda claro lo que involucraría la bendición de la promesa. La recientemente formada nación de Israel sería mencionada repetidamente como “mi pueblo”. La razón para esta relación cercana con Dios se encontraría en el pacto que Dios hizo con los patriarcas (Éxo. 2:24; 3:6).

¿Qué relación hay, entonces, entre la promesa y la *torah*? Era siempre una relación que enfatizaba la prioridad de la promesa sobre la ley. Por tanto así como las promesas patriarcales precedieron la entrega de la ley en Sinaí, así también las creencias, la fe y la redención tenían que ser el contexto para cualquier obediencia a las indicaciones que Dios entregó en Sinaí. Así es como se hizo la selección de Isaac: únicamente sobre la base del propósito de Dios y no sobre la de la acumulación de actos piadosos de su padre Abraham o el propio Isaac. De la misma manera, Dios también escogió entre los mellizos de Isaac aun antes de que hubieran nacido (Gén. 25:23) y tuvieran oportunidad de hacer bien o mal (Rom. 9:11, 12).

El marco narrativo de la Torá

La mejor manera de permitir que la Torá hable en la actualidad es reconocer que el Pentateuco está esencialmente, o

mayoritariamente, en forma de narración. Este relato es parte de una historia en desarrollo que abarca toda la humanidad y se lo cuenta desde la perspectiva divina. Como tal, la narración cuenta con un principio, un punto medio y un final temporal (con el final definitivo sostenido indefinidamente hasta la llegada del desenlace del reino de Dios).

Esta narración comienza con la así llamada historia primitiva de Génesis 1—11. Bajo el tema de la bendición (en hebreo *brk*) de Dios, la historia comienza con la bendición que Dios le dio al orden creado (Gén. 1:22) y a la primera pareja humana (v. 28). Esta bendición continúa en Génesis 5:2 y fue retomada luego de la historia del diluvio en Génesis 9:1. Aun sin el uso del término “bendecir” o “bendición”, la bendición de Dios estuvo presente en promesas tales como las de Génesis 3:15 y 9:27³. ¡Cuando la promesa fue dada a Abraham en Génesis 12:1-3, la palabra “bendecir” o “bendición” aparece en cinco ocasiones! La conexión entre la “bendición” prepatriarcal y la “palabra” patriarcal de la promesa no podría haber sido más obvia.

Así como Yahvé se presentó a Abram como el Dios “que te saqué de Ur de los caldeos” (Gén. 15:7), al presentar las estipulaciones del Decálogo Yahvé anunció: “Yo soy el SEÑOR tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto” (Éxo. 20:2). De modo que la ley fue entregada en el contexto de la actividad de la gracia de Dios. ¡Él manifiesta su gracia antes de presentar sus estipulaciones!

Pero lo que ha causado un problema a la mayoría de los lectores y teólogos de la Torá no es la continuidad de la narración sino la naturaleza diferente de los dos pactos. La promesa abrahámica estaba llena de los dones de gracia inmerecida y bendiciones, pero el Sinaí pareció imponer demandas, obligaciones y mandamientos.

Tan fuerte se sintió esta brecha que Gerhard von Rad⁴ apuntó a Deuteronomio 26:5-9 como el credo clave de Israel, junto con otros credos (declaraciones que dicen “Yo creo”) como Josué 24:16-18, y contendió que estos credos apoyaban esta división entre los pactos. El argumento de von Rad era

que los eventos del Sinaí, a los que veía como el corazón del Pentateuco, fueron dejados explícitamente fuera de estos credos demostrando, por tanto, que la legislación del Sinaí pertenecía a una generación más antigua y diferente, apareciendo solamente en el período del exilio tardío y conocido como el documento “P”. Él estaba equivocado en cuanto a esto.

La perspectiva de von Rad fue agudamente desafiada⁵, como tenía que serlo, ya que aquello que von Rad dijo que faltaba podía ser encontrado si uno incluía todo Deuteronomio 26, no solamente los vv. 5-9, y todo Josué 24, y no solamente los vv. 16-18. El hecho es que el éxodo estuvo claramente conectado con Sinaí en Éxodo 19:3-8 y 20:2-17.

Aún después que son admitidas todas estas conexiones, el problema parece permanecer: ¿Cómo es que las demandas y estipulaciones desde Éxodo 20 hasta Números 10 tienen que ser integradas, si es que tienen que serlo, con las bendiciones y promesas de los materiales prepatriarcales y patriarcales de Génesis? Nuestra mejor respuesta consiste en responder observando cómo la misma combinación de promesas y mandamientos ya existía como el lienzo que conservaba unida la narración patriarcal. Por ejemplo, los siguientes mandamientos fueron fácilmente abarcados en la historia patriarcal de la promesa sin ningún sentimiento de inadaptación:

- Génesis 12:1 “Vete de tu tierra”.
 15:9 “Tráeme una vaquilla”.
 17:1 “Camina delante de mí y sé perfecto”.
 22:2 “Toma a tu hijo, a tu único... Ve...”.
 26:2 “No descendas a Egipto. Habita en la tierra que yo te diré”.
 31:3 “Vuelve a la tierra de tus padres”.
 35:11 “Sé fecundo y multiplícate” (ya presente antes en Gén. 1:28 y 9:1, ya sea una bendición o un mandato).

Por tanto, como cada mandato fue precedido y hecho en el contexto de la promesa a los patriarcas, así el llamado a la obediencia en la ley mosaica nunca fue la condición para la inauguración del pacto ni para su permanencia. Los Diez Mandamientos fueron dados en el contexto de la gracia, por-

que el Dios que pronunció los mandamientos era el Dios que acababa de redimir a Israel de la tierra de Egipto. Así que la ley no dejaba de ser un don de Dios y fue adecuadamente celebrado como un don en Salmos 1:2; 19:7-11 y en todo el Salmo 119. ¡Para los salmistas, la ley era más dulce que la miel y más deseable que mucho oro refinado! La promesa no se opone a la ley de Dios, porque tanto la promesa como la ley provienen del mismo Dios que establece los pactos. La ley tampoco constituye un medio diferente, ni siquiera un medio hipotético, para la obtención de la salvación. A diferencia de ello, la ley proveyó un medio para la conservación de la comunión con Dios.

La Torá y la fe

Schmitt⁶ ha demostrado cómo todo el Pentateuco fue unificado con la fe/convicción como su elemento vinculante. En cada una de las percibidas como "costuras de composición" del Pentateuco, como las vio Schmitt, aparece el "tema fe" (*Glaubens-Thematik*). Aquellas costuras de composición son las siguientes:

Génesis 15:6	"Él [Abram] creyó al SEÑOR, y le fue contado por justicia".
Éxodo 4:5	"Esto es para que crean que se te ha aparecido el SEÑOR".
Éxodo 14:31	"...el pueblo temió al SEÑOR, y creyó en él y en su siervo Moisés".
Números 14:11	"¿Hasta cuándo no me ha de creer, a pesar de todas las señales que he hecho en medio de ellos?"
Números 20:12	"Luego el SEÑOR dijo a Moisés y a Aarón: 'Por cuanto no creísteis en mí, para tratarme como santo ante los ojos de los hijos de Israel, por eso vosotros no introduciréis esta congregación en la tierra que les he dado'".
Deuteronomio 1:32	"Aun con esto no creísteis al SEÑOR vuestro Dios".
Deuteronomio 9:23	"...fuiesteis rebeldes al mandato del SEÑOR vuestro Dios y no le creísteis ni obedecisteis su voz".

En lugar de ver al Pentateuco como enfatizando la aplicación de los códigos legales sacerdotales, el estudio de Schmitt ha dado un gran paso hacia la demostración de que el Pentateuco en realidad pretendía enseñar la fe y la creencia en Dios y su promesa. La obediencia a la ley, entonces, era la evidencia natural de que uno realmente había confiado en el SEÑOR y creído en su promesa.

Cómo predicar y enseñar de la Torá del Antiguo Testamento

Dada la gran cantidad de los pasajes narrativos de la Torá, la estrategia para interpretar estos textos será la misma que ya hemos discutido en el capítulo acerca de la predicación en base a los relatos. Pero, ¿qué hacemos con los textos legales? ¿Revelan esos textos una distinción entre la ley universal e intemporal, y lo temporal y unido a la cultura?

La mayoría pierde la esperanza de encontrar alguna división clara entre aquellas leyes que son normativas para todo tiempo y lugar y las que contienen una fecha de vencimiento integrada. Pero nuestros problemas de interpretación no nos absolverán en el día final, cuando veamos a nuestro Señor, de presionar para ubicar lo que la mayoría pierde la esperanza de encontrar: el principio normativo en estos textos que pueda ser aplicado a todo momento y cultura.

Para empezar, las leyes que van desde Éxodo 25 hasta Levítico 16 son mayormente ceremoniales. Parecen tener poca relevancia permanente, más allá del hecho de que ilustran verdades duraderas. Sin embargo, muchas de ellas tienen paralelos hoy en día (por ejemplo, la construcción de un parapeto de seguridad alrededor del techo de los edificios [Deut. 22:8] hoy puede ser aplicada a la colocación de una cerca alrededor de la piscina de su patio trasero).

Había una pista de su naturaleza temporal en el hecho de que estas leyes resultarían obsoletas una vez que fueran reemplazadas por las verdades reales a las que apuntaban. Por tanto, Éxodo 25:9 y 25:40 marcan claramente al tabernáculo

con sus servicios y personal como temporales, porque eran solamente “modelos” o “patrones” que imitaban lo que se le mostró a Moisés mientras estuvo en la montaña. Se le enseñó a Moisés que la realidad existe en los cielos; él había hecho solamente una copia o un modelo de la realidad celestial. Sin embargo, cuando apareció el Mesías, estas copias tenían que ser retiradas a favor del nuevo orden de realidad introducido por la persona y la obra de Jesús. El libro de Hebreos argumenta exactamente lo mismo cuando se refiere al tabernáculo y su ritual como “sombras” de la realidad que iba a venir. Pero también es cierto que el Antiguo Testamento anticipó esto y colocó claramente la bandera de advertencia en Éxodo 25:9 y 25:40, la primera vez que fue entregada esta legislación. Allí declaró que el tabernáculo con sus servicios y sacrificios fueron meras copias de la realidad que existía en el cielo.

Pero en el corazón de la legislación estaba la ley moral de Dios basada en su carácter. Así como Dios es inmutable, también lo son las leyes que apuntan a su naturaleza y carácter. Él es la verdad misma; de igual manera, la mentira siempre está mal. Dios es santo; por tanto debemos ser tan santos como él. Ese era el modelo en aquel momento, y también sirve como el modelo para el tiempo presente.

La ley moral puede encontrarse en el Decálogo de Éxodo 20 y Deuteronomio 5, así como en el Código de Santidad de Levítico 18—20.

Por otra parte, el libro del pacto (Éxo. 21—23) consiste más que nada en ilustraciones de la ley moral de Dios como se ve en las leyes civiles en la actualidad. La misma naturaleza moral del carácter y ser de Dios se refleja en las leyes civiles que Dios le impuso al pueblo.

La ley ceremonial puede encontrarse más que nada en Éxodo 25—40; Levítico; y Números 1—10. Tal como la ley civil del libro del pacto refleja los principios que se encuentran en la ley moral de Dios, la ley ceremonial refleja los mismos principios morales permanentes.

Ilustración de la enseñanza y la predicación a partir de la ley: Levítico 16:1-34

Pocos capítulos del Pentateuco son más importantes para que los creyentes comprendan la naturaleza de la expiación que Levítico 16. Describe el día que hasta nuestros días sigue siendo el más importante del calendario judío: Yom Kippur, o el día de la Expiación. Este capítulo servirá de texto para nuestra demostración de enseñanza o predicación usando la Torá.

Título del sermón/enseñanza: “Dios puede perdonarnos de todos nuestros pecados”.

Texto: Levítico 16:1-34.

Palabra homilética clave: Caminos.

Interrogación: ¿Cómo? (¿Puede Dios perdonarnos de todos nuestros pecados?).



La ley, se nos ha dicho muchas veces, fue la sombra de las cosas que habían de venir. Difícilmente se nos provee una demostración más concreta de los asuntos doctrinales que en sí mismos son abstractos, que lo que encontramos desplegado para nosotros de una manera tan concreta y directa en Levítico 16. Además, si admitimos, como lo hacemos, que existe una relación entre los sacrificios ordenados aquí por Moisés y el sacrificio de Cristo en la cruz, es importante que determinemos en qué sentido los sacrificios de la ley quitaban el pecado, si es que lo hacían.

Tan central es esta doctrina de la expiación que muchos unitarios dedicaron mucho esfuerzo intentando invalidarla. Los unitarios del siglo XIX creían que si podían demostrar que los sacrificios de Moisés no tenían nada que ver con la remoción de la culpa y la obtención del perdón divino, entonces irían en buen camino para establecer que la muerte de Cristo era solamente un ejemplo y no una ofrenda por el pecado de la condición caída de la humanidad.

El tiempo establecido para el día de la Expiación era el 10 de Tishri, el primer mes del año civil (nuestro setiembre-octubre). Era el único día de ayuno ordenado en la Torá; sin embargo, otros ayunos fueron añadidos posteriormente por la tradición judía por fuera del material bíblico.

Vamos a considerar el texto de Levítico 16 y observar las tres maneras por medio de las que Dios perdonaba el pecado a los israelitas en aquellos tempranos años, porque también nos suplen de esperanza y confianza de que la misma oferta permanece vigente en nuestros días.

POR LA PROVISIÓN DIVINA DE NUESTRO MEDIADOR: UN SACERDOTE (vv. 1-6, 11-14).

En el tabernáculo, el lugar santísimo estaba reservado para que se entrara en él solamente un día por año, el 10 de Tishri, el día de la Expiación. Aarón, el sumo sacerdote, no podía entrar al lugar santísimo cuando se le antojara (v. 2). Hacerlo le provocaría la muerte.

Para ayudarnos a definir los límites entre lo sagrado y lo común, Dios estableció límites. Aunque a veces esos límites pueden parecer arbitrarios, el punto es que Dios tenía que ser visto como siempre presente en este mundo y al mismo tiempo como completamente diferente de nosotros. Él es el Creador; nosotros siempre seremos sus criaturas. Él permanece en santidad; nosotros, desde Adán, siempre hemos sido pecadores. Así que para evitar cualquier exceso de familiaridad, falta de seriedad y una poco saludable caída de los límites del respeto y el temor reverente, los límites fueron establecidos para Aarón. Por implicación, las otras enseñanzas acerca de la santidad en la Torá subrayan las mismas líneas para nosotros en nuestro acercamiento a Dios. Hay mucho aquí para reflexionar en cuanto a nuestra propia adoración a Dios.

La razón para esta distancia y separación entre Dios y Aarón era que Dios aparecía en la nube sobre el trono expiatorio en el lugar santísimo (v. 2).

Pero, ¿y qué pasa con este mediador? ¿Será Aarón ade-

cuado para todos nosotros y también para los pecadores que vendrán? La respuesta queda a la vista por el hecho de que el acercamiento de Aarón al lugar santísimo debía ser precedido por su propia purificación. Él también es un pecador, y este hecho indica un problema que habla de la naturaleza temporal de su capacidad de llevar a cabo de una vez por todas y para todo el mundo la obra que ahora solamente ilustra. Debe ofrecer por sí mismo un novillo costoso como ofrenda por el pecado (v. 3). Esto debe ser seguido por la ofrenda de un carnero como holocausto en la dedicación de sí mismo y su oficio para la obra que ahora lleva a cabo para la gloria de Dios.

Además, primero se debe bañar, símbolo de la purificación y la preparación para el servicio. A continuación se viste con la túnica de lino sagrado (v. 4) —ropa interior, camisa, pantalón, cinturón y turbante— que eran separados especialmente para utilizarse solamente este día.

Este es el punto dramático: ya no aparece en el uniforme completo de su oficio como sumo sacerdote. Debe desvestirse de su túnica costosa y magnificante de sumo sacerdote con su intrincado bordado, su oro, piedras preciosas y materiales de colores. De hecho, esta figura es tan similar a lo que pasaría cuando nuestro señor se “vació” en Filipenses 2:7 y “se despojó a sí mismo”, que las similitudes no pueden eludirse. De manera que como Cristo se desvistió a sí mismo de lo que le pertenecía por derecho propio en el sentido de los derechos y la reputación de su persona y oficio, así también Aarón debe hacerlo en cuanto a la vestimenta y porte que debe manifestar este día.

Una vez más, el v. 11 es enfático: “Aarón presentará como sacrificio por el pecado el novillo que le corresponde a él, para hacer expiación por sí mismo y por su familia. Luego degollará su novillo como sacrificio por el pecado”.

Es de esta manera que nuestro Señor provee un mediador. Aarón seguramente nos muestra casi todo lo que estaba involucrado, pero acarrea un defecto vital: él también es un pecador. Aunque ofrece su propia ofrenda por el pecado y su holocausto, seguiremos anhelando uno que sea perfecto para

ser nuestro mediador. Esto podría seguir interminablemente, a menos que encontremos a alguien que sea perfecto en sí mismo. Pero cuando llegue el que realizará esta tarea, necesitará humillarse para descender e identificarse con nosotros en nuestra condición. Necesitará renunciar por el momento a todos los derechos, privilegios y poderes que vienen con su persona y oficio. Eso no significa que será menos divino, como si él, como lo señaló Charles Wesley con ineptitud, "se vació a sí mismo de todo menos de amor". Eso es alta poesía o herejía, porque en la cruz había mucho más que solamente amor. ¡Seguía siendo el divino Hijo de Dios!

POR LA PROVISIÓN DE DIOS DE NUESTRO
PAGO POR MEDIO DE SU VIDA SUSTITUTIVA
(vv. 7-10, 15-17, 20-23).

La palabra que se repite una y otra vez es el término *expiación* (vv. 6, 10, 11, 16, 17, 18, 20, 24, 27, 30, 33, 34). Es la traducción del término hebreo *kipper*. No significa, como muchas veces algunos han enseñado, "cubrir", como si nuestros pecados fueran meramente cubiertos por la sangre de los animales hasta que Cristo pagara por ellos. En realidad significa "pagar un rescate o liberar por medio de un sustituto". La figura es clara. Siendo que los pecadores del tiempo de Israel, así como los de nuestro tiempo, estaban señalados para la muerte por causa de los pecados con los que cargaban, Dios tomó la firme iniciativa de proveer un sustituto que ocupó vicariamente su lugar. De igual manera el Mesías que vendría sería el sustituto de los pecados, los de ellos y los nuestros. Este acto del día de la Expiación apunta de manera concreta a la venida de la obra de Dios en Cristo.

La naturaleza propiciatoria de este sacrificio puede ilustrarse aun más gráficamente. Se escogían por sorteo dos machos cabríos para la presentación de esta ofrenda por el pecado (vv. 7, 8). De esa manera habría dos partes de una sola ofrenda por el pecado: (1) los pecados serían perdonados sobre la base de una vida que habría sido entregada en sustitución

de las de aquellos que habían pecado; y (2) los pecados serían perdonados y cualquier culpa o vergüenza sería removida por el segundo macho cabrío que sería enviado al desierto para nunca volver al campamento. El medio para proveer para nuestra liberación sería el derramamiento de sangre, sin el cual no existe remisión, como enseña la Escritura. La sangre representaba una vida que había sido sometida en lugar de la nuestra; así de serio era el pecado. Pero el efecto era la remoción de toda la culpa del pecador y de la memoria de Dios. Si alguien argumentara que Dios no puede hacer eso por el hecho de que sigue siendo omnisciente, solamente responderemos que Dios escoge deliberadamente, como nos dice repetidamente, ¡no volver a recordar nuestros pecados en nuestra contra!

La ceremonia era llevada a cabo con cuidado. Luego que los dos machos cabríos habían sido seleccionados por sorteo, entonces el primero tenía que ser sacrificado en el altar. Su sangre debía ser llevada al lugar santísimo para ser rociada sobre el propiciatorio sobre el arca del pacto mientras el humo del incienso disimulaba el propiciatorio de Dios en el lugar santísimo. De esta manera, Aarón no sería expuesto a la ira de Dios por contemplar inapropiadamente la santa presencia de Dios.

Ahora que el sumo sacerdote había regresado sano y salvo por segunda vez de la santa presencia de Dios, debía poner ambas manos sobre la cabeza del animal vivo y confesar *todos* los pecados de *todo* Israel, es decir, el pecado de todos los que habían lamentado en su corazón sus propios pecados y se habían arrepentido. Cuando se había hecho esto, el macho cabrío vivo era alejado por un hombre seleccionado especialmente para este trabajo. Como este macho cabrío ahora estaba llevando el pecado del pueblo, debía ser retirado de la vista y la memoria de todos los que habían sido perdonados. Pero de una manera semejante Dios es alejado, llevando las iniquidades de todos los que han clamado a él en busca de liberación.

Surgen muchas preguntas. ¿Eran los animales un símbolo del pueblo? La imposición de las manos sobre la cabeza del

macho cabrío es concluyente en cuanto a esto (v. 21). Toda la culpa de las personas perdonadas es llevada por el macho cabrío en una transferencia simbólica de los culpables al que lleva el pecado. Además el macho cabrío era considerado inmundo, porque el hombre que lo conducía fuera necesitaba bañarse y cambiarse de ropa antes de regresar al campamento.

¿Por qué algunas personas llaman "Azazel" al macho cabrío vivo? ¿Significa esto que adoraban a los demonios o que el macho cabrío era arrojado por un precipicio como otro sacrificio, tal como enseñan algunas autoridades judías? No, no es así; porque la palabra hebrea *azazel* simplemente significa "el macho cabrío para alejar", o como dice la nota de la RVA el "chivo que desaparece". El problema es que en nuestros días un chivo expiatorio es alguien que carga con hacer lo que los demás no quieren; en otras palabras, exactamente lo contrario de lo que se quiere enseñar en este texto, y lo que los traductores bíblicos tenían en mente cuando utilizaron estas palabras. Simplemente significa el macho cabrío que fue llevado lejos, y nada más.

En la Torá el pecado, así como sucedía en los tiempos del Nuevo Testamento, es transferido literalmente del pecador al que carga el pecado, es decir, a aquel que asume la carga de llevar la ofensa y por tanto ofrece la remoción de la culpa y el recuerdo del pecado.

No había nada en esta ceremonia que fuera automático o rutinario. La frase poco frecuente "os humillaréis a vosotros mismos" o "afligiréis vuestras almas" (v. 29, RVR-1960) demandaba que los israelitas se examinaran a sí mismos y supieran cómo estaban sus corazones, para que esto no pareciera transformarse en un ritual que confería automáticamente sus beneficios por el mero hecho de que los israelitas lo realizaran. La frase "os humillaréis a vosotros mismos" se repite en Levítico 23:27 y 32. El profeta Isaías convocó a la misma obra interna de humillación espiritual y contrición delante de Dios, si es que Israel iba a ser perdonado (Isa. 58:3, 5). El salmista, en otro contexto, dice: "...yo me vestí de aflicción. Me afligí a mí mismo con ayuno" (Sal. 35:13).

¡Qué fantástica provisión! La misma ley, o *torah*, de Dios que demandaba el modelo más alto establecido por el carácter de Dios también proveía para todos los que no lograban repetir ese modelo. La explicación de los dos machos cabríos y lo que hacían por el pueblo, basada en la Palabra de Dios, también ayuda a nuestra comprensión de lo que Dios en Cristo hizo por nosotros en la cruz, siendo el que llevaba nuestro pecado.

POR LA CORRESPONDENCIA DIVINA ENTRE EL DÍA DE LA EXPIACIÓN Y LA GRAN EXPIACIÓN QUE LA IGLESIA CONMEMORA EN LA PASCUA (vv. 29-34).

Puede quedar poca duda de que el sumo sacerdote es un tipo de Cristo. Nuestro Señor no solamente es la víctima en el antitipo de la ofrenda por el pecado en su contexto del Nuevo Testamento, sino que también es el sacerdote que presenta la víctima: "...ofreciéndose a sí mismo" (Heb. 7:27). Y así como el sacerdote tenía una vestimenta especial para este día, así también Cristo se desvistió del ejercicio *independiente* de sus derechos y poderes como Dios y tomó para sí la forma de hombre: de hecho la forma de un esclavo bajo sujeción. El sumo sacerdote pisaba el lagar a solas, porque nadie de su pueblo ni sus asistentes sacerdotales estaban allí para asistirle ni tomar una porción de la carga. Estaba a solas, así como el Salvador de la humanidad estaba a solas. ¡De manera que los hombres y mujeres no son socios de Dios para su propia liberación del pecado!

Eran necesarios dos machos cabríos para esta ilustración, aunque la ofrenda por el pecado fuera una sola. Ya que el primer macho cabrío era sacrificado como un sustituto por los pecados de los mortales, un segundo macho cabrío era necesario para proveer la segunda mitad de la ilustración. La ilustración tiene algunas debilidades, pero es gráfica y fácil de recordar, y la enseñanza es segura y grande.

De la misma manera, nosotros somos salvos por la muerte de Cristo y por su vida. Esta obra de mediación de Cristo conti-

núa a lo largo de todas las edades aplicando el poder de la muerte de Cristo y la remoción de toda la culpa, así como lo hizo por la palabra del SEÑOR en la ilustración encontrada en los tiempos de Moisés.

Existe perdón y olvido de nuestros propios pecados como se ilustra por la provisión de Dios para aquellos que habían fallado y pecado bajo la Torá. El resultado es que los mortales pueden ser perdonados y tratados como si nunca hubieran ofendido a Dios, con sus pecados perdonados, olvidados y borrados de la memoria. Por tanto, aunque este mensaje es una palabra contra el pecado, también es una proclamación de esperanza, porque en el Salvador también encontramos el mismo rescate y la misma liberación que le fue primeramente provista a Israel.

Conclusión

La Torá no fue escrita para herirnos ni para limitarnos para que nuestras opciones de libertad fueran drásticamente reducidas. La ley proveyó la guía que todos necesitamos tan desesperadamente. Pero aun si Israel falló, como lo hacemos nosotros, al no seguir la dirección para la vida que le estaba siendo provista, la misma ley y gracia de Dios provee perdón y completa restauración a nuestra relación previa con aquel en quien hemos llegado a confiar y creer como nuestro Señor y Salvador.

Cómo predicar y enseñar la alabanza del Antiguo Testamento

La costumbre ha sido que los maestros y predicadores dividan los salmos más o menos por asunto o tema. Pero Hermann Gunkel¹ (1862-1932) cambió esto argumentando que los salmos debían agruparse de acuerdo con su función, formato y *Sitz im Leben*, o "contexto vital". Desde entonces, los estudios de los salmos han comenzado con la decisión de si un salmo en particular pertenece a la categoría de los lamentos o a una forma de alabanza, en lugar de las antiguas designaciones basadas en un arreglo del tema o asunto.

Aquí nos interesaremos más que nada en el género de la alabanza. Las dos grandes subdivisiones del género son la alabanza descriptiva y la alabanza declarativa.

Distinguiendo la alabanza descriptiva de la declarativa

La diferencia más importante entre estos dos tipos de salmos puede ser formulada sucintamente: recitar los atributos o cualidades de Dios es dedicarse a la alabanza descriptiva, mientras que referirse a los actos de Dios es involucrarse con la alabanza declarativa. De todas maneras, ya fuera que el salmista alabara a Dios por quién es (descriptiva) o por lo que hace (declarativa), estaba alabando a Dios.

Dado que las descripciones de Dios se concentran en lo que

él es y quién es en cuanto a su naturaleza y ser, estos salmos caen mayormente bajo la rúbrica de himnos de alabanza.

Los salmos descriptivos incluyen himnos como los Salmos 29; 100; 135; 136; y 145—150. La forma verbal hebrea para alabanza es *hillel*, cuyo imperativo ha hecho su camino hasta el idioma español: “Aleluya”, lo que quiere decir “alaba a Yahvé” o “alaba al SEÑOR”.

Existen otras subcategorías del tipo de alabanza que incluyen: la entronización o salmos milenarios (47; 93; 95—99); cantos de Sion (48; 84; 87); salmos peregrinos cantados por los que se dirigían a Jerusalén para las fiestas anuales (120—134); y salmos reales (2; 45; 72; 89; 110; 132). Todos estos salmos exhiben tres elementos principales. Estos elementos pueden ilustrarse fácilmente en el Salmo 100:

1. Un llamado a la alabanza

¡Cantad alegres al SEÑOR, habitantes de toda la tierra!
 Servid al SEÑOR con alegría.
 Venid ante su presencia con regocijo.
 Reconoced que el SEÑOR es Dios (v. 1-3a)

2. La razón para la alabanza (muchas veces introducida por la partícula hebrea *ki*, “para” o “porque”).

Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos.
 Pueblo suyo somos, y ovejas de su prado (v. 3b, c).

3. Conclusión o recapitulación de la alabanza (por lo general la reiteración de una convocación a alabar a Dios).

Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. Dadle gracias; bendecid su nombre,
 porque el SEÑOR es bueno. Para siempre es su misericordia,
 y su fidelidad por todas las generaciones (vv. 4, 5).

La alabanza declarativa, por otra parte, celebra a Dios por algo que ha hecho por el salmista o el pueblo de Dios. El verbo hebreo más frecuente en estos salmos es *hodah* o *todah*, que es la manera de decir “te agradezco” o “gracias” en Israel hoy en día. De manera que estamos frente a salmos de gratitud.

Hay solamente dos subcategorías de estos salmos declarativos: gratitud individual (Sal. 30; 34; 92; 116; 118; y 138; y Jonás 2) y agradecimiento comunitario (Sal. 46; 65; 67; y 107).

De la misma manera que los salmos de alabanza descriptiva tienen tres elementos, los declarativos tienen tres divisiones principales. Usaremos el Salmo 34 para ilustrar las divisiones.

1. Un anuncio de lo que Dios ha hecho (o la intención del adorador de agradecerle a Dios).

Bendeciré al SEÑOR en todo tiempo;
 su alabanza estará siempre en mi boca.
 En el SEÑOR se gloriará mi alma;
 lo oirán los mansos y se alegrarán.
 Engrandeced al SEÑOR conmigo;
 ensalcemos juntos su nombre (vv. 1-3).

2. La desesperación del salmista y su clamor a Dios pidiendo ayuda.

Yo busqué al SEÑOR, y él me oyó,
 y de todos mis temores me libró.
 Los que a él miran son iluminados;
 sus rostros no serán avergonzados.
 Este pobre clamó, y el SEÑOR le escuchó
 y lo libró de todas sus angustias.
 El ángel del SEÑOR acampa en derredor de
 los que le temen, y los libra (vv. 4-7).

3. El testimonio de la ayuda de Dios y una oración por el futuro (o un agradecimiento).

Probad y ved que el SEÑOR es bueno.
 ¡Bienaventurado el hombre que se refugia
 en él!
 Temed al SEÑOR, vosotros sus santos,
 porque nada falta a los que le temen (vv. 8, 9).

Una ilustración de la enseñanza y predicación de uno de los salmos de alabanza: Salmo 84:1-12

El Salmo 84 es uno de los cantos de Sion. Como su título lo indica, proviene de uno de los hijos de Coré. Eso ya de por sí es asombroso, porque su antepasado Coré pereció en la rebelión contra Moisés y Aarón a la puerta del tabernáculo (Núm. 16). Sin embargo, a los descendientes de Coré se les dieron privilegios que no dejaron rastros del estigma que Coré había legado a su familia. ¡Cuán grande es la gracia de Dios, aun en el Antiguo Testamento! Esto debe ser tenido en cuenta cuando repetimos que los juicios de Dios se extienden hasta la tercera y cuarta generación, porque muchos olvidan que esa extensión es solo para “los que me aborrecen” (Éxo. 20:5). Pero la misericordia de Dios se extiende por mil generaciones “a los que me aman” (v. 6).

Algunos de los descendientes de Coré tenían la responsabilidad de cuidar las puertas del templo, y otros estaban a cargo de la música del templo (1 Crón. 9:17-19, 23; 6:33-37; 25:1, 5). Más sorprendente aún es el hecho de que Dios escogió uno o más de los descendientes de Coré para ser el (los) agente (s) para enviar varios salmos al salterio.

El Salmo 84 es similar a los Salmos 42 y 43. Pero en pocos de los 150 salmos se respira un espíritu más intenso de devoción al Señor que en este salmo descriptivo de alabanza. Este salmo nos acerca a Dios (v. 1); expresa un anhelo y un hambre por el “Dios vivo” (v. 2), nos hace sentir en casa con Dios (v. 3) e incrementa nuestra alabanza y gratitud a Dios (v. 4). Este salmo fortalece nuestra vida (v. 5), nos refresca en tiempos de dificultad (v. 6) y revitaliza nuestras fuerzas hasta que nos presentemos ante Dios (v. 7). Esa meditación describe

la alabanza que ofrecemos a Dios antes de ofrecerle nuestra oración en los vv. 8-12. El Salmo 84:11, 12 fue lo que mi propio padre me escribió al comienzo de cada carta que me envié mientras estuve fuera de casa, en la universidad. Así que este salmo de alabanza tiene un significado especial para mí.

Parecería que el vocero de este salmo, el “ungido” de Dios (v. 9) atraviesa algún tipo de calamidad, estando separado del santuario del Señor en Sion (vv. 1, 2, 10). Sin embargo, su confianza en el Señor está firme.

Tal descripción parecería encajar en el contexto de David huyendo de su hijo Absalón, un contexto con el que también encajan los Salmos 42 y 43. Estos últimos expresarían la tristeza por ser desterrado, no solamente de Jerusalén por su hijo el usurpador, sino de la casa del SEÑOR. El Salmo 84, entretanto, expresa la alegría por poder acercarse a la casa de Dios una vez más luego de la culminación de esa penosa experiencia con su hijo. Cada uno de estos salmos aparece encabezando la colección de salmos de los hijos de Coré. Si este es el contexto correspondiente, entonces los hijos de Coré hicieron por David lo que una vez David hizo por Saúl: cantaron tranquilidad y paz, de sus almas a la suya, dándole a David lo que habían recibido de él, su “maestro”². Los hijos de Coré también oraron por David, porque así como amaban a Yahvé también amaban a David, el “ungido” de Dios, quien era la “garantía” o “anticipo” del Mesías que había de venir del linaje de David.

Título del sermón/enseñanza: “Nuestro anhelo por una oportunidad para alabar a Dios en su santuario”.

Texto: Salmos 84:1-12.

Enfoque: “¡Bienaventurados los que habitan en tu casa! Continuamente te alabarán” (v. 4).

Interrogación: ¿Por qué?

Palabra homilética clave: Razones.

Estructura de la estrofa: Una triple bienaventuranza en los vv. 4, 5 y 12. Así que la primera sección (vv. 1-4) termina con una doxología, la segunda estrofa comienza con una doxología (v. 5), y la tercera estrofa también

termina con una doxología. Este recurso retórico es más útil para ayudarnos a marcar las estrofas, que son el paralelo de los párrafos en las formas ordinarias de prosa. Los tres elementos principales de la alabanza no son tan pronunciados en este salmo como en el Salmo 100. Sin embargo, el *llamado a la alabanza* aparece en la primera estrofa de los vv. 1-4, su *razón para la alabanza* se presenta en la segunda estrofa de los vv. 5-7 y la *conclusión* aparece marcada en la oración de la tercera estrofa, vv. 8-12.



PORQUE ÉL ES EL "DIOS VIVO" (v. 1-4)

Ninguna frase resulta más descriptiva de la majestad y poder de Dios que esta: "el Dios vivo". Aparece en unas 14 ocasiones, tanto en el Antiguo³ como en el Nuevo Testamento. Pero señala el hecho más importante acerca de nuestro Señor: está vivo. No es una idea ni una filosofía, sino una persona viva. Y el alma del salmista anhela desesperadamente entrar en comunión personal con nada menos que el Dios vivo. Dios mismo es la única y sola meta del corazón del adorador. De hecho, toda la persona del adorador, su "alma", "corazón" y "carne" claman con una intensidad de deseo que no conoce rival. Es cierto, hay un apego por el santuario o "morada" de Dios, tal como sucede en los "atrios del SEÑOR" (vv. 1, 2). Pero aunque el lugar externo de encuentro con Dios es amable y hermoso más allá de una descripción, todo esto palidece en comparación con el hambre espiritual que siente el salmista por el propio Dios.

Tal apetito por la persona y el ser de Dios es aprobado por toda la Escritura. Por ejemplo, en Mateo 5:6 Jesús dijo: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados". De la misma manera, en proporción al deleite de la persona en la bondad y gracia de Dios, la persona anhela una relación más íntima con el Señor. Y a medida que crece el anhelo de estar con el propio Salvador, la persona se deleita solamente en Dios y quien él es.

No es sorprendente, entonces, que todos los que habiten en la casa de Dios sean llamados "bienaventurados", "continuamente te alabarán [a Dios]" (v. 4), por quien él es y lo que ha hecho por ellos. Y si pareciera extraño que se señale un lugar "cerca de tus altares [de Dios]" (v. 3), a uno le alcanzaría recordar que el altar, en lugar de la casa completa de Dios, es elegido aquí porque es allí donde la relación con Dios se hace posible. Allí yacen los fundamentos para la protección y seguridad del salmista. Su Dios no era menos que el "SEÑOR de los Ejércitos, ¡Rey mío y Dios mío!" (v. 3).

PORQUE ÉL ES NUESTRA FORTALEZA (vv. 5-7).

Luego que la estrofa anterior termina con una doxología, esta comienza también inmediatamente con otra (v. 5). La base para nuestro gozo y alabanza a Dios se encuentra en dos hechos. Primero, la persona que tiene a Dios como su fortaleza conoce en su corazón que no existe otro consuelo real o permanente que el que se encuentra en el propio Dios. Segundo, aunque el pueblo de Dios muchas veces tiene que atravesar experiencias amargas, aquí figuradamente llamado "el Valle de Baca" (ver nota de la RVA), su tristeza y llanto se transformará en "manantial" (v. 6). Esto es porque estos mismos individuos han clamado por la gracia de Dios por la fe. Así que van de poder en poder (v. 7; comp. Isa. 40:31). Verán a Dios en Sion otra vez tal como anhelaba David luego de ser exiliado de la capital por su hijo Absalón.

PORQUE ÉL ASEGURA LOS MEJORES DONES (vv. 8-12).

Basándose en lo dicho en alabanza a Dios, el salmista entra en la oración de los vv. 8-12. Se utilizan tres nombres para Dios en el v. 8: *Yahvé*, *El Shaddai* y *Dios de Jacob*. El primero implica su presencia constante con nosotros, el segundo su poder, accesible para nosotros, y el tercero su íntima relación con los mortales.

Cuatro verbos promueven las pasiones del salmista en oración: "oír", "escuchar", "mirar" y "mirar con favor" (vv. 8, 9).

Pero, ¿qué es lo que el adorador quiere que Dios oiga y vea? Es todo lo que fue mencionado en los vv. 1- 7. Está diciendo, en otras palabras: "Mira lo hambriento que estoy por ti, oh Dios. Nada saciará mi hambre excepto tu propia presencia y persona".

Más aun, solamente Dios puede ser la ayuda y fuente de refugio y seguridad para el creyente. Sin la ayuda de Dios tanto David como nosotros estábamos perdidos y desesperanzados. Pero es por eso que se le anima a David a volverse a Dios en oración. Él sabe que el más bajo y despreciable lugar en la gracia de Dios es altamente superior a cualquier lugar de privilegio obtenido por las riquezas, el favor humano o la salud (v. 10). Un día en los atrios de Dios no puede compararse con ningún otro lugar de eminencia o privilegio que uno pueda anhelar o experimentar. Así que, ¿por qué querría alguien cambiar el gozo de estar con el Dios vivo por una residencia en las moradas de impiedad? ¡Él no querría! Es mejor tener el gozo de hacer pequeñas cosas para el servicio de Dios que experimentar el final doloroso y amargo de lo que se veía como placentero en las moradas de maldad.

Pero en el v. 11 hay una segunda razón. El favor de Dios es el mejor regalo que pueda ser hecho a cualquier mortal. El propio Dios es nuestro "sol y escudo". El sol es la fuente de la luz y la vida. Aquí es donde se sacia el gozo de la sed natural por Dios. En el Dios vivo hay luz y vida. Por otra parte, Dios también es nuestro escudo, nuestra protección. Hace tanto tiempo como en la época de Abraham, Dios se había revelado a sí mismo como el "escudo" de Abraham y su "galardón" (Gén. 15:1). De la misma manera, Israel recibió la reafirmación del Salmo 5:12: "...porque tú, oh SEÑOR, bendecirás al justo; como un escudo lo rodearás con tu favor"⁴.

Estas dos metáforas, sol y escudo, reflejan la belleza de una vida vivida en la presencia de Dios. El efecto que viene de este tipo de meditación, comunión y compañerismo es la concesión de "gracia y gloria" (v. 11). De hecho "no privará del bien a los que andan en integridad". ¡Qué promesa es esta! Preguntamos sorprendidos: "¿No privará del bien?". No, ¡de ningún bien!

Una vez más, por tercera y última vez, vemos una doxología. El salmo termina diciendo: "¡Bienaventurado el hombre que confía en ti!".

Así que, ¿cuál ha de ser nuestra persuasión? ¿Podemos decir con el salmista que nosotros también deseamos la presencia y la persona de Dios más que ninguna otra cosa en la vida? ¿Es para nosotros el tiempo que pasamos en los atrios del Dios vivo, en alabanza y adoración de él, una de las más felices y deseadas de todas las experiencias?

¿Quién o qué es nuestro sol y escudo? Y si deseamos honor y gloria, ¿estamos dispuestos a vivir un estilo de vida sin mancha y puro ante Dios? ¿No es eso lo que significa confiar en Dios? Que nuestro Señor nos conceda que todo lo que encontramos en este salmo sea cierto para cada uno de nosotros para su honra y gloria.

Conclusión

Los salmos deben ser nuestro cancionero de alabanza, así como lo fueron para Israel.

Ya sea que nuestra alabanza sea descriptiva o declarativa, tal alabanza debe formar parte tanto de nuestra expresión cotidiana de afecto a Dios como de nuestra misión de predicar y enseñar al pueblo de Dios.

Los que encuentran pocos motivos para alabar a Dios son los mismos que encuentran pocos motivos de elogio en el resto de sus vidas. Estas, lamentablemente, continúan volviéndose más estrechas y oscuras a medida que aumentan las presiones de la vida. ¡El salmista nos puede rescatar de nuestra propia mentalidad limitada y nuestro pesimismo al darnos toda una nueva perspectiva de la grandeza, majestad y magnificencia de Dios!

Cómo predicar y enseñar los textos apocalípticos del Antiguo Testamento

El apocalíptico es el más extraño de todos los géneros del Antiguo Testamento. Por encima de todo, el género apocalíptico es una forma especializada de profecía que se concentra sobre los eventos que rodean la segunda venida de Cristo y las últimas cosas que Dios hará en la historia, antes de entrar en el estado eterno. Por tanto, de muchas maneras, este género puede tratarse como una subcategoría de la profecía.

Sin embargo, uno no debe pensar que lo apocalíptico sea algo tan remoto como para no tener contacto con las personas a quienes fue entregado en primer lugar. Por el contrario, pocos de estos eventos futuros eran tan distantes como para no tener contacto con las personas del tiempo en que fueron anunciados por primera vez por el profeta, o con la gente de nuestro propio tiempo. Más bien, muchos de estos mismos eventos participan en lo que ha llegado a conocerse como la escatología inaugurada. Es decir, el evento futuro que se describe en las Escrituras contiene frecuentemente un aspecto del "ahora" así como características del "todavía no". Así como fue anunciado en 1 Juan 3:2: "*Ahora* somos hijos de Dios, y *aún no* se ha manifestado lo que seremos" (énfasis añadido), así la profecía muchas veces nos da un anticipo presente o inmediato de lo que aún no ocurre en su cumplimiento completo. Por eso 1 Juan 2:18 nos advierte que "el anticristo había de venir... [pero] ahora han surgido muchos anticristos" ¡ya!

Uno no debe desanimarse si su candidato para el puesto de anticristo abandona la escena sin que veamos la segunda venida de Cristo; puede haber sido uno en una larga fila de muchos que precederán al último anticristo.

El significado de apocalíptico

El nombre de este género proviene del título del libro de Apocalipsis, que en griego es *apokalupsis*, una "revelación". Coherente con esto, esta forma no es tan aguda como algunos han asumido¹, porque no exhibe su propio formato especial y forma literaria en el texto escritural. Generalmente se nos dan descripciones de asunto y tema para este género en lugar de formas distintivas o formatos del propio texto.

Si el método asume que nuestra primera tarea consiste en intentar vincular imágenes anteriores del Antiguo Testamento, símbolos y sueños con el libro de Apocalipsis y entonces extrapolar en retroceso hacia el período intertestamentario a los libros apocalípticos, debemos ser tan críticos de tal procedimiento como lo somos de la eiségesis o de la lectura de un significado hacia el texto. Para muchos, el estudio de libros como 1 Enoc o los Rollos del Mar Muerto implica un proceso de leer temas similares a los que se encuentran en el Nuevo Testamento hacia los libros intertestamentarios, y luego incorporar esos "resultados" como la base para la lectura de los materiales apocalípticos del Antiguo Testamento. Un proceso similar se usa a veces para los libros del Antiguo Testamento, donde los significados intertestamentarios de los libros apócrifos son vueltos a leer en el Antiguo Testamento, pero allí la extensión es hacia delante, que tiende a retrotraer ese significado una vez más sobre el texto más antiguo. Esto también es eiségesis. Tiende a confundir e igualar sumariamente los símbolos e imágenes de la religión judía posterior de los períodos exílico y postexílico con las revelaciones divinas presentadas en partes anteriores del Antiguo Testamento. Pero es incorrecto equiparar estas dos épocas de escritura y pensamiento o considerarlas como idénticas; al

menos, hacerlo sin una justificación proveniente del propio texto.

Este mismo proceso también ha sido utilizado como palanca por la escuela crítica para datar tardíamente los materiales apocalípticos designados en Daniel 7—12; Isaías 58—66; y Zacarías 12—14, ubicándolos considerablemente más tarde en el tiempo del que los propios textos declaran haber sido escritos. Pero esta datación tardía es apenas tan segura como el criterio que fuera presentado después del hecho.

Además, los apocalipsis del mundo antiguo con frecuencia son seudónimos. Esto conduce a muchos a sugerir que tal vez las porciones de las obras de los profetas que manejan temas apocalípticos, en especial la segunda mitad del libro de Daniel y las secciones de Isaías y Zacarías ya mencionadas, son también seudónimas. Pero aquí también el deseo es el padre del pensamiento, porque la única evidencia para apoyar el hecho de que estas secciones provienen de autores desconocidos es la tendencia encontrada en la propia definición. Se le debe dar prioridad a preguntarle al texto acerca de su posición en lo concerniente a la autoría. Solo entonces puede tomarse una decisión, sean las posiciones confiables o no.

Dado que lo apocalíptico es una subcategoría de la profecía, debería ser tratado en muchos sentidos de la misma manera que uno encararía el género profético. En muchos casos, el mensaje acerca de un futuro glorioso o de cataclismo se presenta como conclusión a una palabra de juicio amenazada o un mensaje de salvación final. El punto es este: Dios no quiere permitir que el juicio que debe venir en el orden presente de la vida de Israel (o cualquier otra nación en lo que corresponda) sea su palabra final. No debe ser tomado para indicar que su promesa-plan ha sido interrumpida o, peor aún, arruinada. Por tanto, el oyente es llevado mucho más allá de los días del profeta para escuchar que Dios se encarga de toda la maldad o cómo triunfará con magnificencia en su propia gloria.

No es como si el futuro inmediato y el distante no tuvieran nada que ver el uno con el otro. Por el contrario, muchas veces existe una conexión directa presentando al futuro inmediato como una prenda o anticipo del futuro distante.

Un buen lugar donde mostrar esta conexión entre el “ahora” y el “todavía no” es la profecía de Joel. Había venido una plaga de langostas que se presenta en cuatro etapas (cuatro olas) como consecuencia de la lentitud de la gente para volverse a Dios. Finalmente, luego de dos llamados al arrepentimiento por medio del profeta Joel (Joel 1:13, 14; 2:12-14), Israel hizo un giro completo.

La prueba del arrepentimiento genuino y de corazón de los oyentes de Joel puede encontrarse en los cuatro verbos en pasado que se encuentran en Joel 2:18, 19 (contrario a la imposible traducción en futuro presentada para los mismos cuatro verbos por RVR-1960 y otras versiones²), que declara:

Entonces el SEÑOR tuvo celo por su tierra y se apiadó de su pueblo.
El SEÑOR respondió a su pueblo diciendo...

La única manera en que Dios pudo haber respondido de forma tan misericordiosa era si el pueblo finalmente, en la desesperación y la miseria provocadas por la invasión de langostas y la sequía resultante, se haya arrepentido genuinamente como el profeta les había rogado que hicieran antes de la llegada de estas plagas. Como resultado, dos maravillosos dones de Dios fueron prometidos. Primero, serían derramadas nuevas lluvias inmediatamente sobre la tierra y provocarían el retorno de las pasturas verdes y volvería a ser productiva (Joel 2:19b-27). Segundo, un derramamiento (no solamente una lluvia) del Espíritu Santo llegaría en un futuro distante, seguido mucho después (aparentemente) por un temblor cósmico en aquel grande y temible día del Señor (Joel 2:28—3:21).

Analizando las partes constituyentes del texto apocalíptico

Un modelo sugerido para el análisis de una porción apocalíptica del Antiguo Testamento se puede encontrar en Joel 3:1-21, que contiene estos cinco elementos típicos:

1. Un anuncio de los últimos días.

“He aquí que en aquellos días y en aquel tiempo, cuando yo restaure de la cautividad a Judá y a Jerusalén, reuniré a todas las naciones y las haré descender al valle de Josafat. Allí entraré en juicio contra ellas a causa de mi pueblo, de Israel mi heredad” (vv. 1, 2a).

2. Una explicación y una razón para esta acción anunciada.

“...al cual esparcieron entre las naciones, y luego se repartieron mi tierra.
Sobre mi pueblo echaron suertes...
porque habéis llevado mi plata y mi oro.
Mis cosas preciosas y hermosas habéis introducido en vuestros templos” (vv. 2b, 3a, 5).

3. Una declaración de guerra contra el mal y una convocatoria para que se presenten los enemigos de Dios para el último momento decisivo de la tierra.

“¡Proclamad esto entre las naciones, declarad guerra santa, convocad a los valientes!
Acérquense y acudan todos los hombres de guerra.
Haced espadas de vuestras rejas de arado y lanzas de vuestras podaderas.
Diga el débil: ‘Soy valiente’. Apresuraos y acudid, todas las naciones de alrededor; congregaos allá.
¡Haz que descendan allá tus valientes, oh SEÑOR!
Despierten las naciones y vayan al valle de Josafat, porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor” (vv. 9-12).

4. Descripción de los horrores del día del SEÑOR.

“Meted la hoz, porque el grano ya está maduro.
Venid, pisotead, porque el lagar está lleno y
reosan las cubas; pues mucha es la maldad
de ellos.

Multitudes, multitudes están en el valle de la
decisión, porque está cercano el día de Jehovah
en el valle de la decisión. El sol y la luna se
oscurecen, y las estrellas retiran su fulgor.

El SEÑOR ruge desde Sion y da su voz desde
Jerusalén. Tiemblan los cielos y la tierra, pero
el SEÑOR es refugio para su pueblo y fortaleza
para los hijos de Israel” (vv. 13-16).

5. Una lista de bendiciones finales del Señor para su pueblo.

“Y conoceréis que yo soy el SEÑOR vuestro Dios
que habito en Sion, mi santo monte. Santa será
Jerusalén, y los extraños no pasarán más por ella.

“En aquel día sucederá que los montes gotearán jugo
de uvas, las colinas fluirán leche y correrán aguas
por todos los arroyos de Judá. Un manantial saldrá
de la casa del SEÑOR y regará el valle de Sitim.

Egipto será convertido en desolación, y Edom en
desierto desolado, por la violencia hecha a los
hijos de Judá; porque en su tierra derramaron la
sangre inocente. Pero Judá será habitada para
siempre, y Jerusalén de generación en generación.
Yo tomaré venganza de la sangre y a nadie daré
por inocente”.

“¡El SEÑOR habita en Sion!” (vv. 17-21).

Una ilustración de cómo predicar de los textos apocalípticos del Antiguo Testamento (Daniel 9:20-27).

El pasaje que escogí es apocalíptico y se encuentra en el corazón de muchos debates escatológicos. El enfoque del pasaje es Daniel 9:24: “Setenta semanas están determinadas

sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar con la transgresión, para acabar con el pecado, para expiar la iniquidad, para traer la justicia eterna, para sellar la visión y la profecía, y para ungir el lugar santísimo”. El título de nuestro mensaje, entonces, será “Anunciando el programa de Dios para el fin de la historia”.

El contexto inmediato presenta una de las oraciones intercesoras más importantes de la Biblia. Daniel, en su lectura de las Escrituras “según la palabra del SEÑOR dada al profeta Jeremías” (Dan. 9:2; comp. Jer. 25:12-14; 29:10-14), ha notado que los setenta años de exilio están por terminar. Su pregunta es si Dios perdonaría los pecados de todo Israel y una vez más miraría con favor la ciudad de Jerusalén y el pueblo de Israel.

Observe que la profecía de Jeremías es llamada “Escrituras” (NVI), aunque podríamos decir que la tinta apenas si estaría seca, porque Jeremías entregó su profecía de los setenta años en el primer año de Nabucodonosor (605 a. de J.C.; Jer. 25:1). Ahora es el primer año del rey Darío, hijo de Jerjes o Asuero (539 a. de J.C.), apenas 65 años después! Daniel no necesitó esperar ningún Concilio de Jamnia (90 d. de J.C.) para ayudarlo a decidir si Jeremías estaba o no en el canon. Él ya consideraba los escritos de Jeremías como Escrituras.

El ángel Gabriel (Dan. 9:21) fue enviado cuando Daniel todavía estaba orando. Había venido “para iluminar tu entendimiento” (v. 22), porque Dios consideró a Daniel “muy amado” (v. 23) y quería, por tanto, responder a sus oraciones.

Examinemos primeramente la estructura de Daniel 9:24-27, porque el verdadero mensaje apocalíptico comienza en el v. 24.

- I. Un anuncio de los últimos días: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad” (más seis declaraciones de propósito o infinitivos, v. 24).

II. Una explicación o razón para este anuncio: “Conoce, pues, y entiende que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas...” (vv. 25, 26a).

III. Una descripción de los horrores de ese día: “hasta el fin de la guerra está decretada la desolación...” (vv. 26b, 27).

Título del sermón/enseñanza: “Anunciando el programa de Dios para el fin de la historia”

Texto: Daniel 9:24-27.

Palabra homilética clave: Bloques (de tiempo en el programa de Dios)

Interrogación: ¿Cuáles? (¿Cuáles son los bloques de tiempo en el programa?).

I. Dios nos dará un juego más de setenta “semanas” para completar la historia (v. 24).

A. Setenta “semanas” más luego de los setenta años de cautividad.

1. Para el pueblo de Israel – “Tu pueblo”.

2. Para la santa ciudad de Jerusalén – “Tu santa ciudad”.

B. Propósito de estas setenta “semanas”.

1. Para terminar la transgresión.

2. Para poner fin al pecado.

3. Para expiar la iniquidad.

4. Para traer la justicia eterna.

5. Para sellar la visión y la profecía.

6. Para ungir al lugar santísimo.

II. Dios nos explicará en términos comprensibles este programa para el futuro (vv. 25, 26a).

A. La señal del comienzo del fin.

1. La promulgación de un decreto (NVI) o *palabra* (RVA), pero, ¿cuál?

a. ¿El decreto de Ciro de 536 a. de J.C.?

b. ¿El decreto a Esdras de 557 a. de J.C.?

c. ¿El decreto de Nehemías de 445 a. de J.C.?

2. Razones para decidimos por el decreto de Nehemías.

B. El resto de la historia se establece en tres juegos de “semanas” o años

1. Siete “semanas” (o 49 años) para la reconstrucción y restauración de Jerusalén.

2. Sesenta y dos semanas adicionales pasarán hasta que llegue el Mesías Príncipe/gobernante.

C. El paréntesis en el programa de Dios.

1. “Luego” de las primeras 69 “semanas” tendrán lugar dos eventos:

a. El Mesías, el “Ungido” será “quitado”: la muerte de Cristo en la cruz, aproximadamente en 30 d. de J.C.

b. La ciudad y el santuario serán destruidos: en 70 d. de J.C.

2. Luego llegará el fin como una inundación.

III. Dios supervisará la finalización de la historia (vv. 26b, 27).

A. “...y, hasta el final, la guerra” (BJ).

B. Alguien hará un pacto con muchos por la última “semana”.

1. En medio de la última “semana” de años, este hará lo siguiente:

a. Terminará con los sacrificios y ofrendas.

b. Establecerá una abominación que causa desolación.

2. El fin decretado será derramado sobre esa persona.



Este texto es una respuesta a la oración de Daniel luego que terminara de leer lo que ahora conocemos como Jeremías 29:10-14 y 25:12-14. De hecho estos setenta años mencionados en la revelación de Dios al profeta casi habían expirado. Así que, ¿qué iba a hacer Dios ahora?

Resulta ridículo colocar una explicación simbólica para la que naturalmente dio el ángel Gabriel en este texto. La profecía era para mostrarle a Daniel lo que le iba a suceder a Israel, su pueblo, y a la santa ciudad, Jerusalén. El propósito original no fue mostrar lo que ocurriría con los gentiles ni con la iglesia. Además, en nuestros días debemos recibir esta profecía en espíritu de oración, como lo hizo Daniel, y no fríamente o con un mero interés intelectual.

DIOS NOS DARÁ UN JUEGO DE MÁS DE SETENTA "SEMANAS" PARA COMPLETAR LA HISTORIA (v. 24).

El programa de Dios implicaría otro juego de "setenta semanas" o "setenta sietes" más allá de los setenta años que justamente se estaban cumpliendo. Este nuevo juego de "setenta semanas" se dividirían en tres bloques diferentes: uno de "siete semanas", otro de "sesenta y dos semanas" (o "sietes") y una "semana" final.

Por el uso que Daniel hace de los "sietes" o "semanas" queda claro que pretende que sean comprendidos como años, ya que en Daniel 4:16, 23 y 25 predice que "siete tiempos" pasarían sobre Nabucodonosor hasta que se arrepintiera de sus orgullosos caminos. Resultaron ser siete años. Lo mismo se podría decir de Daniel 4:25 y 32.

El propósito para estos cuatrocientos noventa años se encuentra en la séxtuple declaración que aparece a continuación. En primer lugar, eran necesarios estos años para "terminar con la transgresión". En otras palabras, para hacer retroceder o encerrar la transgresión y el pecado de todos los mortales poniéndole final a una larga serie de apostasías, levantamientos contra Dios y la rebelión pecaminosa contra su ley y voluntad. El segundo propósito es paralelo a este: "acabar con el pecado". En tercer lugar estaba "expiar la iniquidad". Esta es una alusión a la misericordia de Dios cuando expió en Cristo el pecado de Israel. Cuarto, estos años eran necesarios "para traer la justicia eterna". Esta justicia final y el derecho ante Dios solo serían posibles por medio de la muerte

de Cristo. Quinto, al final de esos días "la visión y la profecía" serían selladas. Es decir, toda predicción acerca de Israel y el templo sería completada mientras este período llega a su fin. Finalmente estaba "ungir al Santo de los santos" (RVR-1960) (la persona o el lugar). Dado que esta expresión nunca se utiliza para una persona, es probable que no sea una referencia al Mesías ni aun a la iglesia. Más bien es la bendición y santidad que serán conferidas a todo lo que será "consagrado al SEÑOR" (Zac. 14:20).

DIOS NOS EXPLICARÁ EN TÉRMINOS COMPENSIBLES ESTE PROGRAMA PARA EL FUTURO (vv. 25, 26b).

Esta porción no tenía el propósito de ser un mensaje en clave con un significado esotérico comprensible solamente para unos pocos. Daniel quería que todos nosotros "conociéramos y entiendiéramos". El decreto, o "la palabra" salió para el gobierno de Nehemías en Jerusalén en el año 445 a. de J.C. Las siete semanas de este período terminaron a los 49 años.

Un segundo juego de sesenta y dos semanas, o 434 años, nos lleva hasta el tiempo del Mesías. Aunque aquellos serían tiempos difíciles, el final traería al propio Mesías.

La parte más crítica de este mensaje apocalíptico llega en el v. 26. Dice: "Después de las sesenta y dos semanas, el Mesías será quitado... y el pueblo de un gobernante que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario". Estas referencias pueden ser nada más que alusiones a la muerte de Cristo en 30 d. de J.C. y la caída de Jerusalén en 70 d. de J.C. Esto significa que la secuencia de las setenta semanas ha sido interrumpida, con un paréntesis ahora existente entre el final de la semana sesenta y nueve (que resultó en la llegada del Mesías en su primera venida) y el comienzo de la semana setenta (un evento que muchos entienden que aún no ha ocurrido).

El "príncipe que ha de venir" (RVR-1960) parece ser una referencia primero al gobernante romano Vespasiano o Tito (el "ahora" parte de la escatología inaugurada), y también al anticristo (la parte del "todavía no" de la misma perspectiva

escatológica inaugurada; ver v. 27). Esto, como hemos dicho, mantiene relación con una escatología inaugurada en la que el futuro cercano y el distante son fundidos en un solo significado, aunque tiene múltiples cumplimientos. Siendo ese el caso, los dos generales romanos que fueron responsables de la destrucción de la ciudad de Jerusalén y el incendio del templo fueron también tipos de la última persona que vendrá a Jerusalén y hará su último asalto sobre la ciudad y el reino de Dios.

Aunque el Mesías es crucificado, será "no por sí [mismo]" (RVR-1960). Es decir, no tendrá nada personal que ganar de esta experiencia: ni gloria, ni adulación, ni siquiera el aprecio de su pueblo.

DIOS SUPERVISARÁ LA FINALIZACIÓN DE LA HISTORIA (vv. 26c, 27).

"El fin vendrá como una inundación" (NVI). Las guerras continuarán hasta el propio fin, pero la culminación de la historia llegará como si un dique se hubiera quebrado.

El príncipe que habría de venir se opondrá a Dios oprimiendo a Israel. El anticristo, con el propósito de hacer las cosas a su antojo, "por una semana él confirmará un pacto con muchos", por un período de siete años. El texto no indica si esto comienza como un convenio abierto o secreto. Sin embargo, a la mitad de este período, el anticristo romperá su pacto con Israel. Esto implicará, digamos, que el anticristo se quitará la máscara. Entonces repentinamente se volverá contra Israel con una furia casi demoníaca. Los sacrificios en el templo serán detenidos; en su lugar, el anticristo mismo se establecerá en el templo y pretenderá ser Dios.

La naturaleza misma de la "desolación" no puede ser determinada de ninguna manera; sin embargo, nuestro Señor aludió a este evento en Mateo 24:15 ("abominación desoladora"). Cuando esto suceda, advirtió nuestro Señor, que el lector huya de Judea hacia las montañas.

Aunque este es un texto apocalíptico, no tenemos que pensar que sea tan misterioso o incomprensible. Aún nuestro

Señor dijo que todos los que leyeran este texto lo podrían entender (Mat. 24:15). Además, la crucifixión del Mesías y la caída de Jerusalén no eran desconocidas para nuestro Señor, porque todas estaban en su plan eterno. Pero los que nos traen consuelo en nuestro tiempo son los seis propósitos de aquellos días. El pecado habrá terminado para el tiempo en que todo esto finalice. Más aún, la justicia eterna será introducida y nunca terminará. ¡Qué revelación es esta para que conservemos nuestro corazón, mente y ojos fijos en nuestro Salvador y no meramente en las señales de los tiempos! Él nos ha hablado acerca de estas cosas antes que sucedan, para que cuando ocurran reconozcamos que Dios ha sido fiel y que es soberano sobre todos los tiempos y todas las personas. Esto es mucho más preferible que nuestra discusión de si nuestro calendario era el correcto o qué era lo que sabíamos por adelantado. ¡Gracias a Dios por su plan, su muerte y su triunfo sobre todo pecado, la muerte y el mal!

Conclusión

Los textos apocalípticos del Antiguo Testamento son un género extraño, por decir lo mínimo. Tienen menos marcadores textuales que los otros géneros y dependen más en su uso extensivo del lenguaje figurativo que se vincula a eventos, términos y citas de Escrituras escritas previamente en lugar de apelar a la importación de revelación posterior para destruir su uso de términos o símbolos. Esto quiere decir que para interpretar este género uno debe considerar Escrituras anteriores para aprender a valorar lo que está siendo dicho. Este método también comparte grandes similitudes con el método conocido como la analogía de Escrituras anteriores³.

Sin embargo, todas las otras partes de la preparación de un texto apocalíptico de las Escrituras para su enseñanza o predicción serán en gran medida las mismas que para el desarrollo de textos de otras porciones de los profetas.

Conclusión

Cambiando el mundo con la Palabra de Dios

Pero la palabra de Dios crecía y se multiplicaba.

Hechos 12:24

Y la palabra del Señor se difundía por toda la región.

Hechos 13:49

De esta manera crecía la palabra del Señor y prevalecía poderosamente.

Hechos 19:20

Cuando todo está dicho y hecho, el libro de Hechos nos ofrece la mejor figura de cuál era el propósito para el cuerpo de creyentes. Hechos 2:42 describe una congregación en la que “perseveraban en la doctrina de los apóstoles”. También se dice que “la palabra de Dios crecía, y el número de los discípulos se multiplicaba en gran manera...” (Hech. 6:7).

Pero, ¿cómo pudo el grupo de creyentes del primer siglo haber tenido tanto éxito cuando nosotros en el siglo XXI hemos intentado casi todos los trucos disponibles solo para mostrarnos incapaces de manifestar la obra del Espíritu Santo que vemos en el libro de Hechos? Si se supone que la Palabra de Dios es tan poderosa, ¿por qué es que aún algunos de los santos de Dios más poderosos de nuestro tiempo parecen tropezar con cualquier cosa que vaya más allá de los pasitos de bebé en la fe cristiana y la enseñanza bíblica?

Sin embargo, no podemos eludir el hecho de que la Palabra de Dios debe ser el sello de calidad de cualquier manifestación del Espíritu Santo en nuestro medio. Debe ser declarado con toda la pasión de nuestra alma que en los siete resúmenes del fantástico crecimiento de la iglesia en el libro de Hechos (6:7; 9:31; 12:24; 13:49; 16:5; 19:20; 28:31), cinco de los siete conectan directamente el crecimiento con la predicación de la Palabra de Dios. Aun en los dos casos indirectos (9:31 y 16:5) sigue siendo la palabra proveniente de las Escrituras la que edifica el cuerpo y promueve el crecimiento que tiene lugar.

Así que señálemoslo como un principio: donde la predicación de la Palabra de Dios es débil o se abandona para dedicarse a asuntos y estímulos más “relevantes”, el crecimiento, poder y efectividad de la iglesia se debilita y finalmente se extingue. Pero donde la Palabra de Dios se multiplica, se esparce y es procurada por todos, el cuerpo de Cristo demuestra una abundancia de recursos y poder que sale adelante a pesar de las barreras modernas o antiguas, las oposiciones o persecuciones.

Algunos objetarán, por supuesto, que la predicación bíblica muchas veces es demasiado pesada, aburrida, insubstancial, anémica y sin relevancia contemporánea para ser de alguna utilidad en el siglo XXI. Tales objeciones sostienen que no tiene sentido tener a la gente sentada en filas tragándose los rastros secos y llenos de polvo de las obras de Dios en la historia de Israel y la iglesia primitiva. Pero si esta ha sido nuestra experiencia (y nadie puede negar que al menos encaje con la de algunas de nuestras iglesias) entonces no se parece a lo que describe el libro de Hechos o lo que Dios quiso que experimentáramos. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? Puede parecerse a la predicación bíblica, actuar como ella, y aun referirse en una o dos ocasiones a la Biblia, pero no es la demostración poderosa del Espíritu Santo unida a una presentación justa de la Palabra de Dios en la predicación, que procede párrafo tras párrafo y capítulo tras capítulo en un esfuerzo por anunciar todo el consejo de Dios.

¡Lo que hace falta no es un gasto de aliento memorizado y pirateado de algún libro de autoayuda o los cuatro o cinco

pasos fáciles de alguien para ser esto o aquello en la vida! El libro de Hechos nos presenta un precedente de lo que sucede cuando se predica fielmente la Palabra de Dios —tanto en lo que tiene que ver con la presentación del contenido exacto del pasaje como de su estructura—: podemos esperar ver el poder del Espíritu Santo uniéndose a la Palabra de Dios y produciendo un efecto profundo no solamente en el expositor sino también en el oyente. No todos los mensajes o cualquier tipo de predicación atravesarán las barreras de nuestra cultura anticristiana y posmoderna. Solamente la exposición diligente del texto bajo la poderosa mano del Santo Espíritu de Dios llenará el vacío de nuestros días. Y la exposición debe leer el contexto y la cultura hacia los cuales es entregado el mensaje con tanta precisión como la aplicada a la lectura del propio texto. El expositor y maestro debe conocer el idioma contemporáneo tan bien como el idioma bíblico. Tanto la sustancia como la forma merecen nuestros mejores esfuerzos bajo la poderosa mano del Espíritu Santo.

Autoridad para una sociedad individualista

La bendición y la maldición de la vida en occidente es nuestro énfasis en el individualismo. La parte negativa de este énfasis es que olvidamos que somos parte de un grupo más grande aunque nos presentamos ante Dios como individuos. Nuestra tendencia es decir que no tenemos responsabilidad por el grupo y que lo que le ocurre a mi nación, mi ciudad, mi iglesia o el resto de mi familia no es algo que me importe o de lo que sea responsable.

Las Escrituras no nos permitirán eludir la responsabilidad con tanta facilidad. Afirman que lo cierto es que sí, soy el guarda de mi hermano. Soy parte de una cultura y una nación que se dirige a toda velocidad hacia el juicio de Dios por su negación a reconocerlo y obedecer su ley y sus mandamientos. De la misma manera en que todos nos beneficiamos cuando los que nos precedieron vivieron vidas justas y santas, por causa de los dividendos heredados a nuestra generación, todos nos

enfrentamos a perder o ganar cuando el grupo al que pertenecemos en lo nacional, la denominación o filialmente le da la espalda a Dios o, en arrepentimiento, se vuelve dramáticamente hacia Dios en busca de perdón.

Pero, ¿podemos volvernos si el pensamiento prevalente afirma el nuevo principio del posmodernismo que sostiene que “puedo hacer lo que se me antoje siempre y cuando juzgue que no le hace daño a nadie más”?

Este es el punto en el que el individualismo se transforma en simiente. Parece asumir que podemos ser nuestras propias autoridades y nuestros propios jueces para todo; incluyendo la fe y la moral.

Pero justamente allí es donde necesitamos tener una vez más el correctivo de la predicación poderosa de la Palabra de Dios. Toda autoridad emana del Señor y su Palabra. Si él no es el árbitro final y fuente de la autoridad, entonces ¿cómo haríamos para detener la anarquía; allí donde cada uno es su propio juez principal, jurado y fiscal?

Esta es la razón principal para todo lo que me he esforzado por demostrar en este libro. Debemos regresar a los testimonios y modelos de la Escritura en busca de la autoridad perdida en nuestra generación, o estaremos hundidos y carentes de guía en nuestra cultura.

Proverbios 29:18 declara: “Donde no hay visión, el pueblo se desenfrena”. El término para “visión” no se refiere a un plan para los próximos cinco o diez años, como tantas veces hemos aplicado este texto. No, significa una “revelación” de la palabra de Dios. Así que este versículo proclama que dada la ausencia de algún aporte de la reveladora palabra de Dios, la población en general se enloquecerá y se irá a la deriva. Como hemos visto, la palabra utilizada por el escritor de Proverbios para “desenfrena” tiene un pasado histórico. Se encuentra en Éxodo 32:25, donde dice que el pueblo de Israel “se había desenfrenado”, abandonando toda moderación mientras se despojaban de su ropa y se dedicaban a la prostitución religiosa alrededor del becerro de oro, horrorizando a Moisés mientras descendía del monte. ¿No es esa una vívida figura de nuestros propios

días? Al quedarnos sin la fiel y cuidadosa exposición de las Escrituras, ¿no hemos sido testigos con frecuencia de como tanto la iglesia como la cultura siguen enloqueciéndose y exponiéndose a la destrucción de la devastación? Moisés se había ido por menos de seis semanas. ¿Fracasó Aarón en su tarea de proclamar la palabra de Dios aun por un período de tiempo tan breve, contribuyendo así a la erosión devastadora de todo lo que le había sido presentado al pueblo de Dios con anterioridad?

El punto es que no vivimos de acuerdo con nuestro ingenio, nuestra inteligencia, nuestros nietos, ni siquiera nuestros títulos universitarios; sin embargo, vivimos por cada palabra que procede de la boca de Dios. Esa es la única fuente de autoridad y salud para el cuerpo de Cristo. Todo lo demás conduce a la ruina que hoy en día vemos en muchos ámbitos. Gloria a Dios por las maravillosas excepciones, pero estos predicadores que están procurando ser fieles a la Palabra de Dios están enfrentando una batalla cuesta arriba contra muchos que han bebido abundantemente de las aguas de la modernidad y la posmodernidad.

La aplicación en una sociedad pluralista

Será de poca utilidad para cualquier persona de nuestro tiempo si se demuestra que la Biblia tiene la autoridad pero no es aplicable a ninguno de nuestros asuntos. De hecho nuestro romance actual con el pluralismo subraya la legitimidad de que todos estén en lo correcto al mismo tiempo, aunque arriben a conclusiones contradictorias en cuanto a los mismos temas. Por tanto, si abordamos la Biblia con las mismas reglas, entonces contará con tantos significados como personas la interpreten. Y cuando la Biblia puede significar cualquier cosa para cualquiera, aún si las perspectivas se contradicen entre ellas, ¡entonces finalmente no significa nada!

Entonces, ¿cómo tenemos que aplicar las Escrituras de manera que demuestren su importancia contemporánea sin caer en la trampa moderna del pluralismo? ¿Tenemos que extraer una aplicación relevante de un texto antiguo a expensas de per-

der su autoridad o la fidelidad a las afirmaciones e intenciones del autor? ¡Por supuesto que no!

La aplicación de las Escrituras requiere el fino arte de la retención de la verdad de lo que el texto *significó* al mismo tiempo que presenta ilustraciones legítimas de lo que el mismo texto *significa* para las nuevas situaciones de nuestro tiempo. Las aplicaciones adecuadas para un texto presentan los mismos principios argumentados en su contexto original. La particularidad de un texto en su antiguo contexto no tiene el propósito de evitar que lo apliquemos a las situaciones contemporáneas; por el contrario, es para ilustrarnos cómo un principio también fue aplicado en otro momento histórico. Tales aplicaciones para el pasado nos dan algo más que simples indicaciones de cómo podemos aplicar esos textos en nuestro tiempo.

Parece que tenemos menos problemas para hacer esta transición de la aplicación del texto a una situación contemporánea cuando manejamos el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en Filipenses 4:2 el apóstol Pablo les ruega a “Evodia, y... a Síntique que se pongan de acuerdo en el Señor”. Ahora, son pocos, si es que hay alguno, que levantan la mano para decir: “Como no soy ni Evodia ni Síntique, no me voy a preocupar ni un momento por ese pequeño chisme histórico”. Por el contrario, la mayoría dice: “Estas mujeres tuvieron algún tipo de desacuerdo que debe haber indisputado a la iglesia en Filipos. La aplicación para nosotros debe ser ‘sed bondadosos y misericordiosos los unos con los otros, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo’ (Efe. 4:32)”.

Exacto. Así es como debemos encarar el Antiguo Testamento, aunque esté más lejos de nosotros y nuestros tiempos.

Un nuevo llamado a predicar el Antiguo Testamento

Con más de tres cuartas partes de la revelación de Dios en juego, debe haber toda una nueva generación de voceros de la Palabra de Dios que anuncien todo el consejo de Dios (Hech. 20:27) a una generación hambrienta y anhelante. Lo que yo he observado es que, en general, estamos en medio

de una de las generaciones más hambrientas por escuchar la Palabra de Dios. Amós 8:11, 12 advierte la llegada de días en los que habrá hambre, no solamente de pan y agua, pero de oír las palabras de Dios. Existen grandes porciones de la Escritura que nunca han sido anunciadas a algunas de las ovejas de Dios, y como consecuencia están desnutridas.

Uno de mis maestros observó un día en clase que si dejamos alguna porción de la Palabra de Dios descuidada y sin ser expuesta, se transformará en un semillero potencial para el surgimiento de herejías en la siguiente generación. Mi profesora era el doctor Merrill Tenney, quien ya está con el Señor, pero creo que no le importaría si también añadiera que en la misericordia de Dios, él muchas veces ha enviado un ministerio paraeclesiástico para llenar los vacíos que la iglesia ha dejado en el corazón y la mente de aquellos que debieron ser ministrados más plena y completamente. Por ejemplo, los seminarios de enriquecimiento matrimonial han enseñado el Cantar de los Cantares, por tanto tiempo abandonado, y los seminarios de conflictos juveniles han enseñado el olvidado libro de Proverbios.

En los días de Samuel, la palabra de Dios “escaseaba” y no se recibía con frecuencia, porque Dios había escondido sus maestros ante una generación rebelde que se había negado a arrepentirse o escuchar el mensaje de Dios. ¿Hará falta que caigamos en la misma trampa antes de reaccionar y darnos cuenta de lo hambrientos que realmente estamos? Espero que no.

Que la Palabra de Dios sea proclamada con toda su autoridad, poder y claridad. El Espíritu Santo nos mostrará una vez más lo que significa contar con la poderosa Palabra de Dios unida al convincente y transformador poder del Espíritu Santo para cambiar un pueblo, una nación y una iglesia que, en su mayoría, han dejado de predicar todo el consejo de Dios a una generación que espera.

Enseñemos todo el consejo de Dios con el gozo y la pasión que vienen de lo alto. Y que sean derramados tiempos de frescura y avivamiento sobre la tierra una vez más para la gloria de Dios.

Apéndice A

Sugerencias para la realización de una exégesis sintáctico-teológica

Los principios y prácticas que sugiero como los más útiles ya han sido presentados en mayor detalle en los capítulos precedentes de este libro. También han sido expuestos en el libro: *Toward an Exegetical Theology: Biblical Exegesis for Preaching and Teaching* (Hacia una teología exegética: exégesis bíblica para la predicación y la enseñanza). En lugar de volver a describir esas características, me limitaré a seguir el bosquejo que se encuentra en la segunda parte de dicho libro. Estos pasos ayudarán a todo estudiante de las Escrituras, ya sea a preparar una lección bíblica para un grupo de estudio, escribir un ensayo exegético para el seminario o la universidad, organizar una lección para la Escuela Dominical, estudiar en el tiempo devocional privado o producir un sermón para el domingo a la mañana. Obviamente, puede ser que usted quiera hacer modificaciones para adecuarlo a su propio estilo y énfasis; sin embargo, mi argumento es que sin los siguientes componentes, las posibilidades de que lo preparado sea infructífero para los oyentes son demasiado altas, ya que generalmente carecerá del halo de autoridad que se encuentra en el texto.

El proceso que defiendo aquí y en *Toward an Exegetical Theology* (Hacia una teología exegética) incluye cinco pasos básicos al preparar el texto para la predicación o enseñanza:

1. Análisis contextual.
2. Análisis sintáctico.
3. Análisis verbal.
4. Análisis teológico.
5. Análisis homilético.

Para dar forma definitiva a lo que de otra manera sería una tarea inaccesible, recomiendo que para cada lección, sermón o estudio el expositor o maestro dedique entre siete u ocho páginas completas a cada pasaje seleccionado. Estas páginas seguirán aproximadamente el bosquejo que se presenta a continuación.

Análisis contextual (página 1)

Cada pasaje de la Escritura tiene tres contextos básicos: (1) un contexto canónico, (2) el contexto de un libro y sección del libro, y (3) un contexto inmediato. Los contextos son importantes porque nos ayudan a ver el bosquejo antes de enfocarnos en los árboles.

Contexto canónico

Antes de intentar dirigir la palabra, enseñar o aprender de cualquier pasaje individual seleccionado para la exposición o la enseñanza, es necesaria alguna comprensión del plan completo de Dios que se encuentra en toda la Biblia. Esta puede obtenerse por la reiterada lectura completa de la Biblia y preguntarse: "Si la Biblia es la obra de una mente, digamos la mente de Dios, ¿cuál es la idea central o el plan que unifica el contenido total de las Escrituras?"

Otra manera de obtenerla consiste en estudiar la teología del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento sugiero una obra que escribí hace algunos años titulada *Hacia una teología del Antiguo Testamento*. En ese libro sostuve que existe una sola promesa-plan de Dios, que fue entre-

gado con más claridad primeramente a Abraham, pero su propósito era que fuera la declaración de Dios de los medios por los que bendeciría al mundo entero. Otro libro como este provino de la pluma de Elmer A. Martens, en 1981, y se llama *God's Design: A Focus on Old Testament Theology* (El diseño de Dios: un énfasis en la teología del Antiguo Testamento).

El contexto del libro y la sección

Luego que hayamos descrito en una oración o dos el tema unificador de toda la Biblia, es tiempo de formular otras dos preguntas: (1) ¿Cuál es el propósito general y el plan para el libro en que se encuentra este pasaje? (2) ¿Dónde se encuentran las divisiones naturales que conforman las secciones más importantes del libro de la Biblia y desarrollan el plan y propósito para el libro?

Por ejemplo, en el libro de Malaquías yo sugeriría que el propósito general y el plan pueden encontrarse en dos textos:

"Yo os he amado", ha dicho el SEÑOR (1:2).

"Porque yo, el SEÑOR, no cambio..." (3:6).

Por tanto, propondría que el propósito de Malaquías es revelar el amor inalterable de Dios por nosotros.

Las divisiones del libro son importantes, si es que queremos ver cómo se desarrollan el plan y el propósito. Algunas veces hay palabras o fórmulas reiteradas que ocurren al principio (rúbricas) o al final (colofones) de cada sección; nos permite que veamos la manera en que el autor divide el texto para nosotros. Malaquías utiliza el recurso de una pregunta de la audiencia para introducir cada una de las seis divisiones del libro (1:1-5; 1:6—2:9; 2:10-16; 2:17—3:6; 3:7-12; 3:13—4:6). Otras secciones son señaladas por colofones, como Isaías 40—48; Isaías 49—57 e Isaías 58—66, con la frase que aparece al final de las dos primeras: "¡No hay paz para los malos!" (48:22; 57:21).

Contexto inmediato

Identifica en un párrafo corto o dos lo que precede y viene a continuación de la porción de texto que va a enseñarse. Este contexto tiene un entorno histórico, geográfico y literario. Aquí uno debería apoyarse en diccionarios bíblicos, enciclopedias bíblicas, boletines arqueológicos, historias de Israel y materiales semejantes.

La pregunta que debe ser respondida aquí es cómo este texto contribuye al propósito general del libro y la sección en que se encuentra. Entonces debemos identificar la nueva contribución a esa estrategia general que se encuentra en esta sección de enseñanza que se ha seleccionado.

Análisis sintáctico (páginas 2, 3)

Estilo literario

Cada porción de la Biblia tiene su propio formato literario distintivo que pertenece a uno de los géneros tratados en los capítulos previos. Con la descripción dada en esos capítulos debemos ubicar el género correspondiente y entonces proceder a interpretar de acuerdo con las demandas de ese estilo literario.

División en párrafos y formatos relacionados

En los pasajes en prosa, nuestro texto manifestará su desarrollo con el uso de párrafos. Un párrafo es simplemente una unidad de pensamiento que generalmente contiene una idea sola. En el género poético, los marcadores equivalentes para el avance de una simple idea son las estrofas. Un pasaje narrativo, por otra parte, empleará las escenas para el desarrollo de sus pensamientos.

La mejor manera de determinar estos párrafos, estrofas o escenas consiste en considerar primero dónde cambia la idea. Luego de hacer la división inicial de los textos en párrafos,

estrofas o escenas, consulte cuatro o cinco versiones españolas o hebreas de los mismos textos para ver qué acuerdos o desacuerdos encuentra.

Le animo a hacer un cuadro simple que contenga las abreviaciones de las versiones consultadas (como RVR-1960, RVR-1995, RVA, NVI, BJ, NC o BA) al principio de una hoja de papel. Luego utilice el margen izquierdo para numerar los versículos de su pasaje. Luego trace una línea horizontal en el número de versículo en que cada versión termina su párrafo (o equivalente). Una columna final puede titularse "Mía", para mostrar su decisión final en cuanto a donde debería ser marcado el párrafo, con una lista abreviada de las razones al final de la hoja.

Tenga en cuenta que cada escena generalmente se define donde existe un cambio de tiempo, lugar o personas. Es cierto que muchas versiones marcan el cambio donde aparece un interlocutor diferente, pero esto conduce a una situación en la que uno tendría demasiados puntos para el propósito de la predicación. Además, los diferentes interlocutores muchas veces permanecen en el mismo lugar o enfrentan la misma situación, así que no existe necesidad de que el intérprete introduzca un pensamiento nuevo o punto principal en su bosquejo.

Oración temática

Luego de haber señalado los párrafos (o sus equivalentes en otros géneros), el siguiente paso consiste en identificar la oración temática de cada párrafo. Esta oración puede aparecer al principio, en el medio o al final del mismo. Casi siempre es explícita y representa la idea clave que nos dice de qué se trata el párrafo.

Diagramación de bloques o bosquejo mecánico del pasaje

Una vez que ha encontrado la oración temática de cada párrafo, lo mejor es tomar un papel en blanco y dibujar un

margen de unos 3 cm a la izquierda (o a la derecha si lo hace en hebreo, ya que se escribe de derecha a izquierda).

Coloque la oración temática desde el margen que acaba de trazar. Luego muestre cómo cada cláusula, frase y oración se relaciona con esa oración temática haciendo una sangría para cada cláusula, frase u oración para que encaje debajo (si sigue la oración temática del párrafo) o arriba de ella (si precede a la oración temática). La gramática y la sintaxis son los verdaderos determinantes de dónde colocar la sangría, con una flecha que señale la palabra con la que la cláusula o frase modifica o se relaciona gramaticalmente. Cada vez que aparece un signo de puntuación (una coma, punto y coma, punto, signo de interrogación, signo de exclamación), o termina una frase o cláusula, debemos tomar una decisión: "¿Hacia dónde se dirigió la acción?". Es algo parecido a cuando uno conduce y llega a una intersección en el camino: ¿Debemos seguir derecho cruzando la intersección, doblar a la derecha o la izquierda? Esa es la decisión que el exégeta también debe tomar.

La disciplina de ser forzados a enfrentar tales decisiones acerca de estas características gramaticales y sintácticas es lo que nos hace detener lo suficiente como para asegurarnos de estar realmente escuchando lo que está siendo enseñado, descrito o sostenido para nuestro aprendizaje y crecimiento en las Escrituras.

Análisis verbal (página 4)

Muchas veces se pregunta: "¿A qué palabras debería prestarle atención en el texto?". La primera respuesta a esta pregunta es que debo estudiar todas las palabras que me ocasionen problemas y que no conozca. Muchas veces esas son las mejores palabras en las que concentrarnos, porque son los puntos donde puedo aprender y ser edificado personalmente. Si yo como predicador y maestro no estoy creciendo, entonces seguramente mi congregación o mis estudiantes tampoco lo van a hacer. El agua puede ascender solamente hasta donde llegue su fuente. También es cierto en este caso.

También debemos ser conscientes de que la Biblia es una rica fuente de expresiones figuradas. Lo mejor es consultar el libro de E. W. Bullinger, *Figuras de dicción usadas en la Biblia*. Esta obra, que apareció por primera vez en 1898, es una maravillosa fuente de unas 250 figuras de dicción diferentes con unas 8.000 ilustraciones de la Biblia. Su tabla de contenido con cada pasaje de la Biblia en su orden canónico por libro, capítulo y versículo es uno de los mejores libros de consulta que un intérprete pueda encontrar.

Análisis teológico (páginas 5, 6)

Un tipo particular de análisis verbal debe ser elevado de su categoría para recibir una atención especial, por causa de la importancia técnica y profundidad que añade a nuestra enseñanza y predicación. Es el estudio de todos los conceptos teológicos que se encuentran en el pasaje.

Muchos términos teológicos no pueden ser identificados inmediatamente por el principiante, pero cuanto más uno lee la Biblia más alerta está ante estos términos y conceptos que aparecen en los diferentes textos.

Las cuatro maneras en que podemos acceder a estas ideas son: (1) términos teológicos clave que han adquirido la condición de técnicos por causa de la frecuencia de su utilización o su primera aparición en pasajes esenciales; (2) la analogía de Escrituras anteriores; (3) la analogía de la fe; y (4) los comentarios. Cada una de estas cuatro maneras necesita una explicación más amplia.

Términos teológicos clave

Uno tiene que depender en el conocimiento de su propia Biblia o en la utilización de Biblias de referencias en cadena como la *Biblia de referencia Thompson*. Otras ediciones impresas de la Biblia muchas veces incluyen referencias cruzadas al margen donde aparecen los mismos términos y conceptos teológicos. La mayoría de las Biblias de estudio ofrecen las mismas ayudas.

Sobre una base puramente temática uno puede recurrir a una fuente como *Nave: Índice temático de la Biblia*. Otros querrán usar la tabla de contenidos o los índices de las teologías bíblicas o, aun más importantes, de la cantidad de léxicos o diccionarios teológicos en español, hebreo y griego.

Muchos de estos estudios lexicológicos están divididos en cuatro secciones: (1) aspectos descriptivos (cubriendo los asuntos de formato y función); (2) estudios de distribución (cuántas veces es utilizado un término en cada una de sus formas gramaticales y en qué libros); (3) cognados y comparaciones con palabras de otros lenguajes semíticos; y (4) aspectos contextuales de la palabra.

Analogía de Escrituras anteriores

Muchos términos teológicos tienen una "historia interna de la exégesis". Es decir, los mismos términos fueron utilizados en uno o más pasajes clave que aparecieron antes que el texto que se considera. En la mayoría de estos casos, el último escritor está utilizando esta palabra anterior bajo la comprensión que ha obtenido de su primera aparición, porque en su tiempo aquel escrito anterior era la Biblia de la que este último escritor escuchó esta nueva palabra de Dios.

Estas referencias pueden aparecer en la forma de términos teológicos idénticos, alusiones o citas directas a los textos anteriores, o alusiones y referencias directas a personas o eventos que han llegado a ser formativos en la vida de Israel para su comprensión de quién es Dios y lo que hace.

Analogía de la fe

Esta analogía es diferente a la de las Escrituras anteriores que acabamos de mencionar. En la analogía de la fe apelamos a la disciplina de la teología sistemática o la doctrina para atravesar toda la Biblia y recoger todos los versículos pertinentes a cierta doctrina de la fe. Aquí utilizamos un enfoque temático de nuestro asunto. Así como uno podría salir a los campos y

recoger varias flores silvestres para preparar un ramo, así en la analogía de la fe el intérprete consulta una concordancia para encontrar todos los lugares en los que se utiliza un término teológico en la Biblia, o uno depende de las teologías sistemáticas para la realización del trabajo de recopilación. Los versículos son arreglados en un solo ramo y presentados como la enseñanza de toda la Biblia acerca de este tema. Los intérpretes deben ser cuidadosos de usar este procedimiento solamente en sus declaraciones de resumen de los puntos proclamados en un pasaje, para que el exégeta no caiga en la lectura del significado hacia el texto de la enseñanza que se encuentra en alguna otra parte de la Biblia. Pero cuando el significado ha quedado establecido en un texto y los paralelos son obvios a partir de las enseñanzas que se encuentran en la totalidad la Biblia, no debemos hacer de cuenta que no contamos con la Biblia completa. Debemos ser claros en nuestras metodologías para asegurarnos de que el significado realmente se encuentra y está tomado del texto en lugar de que sea importado al texto porque algo así fue enseñado en alguna otra parte de la Biblia.

Comentarios

Intente siempre determinar lo que enseña el pasaje sobre la base de la gramática y sintaxis del texto antes de recurrir a los comentarios. Sin embargo, no hay necesidad de reclamar omncompetencia o pretender que el Espíritu Santo no ha obrado en los demás que han estudiado este texto. Por tanto, escoja dos o tres comentarios y permita que dialoguen entre ellos. Descubra la relevancia y autenticidad de su comprensión del texto contra el significado de las palabras del contexto inmediato que está estudiando. Registre los conceptos clave de cada comentarista y muestre cómo algunas veces se complementan uno al otro o cómo el texto no apoya algunas de sus declaraciones. Luego concluya con su propia estimación de los mismos asuntos a los que ellos se han referido.

Análisis homilético (página 7)

Ha llegado el momento de reunir todo de tal manera que los oyentes puedan escuchar de una manera fresca la voz de Dios dirigiéndose a ellos en sus situaciones y circunstancias modernas. Esto requerirá creatividad, destreza artística, fidelidad al texto y el proceso al que nos referiremos como la "principalización" de los puntos más importantes del pasaje.

El tema o título del mensaje o lección

Generalmente cada pasaje tiene lo que podríamos llamar un punto o enfoque central. Puede ser un versículo central que representa todo el impulso del pasaje o una cláusula climática, memorable u organizativa que resume todo el texto bajo consideración. Estas palabras funcionan como el punto de apoyo o nivel central de todo el pasaje.

Es esta frase, cláusula, oración o versículo lo que nos dará las mejores ideas para la presentación del tema o título de nuestra lección o sermón. El tema o título debe ser declarado de tal manera que capte la atención de los oyentes modernos. También debe ser puesto de tal manera que no sea una mera declaración didáctica o una puerilidad del pasado. Una pista es utilizar en el título el gerundio de un verbo para comunicar una exhortación en marcha.

La interrogación

Una de las formas de predicación y enseñanza es el enfoque preposicional. Es de gran ayuda en el sentido que nos ayuda a organizar la enseñanza para cada uno de los párrafos, escenas o estrofas. Nos urge a utilizar una de las seis interrogaciones para determinar lo que el pasaje está intentando hacer. Tenemos que preguntar: "¿Está respondiendo el pasaje la pregunta quién, qué, por qué, dónde, cuándo o cómo?". Solamente una de estas interrogaciones puede ser escogida. Para cada sermón o lección la manera de hacerlo consiste en llevar el tema o título que hemos escogido y luego repasar nuestro bosquejo

diagramático/mecánico y preguntar a cada uno de los párrafos (o sus equivalentes): "¿Es este [inserte el título del mensaje] acerca de un quién, qué, por qué, dónde, cuándo o cómo?". Una de estas debe responder la pregunta más adecuadamente que las demás interrogaciones.

La palabra homilética clave

Llamamos palabra homilética clave a lo que encaja exactamente con cada interrogación. Esta palabra clave tiene tres características básicas que debemos presentar. Debe ser: (1) un sustantivo que le de nombre a algo; (2) un sustantivo abstracto; y (3) un sustantivo abstracto en plural. El único sustantivo que no puede calificar aquí es "cosas", pues no le da nombre a lo que tenemos en mente para decir; así que nunca debe aparecer. El sustantivo usado debe ser abstracto, porque queremos declarar principios que sean útiles para nuestro tiempo. Pero como generalmente estamos manejando más de un párrafo, el sustantivo también debe estar en plural.

A fin de dar alguna idea de cómo funciona esto, cuando encontramos que la interrogación es "¿por qué?", la palabra homilética clave generalmente será "razones". Si la interrogación es "¿cuándo?" tendremos "momentos" o "situaciones". Si es "¿cómo?", la palabra clave será "maneras" o "enfoques".

Los puntos principales de un pasaje

Cada párrafo (o sus equivalentes) resultará en un punto principal o declaración. Cada una de estas declaraciones responderá la pregunta de la manera establecida por la palabra homilética clave escogida para el pasaje. El exégeta debe reformular los temas de cada uno de estos párrafos en la forma de verdades intemporales y permanentes que apliquen fielmente las ideas de los escritores bíblicos, mientras también se aplican estas verdades a las necesidades cotidianas de nuestro mundo.

La apelación concluyente

Cada lección o sermón debe incluir uno o dos párrafos como conclusión que planteen una convocatoria a la acción, un desafío al cambio, una apelación a la conciencia, un consuelo para el presente y el futuro o una reprensión para los estilos de vida no arrepentidos. La pregunta que podemos hacer es la siguiente: "¿Qué es lo que Dios quiere que hagamos, digamos o nos arrepintamos, basándonos en este texto?".

Como embajadores de Cristo, les rogamos a las personas que se reconcilien con Dios. Una buena porción de nuestra preparación debe dedicarse a orar el texto con el deseo de apelar a una acción basada en el mismo. Con demasiada frecuencia los evangélicos se conforman con presentar el mensaje con una mera apelación a las destrezas intelectuales. Le pedimos a nuestras audiencias que crean, recuerden, tengan en cuenta, todos actos cognoscitivos. Pero pocas veces se nos ocurren juegos específicos de acciones promovidos por el pasaje para todos los que lo escuchen. Hasta que no se reaccione a la Palabra de Dios con acciones el predicador o maestro no ha obtenido los resultados que demanda la buena enseñanza. Que nuestro Señor nos ayude a asistirnos uno al otro para ser más efectivos para la honra y gloria de su nombre.

Apéndice B

La integridad bíblica en una era de pluralismo teológico¹

A mi juicio, el momento más dramático de todo el siglo XX llegó en 1946 cuando W. K. Wimsatt y Monroe Beardsley publicaron su artículo *The Intended Fallacy* (La falacia intencional) en el *Swanee Review*². Este impacto llegaría a ser escuchado por el resto del siglo y alrededor del mundo literario. Muchas de las cuidadosas distinciones realizadas por este dúo ahora se han perdido en las versiones populares de su obra, que ahora se entiende como abogando por algo como esto: sea lo que sea que un autor haya significado o querido decir por medio de sus palabras escritas ahora es irrelevante ¡ante los significados que hemos llegado a asignarle como el significado que vemos en el texto del autor! Sobre esta base, el lector es quien determina el significado de un texto.

Esta tesis sorprendente cambió todas las reglas de la comunicación y la interpretación. Le abrió paso al posmodernismo con sus metodologías anexas, un enorme impulso al declarar a la obra literaria ¡libre de las afirmaciones y pensamientos de su autor y sustituyéndolos por una multiplicidad de significados que serían imputados a la obra por todos y cada uno de los lectores individuales! ¡Este ha llegado a ser el corazón del asunto de la integridad mientras ahora el siglo XXI lucha por determinar si a la palabra *integridad* le resta algún significado en nuestros días!

El error de las generaciones anteriores, nos dice el posmodernismo, fue la "falacia intencional", es decir, la falacia de depender en lo que un autor quiso decir con sus propias palabras como la fuente real del significado de un texto. Por el contrario, alardeó la Nueva Crítica, el significado debía ser encontrado en el lector, o por lo menos, en algún punto de contacto de los horizontes del autor y el lector, como Hans-Georg Gadamer intentó proponer en 1960.

El libro de Gadamer, *Verdad y método*³ apoyó la tesis que se encuentra en el título del libro; es decir, que la verdad no puede residir en el intento de un lector de recuperar el significado del autor. Esta es una tarea imposible, porque cada intérprete tiene un conocimiento nuevo y diferente del texto en el momento histórico individual del propio lector. En consecuencia, el prejuicio no puede ser evitado, porque el conocimiento previo que uno trae al texto le da color a su capacidad de llegar a un significado único para el mismo; y mucho menos al significado del autor para ese texto. Por tanto, el prejuicio debe ser animado, no negado, en el proceso de interpretación. De manera que el significado de un texto es indeterminado, así que, ¿por qué actuar como si fuera fijo? El significado siempre va más allá que su autor y, por tanto, es una actividad productiva, no reproductiva. Solamente el tema, no el autor, es el determinante del significado. Finalmente, arguyó Gadamer, una explicación de un pasaje nunca es enteramente el resultado de la perspectiva del intérprete ni enteramente el de la situación histórica original de ese texto. En realidad es el resultado de una "fusión de horizontes" (en alemán: *Horizontverschmelzung*). Allí las dos perspectivas se convierten en una tercera y nueva alternativa y, por tanto, un nuevo significado. Además, los significados anteriores no pueden ser reproducidos en el presente, porque el pasado, se declaró confiadamente, no puede tener presencia ni estado real en el presente. Pero, ¿qué es esto sino la dialéctica hegeliana apenas disfrazada de la tesis que es opuesta por una antítesis y resulta en una síntesis?

Como si el siglo XX no estuviera lo suficientemente enre-

dado por las tesis de Beardsley y Gadamer de 1946 y 1960, llegaría algo más en 1965 de la mano de Paul Ricoeur⁴. Él también se unió al asalto a la integridad de cualquier comunicación por escrito demandando que un texto sea independiente semánticamente de la intención de su autor. Un texto significaría cualquier cosa que dijera a la mente del lector, no necesariamente lo que su autor hubiera querido decir. Una vez que un texto está escrito, su significado ya no puede ser determinado por el autor ni por la comprensión que la audiencia original tuviera de esos textos. Cada audiencia subsecuente podría leer su propia situación hacia el texto, porque un texto, a diferencia de la palabra hablada, trasciende sus circunstancias originales. Aunque estos nuevos significados no deben ser completamente contradictorios con la comprensión de la audiencia original, pueden ser diferentes, más ricos, o aun más empobrecidos. Finalmente, Ricoeur consideró la posibilidad de que los textos abrieran todo un nuevo mundo de significado, ya que el significado no estaba más relacionado con lo que había sido escrito, o en ocasiones ni siquiera con el referente en ese texto. Este nuevo significado fue liberado de los límites situacionales del significado.

En medio de esta casi universal cacofonía de voces, dos autores solitarios intentaron resistir la urgencia de asesinar al autor: un historiador de leyes italiano, Emilio Betti, y un profesor norteamericano de la Universidad de Virginia, E. D. Hirsch. Hirsch escribió en 1967⁵, reconociendo su deuda con la obra de Betti de 1955 en Roma⁶. Hirsch preguntó cómo podemos validar los significados que le atribuimos a los textos que leemos. Su respuesta fue casi totalmente rechazada por su generación, y aun por algunos evangélicos. Se atrevió a sostener que el significado verbal es aquel que un autor quiere comunicar por medio de una secuencia distintiva de palabras. Además, continuó, las únicas normas genuinamente discriminantes para distinguir las interpretaciones válidas o veraces de las inválidas o falsas son las aseveraciones del autor o sus intenciones de verdad. De manera que el significado es lo que está representado por un texto; importancia, por otra parte,

es la relación existente entre ese significado y la persona, el concepto, la situación y otras cosas. El significado de un texto es fijo, pero su importancia puede cambiar, y de hecho lo hará.

Las polaridades establecidas por estos nombres son las que han seguido dominando el siglo XXI. Es este tema, más que ningún otro, lo que nos ha transmitido la crisis en la integridad literaria.

La integridad bíblica en la exégesis

El abandono moderno del autor como determinante del significado de un texto ha tenido un efecto radical en los libros de texto que se han producido acerca de la interpretación bíblica y literaria en las últimas cuatro décadas. En un intento legítimo de evitar la embrutecedora mortandad y sequedad de la mera recitación descriptiva de los materiales bíblicos en los que el "entonces" del contexto histórico a. de J.C. y el primer siglo d. de J.C. controla todo el sermón, muchos han tendido hacia el extremo opuesto, convirtiendo al lector en soberano del proceso del significado. En este movimiento pendular, se hace tanto énfasis hoy en día al "ahora", con un énfasis en la aplicación o importancia del texto, que se hacen pocos o ningún intento por ver si existe alguna conexión entre la importancia enfatizada de un texto y el significado que el autor le quiso dar.

Pero, ¿sobre qué base un predicador o maestro evangélico puede caer ante este quiebre y separación en la Palabra de Dios, poniendo así en riesgo la autoridad del texto para el pueblo de Dios? La respuesta no iba a demorar en llegar. Para algunos evangélicos se ubicaba en dos áreas: (1) la práctica de la comunidad del Qumrán, a la que se le atribuía el tiempo aproximado de nuestro Señor Jesús, y (2) la práctica de los escritores del Nuevo Testamento en su cita de pasajes del Antiguo Testamento, que se alegaba era expansiva y subjetiva. El argumento que sigue siendo aceptado por muchos evangélicos de hoy en día, y creo que es en detrimento de nuestro movimiento y más que nada de la honorable doctrina de la autoridad e inerrancia de las Escrituras, es que existe un

superávit de significado en la Biblia que va más allá de lo comprensible para los propios escritores. Este superávit fue colocado en el texto por Dios, aparentemente sin que los escritores lo supieran. Dios, quien es el supremo y divino autor de las Escrituras, pudo colocar estos significados adicionales en el texto de tal manera que eludieran a los autores humanos que escribieron originalmente estos textos bajo su inspiración. Conforme a esto, se ha desarrollado en nuestro medio una teoría de autoría dual que le atribuye los significados históricos, gramaticales y contextuales al autor humano, mientras los significados más profundos, espirituales o aplicados se encuentran en lo que algunos llaman el significado *sensus plenior* (pleno o más profundo), o a lo que otros se refieren como el significado *midrashic* (investigar o estudiar) o *peshet* (interpretación) del texto.

¿Cómo fue que llegamos a esto? Ocurrió en tres olas. La primera fuente de este énfasis fue la escritora católica Andrea Fernández, en 1925, quien fue la primera en acuñar el término *sensus plenior* y escribir al respecto. Sin embargo, no fue hasta que el padre Raymond E. Brown completara su tesis doctoral en 1955 en la Universidad Santa María sobre "El *sensus plenior* de las Sagradas Escrituras" que el asunto comenzó a aparecer también en círculos evangélicos unos diez o veinte años más tarde. Brown definió *sensus plenior* como "ese significado adicional, más profundo, que era la intención de Dios aunque no fuera claramente la del autor humano, que se ha visto que existe en las palabras del texto bíblico... cuando son estudiadas a la luz de la revelación siguiente o el desarrollo en la comprensión de la revelación"⁷. Esta perspectiva presenta una revelación de doble vía: una que estaba en la superficie del texto y una más profunda, escondida en alguna parte aparte de las palabras, la gramática o la sintaxis, para que sea descubierta por las generaciones posteriores. Alternativamente, permitió a la revelación más tardía (por ejemplo, como se la encuentra en el Nuevo Testamento) para equilibrar o equiparar con el mismo sentido que había sido anunciado por las revelaciones anteriores, pero la base

para ajustar este nuevo significado nunca fue defendido. Tampoco fue presentada evidencia textual, aparte de la mención de que todas las Escrituras tienen el mismo autor divino. Además se argumentó que si Dios es la fuente suprema de la revelación, también es libre de atribuirle cualquier significado que desee, sin que importen las restricciones semánticas y lingüísticas que generalmente se encuentran en el texto.

La segunda ola llegó en una serie de disertaciones usualmente escritas para doctorados de Nuevo Testamento en el Reino Unido, y que se concentraban en el uso que hacía el Nuevo Testamento de citas del Antiguo Testamento. La primera fue de Earle Elli: "El uso de San Pablo del Antiguo Testamento", pero fue seguida por varias otras disertaciones. Lo que tenían en común era la tesis de que los escritores del Nuevo Testamento con frecuencia le atribuían a estos textos más antiguos un significado nuevo o adicional que no podía encontrarse en el significado superficial o la gramática del texto del autor. Este tema fue resistido con entusiasmo por algunos en las décadas de 1970, 1980 y 1990, pero otros asumieron que la declaración era cierta, ya que era el resultado de cierta cantidad de tesis doctorales.

La tercera ola, que se desarrolló en forma simultánea con la segunda, fue el descubrimiento de varios comentarios entre los Rollos del Mar Muerto. La comunidad del Qumrán practicaba lo que se llamaba un tipo de exégesis *peshar*, en la que los valores, personas y situaciones contemporáneos eran directamente atribuidos como valores exegéticos de las personas y contextos antiguos del texto bíblico. De esta manera el "justo" de Habacuc 1:4 se transformó en el fundador de la secta del Qumrán, su "maestro de justicia". De igual manera, en el comentario de la comunidad del mar Muerto sobre Habacuc, los caldeos, o babilonios, eran sustituidos por los romanos contemporáneos, quienes estaban amenazando a la comunidad esenia.

Los tres movimientos convergieron en la segunda mitad del siglo XX para alinearse con el hoy generalizado movimiento de abolición del autor del proceso interpretativo. Por

supuesto, los evangélicos no estuvieron de acuerdo con una acción tan extrema, pero pudieron evidenciar una especie de acomodacionismo que manifestó su disposición a discutir una multiplicidad de significados bajo ciertas condiciones.

Así que, ¿evidenció el texto un significado más profundo que Dios de alguna manera había escondido en él hasta que las generaciones posteriores repentinamente descubrieron la teoría del autor dual de las Escrituras? Los escritores del Nuevo Testamento, ¿exhibieron una postura en cuanto a la revelación en su uso expansivo de citas del Antiguo Testamento que mostrara que había más en el texto de lo que había quedado a la vista en tiempos del Antiguo Testamento? ¿Eran los apóstoles y Jesús no solamente conscientes de tales métodos de interpretación del primer siglo como *peshar* y *midrash* que abrió nuevas luces de significado, sino que también nos invitaron a seguir su supuesto ejemplo? ¿Tenían los apóstoles una posición privilegiada frente a la revelación que les permitió expandir lo que no había podido ser visto en el texto, mientras que nosotros bajo ninguna circunstancia tenemos que imitar sus prácticas, dado que normalmente no somos recipientes de una revelación como la que se encuentra en la Escritura? Todo esto para decir: ¿pudieron los apóstoles recibir los así llamados "significados más profundos" de los textos del Antiguo Testamento que citaron, pero no debemos seguir su práctica porque a ellos se les otorgó una habilidad especial para hacerlo en virtud de su don de revelación?

La crisis en el púlpito

¡Pobre del pastor que se encuentra en medio de toda esta diversidad y pluralismo! ¿A quién puede recurrir en busca de una palabra autoritativa de Dios? Una opción es confiar en el instinto propio y decir que el significado más profundo que uno le quiere atribuir al texto es el correcto, porque uno es un creyente que puede sentir los significados que no podrían ser validados inmediatamente por una investigación de la gramática y la historia que hay en el texto y frente a nosotros. Si hoy en día es permitida esta subjetividad por las nuevas reglas

del juego, entonces es mucho mejor que el tedioso trabajo de extraer el significado a partir del texto trabajando con la gramática, la sintaxis, la historia y la teología de los textos griegos, arameos y hebreos.

Otro puede decidir que si los apóstoles pudieron encontrar significados tan ricos en el Antiguo Testamento que no pudieron ser obtenidos por los antiguos métodos de interpretación, entonces en la nueva era del Espíritu, este pastor podría aplicar de la misma manera un poco de "estirador hermenéutico" a textos similares. Esto sería especialmente comprensible, ya que la comunidad del primer siglo estaba siendo probablemente expuesta a métodos como *peshet* y *midrash*.

A pesar de todas estas racionalizaciones, querido pastor o maestro, le insto a no seguir ninguno de estos métodos. Están viciados con serios errores, siendo la calamidad final la pérdida de la autoridad divina para lo que está siendo comunicado desde el púlpito si es que aplicamos estas reglas hasta el fin. ¡Lo que hace falta hoy en día es la sólida predicación de la Palabra de Dios en toda su extensión (todo el consejo de Dios), en todas sus aseveraciones (párrafo tras párrafo, capítulo tras capítulo) y en todo su poder (como ha sido escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo)! Hacer algo menos que esto sería como utilizar una pistola de agua de juguete para apagar el incendio del secularismo y el paganismo (y una hueste de otros "ismos") que han devorado la cultura.

Sin embargo, inmediatamente se escuchan protestas en voz alta. La queja dice: "¿Pero no puede Dios, el verdadero autor de las Escrituras, incluir un segundo significado, desconocido para el autor humano de la Escritura?". Eso suena lo suficientemente espiritual pero, ¿lo es? Yo sostengo que esa es una presentación inexacta de los hechos. Dios no utilizó el lenguaje de los ángeles ni cosas semejantes sino que les habló a los mortales en el idioma del mercado griego y la lengua de los cananeos paganos. ¿Por qué? Por una sola razón: ¡para ser entendido!

Si el argumento es que parte de la comunicación divina tenía que sujetarse a las reglas normales de interpretación

pero otra parte tenía que ser eximida de esos límites, entonces debemos pedirle a quien hizo esa sugerencia qué partes pertenecen a qué lado, y cuáles son los criterios para hacer esa división. Y si aún se argumenta que a los escritores del Nuevo Testamento se les concedió esa línea divisoria, capacitándolos para encarar tal bifurcación del mensaje, ¿también debemos asumir, concediendo momentáneamente el argumento previo, que la cantidad de pasajes que contienen este significado oculto y secundario se limita a la lista de pasajes que los escritores del Nuevo Testamento citaron a partir del Antiguo Testamento? ¿O es esta lista una mera sugerencia, en cuyo caso nuestra solicitud original de un criterio debe ser respondida? Lo que resulta particularmente difícil es suplir el criterio para este *sensus plenior*. Cualquier otra cosa que sea, no puede encontrarse en el *graphe*, lo que está escrito. Pero eso, entonces, se hace difícil cuando uno se da cuenta de que solamente lo que está escrito es inspirado por Dios, de acuerdo a lo que dice Pablo en 2 Timoteo 3:15-17.

El argumento de que Dios dejó deliberadamente una *huponoia*, o un sentido oculto, en el texto bíblico para ser entendido más adelante cuando el código fuera descifrado o revelado a un grupo selecto (si no a todos) de intérpretes, laicos y clérigos es un reclamo más audaz, para decir lo mínimo. El propio término "revelación" proclama en alta voz que Dios quiso "descubrir" o "desnudar" el significado que tenía en mente cuando le habló a sus escritores. Reclamar más o menos es entrar en desacuerdo con el propio Dios. No existe ni un mínimo de evidencia de la presencia de un significado secundario, místico y oculto, o *hupanoia*, yacente en, alrededor o bajo el texto. La carga de prueba cae sobre los que declaran que tales sentidos y significados secundarios están presentes, para que señalen en qué parte de la propia revelación bíblica se nos enseña esta verdad. Solo pedimos que expliquen el criterio para ubicar la presencia de tal fenómeno en el texto y luego nos den las herramientas que necesitaremos para destrabar estos valores y significados adicionales. Hasta entonces, debemos interpretar los textos básicamente de la manera en

que interpretamos cualquier otro; es decir, ¡a menos que nuestra intención sea el cese de toda posibilidad de comunicación!

La crisis en la iglesia y los seminarios

Lo que comenzó siendo una crisis de la epistemología y la exégesis en la que no había lugar para la verdad absoluta y mucho menos para la Palabra autoritativa de Dios, se ha dispersado en olas cada vez más amplias de consternación. También ha sido una crisis en la vida de la iglesia y los seminarios, especialmente durante las tres últimas décadas. En el libro *The Gathering Storm in the Churches*⁸ (La tormenta que sobrevino a las iglesias) de Jeffrey Hadden fueron bosquejadas tres dimensiones de esta crisis. Hadden encontró una crisis de convicciones, de propósito (¿cuál es la misión de la iglesia?) y de orientación para el liderazgo de la iglesia (una nueva clase de burócratas de la iglesia sin contacto cercano con la vida de la congregación).

A medida que el mundo del pluralismo envolvió a la iglesia y los seminarios, la triple pérdida mencionada por Hadden quedó más en evidencia. Los seminarios perdieron su contacto e identidad como instituciones eclesiásticas y en su lugar tendieron a transformarse en centros individuales de reflexión y pensamiento teológico. Con demasiada frecuencia, aunque con ciertas excepciones notables en el mundo evangélico, los seminarios tendieron a acomodar sus enseñanzas a la cultura del mundo posilustración, muchas veces reconsiderando o negando directamente la fe que la iglesia había confesado en su pasado. Tal acomodamiento fue autodestructivo para la teología y finalmente para la existencia de la propia iglesia.

El libro *Without God, Without Creed* (Sin Dios, sin credo) de James Turner también describió este resbalón de la doctrina. Dijo:

El ingrediente crucial, entonces, en la mezcla que produjo la perdurable incredulidad fueron las decisiones de los creyentes. Más precisamente, la

incredulidad resultante de las decisiones que los líderes eclesiásticos influyentes —escritores laicos, teólogos, ministros— tomaron acerca de cómo confrontar las presiones modernas sobre las convicciones religiosas. No todas sus decisiones fueron el resultado de la profunda meditación y la reflexión cuidadosa... Pero fueron decisiones... para desactivar las modernas amenazas a las bases tradicionales poniendo a Dios a la altura de la modernidad.

...Puesto de una manera un poco diferente, la incredulidad emergió porque los líderes de la iglesia olvidaron con mucha frecuencia la trascendencia esencial de un Dios digno. Comprometieron funcionalmente a la religión a mejorar el mundo en términos humanos, e intelectualmente a las maneras de conocer a Dios adecuados a la comprensión de este mundo⁹.

Turner pensaba que la segunda razón para la pérdida de enfoque era el hecho de que los seminarios abarcaron una multitud de causas, como las referentes al medio ambiente y la política. Los seminarios se transformaron en instituciones orientadas hacia las causas, con los tiempos que antes habían sido dedicados al estudio de los textos bíblicos y la teología ahora entregados a una multiplicidad de causas, muchas de las cuales estaban viciadas y condenadas a morir a medida que pasara el tiempo sobre sus reclamos. El evangelio fue muchas veces prostituido en pro de causas parroquiales y viciadas, especialmente aquellas en las que los seminarios no contaban con la pericia adecuada: decisiones de política exterior, plataformas económicas y políticas y las causas de todo tipo de grupos que reclamaban que habían sido víctimas del "sistema".

La tercera razón de Turner por la que la iglesia había perdido sus raíces y misión era la tendencia de los seminarios de administrarse como si fueran un colegio graduado o una pequeña universidad. Lo más frecuente era que los seminarios dudaran antes de enseñar desde una posición que afirmara

ciertas verdades de la fe y las adoptara, en lugar de llevar a los estudiantes a través del proceso del estudio crítico de la religión. El desarrollo del carácter y la virtud ya no formaban parte del llamado del seminario así como tampoco la profesión y transmisión de la fe que había sido entregada una vez a los santos. Ya no se asumía que un graduado del seminario había leído la Biblia y estaba al tanto de las doctrinas principales de la fe y su defensa. El entrenamiento en los idiomas griego y hebreo pronto fue dejado de lado en el currículo de muchos seminarios, así como los cursos de conocimiento bíblico y doctrinas. De hecho, aun con tan pocas expectativas para los graduados del seminario, la situación empeoró cuando ya no se esperó, y mucho menos requirió, que los nuevos miembros que llegaban a la facultad de los seminarios contaran con un título de seminario. El alejamiento del contenido y las enseñanzas de la fe se desarrolló aún más.

Algunos efectos a largo plazo del pluralismo

La figura resultante que ha emergido a medida que la iglesia avanza en el siglo XXI no es nada alentadora. Aunque el movimiento evangélico ha sido aislado en algunos sentidos del impacto más importante de la pérdida de determinados significados en la interpretación de la Biblia y el emergente pluralismo del posmodernismo, también es susceptible ante algunas de las mismas fuerzas culturales que han estado dándole forma a muchas instituciones no evangélicas. A menos que ocurra un gran avivamiento y reforma del movimiento evangélico, la iglesia evangélica probablemente siga, aunque sea a cierta distancia, el patrón ya establecido por muchos que han hecho la paz con la cultura contemporánea y la han acomodado en todo lugar que han podido.

¿Qué ha sido concedido como una adecuación a la era posilustración? John H. Leith ha provisto la más incisiva lista de pérdidas en su obra acerca de su propia tradición eclesialística en *Crisis in the Church: The Plight of Theological Education*¹⁰ (Crisis en la iglesia: la situación de la educación

teológica). Aquí presento una modificación y cierta reorganización de muchos de sus puntos. La primera gran pérdida de la iglesia es la de orientación, como resultado de las posiciones de los departamentos teológicos de las universidades y la secularización de la iglesia. Leith señala bajo esta rúbrica varios puntos que es bueno considerar. Primero, los presupuestos que recompensan de manera significativamente más generosa a los administradores que a los profesores con reputaciones internacionales demuestra que el seminario ha seguido el modelo secular y no el de la iglesia. Segundo, la vida estudiantil no es diferente en el ámbito de un seminario que en una institución educativa secular. Tercero, las políticas seculares de permanencia socavan la rendición de cuentas a la iglesia al insistir en que los profesores cuya enseñanza no está en sintonía con la vida de la iglesia de todas maneras permanezcan en sus cargos, aun si la iglesia no lo aprueba.

Existe también en la actualidad una pérdida del sentido de misión y dirección en muchos seminarios. Cualquier énfasis en el evangelismo, el discipulado, las misiones y el catecismo es probable que provoque voces de protesta de muchos que consideran tales tópicos como inferiores a su dignidad o llamado en un centro de estudios académicos. ¿Dónde están los estímulos al crecimiento en la vida cristiana? Se encuentran en muy pocas universidades, seminarios y colegios cristianos.

Acompañando a las pérdidas ya mencionadas existen dos características más que no representan signos saludables en este mundo pluralista. Una es la pérdida de gratitud y de rendición de cuentas. Muchas de las instituciones de alto nivel que han permanecido por mucho tiempo fueron construidas sobre la base de donaciones de personas temerosas de Dios y amantes de la Biblia que esperaban cosas mejores de estas escuelas. Pero hoy en día son pocos los que recuerdan a aquellos donantes o a su fe, y mucho menos están agradecidos a Dios por su sacrificio y visión. La ausencia de memoria es crítica, porque provoca tanto problemas morales como de dirección. ¿Cómo fue que todo un nuevo juego de propósitos pudo sustituir los de aquellos que construyeron la institución? Leith casi asume

el rol de un antiguo profeta al acusar a los líderes actuales de estas instituciones preguntándoles cómo pudieron justificarse tales distorsiones.

Existe también una pérdida de la auténtica libertad académica, mientras la revisión del currículo permanece en rigor. Mientras estas escuelas una vez enseñaron la Biblia, la historia de la iglesia, la teología (incluyendo la ética) y la teología pastoral, muchos de estos estudios han sido sustituidos por campos de estudio altamente especializados, permitiendo poco tiempo para la adquisición de un alto nivel en la visión comprensiva de la Biblia y la teología. Además, en un intento de obtener libertad *para* el estudio de la fe, el péndulo ya se ha movido en el otro sentido con un clamor por libertad *de* la fe. La libertad académica en una institución educativa cristiana no es fácil de definir. Tiene que haber libertad para estudiar todo desde todo ángulo posible, aunque para las comunidades confesionales esto debe hacerse dentro del contexto de los límites provistos por nuestra fe. Nunca ha habido una comunidad educativa igualmente abierta a toda idea posible; una versión tan absolutista no es posible ni siquiera para un secularista comprometido con su propia versión del relativismo, el pluralismo o ideas parecidas. La teología liberal puede ser muy liberal cuando se trata de ciertos dogmas acordados culturalmente por su cuenta, pero no resulta nada liberal hacia las ideas a las que se opone. Las ortodoxias de la corrección política y ciertos "resultados seguros de la crítica literaria de la Biblia" no le dejan espacio a la tolerancia, a pesar de la profesada práctica del pluralismo y la libertad académica.

Tales pérdidas no pueden continuar por mucho tiempo sin que ocurra una crisis de grandes proporciones. Algo tienen que ceder en este estado de situación. O bien la iglesia ya no reconocerá a su descendencia escolástica y la institución debe pasar a formar parte de otra declaración de misión y propósito, o la institución debe hacer una dura toma de conciencia de aquello en lo que se ha convertido, abandonar algunas de sus actuales prácticas y adoptar toda una nueva rendición de cuentas a la iglesia, su fe y el rol autoritativo de las Escrituras.

La conclusión de todo esto

Está claro que cuando aparecen críticas seculares contra los departamentos de teología y los seminarios, como el artículo de Paul Wilke en el *Atlantic Monthly* de diciembre de 1990, ya es tiempo para que la gente de la iglesia, las universidades cristianas y los administradores y facultad de los seminarios comiencen a prestar atención. Pero muchos en estas escuelas han comenzado a sonar las alarmas de que se está en medio de una crisis. Ya nos hemos referido al libro de John Leith, *Crisis in the Church* (Crisis en la iglesia), que describe la situación entre los presbiterianos. En la Iglesia Metodista Unida, Geoffrey Wainwright de la Universidad de Duke y Thomas Oden de la Universidad de Drew han sido justos y directos en sus análisis de la situación que se encuentra frente a la iglesia y los seminarios o departamentos de teología. Robert Jenson y Carl Braaten han detallado la crisis en la Iglesia Luterana, y Christopher Seitz ha producido un artículo tremendamente interesante sobre la Iglesia Episcopal en la emisión de junio/julio de 1994 de *First Things* (Primeras cosas)¹¹.

Los evangélicos no deberían asumir un orgulloso aire de superioridad, ya que a menos que seamos muy cuidadosos, tan cierto como que tras la noche amanece, muchos seminarios evangélicos e iglesias caerán en las mismas trampas.

¿No hay algo que pueda hacerse para evitar una situación tan triste en nuestras propias filas? ¡Por supuesto! La primera línea de defensa en cuanto a este debate consiste en insistir en que el autor tiene el derecho de determinar lo que su texto debe significar antes que nadie más diga lo que el texto significa. Esto es crítico. Si se pierde esta batalla, los desastrosos resultados de la modernidad y la posmodernidad serán inevitables.

Una segunda línea de defensa es la necesidad de proteger todos los fondos de origen con una cláusula de disolución que requiera que la comisión administradora de nuestras instituciones cristianas vote anualmente si la institución sigue adhiriéndose a las declaraciones doctrinales y de propósito

que fueron la base sobre la que las donaciones fueron solicitadas. En el caso de que esto no sea así, a la comisión se le requerirá que transfiera ese dinero a otro grupo que esté de acuerdo con tales declaraciones doctrinales y de propósito.

La sugerencia final para mantener la integridad bíblica en el lavamiento cultural de subjetividad, relativismo y pluralismo es la de instituir formas más cercanas de rendición de cuentas a la iglesia. Con demasiada frecuencia se da mucho énfasis a aprobar los estándares de acreditación de asociaciones nacionales o profesionales, pero luego no se presta ninguna atención a la evaluación eclesiástica. No sería algo malo si cada cinco años cada una de las divisiones principales de los departamentos teológicos de los seminarios invitaran voluntariamente a segmentos de la comunidad eclesiástica a evaluar sus metas, su enseñanza y procesos así como a los estudiantes que está produciendo, como también toda la universidad cristiana debería exponerse a una auditoría espiritual semejante de su obra. Estas evaluaciones escritas y las respuestas de los seminarios estarían disponibles para los donantes potenciales y los estudiantes como otra guía para el reconocimiento de si el estudiante debería asistir a aquella institución y si los donadores deberían seguir sosteniendo la institución con sus ofrendas y oraciones.

Es hora de que se establezca una nueva sociedad entre el seminario y la iglesia. Junto con todos los logros académicos, el seminario en particular también debe demostrar que es tan cuidadoso de la formación del carácter, la formación espiritual y la motivación de los productos de la escuela para servir, y servir efectivamente, ante una iglesia que observa así como un mundo que considera. Solamente herramientas como estas restaurarán parte de la pérdida de integridad que abunda tanto en el seminario como en la iglesia.

Por encima de todo, el poder de la Palabra de Dios debe ocupar el lugar de primacía en la vida de la iglesia, el seminario y los laicos. Cualquier cosa menor a esto nos dejará a la deriva con poca carta de navegación o ninguna, sin brújula y sin fuente de autoridad para la vida y el pensamiento.

Notas

Introducción

¹ John Bright, *The Authority of the Old Testament* [La autoridad del Antiguo Testamento] (Nashville: Abingdon, 1967), p. 151.

² *Ibid*, p. 92.

³ Elizabeth Achtemeier, *The Old Testament and the Proclamation of the Gospel* [El Antiguo Testamento y la proclamación del evangelio] (Filadelfia: Westminster, 1973), p. 142.

⁴ Foster R. McCurley Jr., *Proclaiming the Promise* [Proclamando la promesa] (Filadelfia: Fortress, 1974), p. 39. Donald E. Gowan, *Reclaiming the Old Testament for the Christian Pulpit* [Reclamando el Antiguo Testamento para el púlpito cristiano] (Atlanta, John Knox, 1980), p. 4.

⁵ Gowan, *Reclaiming the Old Testament* [Reclamando el Antiguo Testamento], p. 13.

Capítulo 1

¹ Ver Walter C. Kaiser Jr., *Toward Rediscovering the Old Testament* [Hacia un redescubrimiento del Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1987), pp. 26-32.

² Para quienes estén interesados en el bosquejo del sermón basado en 1 Samuel 3 que fue utilizado para esta sección, es el siguiente: Título: "El poder de la Palabra de Dios". Cada una de las cuatro escenas en esta narración fue transformada en uno de los puntos marcados con números romanos en mayúscula, porque comienza con los días previos, transcurre hacia una noche, luego pasa a la mañana siguiente y finalmente

termina en los días subsiguientes. Así que hubo cuatro "características" de esa palabra: I. Esa Palabra puede llegar a escasearnos (v. 1). II. Esa Palabra puede sobresaltarnos (vv. 2-10). III. Esa Palabra es soberana sobre nosotros (vv. 15-18). IV. Esa Palabra puede acreditar nuestro mensaje (3:19—4:1a).

³ Para confirmación y bibliografía, ver Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah* [La vida y los tiempos de Jesús el Mesías] (Grand Rapids: Eerdmans, 1953), 2:710-41.

⁴ Para una lista parcial y explicación, ver Walter C. Kaiser Jr., *The Messiah in the Old Testament* [El Mesías en el Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1995).

⁵ Joachim Becker, *Messianic Expectations in the Old Testament* [Las expectativas mesiánicas en el Antiguo Testamento], trad. David Green (Philadelphia: Fortress, 1980), p. 50; ver también p. 93.

⁶ *Ibid.*, p. 93.

⁷ *Ibid.*, p. 96.

⁸ James H. Charlesworth, "What Has the Old Testament to Do with the New?" (¿Qué tiene que ver el Antiguo Testamento con el Nuevo?) en *The Old and New Testaments: Their Relationship in the "Intertestamental" Literature* [El Antiguo Testamento y el Nuevo: su relación en la literatura intertestamentaria], eds. James H. Charlesworth y Walter P. Weaver (Valley Forge, Penn.: Trinity Press International, 1993), p. 63.

⁹ Kaiser, *Messiah in the Old Testament* [El Mesías en el Antiguo Testamento], pp. 15-17, 78, 144.

¹⁰ Bernard W. Anderson, "The Bible as the Shared Story of a People" [La Biblia como la historia compartida de un pueblo] en *The Old and New Testaments* [El Antiguo Testamento y el Nuevo], pp. 23, 24.

¹¹ Estoy en deuda con mi amigo Daniel Gruber en su libro *Torah and the New Covenant: An Introduction* [La Torah y el Nuevo Pacto: una introducción] (Hanover, N.H.: Elijah Publishing, 1998), pp. 5-13, por su organización de este concepto que también he mencionado frecuentemente en mis escritos.

¹² *Ibid.*

Capítulo 2

¹ Emil Kraeling, *The Old Testament Since the Reformation* [El Antiguo Testamento desde la Reforma] (Nueva York: Harper, 1955), p. 8.

² A. H. J. Gunneweg, *Understanding the Old Testament* [Comprendiendo el Antiguo Testamento] trad. John Bowden (Philadelphia: Westminster, 1978), p. 2.

³ Para una discusión más completa a este respecto, ver Walter C. Kaiser Jr., *Toward Rediscovering the Old Testament* [Hacia un redescubrimiento del Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1987), pp. 13-32.

⁴ Para un tratamiento mejor de este tema, ver Willis J. Beecher, *The Prophets and the Promise* [Los profetas y la promesa], conferencias, Princeton Seminary Stone en 1904 (Grand Rapids: Baker, 1972).

⁵ Bertil Albrektson, *History and the Gods* [Historia y los dioses] (Lund, Sweden: C. W. K. Gleerup Fund, 1967), p. 79.

⁶ La discusión más completa en cuanto a este problema de la voz pasiva de este verbo fue presentada por O. T. Allis, "The Blessing of Abraham" [La bendición de Abraham], *Princeton Theological Review* 25 (1927); pp. 263-98. Ver especialmente p. 281, donde hace una lista de numerosos ejemplos del significado pasivo para la forma verbal *hithpael*, dado que esta misma forma verbal se vuelve a repetir en dos ocasiones en Génesis en voz pasiva.

⁷ Martín Lutero, *Commentary on Galatians* [Comentario de Gálatas], trad. Erasmus Middletown (Grand Rapids: Kregel, 1976), p. 223.

⁸ *Ante-Nicene Christian Library* [Biblioteca cristiana antenicensa], vol. 5/1, trad. A. Roberts y J. Donaldson (Edinburgh: T & T Clark, 1867), pp. 313-14. Estoy en deuda con Daniel Gruber por esta cita en su *Torah and the New Covenant: An Introduction* [La Torá y el nuevo pacto: una introducción] (Hanover, N. H.: Elijah Publishing, 1998), p. 18.

⁹ Algunas leyes de purificación se aplican solamente a las mujeres, algunas legislan la exclusión de los leprosos de la congregación, algunas se aplican a los que tienen esclavos, y algunas se aplican solamente en ciertos días o años.

¹⁰ Una investigación más avanzada del tema que se presenta aquí está en Walter C. Kaiser Jr., *Toward an Old Testament Theology* [Hacia una teología del Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1978). Una

presentación menos técnica de muchos de los mismos puntos en un formato popular está en Walter C. Kaiser Jr., *The Christian and the "Old" Testament* [El cristiano y el "Antiguo" Testamento] (Pasadena, Calif.: William Carey Library, 1999).

Capítulo 3

¹ Emil Kraeling, *The Old Testament Since the Reformation* [El Antiguo Testamento desde la Reforma] (Nueva York: Harper, 1955), p. 8.

² Ver Sidney Greidanus, *Preaching Christ from the Old Testament: A Contemporary Method* [Predicando a Cristo desde el Antiguo Testamento: Un método contemporáneo] (Grand Rapids: Eerdmans, 1999).

³ Walter C. Kaiser Jr., *The Journey Isn't Over: The Pilgrim Psalms for Life's Challenges and Joys* [El viaje aún no terminó: Los salmos peregrinos para los desafíos y gozos de la vida] (Grand Rapids: Baker, 1993).

⁴ Walter C. Kaiser Jr., *The Communicator's Commentary: Micah—Malachi* [El comentario del comunicador: Miqueas—Malaquías] ed. Lloyd J. Ogilvie (Waco: Word, 1992). Ahora fue publicado como *Mastering the Old Testament: Micah—Malachi* [Dominando el Antiguo Testamento: Miqueas—Malaquías] (Nashville: Nelson, 1993).

⁵ Walter C. Kaiser Jr., *A Biblical Approach to Personal Suffering: Lamentations* [Una perspectiva bíblica del sufrimiento: Lamentaciones] (Chicago, Moody, 1982).

⁶ Walter C. Kaiser Jr., "Commentary on Exodus" [Comentario sobre Éxodo] en *Expositor's Bible Commentary*, ed. Frank E. Gabelein (Grand Rapids: Zondervan, 1990) 2:285-497.

⁷ Walter C. Kaiser Jr., "Introduction, Commentary and Application of Leviticus" [Introducción, comentario y aplicación de Levítico] en *The New Interpreter's Bible*, ed. Leander E. Keck y David L. Petersen, et al. (Nashville: Abingdon, 1994), 1:983-1191.

Capítulo 4

¹ He argumentado más extensamente a favor de esta definición y metodología en mi libro *Toward and Exegetical Theology: Biblical Exegesis for Preaching and Teaching* [Hacia una teología exegética: Exégesis bíblica para la predicación y la enseñanza] (Grand Rapids: Baker, 1981).

² Ronald J. Allen, *Preaching the Topical Sermon* [Predicando el sermón temático] (Louisville: Westminster/John Knox, 1992), p. 2.

³ Sidney Greidanus, *Preaching Christ from the Old Testament: A Contemporary Hermeneutical Method* [Predicando a Cristo desde el Antiguo Testamento: Un método hermenéutico contemporáneo] (Grand Rapids: Eerdmans, 1999), pp. 203-77.

⁴ Ibid., pp. 227, 28.

⁵ Ibid., énfasis añadido.

⁶ Gordon D. Fee y Douglas Stuart, *How to Read the Bible for All It's Worth: A Guide to Understanding the Bible* [Como leer la Biblia con todo su valor: Una guía para comprender la Biblia] (Grand Rapids: Zondervan, 1982), p. 26. Hay versión en español: *La lectura eficaz de la Biblia*.

⁷ Karl A. G. Keil, *De historica librorum sacrorum interpretatione ejusque necessitate* (Leipzig, 1788); idem, *Lehrbuch der Hermeneutik des neuen Testaments nach Grundsätzen der grammatisch-historischen Interpretation* (Leipzig: Vogel, 1810). Esta última obra en latín fue traducida al inglés en 1811 por Emmerling.

⁸ Ver la excepcional discusión de la interpretación gramático-histórica de John Sailhamer, "Johann August Ernesti: The Role of History in Biblical Interpretation" [Johan August Ernesti: El rol de la historia en la interpretación bíblica], *Journal of the Evangelical Theological Society* 44 (2001): pp. 193-206.

⁹ Ronald Allen, "Shaping Sermons by the Context of the Text" [Moldeando los sermones por el contexto del texto] en *Preaching Biblically*, ed. Don Wardlow (Philadelphia: Westminster, 1983), pp. 29, 30. Poco después apareció el libro de Thomas G. Long, *Preaching and the Literary Forms of the Bible* [La predicación y las formas literarias de la Biblia] (Philadelphia: Fortress, 1989).

¹⁰ Los capítulos de la Biblia no fueron divididos hasta épocas bastante recientes. Al arzobispo de Canterbury, Stephen Langton (1150-1228 d. de J.C.) generalmente se le concede el crédito de dividir la Biblia en la separación en capítulos que presenta en la actualidad.

¹¹ Allen, *Preaching the Topical Sermon* [Predicando el sermón temático], p. 2.

Capítulo 5

¹ Don Wardlow, ed., *Preaching Biblically* [Predicación bíblica] (Philadelphia: Westminster, 1983).

² Robert Scholes y Robert Kellogg, *The nature of Narrative* [La naturaleza de la narración] (Londres: Oxford University Press, 1966), p. 240.

³ Nota del Editor: *Leitwort* es una palabra alemana que indica el uso intencional de una palabra, una y otra vez en un texto, para enfatizar un tema.

⁴ J. P. Fokkelmann, *Narrative Art in Genesis: Specimens o Stylistic and Structural Analysis* [El arte narrativo en Génesis: especímenes del análisis estilístico y estructural] (Amsterdam: Van Gorcum, 1975), p. 9.

⁵ Sidney Greidanus, *The Modern Preacher and the Ancient Text: Interpreting and Preaching Biblical Literature* [El predicador moderno y el texto antiguo: Interpretando y predicando la literatura bíblica] (Grand Rapids: Eerdmans, 1988), p. 199.

⁶ Shimon Bar-Efrat, "Some Observations on the Analysis of Structure in Biblical Narrative" [Algunas observaciones acerca del análisis estructural de la narrativa bíblica], *Vetus Testamentum* 30 (1980): 165.

⁷ Claro que aquí el foco es doble, ya que fácilmente podría haber sido: "Identificando al hombre de Dios".

⁸ Richard G. Bowman, "Narrative Criticism: Human Purpose in Conflict with Divine Presence" [Crítica narrativa: el propósito humano en conflicto con la presencia divina] en *Judges and Method: New Approaches in Biblical Studies* [Los jueces y el método: nuevas perspectivas para los estudios bíblicos], ed. Gale A. Yee (Minneapolis: Fortress, 1995), pp. 29, 30.

⁹ Robert Alter, *The Art of Biblical Narrative* [El arte de la narración bíblica] (Nueva York: Basic Books, 1981), p. 182.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 74, 75.

¹¹ Ken Matthews, "Preaching Historical Narrative" [Predicando la narrativa histórica] en *Reclaiming the Prophetic Mantle: Preaching the Old Testament Faithfully* [Reclamando el manto profético: Predicando fielmente el Antiguo Testamento], ed. George L. Klein (Nashville: Broadman, 1992), pp. 37, 38.

¹² Alter, *The Art of Biblical Narrative* [El arte de la narración bíblica], pp. 95-113.

¹³ Bar-Efrat, "Some Observations" [Algunas observaciones], p. 155.

¹⁴ Estoy en deuda con Ken Matthews por señalar este conocido ejemplo en su "Preaching Historical Narrative" [Predicando la narrativa histórica], pp. 38, 39.

¹⁵ Meir Sternberg, *The Poetics of Biblical Narrative* [La poesía de la narración bíblica] (Bloomington, Ind.: Indiana University Press, 1985), p. 186.

¹⁶ Ver John W. Welch, "Introduction" [Introducción] en *Chiasmus in Antiquity* [El quiasmo en la antigüedad], ed. John W. Welch (Hildesheim: Gerstenberg, 1981), p. 11.

¹⁷ Dale Ralph Davis, *Looking on the Heart: Expositions of the Book of 1 Samuel* [Mirando al corazón: Exposiciones sobre el libro de 1 Samuel] (Grand Rapids: Baker, 1994), 1:47, 48.

Capítulo 6

¹ Fred B. Craddock, *As One Without Authority* [Como quien carece de autoridad] (Nashville: Abingdon, 1971), pp. 25, 26.

² John C. Holbert, *Preaching Old Testament: Proclamation & Narrative in the Hebrew Bible* [Predicando el Antiguo Testamento: proclamación y narración en la Biblia hebrea] (Nashville: 1991), pp. 37, 38.

³ Se alega que esta definición proviene de Cervantes. Es citada en James Creshaw, *Old Testament Wisdom: An Introduction* [La sabiduría del Antiguo Testamento: Una introducción] (Atlanta: John Knox, 1981), p. 67.

⁴ Brevard Childs, *Old Testament in a Canonical Context* [El Antiguo Testamento en un contexto canónico] (Philadelphia: Fortress, 1985), pp. 211, 12, como me lo recordó la cita de Duane A. Garrett en su "Preaching Wisdom" [Predicando la sabiduría] en *Reclaiming the Prophetic Mantle: Preaching the Old Testament Faithfully* [Reclamando el manto profético: Predicando fielmente el Antiguo Testamento], ed. George L. Klein (Nashville: Broadman, 1992), p. 109.

⁵ Walter C. Kaiser Jr., *Toward Rediscovering the Old Testament* [Hacia el redescubrimiento del Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1987), pp. 178, 79. Ver también John Bright, *The Authority of the Old*

Testament [La autoridad del Antiguo Testamento], 2a. ed. (Grand Rapids: Baker, 1975), p. 136.

⁶ Nota del Editor: Se refiere a un almanaque publicado desde 1732 hasta 1759 por Benjamín Franklin, en cuyo contenido figuraban dichos sabios de Franklin. En ese almanaque Franklin usaba el sobrenombre *Pobre Ricardo*.

⁷ Estoy en deuda por mucho de lo que viene a continuación, aunque aparece en mi propia forma revisada y reformulada, a Alyce M. McKenzie *Preaching Proverbs: Wisdoms for the Pulpit* [Predicando los Proverbios: sabiduría para el púlpito] (Louisville, Kent.: Westminster/John Knox, 1996), pp. 4-9.

⁸ McKenzie, *Preaching Proverbs* [Predicando los Proverbios], p. 6.

⁹ Duane A. Garrett, "Preaching Wisdom" [Predicando la sabiduría], pp. 116, 17, e ídem, *The New American Commentary: Proverbs, Ecclesiastes, Song of Songs* [El Nuevo comentario americano: Proverbios, Eclesiastés, Cantares], ed. E. Ray Clendenen (Nashville: Broadman, 1993), pp. 123-28.

¹⁰ Garrett, *The New American Commentary* [El nuevo comentario americano], p. 172, n. 363.

¹¹ Para más detalles ver Walter C. Kaiser, Jr. *Ecclesiastes: Total Life* [Eclesiastés: la vida total] (Chicago: Moody, 1979).

¹² En este versículo el texto hebreo utiliza el nombre abreviado de Dios: "Yah". Algunas traducciones al inglés tratan el nombre divino como si fuera un adjetivo superlativo o un adverbio. No se cuenta con mucho apoyo gramatical para hacerlo.

¹³ Para un mayor desarrollo de este pasaje ver Walter C. Kaiser Jr., "True Marital Love in Proverbs 5:15-23 and the Interpretation of Song of Songs" [El verdadero amor conyugal en Proverbios 5:15-23 y la interpretación del Cantar de los Cantares] en *The Way of Wisdom: Essays in Honor of Bruce K. Waltke* [El camino de la sabiduría: ensayos en honor a Bruce K. Waltke], eds. J. I. Packer y Sven K. Soderlund (Grand Rapids: Zondervan, 2000), pp. 106-16.

Capítulo 7

¹ Ver Gary V. Smith, *Prophets as Preachers: An Introduction to the Hebrew Prophets* [Los profetas como predicadores: una introducción a

los profetas hebreos] (Nashville: Broadman and Holman, 1994). Analiza los profetas desde una perspectiva en la que demuestra cómo intentaron transformar las reacciones del pueblo utilizando la teoría corriente de cómo pensaba la gente.

² William L. Holladay, *Long Ago God Spoke: How Christians May Hear the Old Testament Today* [Dios habló hace mucho tiempo: como los cristianos pueden escuchar hoy el Antiguo Testamento] (Minneapolis: Fortress, 1995), p. 186.

³ Claus Westermann, *Basic Forms of Prophetic Speech* [Formas básicas del discurso profético;], trad. Hugh Clayton White (Louisville: Westminster/John Knox, 1991), pp. 98-118.

⁴ Ver Walter C. Kaiser Jr., *The Christian and the "Old" Testament* [El cristiano y el "Antiguo" Testamento] (Pasadena, Calif.: William Carey Library, 1999); ídem, *Toward an Old Testament Theology* [Hacia una teología del Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1978).

⁵ Claus Westermann, *Prophetic Oracles of Salvation in the Old Testament* [Oráculos proféticos de salvación en el Antiguo Testamento], trad. Keith Crim (Louisville: Westminster/John Knox, 1991).

⁶ Para un análisis más detallado de Isaías 40 y una discusión de un ejemplo de sermón predicado sobre este texto, ver Walter C. Kaiser Jr., "Our Incomparably Great God" [Nuestro gran Dios incomparable] en *Inside the Sermon: Thirteen Preachers Discuss Their Methods of Preparing Messages* [Dentro del sermón: trece predicadores discuten sus métodos para la preparación de sus mensajes], ed. Richard Bodey (Grand Rapids: Baker, 1990), pp. 171-84.

Capítulo 8

¹¹ Hermann Gunkel, *The Psalms: A Form-Critical Introduction* [Los salmos: una introducción a la crítica de las formas], trad. Thomas M. Horner (Philadelphia: Fortress, 1967).

² Joachim Begrich, "Das Priestliche Heilsorakel", *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* 52 (1934), pp. 81-92.

³ Delbert Hillers, *Lamentations: The Anchor Bible* [Lamentaciones: la Biblia del Ancla] (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1972), p. xxxiv.

⁴ Karl Budde, "Das hebraische Klagelied", *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* 2 (1882): pp. 1-52. Ver también

W. R. Garr, "The Qinah: A Study of Poetic Meter, Syntax and Style" [La Qinah: un estudio de la métrica poética, la sintaxis y el estilo], *Zietschrift fur die alttestamentliche Wissenschaft* 95 (1983): pp. 54-75.

- ⁵ Esta sugerencia fue presentada por Paul W. Ferris Jr., *The Communal Lament in the Bible and the Ancient Near East* [El lamento comunitario en la Biblia y en el antiguo Cercano Oriente] (Atlanta: Scholars Press, 1992), p. 10. Ferris definió un lamento comunitario como "una composición cuyo contenido verbal indica que fue compuesto para ser usado por y/o a favor de la comunidad para expresar tanto queja como tristeza y dolor por alguna calamidad percibida, física o cultural, que había caído o estaba por caer sobre ellos, y para apelar ante Dios en busca de liberación".
- ⁶ Este concepto de la profundidad proveniente de la construcción de acrósticos me fue sugerida en un artículo de John Piper, "Brothers, Let the River Run Deep" [Hermanos, dejen que el río corra profundo], *The Standard* 72 (1982): p. 38.
- ⁷ Samuel Cox, *The Pilgrim Psalms: An Exposition of the Songs of Degrees* [Los salmos peregrinos: una exposición acerca de los cánticos graduales] (London: R. D. Dickinson, 1885), p. 17. Ver también Walter C. Kaiser Jr., *The Journey Isn't Over: The Pilgrim Psalms for Life's Challenges and Joys* [El viaje no ha terminado: los salmos peregrinos para los desafíos y alegrías de la vida] (Grand Rapids: Baker, 1993), pp. 21-30, para una exposición completa acerca del Salmo 120.
- ⁸ Usado con permiso del doctor Dorington G. Little.
- ⁹ Capitán Elliot Snow, *Adventures at Sea in the Great Age of Sail: Five Firsthand Narratives* [Aventuras en el mar en la era de oro de la navegación: cinco relatos de primera mano] (Nueva York: Dover, 1986), pp. 1-104. Publicado originalmente como *The Sea, the Ship and the Sailor* [El mar, el barco y el marinero] (Salem, Mass.: Marine Research Society, 1925). El comprometido y revelador título que el propio capitán Barnard le puso a su relato fue "A Narrative of the Sufferings and Adventures of Captain Charles H. Barnard, in a Voyage Around the World, During the Years 1812, 1813, 1814, 1815 and 1816; Embracing an Account of the Seizure of His Vessel at the Falkland Islands, by an English Crew Whom He Had Rescued from the Horrors of a Shipwreck; and of Their Abandoning Him on an Uninhabited Island, Where He Resided Nearly Two Years" [Un relato de los sufrimientos y aventuras del capitán Charles H. Barnard en un viaje alrededor del mundo durante los años 1812, 1813, 1814, 1815 y 1816; abarca el relato del secuestro de

su nave en las islas Falkland por una tripulación inglesa a la que había rescatado de los horrores de un naufragio; y su abandono de él en una isla desierta, donde residió por casi dos años].

¹⁰ Salmos 50; 73—83.

¹¹ Alexander MacLaren, *The Book of Psalms: 39—84* [El libro de Salmos: 39—84] en *The Expositor's Bible* [La Biblia del expositor] (Nueva York: A. C. Armstrong and Son, 1902), p. 376.

¹² Abraham Heschel, *God in Search of Man* [Dios en busca del hombre] (Nueva York: Farrar, Straus and Cudahy, 1955), p. 98.

¹³ N. del T.: En español habría que contar los sujetos omitidos en primera persona del singular. Está clara la saturación del texto en primera persona en esos versículos.

¹⁴ Derek Kidner, *Psalms 73—150* (Salmos 73—150) (Londres: InterVarsity, 1975), p. 280.

Capítulo 9

¹ Ver J. T. Burtchaell, "Is the Torah Obsolete for Christians?" [¿Es obsoleta la Torá para los cristianos?] en *Justice and the Holy: Essays in Honor of Walter Harrelson* (La justicia y los santos: ensayos en honor a Walter Harrelson), eds. D. A. Knight Jr. and P. J. Paris (Atlanta: Scholars Press, 1989), pp. 113-27. Ver también Walter C. Kaiser Jr., "Images for Today: The Torah Speaks Today" [Imágenes para el día de hoy: la Torá habla en la actualidad] en *Studies in Old Testament Theology* [Estudios sobre la teología del Antiguo Testamento], ed. Robert L. Hubbard Jr., et al. (Grand Rapids: Eerdmans, 1992), pp. 117-32.

² El argumento para esta traducción se encuentra en Walter C. Kaiser Jr., *The Messiah in the Old Testament* [El Mesías en el Antiguo Testamento] (Grand Rapids: Zondervan, 1995), pp. 42-46.

³ Ver la confirmación de esto en Claus Westermann, "The Way of Promise Through the Old Testament" [El camino de la promesa en el Antiguo Testamento] en *The Old Testament and the Christian Faith* [El Antiguo Testamento y la fe cristiana], ed. B. W. Anderson (Nueva York: Harper and Row, 1963), pp. 208, 209.

⁴ Gerhard von Rad, *The Problem of the Hexateuch and Other Essays* [El problema del Hexateuco y otros ensayos] (Nueva York: McGraw-Hill, 1966), pp. 1-26.

⁵ Para un resumen de estos desafíos, ver H. B. Huffmon, "The Exodus, Sinai, and the Credo" [El éxodo, Sinaí y el credo], *Catholic Biblical Quarterly* 27 (1965): 102, 3, nn. 6-10).

⁶ H. C. Schmitt, "Redaktion des Pentateuch im Geiste der Prophetie", *Vetus Testamentum* 32 (1982); pp. 170-89. El artículo de Schmitt me fue señalado por mi ex compañero John H. Sailhamer, "The Mosaic Law and the Theology of the Pentateuch" [La ley mosaica y la teología del Pentateuco], *Westminster Theological Journal* 53 (1991): pp. 241-61.

Capítulo 10

¹ Hermann Gunkel, *The Psalms: A Form-Critical Introduction* [Los Salmos: una introducción a la crítica de las formas], trad. Thomas M. Hörner (Philadelphia: Fortress, 1967).

² Aunque las traducciones en español tienen "lluvia temprana" o algo similar (Sal. 84:6), hay traducciones en inglés que tienen aquí la palabra "maestro". Las palabras hebreas "lluvia" y "maestro" se deletrean prácticamente de igual manera, a no ser por una vocal que, por supuesto, no estaba en el texto original sino fue añadida posteriormente. Ver también Joel 2:23 en cuanto al mismo problema de traducción entre el término hebreo *moreh* ("lluvias de otoño") y *morêh* ("maestro").

³ Algunos pasajes del Antiguo Testamento en los que aparece *El Hay*, "Dios vivo" son: Salmo 42:2; Josué 3:10; Deuteronomio 5:26; 1 Samuel 17:26, 36; Isaías 37:4, 17; Jeremías 10:10; 23:36; Oseas 1:10; Daniel 6:26.

⁴ Ver también Deuteronomio 33:29 y Salmo 115:9.

Capítulo 11

¹ Ver la introducción de John J. Collins, "Apocalypse: The Morphology of a Genre" [Apocalipsis: la morfología del género] *Semeia* 14 (1979): pp. 5-8.

² Los verbos en el texto hebreo son lo que usualmente se llaman *waw* consecutivos con la forma imperfecta del verbo hebreo. Este patrón aparece frecuentemente en la narración. Aunque no siempre estamos tan seguros como nos gustaría estarlo al traducir otros verbos hebreos, esta forma es la única que es traducida consistentemente en todos los demás pasajes como "tiempo" verbal pasado. No queda claro por qué estas otras versiones traducen los cuatro verbos en futuro.

³ Ver Walter C. Kaiser Jr., *Back toward the Future: Hints for Interpreting Biblical Prophecy* [De regreso al futuro: pistas para la interpretación de la profecía bíblica] (Grand Rapids: Baker, 1989), pp. 51-60. Ver también Walter C. Kaiser Jr., "Hermeneutics and the Theological Task" [La hermenéutica y la tarea teológica] *Trinity Journal* (1991): pp. 3-14.

Apéndice B

¹ Reimpreso con cambios de *Evangelical Journal* 18 (2000): pp. 19-28. Usado con permiso.

² W. K. Wimsatt y Monroe Beardsley, "The Intentional Fallacy" [La falacia intencional], *Swanee Review* 54 (1946); reimpreso en William K. Wimsatt Jr., *The Verbal Icon; Studies in the Meaning of Poetry* [El ícono verbal: estudios sobre el significado de la poesía] (Nueva York: Farrar, Straus, 1958), pp. 3-18.

³ Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method: Elements of Philosophical Hermeneutics* [Verdad y método: elementos de la hermenéutica filosófica], traducido y revisado por Joel Weinsheimer y Donald G. Marshall (Nueva York: Seabury, 1975; reimpresión, Crossroad, 1982). Hay versión en español: *Verdad y método* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1991).

⁴ Paul Ricoeur, *Interpretation Theory: Discourse and the Surplus of Meaning* [La teoría de la interpretación: el discurso y el excedente de significado] (Fort Worth: Texas Christian University Press, 1976).

⁵ E. D. Hirsch Jr., *Validity in Interpretation* [La validez en la interpretación] (New Haven: Yale University Press, 1967).

⁶ La obra más accesible de Betti es Emilio Betti, *Die Hermeneutik als allgemeine Methodik der Geisteswissenschaften* (Tübingen: Mohr, 1962), traducido y reimpreso en Richard E. Palmer, *Hermeneutics: Interpretation Theory in Schleiermacher, Dilthey, Heidegger and Gadamer* [Hermenéutica: Teoría de la interpretación en Schleiermacher, Dilthey, Heidegger y Gadamer] (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1969), pp. 54-60.

⁷ Raymond E. Brown, "The *Sensus Plenior* of Sacred Scripture" [El *sensus plenior* de las Sagradas Escrituras] (disertación doctoral, St. Mary's University, 1955), p. 92.

⁸ Jeffrey Hadden, *The Gathering Storm in the Churches* [La tormenta que sobrevino a las iglesias] (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1969).

⁹ James Turner, *Without God, Without Creed* [Sin Dios, sin credo] (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1985), pp. 266, 67, como fue citado por John Leith, *Crisis in the Church: The Plight of Theological Education* [Crisis en la iglesia: la situación de la educación teológica] (Louisville: Westminster/John Knox, 1997), pp. 41, 42.

¹⁰ Leith, *Crisis in the Church* [Crisis en la iglesia], pp. 13-24.

¹¹ Christopher Seitz, "Pluralism and the Lost Art of Apology" [Pluralismo y el arte perdido de la apología], *First Things* (junio-julio 1994): pp. 15-18.

Glosario

Alegorizar. Un tipo de interpretación que sugiere que hay presente un significado más profundo que el que se encuentra en la superficie en la versión normal de un texto de las Escrituras.

Alegoría. Una alegoría es una metáfora (que involucra una comparación no expresada) que puede extenderse desde una sola palabra u oración hasta una historia, para que significados abstractos espirituales, morales y otros sean representados por acciones y personajes que sirven como símbolos de algo más que el significado superficial.

Analogía de Escrituras anteriores. Método de interpretación de la Biblia en el que se observa cuidadosamente el uso de términos especiales que han adquirido significado en la historia de la revelación, de todas las referencias o alusiones directas e indirectas a personas, eventos o citas, y los contenidos de los pactos. Esto resultará en una "teología informante" que acumula una importancia expandida a medida que la revelación continúa construyéndose sobre lo que ha sido revelado en el pasado.

Apocalíptico. Género de texto bíblico que deriva su nombre del libro de Apocalipsis, que en griego es *apokalupsis*, lo que significa una “revelación” o un “descubrimiento”. Esta forma se encuentra en la segunda mitad del libro de Daniel y secciones de Isaías y Zacarías. Se caracteriza por un fuerte énfasis en el futuro, la presencia de ángeles, sueños y símbolos.

Colofón. Un colofón es la parte final. Aparece al final de una obra e identifica el título, el autor y la fecha de la obra o le da un toque literario final.

Crítica textual. Es la disciplina que tiene como su objeto especial la tarea de determinar las palabras exactas de los textos originales de los escritos sagrados de las Escrituras.

Escatología inaugurada. Una descripción de la obra futura de Dios en la que el anuncio de un evento futuro tiene tanto un “ahora” o cumplimiento inmediato, como un “todavía no”, o cumplimiento en el futuro distante. Ambos son vistos como parte y complementos de una misma idea de lo que Dios está haciendo y hará en el futuro distante.

Género. El tipo o forma literaria de una composición o sección de la Biblia.

Metáfora. Es una comparación implícita no expresada entre dos objetos diferentes (la fórmula es: A es B, sin el uso de la palabra “como”).

Metonimia. Una figura de dicción en la que existe un cambio o una sustitución de un nombre por otro para darle una fuerza y una impresión que de otra forma no tendría.

Novena. Un juego de nueve, o como aparece en Isaías 40—66, juegos de nueve capítulos.

Proverbio. Una parábola condensada consistente de adivinanzas, enigmas, símiles y metáforas. En lugar de confinarse a una sola palabra, expresa una comparación de similitud en una oración corta y concisa o más. Incorpora cierto toque a su expresión que lo hace memorable, y generalmente es colocado en algún acontecimiento clave.

Proverbio ecuacional. A veces también es llamado *paralelismo sinónimo*. Es un proverbio en el que la segunda mitad o línea dice la misma cosa que la primera pero en diferentes palabras (la fórmula es: A es igual a B; o donde está A, está B).

Proverbio oposicional. Algunas veces es llamado *paralelismo antitético*. Es un proverbio en el que la segunda mitad o línea dice lo opuesto que la primera (la fórmula es: A no es igual a B; o mejor A que B).

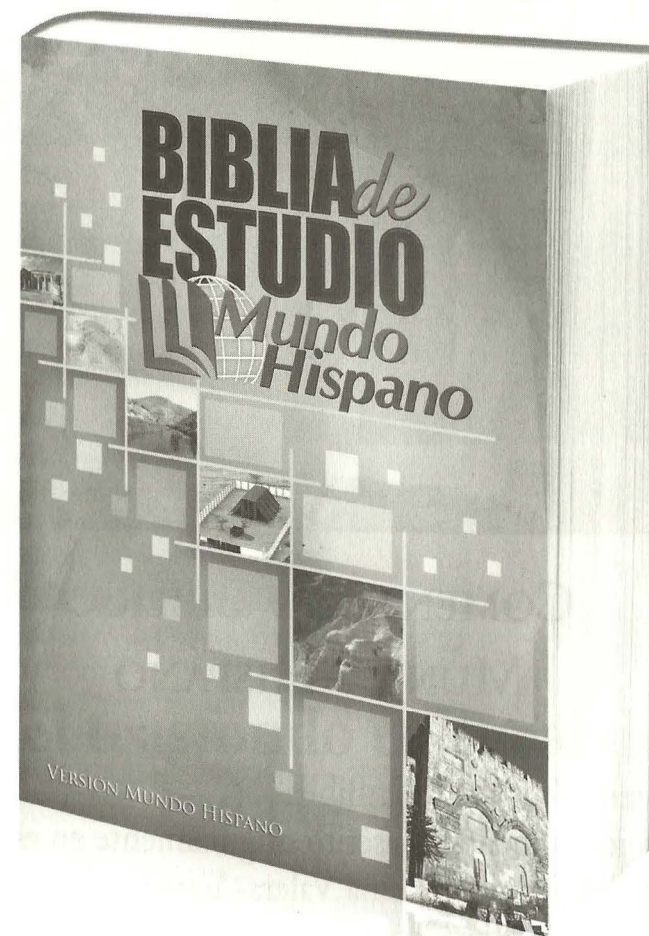
Rib. Palabra hebrea que significa “demanda legal” en la que generalmente Yahvé apela al jurado de los cielos y la tierra a escuchar su caso contra Israel en su fracaso al no seguirle.

Símil. Una comparación formal hecha entre dos objetos diferentes. El uso del término “como” muchas veces le indica al intérprete la presencia de esta comparación explícita (la fórmula es: A es como B).

Sitz im Leben. Expresión alemana que significa “contexto vital”, es decir, la auténtica ubicación histórica y cultural en el espacio y el tiempo que tiene un pasaje de la Biblia.

Sitz im Literatur. Expresión alemana que significa el “contexto literario” que tiene un pasaje dentro de un cuerpo de literatura en contraste a su “contexto vital”.

La Biblia en el lenguaje que usamos y entendemos hoy



www.BibliadeEstudioMundoHispano.com

Versión Mundo Hispano



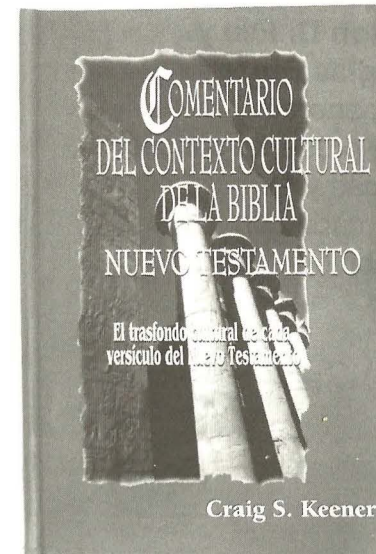
CON NOTAS TEXTUALES, DE HERMENÉUTICA, HISTÓRICAS, MINIARTÍCULOS Y MÁS



COMENTARIO BÍBLICO MUNDO HISPANO

- Comentario de toda la Biblia
- El único comentario escrito originalmente en español
- Texto bíblico de la Reina Valera-Actualizada
- Comentario exegético
- Artículos bíblicos
- Ahora también en formato electrónico usando la plataforma de Logos/Libronix

www.editorialmundohispano.org

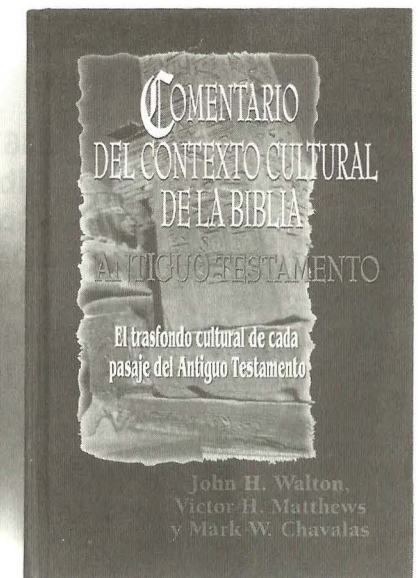


Art. Núm. 03060

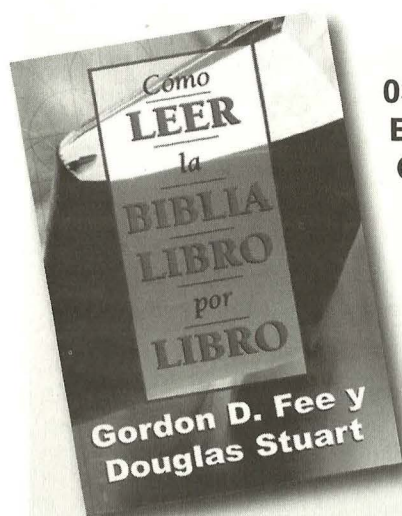
El trasfondo cultural de toda la Biblia

El propósito de estos comentarios es permitir el acceso a los aspectos más relevantes del contexto cultural, social e histórico, a fin de poder leer los textos bíblicos de la manera en que sus lectores originales lo habrían hecho.

www.editorialmundohispano.org

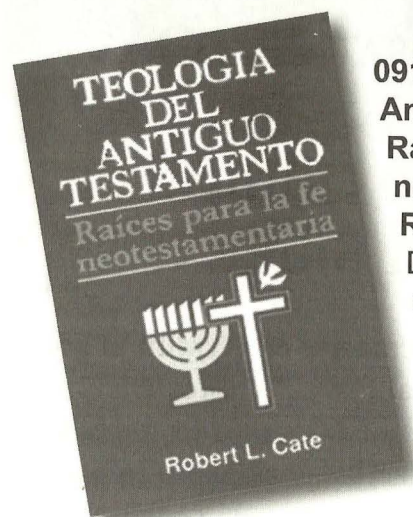


Art. Núm. 03059



**03676—Cómo leer la Biblia libro por libro.
Gordon D. Fee y Douglas Stuart.**

Un panorama breve que presenta conceptos, temas y eventos clave de cada libro de la Biblia.



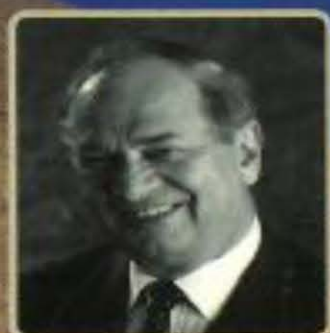
**09110—Teología del Antiguo Testamento:
Raíces para la fe neotestamentaria.
Robert L. Cate.**

Desarrollo sistemático de las grandes verdades que dieron fundamento a la fe cristiana.

Predicación y enseñanza desde el Antiguo Testamento

es un libro que nos será útil a todos para cumplir con nuestra responsabilidad de predicar todo el consejo de Dios con sabiduría y gracia.

El doctor Walter C. Kaiser Jr. es un erudito evangélico del Antiguo Testamento de primera línea y un apasionado predicador de la Palabra. En este libro nos exhorta a devolverle al Antiguo Testamento un lugar de prominencia en el púlpito cristiano. Hay muchas sugerencias y ejemplos de cómo llevar a cabo esta tarea en forma apropiada y efectiva. Merece ser estudiado cuidadosamente por los predicadores que quieren ser fieles a su comisión divina. Confiamos en que usted recibirá con este volumen una guía confiable y práctica en su tarea como predicador para comunicar las verdades eternas de Dios. Todo predicador debe contar con este libro.



Walter C. Kaiser Jr. es presidente emérito del Seminario Teológico Gordon-Conwell y profesor de Antiguo Testamento y Ética de dicha institución.

EDITORIAL
Mundo Hispano
Univ. Institute of Publishing

43061

Recursos ministeriales/ Predicación

ISBN 0-311-43061-9

ISBN 978-0-311-43061-1



9 780311 430611